

MERCEDES ÁLVAREZ Y NÚRIA QUEVEDO



ILEJANÍA

LA CERCANÍA DE LO OLVIDADO
(UN DIALOGO SOBRE EL EXILIO)

RED DE MUSEOS ETNOGRÁFICOS DE ASTURIAS

ILEJANÍA

LA CERCANÍA DE LO OLVIDADO
(UN DIÁLOGO SOBRE EL EXILIO)

RED DE MUSEOS ETNOGRÁFICOS DE ASTURIAS
FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA ANTROPOLOGÍA ASTURIANA

ILEJANÍA

LA CERCANÍA DE LO OLVIDADO
(UN DIÁLOGO SOBRE EL EXILIO)

por

MERCEDES ÁLVAREZ Y NÚRIA QUEVEDO

RED DE MUSEOS ETNOGRÁFICOS DE ASTURIAS

2012

Muséu del Pueblu d'Asturies
Paseo del Doctor Fleming, 877
La Güelga, 33203 Gijón /Xixón (España)
Teléfono: 34 / 985 18 29 60

museopa@gijon.es
<http://museos.gijon.es>
<http://www.redmeda.com>

© de los textos: sus autores.

© de esta edición: Muséu del Pueblu d'Asturies-Fundación Municipal de Cultura,
Educación y Universidad Popular de Gijón-Red de Museos Etnográficos de Asturias.

I.S.B.N.: 978-84-96906-33-4

D.L.: AS-5266/2011

Impresión: Gráficas Eujoa.

UNAS PALABRAS PREVIAS

El inicio de esta larga conversación en tiempos tan pobres en diálogo se debe al empeño de Karlheinz Mund, compañero de Núria, a quien interesaba la historia de los hermanos Álvarez. Por este motivo, comenzamos hablando en alemán, pero pronto cedimos al placer de la charla y a nuestra mutua curiosidad. Mercedes y yo nos conocíamos desde varias décadas y, sin embargo, sabíamos muy poco de nuestras respectivas biografías. Los mismos acontecimientos históricos han marcado el destino de nuestras vidas que, sin embargo, han seguido caminos diametralmente opuestos. De pronto, sin apenas darnos cuenta, pasamos al castellano. La conversación se fue convirtiendo en una mutua indagación, en el curso de la cual tan intenso era el propio relato como el interés por el relato ajeno. Cuando ya llevábamos varios meses dialogando—nos reuníamos los fines de semana en mi estudio en la Frankfurter Allee—encontramos el pretexto que justificara la documentación de nuestras charlas: sería un testimonio legado a nuestras hijas y a sus hijos.

Pero en el fondo se trataba de rememorar, de un examen de memoria comparada. Estaban los recuerdos casi tangiblemente cercanos. Otras veces recordábamos haber recordado algo. Y olvidamos totalmente a Karlheinz, cuyo propósito original había sido montar un *feature* radiofónico. Pero él siguió atendiendo al micrófono con la tenacidad del coleccionista, sin desconectarlo ni cuando el diálogo se desbordaba perdiéndose por los cerros de Úbeda con esa complacencia tan femenina por la palabra hablada.

No siempre fue fácil. Hubo noches agitadas por sueños inquietantes. Descubrimos que la historia de una vida es un hilo anudado al hilo de otras vidas que no podemos omitir en el curso del relato.

Nos importaba especialmente la infancia y aquel peculiar momento en el que ya no se es niño ni todavía adulto. La madurez pierde singularidad. Ambas

vivimos las primeras fases de nuestra vida en tiempos de guerra y de posguerra, en distintos países y en una época en la que la gente guardaba silencio sobre casi todo y se sentía en convalecencia. En este ambiente se formó nuestra propia y tímida expectativa ante la vida.

La cinta ha retenido aquellas conversaciones que tuvieron lugar entre 1998 y el año 2000. Leerlas una vez transcritas nos transmitió, primero, un sentimiento de sorpresa y de ingenua alegría que, poco a poco, fue dejando paso a la duda y la reflexión. Fue, finalmente, la generosa propuesta de Ingrid Kirschey-Feix de hacer de aquel texto desmesurado algo *leible*, lo que nos dio ánimos.

Que nuestra conversación pueda ser lectura de interés para los demás supone para nosotras una auténtica aventura.

Núria Quevedo, Berlín, 2004

Kalle:

Siempre oigo decir que conviene estar arraigado. Yo creo que los únicos entes con raíces, o sea, los árboles, preferirían no tenerlas y así podrían viajar en avión.

(Bertolt Brecht, *Diálogos de fugitivos*)

NÚRIA

MERCEDES:

Siendo como somos dos personas tan diferentes, en el fondo lo que nos ha unido, ha sido nuestro destino de exilio. Creo que eso debe ser como el hilo conductor de toda nuestra reflexión.

NÚRIA:

Claro. Y también la infancia. Luego el continuo retorno, para ti no sé, para mí sí. Y además, a ser posible, que no nos pongamos demasiado serias. Y el trabajo. Es un factor esencial de la vida y yo creo que de eso también tendríamos que hablar, porque para mí lo es y supongo que para ti también.

MERCEDES:

Sí, para mí también, aunque en una función diferente. Para mí un poco el contenido de mi vida, lo que me gusta, es la política, la actividad política. Entonces, como intérprete participo en la política como cuando ves los toros desde la barrera, y casi lo prefiero, casi lo prefiero porque entonces yo no me vendo, yo mantengo mis ideas; mientras que si te metes en la política, te vendes, tienes que aceptar cosas que quizás no corresponden a tu manera de ver y además caes en la corruptibilidad normal de todo ser humano que entra en la política.

Aunque yo hubiera querido hacer otra cosa. Cuando era joven hubiera querido hacer algo de física o matemáticas, porque, de hecho, no tengo una vocación especial para los idiomas, lo que pasa es que la vida misma me los ha puesto en bandeja, me los ha regalado, como para compensar otras lagunas.

NÚRIA:

Pero bueno, ¿cuántos idiomas hablas perfectamente? Tres o cuatro, ¿no?

MERCEDES:

No, pero eso es porque los he adquirido en las fases decisivas de la infancia.

Bien, hablemos como dos mujeres a las que unen dos guerras, muchos años de exilio, algo que marca tanto como un exilio, perder la patria, en mi caso perder a los padres durante un periodo, el impacto que todo eso ha tenido en nuestra formación de mujeres, de personas y de mujeres, y de madres... y de hijas, sí, de hijas también.

NÚRIA:

He encontrado en unas memorias de Unamuno una cita que quería leer-te: “De la capa de niñez de nuestro espíritu toman savia nuestras visiones de consuelo”.

Y la primera pregunta que quisiera hacerte —un poco provocadora conociendo algo tu historia— es si esas palabras podrías suscribirlas, si de tu vida también podrías decir eso respecto a lo que fue tu niñez. Porque tu infancia tiene que haber sido muy dura, aunque tú no lo consideres así. Yo creo que si yo la hubiera vivido como tú la viviste, para mí hubiera sido una infancia muy dura. Porque, vamos a ver, tú naciste en el 36...

MERCEDES:

En el 35. Yo nací en junio de 1935, en Gijón, en Asturias. Pero primero quiero insistir en algo que ya he dicho varias veces, y es que a mí, aunque parezca incomprendible a *posteriori*, no me ha quedado la sensación de una infancia que he vivido como dura, quizás porque, como siempre repito, yo no podía saber entonces que existía otro tipo de infancias. Yo de eso me enteré más tarde, casi de mayor, cuando empecé a comparar con otra gente y tal, pero quizás también porque desarrollé un mecanismo de autodefensa. Entonces, las vivencias que yo tengo, que recuerdo de mi infancia, eran vivencias que a mí me parecían que eran las normales de una niña que está en un hogar, en una casa con otros niños. Y bueno, hay desplazamientos, hay encuentros, entonces yo tengo recuerdos de cosas que...

NÚRIA:

¿Qué recuerdos?

MERCEDES:

Por ejemplo, una de las cosas que más recuerdo es un problema que yo tuve a los siete u ocho años, que hoy imagino pueda tener sus explicaciones psico-

lógicas, y es que yo me hacía pis en la cama por la noche. Entonces, uno de los recuerdos que tengo es que me obligaban a colgar la sábana por la ventana, para que todos los niños lo vieran. Lógicamente, cuando tienes siete u ocho años —ya no recuerdo exactamente— y todo el mundo se burla de ti, es algo que te impacta muchísimo.

Y el otro recuerdo que tengo de mi infancia es la instalación de la casa de niños, es decir, cómo era, un edificio grande, rodeado de bosques. En el fondo, me ha quedado la imagen de algo muy bonito. Teníamos dormitorios grandes, de ocho o diez niñas, y teníamos unas señoras que se ocupaban de nosotras.

NÚRIA:

¿Cómo las llamabais en ruso?

MERCEDES:

Las llamábamos... creo que las llamábamos *tiotia*, que es “tía” en ruso: *tiotia* Valja, *tiotia* Nadia, etc. Porque la gracia que tiene esa palabra, *tiotia*, es que cuando empecé a vivir con mis padres en Francia, cuando ellos me decían: “Hay que hacer tal cosa” o “tienes que ponerte esto o lo otro”, yo parece ser que siempre contestaba: “Pues con las ‘tiotias’ lo hacíamos así” o “las ‘tiotias’ siempre decían tal o cual cosa”. Y claro, *tiotia*, tal como yo lo pronuncio en ruso, a mi padre le sonaba como “chochá” o “chocho”, que es peor todavía, con lo cual en español adquiriría una connotación... que a mi padre le hacía mucha gracia, y se quedó enseguida con esa palabra y siempre decía: “Bueno, pues es igual lo que hayan dicho tus ‘chochas’ o ‘chochos’, porque nosotros lo hacemos así”. Por eso me acuerdo que las llamábamos *tiotia*.

Y la otra escena que recuerdo mucho y que siempre cuento es el problema que tenía con la comida, porque no me gustaba la *kapusta*, es decir, la col, y allí todo era con la col, sopas de col y siempre col... Encima, estábamos en plena Guerra Mundial y yo no me lo quería comer. Entonces me obligaban a quedarme allí sentada hasta que me lo comiera. A veces me dejaban irme, otras me tenía que quedar hasta terminarla... Total, que es otra de las escenas que también recuerdo: yo ante una mesa larga con la señora, la *tiotia* de turno esperando a que me terminara la dichosa *kapusta* esa... Y he conservado el asco a todos los platos con repollo y zanahorias hasta el día de hoy. Soy incapaz de comerme la *choucrouste* o el *sauerkraut*, nada que tenga que ver con col o repollo.

Por lo demás, recuerdos tengo pocos. Bueno, tengo también esa famosa historia que les conté a mis padres cuando llegué a Francia, y era que en la

Unión Soviética —donde, por supuesto todo era mejor, todo era perfecto y todo eran milagros— pues yo había visto uno de esos milagros, una región donde los árboles andaban. Y eso, según me contaron después, fue porque hicimos un viaje en barco, supongo por el Volga, y claro, cuando tú vas en un barco o en un tren, tienes esa impresión de que los árboles se mueven. Pero bueno, yo entonces pensé que era uno de los milagros soviéticos y lo contaba así: que en la URSS hay paisajes donde los árboles se mueven.

NÚRIA:

Es mágica esa imagen... pero yo, por ejemplo, sí recuerdo largas historias de mi infancia.

MERCEDES:

¡Nunca me lo has contado! ¿Tú naciste en el 38?

NÚRIA:

Yo nací en el 38, sí, el 18 de marzo, en Barcelona, que, según me decía mi madre, fue una de las noches de bombardeos más fuertes. Y mi madre contaba que en el hospital, cuando ella estaba ya con los dolores, tuvieron que levantarse las mujeres, muchas de ellas enfermas, tuvieron que levantarse para bajar al sótano, porque pensaban que el edificio se hundía, y que vio todas las salas y las escaleras llenas de paños y algodones ensangrentados y ella agarrándose a la barandilla de la escalera cuando le daba fuerte, hasta poder avanzar un poco más. Y se refugiaron en el sótano, que no estaba muy acondicionado. Si se hubiera hundido el hospital, seguramente que hubieran muerto todos, digo yo, pero tuvimos suerte... En esas condiciones nací, en marzo, en Barcelona.

Lo he leído luego en algunos textos, porque a mí también me ha interesado bastante el tema de la Guerra Civil. Y sí, parece ser que de ese mes de marzo del 38 se guarda un recuerdo terrible en Barcelona.

MERCEDES:

Pero tú entonces, si naces en Barcelona en marzo del 38, la guerra termina en el 39...

NÚRIA:

La guerra, que yo sepa, terminó en abril del 39. Mis padres, mejor dicho, mi madre se sumó con mi padre a esa riada humana de fugitivos, de refugiados que se encaminaban hacia la frontera francesa.

MERCEDES:

Contigo en los brazos, claro, de meses, entonces.

NÚRIA:

Conmigo en brazos, de nueve meses. Mi madre siempre me dijo que yo tenía nueve meses y que estuvieron varias semanas caminando desde Barcelona hasta La Junquera, inmersos en ese río humano de fugitivos que luego se ha visto en tantas otras situaciones de la historia de nuestro siglo, bombardeándoles los aeroplanos, que parece que bajaban a tal altura que podían ametrallar a la gente que estaba allí caminando. Mi madre tuvo que echarse muchas veces a la cuneta y me lo ha descrito, que me cubría con su cuerpo, es decir, ella se ponía encima mío por si le tocaba, que por lo menos yo quedara protegida con su cuerpo. Mi padre, como era oficial de aviación, pues iba con su gente. No iban juntos, pero sabían dónde estaban el uno y el otro.

MERCEDES:

¿Iban al mismo tiempo, pero no juntos?

NÚRIA:

Iban al mismo tiempo, pero él iba en coche o en moto, con su gente, y vigilaba de vez en cuando dónde estábamos nosotras y pasaron juntos la frontera de La Junquera en una situación extremadamente dramática, porque decía mi madre que ya estaban oyendo los cañonazos de las tropas de Franco. Y yo creo que eso debe haber sido en enero del 39.

Tú habrás visto esas imágenes documentales, esas escenas de españoles refugiados que van llegando, ¡tantos y tantos!, los hombres todavía armados y los gendarmes franceses les obligan a tirar las armas, tirarlas al suelo, no entregarlas... llorando muchos, porque tirar el arma con la que habían estado luchando tres años era la derrota en sí. Y al mismo tiempo, los gendarmes separaban a los hombres de las mujeres: los hombres a la izquierda y las mujeres a la derecha. Y entonces internaron a los hombres en campos de concentración —los llamaban “de concentración”— y a las mujeres en campos de mujeres con niños. Muy angustioso fue todo para mi madre, porque antes de llegar a la frontera mi padre la dejó sola en la montaña. Él regresó al pueblo. Es una historia conflictiva que ya llevaba en sí el germen de todo lo que iba a destruir posteriormente el matrimonio de mis padres. Mi madre aseguró hasta el final de su vida que mi padre regresó al pueblo porque también iba con él su amante. Los demás habían pasado la frontera y mi madre se quedó sola, conmigo en brazos.

MERCEDES:

Pero, ¿del lado francés ya?

NÚRIA:

Todavía en territorio español, a pocos pasos de la frontera francesa. Se quedó sola en plena montaña, conmigo en brazos. El marido, que había regresado al pueblo, y ella pensando que había ido a buscar a la otra mujer. Anocheceía. Los últimos que pasaban le decían: “Pero señora, véngase, ¿no oye que están disparando los de Franco? ¿Qué hace aquí sola?”. Ella no quiso, siguió esperando. Se quedó en plena montaña conmigo, llamando: “¡José, Joséee!”.

MERCEDES:

José ¿era tu padre?

NÚRIA:

Llamando a mi padre. Anoheció. No sé a qué hora aparecería mi padre y juntos pasaron la frontera y... los separaron inmediatamente. Esa es la historia que, hasta el fin de su vida, mi madre me estuvo contando. Yo ya no soportaba oír-la, ¿no? Pero si se piensa bien, desde luego fue una situación angustiada.

MERCEDES:

Pero, ¿tú tienes la impresión y lo has hablado con tus padres, o con tu padre? ¿Esa era una idea que ella tenía o era un hecho?

NÚRIA:

Yo creo que era un hecho. Era un hecho, porque luego se ha visto y además lo sé por la propia familia de mi padre, que lo han confirmado. Él tenía una novia antes de casarse, y la madre de mi padre, mi abuela, hubiera querido que se casara con esa chica y no con mi madre. Pero mi padre se quiso casar con la catalana rubia, de ojos azules, que tocaba el piano, y así. Él quería una mujer así. Pero la otra relación probablemente se mantuvo. Aunque tengo que decir que el problema de mi padre fue siempre que era un hombre muy poco dado a formar una familia. Algo anárquico, muy individualista. Nunca he comprendido cómo un hombre así quiso tener una familia, porque para él la familia era una carga insostenible.

MERCEDES:

Es que no es el problema de querer formar familia... Yo, por ejemplo —y permíteme que haga este paréntesis en el relato sobre tu padre— yo, normal-

mente, también soy una persona así, soy una persona que no estoy hecha para la familia.

Lo sorprendente es que tú tenías nueve meses y se daba esa situación más que trágica, como es la de tener que sobrevivir pasando una frontera en guerra... que él se haya ido a ver a la otra chica.

NÚRIA:

Es que también la llevaba a ella, ella también iba. Ella iba desde Barcelona o quizás desde Valencia. Iba con toda su tropa, con toda su gente, porque mi padre era oficial, yo creo que teniente, capitán al terminar la guerra. Tenía cierta responsabilidad para con sus hombres.

MERCEDES:

Pero ¿cuál era el papel de esa chica?

NÚRIA:

Esa chica formaba parte de la compañía o de la tropa o lo que fuera, no sé si en función de enfermera o algo así; y pasaron la noche —según contaba mi madre— todos abajo en el pueblo. Yo, exactamente, no te lo puedo aclarar, pero esa es la historia que desde el punto de vista de mi madre era una monstruosidad, una situación traumatizante.

MERCEDES:

¡Es que lo era!

NÚRIA:

Mi madre era una mujer educada muy a lo pequeño burgués, con un horizonte estrecho. Era la menor de cinco hijos. Tres hermanos mayores y ella la hija pequeña, y estuvo siempre muy protegida, pero también muy dominada por su madre. Es decir, que fue siempre una persona muy dependiente de la autoridad de sus padres, y luego de la autoridad del marido, y que necesitaba esa autoridad. Luego estuvo reclamando hasta el final de su vida la autoridad de sus hijas, la protección de las hijas. Autoridad solamente no, porque ella era también muy autoritaria. Es una cosa muy compleja. Pero, claro, la idea que tenía del matrimonio... porque yo coincido con la tuya completamente. Pero mi madre, con su formación tan católica... aunque era una época en la que el feminismo estaba en auge en Cataluña.

MERCEDES:

Estás hablando ¿de qué época?

NÚRIA:

Pues de los años veinte, porque mi madre nació en 1910. Luego, es una época de gran auge de la cultura catalana y al mismo tiempo, ya en el siglo xix, pero en Cataluña muy especialmente a principios del siglo xx, muchas mujeres empezaban a emanciparse. Pero mi madre no: mi madre fue siempre una persona muy desvalida y eso condujo a que tiranizara un poco a las personas que tenía más cerca, obligándoles a responder de ella. Lógico que aquella situación fuera para mi madre eso, encontrarse abandonada, porque así era y lo vivió así, se sintió abandonada con la criatura, la guerra que se le estaba echando encima... Francia, un país que no conocía.

En cuanto a mi padre, he decirte —porque es importante para la personalidad el origen de las personas; en fin, de eso estamos hablando— mi padre nació en Andalucía. Mis abuelos vivían en Andalucía, cerca de Granada; pero cuando mi padre, que era el primogénito, tenía un año de edad, marcharon a Marruecos. Tenían, por lo visto, dos tiendas de comestibles, una la abuela, mi abuela Bernardina, y otra tienda mi abuelo, que también se llamaba José Quevedo. Después fueron naciendo las otras hijas, mis tías, tres hijas y el último, que fue el hermano menor de mi padre. Es decir, que en total eran cinco hijos.

Al abuelo lo mataron los marroquíes, no sé por qué. Apareció un día apuñalado, no sé si por motivos políticos o porque llevaba dinero encima, para robarle el dinero o algo así. El caso es que mi padre tenía dieciséis años.

MERCEDES:

Cuando mataron a su padre.

NÚRIA:

Cuando mataron a su padre, a mi abuelo, que no he conocido. Entonces has de pensar que mi padre se formó hasta los dieciséis años en un ambiente oriental. Y esta mentalidad en cuanto a la relación con la mujer persistió hasta el fin de su vida. Ahí radica incluso la obsesión que tenía mi padre de querer tener un hijo, ¡que había de ser un hijo! Y todas éramos hijas, pero tener hijas era para él como una afrenta.

MERCEDES:

Puede ser, aunque yo siempre afirmo —y la vida me lo confirma cada vez más— que en estas cosas no hay reglas matemáticas. Por ejemplo, él podía haberse criado en Valencia o Barcelona y haber sido igual. Pero puede ser que sí le haya marcado, porque a veces una circunstancia de la vida despierta cosas latentes, por no decir fantasmas que, si no, se hubieran quedado dormidos en el fondo de tu mente o de tus genes.

NÚRIA:

Yo creo que sí, que al machismo ibérico innato se sumó esa influencia de sus amigos, que serían chicos marroquíes... Pues sí, porque mi padre tuvo toda su vida —incluso en las situaciones más arriesgadas, no solamente al final de la guerra de España, sino incluso durante la guerra mundial aquí, en Alemania— tuvo siempre varias mujeres al mismo tiempo. Cosa que para mi madre era algo inconcebible, que la llevó a la histeria. Para nosotras, quizás no hubiera sido así.

MERCEDES:

Para nosotras, ¿te refieres a nosotras dos?

NÚRIA:

Para nosotras, es decir, la otra generación. Hubiéramos dicho: “¡Bueno, ya está bien, decídete de una vez!” o lo hubiéramos tolerado; hubiéramos dicho: “Vale, es una historia que... bueno, si tú tienes el derecho, yo también”.

MERCEDES:

Eso sí que es, sin duda, producto del entorno social, de formación, de educación, de creencia también. Ahí, sin duda, el efecto de la educación católica hace mucho, en el sentido de decir, simplemente: “Si te casas por la iglesia, es de por vida”.

NÚRIA:

Y además el ambiente en su familia, protegida de las “malas influencias” del entorno, de la vida social. Nunca fue a bailar con amigas, ni le permitían ir a cantar al coro para que no tratara con chicos: cosas así, que es insólito en una familia catalana; porque, bueno, quizás en un pueblo perdido, que sé yo, de Extremadura, sí sería en aquel tiempo más normal, pero en Barcelona, pues es extraño, ¿no?

MERCEDES:

Y en ese medio que, según dices, era por lo menos pequeña burguesía o quizás algo más.

NÚRIA:

No, no, muy modesta. Porque mi abuela, mi abuela Antonia, era de Reus y casi no sabía escribir, pero sabía coser muy bien. Era modista, costurera, y trabajaba en casa de una familia de la alta burguesía catalana, empresarios, que tenían muchos empleados, asistentes, camareras. Y ella iba a coser y estuvo trabajando, creo que hasta los setenta años. Ya casi pertenecía a la familia, como solía suceder en España, porque es que se la pasaron de padres a hijos. Y mi abuelo era obrero, pero muy especializado, era tipógrafo. Era obrero, pero culto, le gustaba la música y la literatura. Eran, por lo visto, un matrimonio un poco dispar. Había un régimen matriarcal en la familia. Eso marcó la manera de ser de mi madre.

MERCEDES:

Pero me gustaría volver... Entonces, en el momento ese, ¿os quedáis en España?

NÚRIA:

Mis padres pasaron juntos la frontera y los separaron inmediatamente. A mi madre la internaron en uno de esos campos de mujeres, y lo que me extraña es que todavía me daba el pecho, y del disgusto, de tanta alteración, parece ser que la leche me hizo daño —así me lo explicaba ella siempre— el caso es que, fuera por ese motivo, fuera por otro cualquiera, yo me puse muy enferma. Apenas admitía alimento y al cabo de un mes estaba muy mal. Según ella contaba, veía que la criatura se le iba. Entonces se apuntó a unas listas de mujeres que querían regresar.

MERCEDES:

¿A España?

NÚRIA:

A España, porque no sabía dónde estaba su marido.

MERCEDES:

¿Cuánto tiempo habréis pasado allí?

NÚRIA:

Yo creo que cuatro o cinco semanas.

MERCEDES:

Que fueron en las que tú estuviste a punto de morirte.

NÚRIA:

Una criatura ¿no? se puede morir en dos semanas o en dos días. Bueno, y muchos piojos, mucha agresión entre las mujeres. Riñendo por conseguir un puesto —había solo un hornillo— para calentar la papilla, y cuando me la quería dar, yo la escupía. Dramas y peleas. Las mujeres castellanas, dice que la agredían: “Vosotros, los catalanes, que os habéis entregado; nosotros, en Madrid, que hemos luchado hasta dar la última gota de sangre”. Se tiraban de las greñas. Comprenderás que, en una situación así, la gente está histérica a más no poder. En vista de que estaba tan mal y como había organizaciones, por parte de Franco, ¿eh?, de la Cruz Roja, de las monjas, que ofrecían el regreso, se apuntó a una de las listas y la llevaron a Navarra, justamente. Y en Navarra nos tuvieron retenidas varias semanas con las monjas. Dice que había una monjita muy cariñosa que me llamaba Quevedita y que empezó a cuidarme y me salvó la vida.

Mi madre humillada, porque tenían que rezar varias veces al día, tenían que cantar el “Cara al sol” con el brazo alzado. Sí claro, claro, eran las vencidas, ¿no? Pero lo que ella quería era que me salvaran a mí y lo consiguieron, y cuando ya le permitieron regresar, escribió a la abuela de Barcelona.

MERCEDES:

¿Abuela de su parte?

NÚRIA:

La abuela Antonia, sí, la madre de mi madre, que estaba esperando sin saber qué había sido de su hija.

MERCEDES:

Porque en estas semanas que estuvisteis en Francia no había habido ningún tipo de contacto .

NÚRIA:

Con nadie, ni con mi padre, ni con la familia de mi padre, ni con la familia de mi madre. Claro, estaba desesperada.

MERCEDES:

Es decir, que a los hombres los separaron de tal forma, que no podían verse ni con sus familias ni nada, sino que los internaron en los campos.

NÚRIA:

De Gours y de Argelès, creo que fue Argelès. Mi padre estuvo en tres campos distintos y el primero sería el que había en el sur de Francia, porque me explicaba que estaban en la arena, en la playa y, claro, en invierno hace frío, todos apiñados para calentarse un poco al dormir.

No te he contado que, cuando murió el abuelo en Marruecos, parece ser que hubo un conflicto con su madre, con mi abuela Bernardina. Porque la tradición oriental lo quiere así: el hijo mayor, el primogénito, cuando muere el padre, es el cabeza de familia. Pero mi abuela no era musulmana, era española y debía decir: “¡Aquí aún estoy yo, la que manda soy yo!”. Régimen matriarcal también. Y mi padre parece ser que cogió una rabieta terrible y se marchó de casa, se marchó a la Península, es decir, se fue al sur de España, solicitó entrar en una escuela de formación militar y le admitieron. Y, al cabo de dos o tres años, el hijo menor de mi abuela, el hermano pequeño de mi padre, le siguió y entró también en la misma escuela. Por eso los dos estaban en el campo de concentración francés...

MERCEDES:

Eran militares de profesión.

NÚRIA:

Eran profesionales de aeronáutica. El tío José María era piloto.

MERCEDES:

¿Y se enrolaron en el Ejército Republicano?

NÚRIA:

Eran del Ejército y se mantuvieron fieles a la República, porque mi padre... Mi padre militaba en el Partido Comunista.

MERCEDES:

¿Ya entonces?

NÚRIA:

Creo que al principio aún no. Fue después de casarse, que se casaron en el 35. Mis padres se fueron a vivir a San Javier, que está en el sur de España, creo que en

Murcia, donde había una base naval. Y tendrías que ver las fotos de este tipo de aviones. Eran unos aviones de cuatro alas, biplanos o avionetas creo que los llamaban, que se caían solas, se caían como moscas al decir de los mismos aviadores. No hacía falta que las tiraran abajo, se caían solitas, bueno, era una aviación catastrófica. Mi padre era técnico de aviación y a veces iba a bordo. Pero, fíjate, estando en el aire —no llevaban la misma velocidad que llevan ahora, ni mucho menos, pero a pesar de todo...— estando en el aire, si se estropeaba el motor, él tenía que salir al ala, agarrado de alguna manera, y mirar de arreglar lo que no funcionaba para no caer en picado. Por lo menos él lo explicaba así. Es casi increíble, pero me gustaría creerlo. Era joven mi padre, era un hombre lanzado así, a la aventura.

MERCEDES:

Oye, ¿entonces vosotras volvéis a Barcelona?

NÚRIA:

Mi madre y yo volvemos a Barcelona. A partir de esa época, yo, mi infancia, la vivo en Barcelona hasta el 52.

MERCEDES:

Con tu madre.

NÚRIA:

Sí, con mi madre en casa de mi abuela, en el piso en que vivía, en el séptimo piso, en la calle Valencia 198. En nuestro mismo piso vivía también un hermano de mi madre y dos pisos más abajo vivía otro hermano de mi madre, otro tío mío, con su familia. Es decir, estuve muy rodeada de familia.

MERCEDES:

Entonces, de la infancia en Barcelona, ¿a partir de qué momento, a partir de qué edad piensas que te acuerdas de las primeras cosas de Barcelona, de tu infancia?

NÚRIA:

Muy concretamente recuerdo a partir del regreso de Berlín, es decir a los seis años.

MERCEDES:

¿Cómo regreso de Berlín? ¿Por qué regreso de Berlín? Bueno, entonces me tienes que contar todavía esa parte. O sea, tú llegas a Barcelona y os quedáis primero en Barcelona, viviendo en ese piso con el hermano...

NÚRIA:

Con el hermano, mi tío Josep, que estaba el pobre un poco loco. Viviendo con él, que trabajaba de corrector en una editorial y nos ayudaba a vivir también con su sueldo.

MERCEDES:

Porque tu madre ¿no trabajaba?

NÚRIA:

Mi madre trabajaba, pero ganando poquísimo dinero; primero de ayudante de costurera y luego en un laboratorio de hierbas medicinales, porque ya te he dicho que había estudiado música en el Conservatorio de Barcelona y era profesora de piano, pero no encontró trabajo en esto y tuvo que trabajar de lo que pudo. Su sueldo no hubiera alcanzado para mantenernos. El caso es que estábamos en casa de la abuela, con el tío, y uno de mis recuerdos más antiguos —pero eso fue ya después de haber regresado de Berlín— fue el día en que terminó la guerra, la guerra mundial. Estábamos en el pueblo, La Selva, que se llama.

MERCEDES:

¡En mayo de 1945!

NÚRIA:

En mayo del 45 estábamos yo creo que en un campo de almendros...

MERCEDES:

¡Y yo en Moscú!

NÚRIA:

Y el Payés, que era un pariente lejano, se acercaba corriendo. Estábamos bajo los árboles, mi hermanita pequeña —pocos años tendría... en el 45 tenía dos años— y yo y mi madre... y se acercó desde arriba, porque el campo recuerdo que hacía subida y los árboles, los almendros, y se acercó corriendo con sus alpargatas, la boina y la camisa abierta, el Payés gritando: “¡Mercé, Mercéee, Mercéee...!”

MERCEDES:

¿Mercé es tu madre?

NÚRIA:

Sí, Mercé era mi madre.

MERCEDES:

¡Ah! Se llamaba Mercedes, como yo.

NÚRIA:

En catalán es Mercé. Pues... “¡Ha terminado la guerra! ¡Berlín ha capitulado! ¡La guerra ha terminado! ¡Ha terminado la guerra!”, y recuerdo que él estaba muy alterado y yo no entendía muy bien qué es lo que pasaba y mi madre, pues... se quedó callada y quieta. Ese es el recuerdo: mucho sol, el silencio de mi madre.

MERCEDES:

Es tu primer recuerdo...

NÚRIA:

Es uno de los primeros recuerdos.

MERCEDES:

Y ¿qué pasó antes en Berlín? ¡Cuéntame eso de Berlín!

NÚRIA:

En el 43, mi padre, después de haber pasado por varios campos de concentración en Francia, de haberse escapado de los campos, que la policía francesa lo pilló varias veces, lo volvieron a internar. En fin, cuando la ocupación alemana, yo creo que se apuntó voluntario para ir a trabajar a Berlín en una fábrica de construcción de aviones. Esa es la verdad. Él nunca lo ha dicho así, dijo que lo deportaron. Y no solamente fue él solo: fue con un grupo de españoles que eran también militares como él y técnicos de aviación, y los llevaron a Berlín.

MERCEDES:

Es decir, ¿a trabajar para los alemanes? ¡Qué fuerte!

NÚRIA:

Para los alemanes, los nazis. Durante años él lo negó, dijo siempre que lo deportaron, que lo cogieron en el campo, y yo lo había considerado posible, pero después de su muerte encontré entre sus papeles y documentos, alguno

de contenido evidente. Es decir, contratos con la firma y el sello... Para salvar la vida se hacen muchas cosas, ¿no?

MERCEDES:

Sí... además, en esa situación es muy difícil saber lo que es tu voluntad. Él, a lo mejor, quería escapar de esa situación en la que estaban, y eso para él, en esos momentos, era lo principal. Claro que se metía en otra mucho peor...

NÚRIA:

Es incomprensible.

MERCEDES:

Incomprensible, sí. Pero una y otra vez la vida nos muestra y enseña que hay que intentar colocarse en el momento, en esa situación en la que él estaba: desde hacía años encerrado, seguramente no muy bien tratado, por no decir maltratado por los franceses. Tiene que haber pasado mucho para que a una persona como él, que en el fondo era republicano, incluso, por lo que tú dices, comunista...

NÚRIA:

Comunista y militante.

MERCEDES:

...se apunte para ir a trabajar a Alemania. Él pensaba, a lo mejor, que era liberarse, que era la forma de liberarse de allí y luego ya podría volver a escaparse de Alemania. En fin, no sé, no estoy intentando justificar...

NÚRIA:

Justificarlo es difícil.

MERCEDES:

Se trata de intentar comprender lo que pasó.

NÚRIA:

Es incomprensible y lo es mucho más, ya verás, cuando te diga que hubiera tenido oportunidad de marcharse de Francia. Ya sabes que también en América latina hubo acciones de solidaridad, no solamente en Europa. Se organizó ayuda para los españoles emigrados y refugiados, y casi todos los países de América latina trataron de ayudar a los españoles y lo consiguieron en buena parte. Méjico... en fin, no hace falta que te explique.

MERCEDES:

Sí, mi padre también estuvo en Méjico.

NÚRIA:

Nosotros teníamos un pariente, un tío de mi madre, en Cuba. Era empresario y tenía ciertas posibilidades económicas y este pariente buscó trabajo para mi padre como técnico en Costa Rica. El caso es que le envió una cantidad considerable de dólares a mi padre e incluso el pasaje pagado. Pero nunca quedó claro por qué mi padre desaprovechó esta oportunidad. Ves a saber...

MERCEDES:

¡O sea que nunca se supo lo que pasó con ese dinero!

NÚRIA:

No se supo, aunque mi padre confirmó haberlo recibido. Yo pienso que tal vez se lo robarían o lo malgastó, yo que sé. En fin, se apuntó y vino a parar a Berlín y estuvo trabajando hasta el final de la guerra, con otros españoles también, en esa empresa de construcción de aviones.

MERCEDES:

¿De armamento?

NÚRIA:

De armamento. Mi padre siempre dijo que organizaban mucho sabotaje. Es posible. Mi madre, al enterarse de que mi padre estaba en Berlín, hizo lo imposible para venir a reunirse con su marido ¡en plena guerra! En plena guerra, a pesar de que sus hermanos le advertían que era una locura, que dejara, que era peligrosísimo ir en avión a Berlín. Pero nada, ella quería reunirse con su marido, un amor, así, un poco obsesivo hacia mi padre. Y se fue conmigo a Berlín. Yo tenía cuatro años. Y ese es uno de mis recuerdos más vivos, más intensos. El dolor de oídos que tuve en ese primer vuelo de mi vida... parece que yo lloraba. Vinieron a ayudarme las azafatas y el momento, luego, del aterrizaje, que fue el más doloroso. Y al salir, ¡la nieve que había en el aeropuerto! Por primera vez en mi vida vi tanta nieve. Bajamos del avión y mi padre llevaba un abrigo de cuero, lo recuerdo, aunque no sabría decirte si realmente recuerdo el abrigo o es porque lo he visto en las fotos. Nos hicimos una foto de la llegada. Mi madre vestida a la moda de la época, con un sombrero así, ladeado, y yo de cuatro años, y mi padre con

el abrigo de cuero, que estaba muy de moda en aquella época aquí, en Alemania. Sí recuerdo el cuero, porque recuerdo el tacto, sabes, frío. Entonces pasamos dos años...

MERCEDES:

¿En Berlín?

NÚRIA:

En Berlín. Y en estos dos años, a mi madre le dio tiempo de quedar preñada dos veces... La primera vez dio a luz a dos gemelitas que nacieron muertas, niñas. Siempre tuvo mi padre la mala suerte de que le nacieran niñas con mi madre: con su esposa legítima solo hijas, y con las otras mujeres, hijos. Esa fue su desesperación, porque él quería que el nombre, el apellido Quevedo quedara, tuviera descendencia.

Ahí empieza el recuerdo de la primera habitación. Vivíamos en una habitación realquilados, en la casa de una familia judía.

MERCEDES:

En Berlín, ¿en qué barrio, te acuerdas?

NÚRIA:

El barrio, ese primer barrio, no lo sé. Era una familia judía y recuerdo la habitación, recuerdo que estaba la cama en el centro, que había un armario muy grande enfrente de la cama y más no... una ventana. Es un recuerdo oscuro, como de sueño.

MERCEDES:

Pero, que era una familia judía, ¿lo recuerdas o te lo contaron después? O sea, ¿ellos se identificaban como tales?

NÚRIA:

No, lo sé porque sobrevino una situación dramática. A las pocas semanas de estar allí, al padre de familia lo atropellaron en la calle y mi padre dijo: "No ha sido un accidente".

Tenían que llevar —eso no lo recuerdo, pero lo sé— tenían que llevar la estrella de David cosida al abrigo, y un camión lo atropelló, pero, según contaba luego también mi madre, en la acera. Y murió. Al morir el padre, se llevaron al resto de la familia o se escondieron. No sé cuántas personas serían: su mujer y

seguramente un hijo o dos. Sé que nos tuvimos que marchar de ese piso, probablemente demasiado espacioso. Mi padre alquiló otra habitación aquí, en el barrio de Friedrichshain —eso sí que ya lo sé— en el barrio de Friedrichshain, en el piso de un anciano, de un señor alemán que estaba muy enfermo y que vivía en un piso de dos habitaciones. Y nos ofreció su casa. Mi madre lo cuidó unos meses hasta que murió. Ese señor no era judío y no debía de ser nazi, porque si no, no nos hubiera acogido. Al morir él, digamos, el inquilino principal, nos dejaron en ese piso, pudimos quedarnos. Y mis recuerdos ahí ya son bastante más concretos, recuerdo bastante...

MERCEDES:

¿Ibas a la escuela?

NÚRIA:

No, no. Yo recuerdo haberme quedado sola en el piso muchas horas, porque mi padre iba a trabajar, claro, a esa fábrica, y mi madre pasó mucho tiempo en el hospital con aquel parto tan desgraciado. Después del parto tuvo una pulmonía y durante todas esas semanas estuve yo sola en el piso. Recuerdo que no quería comerme la merienda que mi padre me preparaba, los bocadillos, y los tiraba debajo del armario, los escondía todos debajo del armario... Y cuando mi madre volvió, empezó a hacer limpieza y encontró todo el pan podrido. Lo recuerdo porque tenía miedo de que lo encontrarán.

MERCEDES:

Y ¿por qué no lo querías comer?

NÚRIA:

No sé, seguramente no tenía apetito. Una criatura de esa edad —yo tenía cinco años— sola todo el día en casa... Mi padre debía regresar lo antes posible, pero bueno... Tú sabes cómo son esos pisos berlineses, tan oscuros y las ventanas tan altas, y teniendo cinco años todo es muchísimo más alto, más oscuro, más tenebroso... eso sí, eso lo recuerdo. Y recuerdo el cariño que yo sentía hacia mi padre, porque mi padre era cariñoso conmigo. Jugaba mucho conmigo, ¡eh! Sí, además recuerdo que mi padre me rapó la cabeza, estilo árabe, completamente pelada, para que el cabello creciera fuerte.

MERCEDES:

¡Así tienes el pelo que tienes ahora!

NÚRIA:

Comprenderás que llamaba la atención, una niña, además con pendiente-citos, porque llevaba pendientes...

MERCEDES:

Al estilo español.

NÚRIA:

Al estilo español y pelada al rape. Y la gente preguntaba: “¿Es que has tenido piojos?”, y a mí me daba vergüenza.

Un recuerdo muy vivo es también el de los bombardeos y del refugio. Tenía una maletita yo en la que guardaba lo mío. Un poco de ropa interior, lo imprescindible, y estaba ya todo preparado, porque los bombardeos no venían solo de día sino a veces de noche, muy a menudo, de noche. Ese maletín lo conservó mi padre y, cuando murió, lo reconocí entre sus cosas. Y recuerdo que mi madre me despertaba: “¡Las sirenas!”. Las sirenas las recuerdo muchísimo. Mira por las ventanas, aquí estamos ahora en mi estudio en la Frankfurter Allee, y allí al fondo había una fábrica en tiempos de la RDA, había esa fábrica de bombillas eléctricas, la Glühlampenwerk, y los miércoles a mediodía sonaba la sirena probando el funcionamiento de la instalación. Esa sirena, para mí, ha renovado siempre, siempre, el recuerdo de aquellas sirenas que yo oía en mi infancia cuando había la alarma del bombardeo. Es que además eran iguales; por lo menos en mi recuerdo era la misma sirena.

MERCEDES:

A lo mejor era la misma instalación.

NÚRIA:

Quizás incluso la misma, porque estábamos aquí, en Friedrichshain. Es curioso, ¿no?

Yo aprendí el alemán muy rápidamente.

MERCEDES:

Es decir, tú empiezas a hablar alemán a los cuatro o cinco años ya.

NÚRIA:

Luego lo olvidé completamente, cuando regresamos a Barcelona lo olvidé completamente. Pero a esa edad, cuando mi madre iba a las tiendas a comprar, yo

traducía. Y le hacía mucha gracia a la gente y a los vecinos. Recuerdo también que bajaba a la calle a jugar y tenía amiguitos, uno sobre todo, que se llamaba Peter. Le gustaba coger palitos y piedrecillas del suelo y metérselos en la boca, y yo le reñía... Y recuerdo que a pesar de las regañinas el chiquillo le dijo a mi madre una vez que se quería casar conmigo cuando fuéramos mayores. Dos años más tarde, estando ya en Barcelona, mi padre nos escribió que Peter había muerto en un bombardeo.

MERCEDES:

Y tu madre, más tarde, ¿trabajó o a qué se dedicó?

NÚRIA:

No, estaba en casa. Después del aborto quedó otra vez embarazada de mi hermana. De mi hermana, que mi padre le puso cuando nació el nombre de Ibérica. Un nombre nada cristiano, por cierto, que luego tuvimos problemas en España.

MERCEDES:

¿Para inscribirla? Y ¿qué pasó?

NÚRIA:

¡Para inscribirla! Era la época de Franco. Para inscribirla y registrarla en la escuela fue necesario bautizarla, o sea cristianizarla con otro nombre añadido.

Pero bueno, por partes. Nació mi hermana en el 43, en diciembre... sí, en el 43. Y en marzo o abril de 1944, mi padre dijo: "Esto se acaba, se está viendo que la guerra se acaba. Habrá una catástrofe, una hecatombe en Berlín. ¡Tú con las dos criaturas para Barcelona, vosotras os volvéis!", y nos acompañó hasta París mi padre.

MERCEDES:

Porque, ¿él a España no podía ir?

NÚRIA:

A España no podía ir. Nos acompañó hasta París. Estuvimos un día o dos en París, mi hermanita bebé y yo con seis años, y en París cogimos el tren directo ya hacia Barcelona.

MERCEDES:

Perdona la pregunta, ¿con qué tipo de papeles? Porque él, como español residente en Alemania y trabajando para los alemanes, ¿cómo podía viajar a Francia?

NÚRIA:

París estaba ocupado: la ocupación alemana.

MERCEDES:

Pero él era español, porque vosotros habrías salido con alguna documentación normal española, supongo.

NÚRIA:

Sí, porque mi madre declaró que iba a ver a su marido, que estaba en Alemania, y no lo registraron muy bien, que era un rojo. Yo creo que, a pesar del sistema férreo de la posguerra, en España no estaría todo absolutamente controlado y lo pudo hacer.

Mi padre por supuesto que ocultó que era comunista. Al contrario, mi madre siempre contaba que ella, que nunca fue comunista, pero que era anti-franquista hasta la médula de los huesos, al llegar a Berlín, en esa habitación realquilada de la casa de la familia judía, lo primero que vio en la pared sobre la cama, no fue un Sagrado Corazón de Jesús ni una Purísima Concepción, sino el retrato de Franco. Lo cual indica que mi padre, pues... se hacía pasar por fascista o franquista.

MERCEDES:

Sí, claro, porque si no, no hubiera podido sobrevivir.

NÚRIA:

Si no, no hubiera podido sobrevivir. Es una historia extraña, ¿no te parece?

MERCEDES:

¡Sí, increíblemente extraña! Entonces, él os acompaña hasta París y vosotras volvéis a Barcelona. Y él ¿qué hace?

NÚRIA:

Él no se queda en Francia, sino que regresa a Berlín. Y lo curioso es que, unos nueve meses después, nace nuestro hermano, hijo de una mujer judía que, creo, era una vecina de nuestra casa.

MERCEDES:

¡Pues por eso vuelve a Berlín!

NÚRIA:

Sí, él vuelve, él regresa a Berlín y nace Michael —Miguel, yo le llamo a veces Miguel—, que tiene un año menos que mi hermana.

MERCEDES:

Es decir, que hubo una relación paralela.

NÚRIA:

Evidentemente, y además peligrosa, porque, como te he dicho, la madre era judía. Vete a saber si tenía algo que ver con la familia judía con la que habíamos estado. Eso no lo sé, tendría que preguntárselo a Miguel. Miguel vive en Hamburgo. Cómo conocí a Miguel, ya te lo contaré otra vez. El caso es que...

MERCEDES:

¡Es una historia increíble, mucho más rocambolesca que la mía, pero muchísimo más! ¡Madre mía!

NÚRIA:

Es una historia de novela picaresca contemporánea, mi padre es un personaje de novela picaresca española. Fíjate que Quevedo es el autor clásico de la picaresca española.

MERCEDES:

Exacto, pero ¿él no tiene nada que ver con el escritor Quevedo?

NÚRIA:

Mi padre siempre creyó que somos descendientes de don Francisco.

MERCEDES:

No es imposible, podría ser, ¿no?

NÚRIA:

Imposible no es y, por lo menos, él fue descendiente de los personajes a los que don Francisco de Quevedo dio vida.

MERCEDES:

¡Pero eso ya no sería lo mismo!

NÚRIA:

Sí, sí, parientes del Buscón. En fin, que nació el niño. La madre de Michael se había teñido el pelo de rubio. Ocultaba su procedencia judía, pero a pesar de todo parece que lo descubrieron y la querían deportar a algún campo de concentración, pero la dejaron en Berlín hasta que diera a luz al hijo. Es decir, que estuvo en el hospital hasta que dio a luz, y dos o tres días después la deportaron a Terezin.

MERCEDES:

¡Qué bárbaro! ¿Con el hijo?

NÚRIA:

Sí. Y mi padre nos explicó... Es que yo se lo pregunté cuando volví a Berlín en los años cincuenta, ¿cómo es que ha nacido ese hijo, en esa época? Me dijo que una mujer judía, si estaba embarazada, no corría tanto peligro de ser deportada a los campos de exterminio. Terezin —tú sabes, ¿has estado?— nosotros hemos ido, precisamente por eso, hemos ido a verlo.

MERCEDES:

Yo he pasado, pero no lo he visitado.

NÚRIA:

Nosotros hemos ido a verlo. Es una ciudad... como un *ghetto*. Amurallada, es una ciudad amurallada. Y había una parte, la parte horrorosa de los que iban a morir y que vivían y dormían en barracas, ya sabes, con los guardianes y las ejecuciones. Pero esto era en una plaza un poco marginal de la ciudad, aunque todo intramuros. En la ciudad vivía la gente esperando su hora. Era un campo de, digamos...

MERCEDES:

¡De exterminio!

NÚRIA:

No de exterminio en sí, era un campo de transición. Organizaban transportes regularmente y recogían a una cantidad de gente y los llevaban a Buchenwald o a donde fuera.

MERCEDES:

Entonces, ¿la llevaron a ella con el hijo?

NÚRIA:

La llevaron con el hijo, sí. Esperaron a que naciera para deportarlos. Estuvieron allí hasta mayo del 45.

MERCEDES:

¡Madre mía! Entonces el hijo tendría solo unos meses cuando la liberación. ¿Y ella, sobrevivió?

NÚRIA:

Ella sobrevivió y el niño también, por supuesto, Y él, Miguel, “Mischa”, nunca ha adoptado la ciudadanía alemana, que yo sepa.

MERCEDES:

¿Qué es, entonces?

NÚRIA:

Es sin patria, tiene la documentación de *staatenlos*.

MERCEDES:

¿*Staatenlos*, es decir, “apátrida”?

NÚRIA:

Porque siempre ha dicho: padre español, madre judía...

MERCEDES:

¿Y ha vivido siempre como apátrida?

NÚRIA:

Siempre.

MERCEDES:

Entonces, vosotras os vais... Tu padre os deja en París, seguís para Barcelona y él vuelve a Berlín, que eso fue lo que me extrañó y por eso salió la historia de Michael.

NÚRIA:

Mi padre regresa, que es muy probable que regresara por esa mujer o que regresara porque guardaba rencor a los franceses. No quería vivir en Francia. Pero admiraba a los alemanes.

MERCEDES:

Pero, bueno, vosotras volvéis a Barcelona y ahí os quedáis.

NÚRIA:

Mi madre, ahora con dos hijas, regresa a Barcelona.

MERCEDES:

Y ¿viviendo de qué?

NÚRIA:

En casa de mi abuela, claro, en casa de mi abuela Antonia. La abuela nos mantenía a nosotras. Y el tío, el hermano de mi madre, que también trabajaba.

MERCEDES:

¿El que era tipógrafo?

NÚRIA:

Sí... no, mi tío era corrector en una editorial. Todo un personaje, un hombre desequilibradísimo, pero que con su sueldo nos estuvo manteniendo a nosotras también. Nos quería mucho. En la familia de mi madre, la neurastenia y la locura abundan. Me río, porque mi tío era un personaje tan original, tan loco, el pobre... Pedante con la ortografía, me devolvía a Berlín las cartas corregidas en rojo. Se enamoraba perdidamente, pero siempre sin fortuna y con desesperación espectacular, y tocaba un saxofón ensordecedor. ¡El pobre tío Pepe, qué escenas insólitas recuerdo! Nosotras, mi hermana y yo, le llamábamos "tío Pepe", como al jerez. Josep para la familia, catalanísima. Oye, es que mi abuela era tan catalana, ya te digo, con poca formación escolar, que hablaba el castellano con dificultad, porque es que le costaba pronunciar las palabras castellanas; pero, a mi hermana y a mí nos obligaron desde la primera infancia a hablar en castellano, que tal vez por eso lo hablo tan mal, porque es un castellano mal aprendido entre gente catalana.

MERCEDES:

Entre ellos, catalán. ¿Y con vosotras?

NÚRIA:

En la mesa y siempre en familia se hablaba catalán. Y así que se dirigían a nosotras o nosotras decíamos algo, tenía que ser en castellano.

MERCEDES:

Bueno, pero eso sería también por la situación y el ambiente que reinaban en la época de Franco. Quiero decir que estaban facilitando seguramente las cosas, porque...

NÚRIA:

Fíjate que en la escuela hubiéramos aprendido, justamente por eso, el castellano, porque nos lo hubieran obligado a aprender: las clases se daban solo en castellano, la radio, el cine, todo era en castellano. Y en las familias catalanas se hablaba en catalán. Mi lengua materna es el catalán, pero no se me permitió hablarlo en familia, como lo hablaba todo el mundo, porque mi madre decía: “Por respeto al padre, que es andaluz”. Esa era la mentalidad de mi madre. Pero resulta que mi madre era, no solo catalana, sino catalanista, de ese tipo de catalanes que a ti te ponen un poco nerviosa...

MERCEDES:

Sí, en algunas situaciones, sí.

NÚRIA:

Que te irritan un poco. Pues así era ella, y otros parientes todavía más. Más que ella aún, casi separatistas, y a pesar de todo, mi hermana el catalán no lo sabe, porque era muy pequeña cuando regresamos otra vez a Berlín. Y por eso siempre digo que he nacido extranjera, porque he tenido que hablar un idioma que no era mi idioma materno. El castellano me parece un idioma bellísimo, no te creas que es que ahora hay aquí...

MERCEDES:

No, no, ya lo entiendo.

NÚRIA:

Y ya te digo, aprendí un castellano mal hablado, porque en una familia tan catalana, pues hay muchos catalanismos, la pronunciación también es otra. El caso es curiosísimo, porque a mí me parece absurdo que mi madre considerara un gesto de respeto al marido que las hijas hablaran en casa castellano estando él ausente; porque bueno, si dijéramos está él presente, para que lo entienda...

MERCEDES:

¿Tu padre nunca habló el catalán?

NÚRIA:

No, porque estuvo poco tiempo en Barcelona. Y no te creas, él simpatizaba con Cataluña, pero el catalán no... Sus hermanas, mis tías que viven en Barcelona, sí que siempre han hablado catalán con la gente, pero un poquito “acharnegado”, porque las pobres se esforzaban, pero eran muy andaluzas. Me han contado que si la gente en el tranvía o donde fuera hablaba en catalán, se levantaba cualquiera y le increpaba: “¡Hable usted en cristiano!”. Y, claro, de ahí viene, de ahí viene ese rencor, y por eso tienes que comprenderlo, el rencor de los catalanes a los que se les han prohibido su propio idioma durante cuarenta años...

MERCEDES:

Lo que pasa es que a mí que no me identifiquen —¡al contrario!— con las fuerzas que lo han hecho. Es decir, que ahí, una vez más, pagamos justos por pecadores.

NÚRIA:

Es que algunas veces caen en el otro extremo, efectivamente.

MERCEDES:

No, yo lo entiendo, yo lo entiendo, pero lo que no vale es lo que yo llamo “el racismo al revés”. O sea, yo soy consciente de que ha habido y hay racismos y segregación, pero lo que no entiendo es que se diga: “Ya que yo lo he sufrido, que lo sufra el otro cuando yo estoy en mayoría”.

NÚRIA:

Pero el ser humano es así.

MERCEDES:

Sí, ya, ya. No, si yo los entiendo y tal, pero es un poco... no sé cómo decirte. Si yo hubiera sido una española franquista, pues, diría... pues bueno, sí, es parte de mi culpa... Pero yo no... Pero, claro, no le voy a contar a cada una mi vida, y menos en la caja del supermercado, cuando lo que tengo que hacer es pagar.

NÚRIA:

Pero es que tú hablas tan a lo castellano, con un acento, una fonética tan castiza, que ellas piensan: “Esa es que no le da la gana, viene aquí”.

MERCEDES:

Y piensan, lo que tú dices: “Esa”, y no “pobre señora, no entiende, o tal”, sino “esa”, exactamente. No, si yo lo entiendo, pero no lo acepto.

NÚRIA:

Yo te comprendo a ti, pero comprendo también la actitud, aunque toda clase de nacionalismos, sobre todo exaltados, a mí me parece...

MERCEDES:

Y respuesta de nacionalismo con nacionalismo es lo que tenemos hoy en Yugoslavia, exactamente eso.

NÚRIA:

No, por muchas razones históricas que haya, el nacionalismo...

MERCEDES:

“Exacerbado”, que se llama ahora...

NÚRIA:

Cualquier nacionalismo, aunque no sea fanático, me parece muy desagradable. En fin, esa es más o menos la historia.

MERCEDES:

Espere un momento, vamos a intentar terminar esa fase, que me parece importante. Entonces, vosotras volvéis a España y tu padre ¿se queda en Berlín durante todo el tiempo? Es decir, él vive la liberación, la derrota del fascismo aquí y, los primeros años, la división en dos estados alemanes, y la fundación de la RFA primero y de la RDA después.

NÚRIA:

Sí. Mi padre, así que terminó la guerra...

MERCEDES:

¿Trabajando o cómo?

NÚRIA:

Sí, trabajando en la fábrica hasta el final... En el 45, lo primero que hizo, eso sí me consta, lo primero que hizo es quedarse deliberadamente en el sector

soviético y también, otra de las primeras cosas que hizo, con otros españoles, es ir a la Embajada española a saquearla.

MERCEDES:

¿Y eso?

NÚRIA:

Los demás se llevaron objetos de valor. Tú sabes que en las embajadas siempre hay objetos de valor, ceniceros y candelabros de plata y ese tipo de cosas... Mi padre lo único que sacó fueron libros. Se llevó cantidad de libros de la embajada.

MERCEDES:

En lugar de ceniceros, libros.

NÚRIA:

Y la Embajada... ahora es el consulado en una pequeña parte del edificio. La Embajada era un edificio enorme y quedó en ruinas.

MERCEDES:

Sí, fue allí, en el Consulado, donde yo saqué mi primer pasaporte español.

NÚRIA:

Pero no has estado en la parte destruida. Es una cosa como de *El otoño del patriarca*, es una cosa como un escenario *surreal*. Una vez, con el cónsul, estuvimos viendo las salas. ¿Sabes? Vale la pena ver la ruina por dentro. ¡Es que es increíble! Las telarañas, una mesa con polvo de cincuenta años, excrementos de palomas, escalinatas derruidas, papeles amarillentos, espíritus...

MERCEDES:

Bueno, total que después de saquear la Embajada, tu padre se pasa a Berlín oriental, dices.

NÚRIA:

Se quedó aquí, en la zona soviética, en el sector soviético.

MERCEDES:

Sí, entonces era la zona soviética. Pero entonces, ¿cómo entra a trabajar?, ¿cómo se organiza?

NÚRIA:

Participando en el mercado negro. Nosotros le enviábamos paquetes desde Barcelona. Mi abuela y mi madre, con el poco dinero que tenían, mandaban paquetes con café, sobre todo café, cigarrillos y cosas así... Mandaban regularmente paquetes y mi padre era uno de los que estaban en la Potsdamer Platz, que parece ser que era el centro del mercado negro, vendiendo esas cosas. Y otras manipulaciones y otros negocios que debía de hacer... El caso es que iba recogiendo muchos dólares. Lo asaltaron varias veces, le dieron palizas, le robaron todo el dinero... Esas cosas nos las fue explicando luego. Los rusos le robaron una vez la bicicleta que tenía y todo el dinero que llevaba encima.

MERCEDES:

Lo típico de toda guerra, del después de la guerra.

NÚRIA:

Se instala aquí. Empezó a relacionarse, hizo amistad con Ernst Busch, contactó también con otra gente que iban regresando, los emigrados, los exiliados alemanes...

MERCEDES:

Sí, sí, los que habían huido del fascismo.

NÚRIA:

Empezó a organizarse también un comité de antifascistas alemanes y una asociación de exiliados españoles y empezó a integrarse en este mundo, sin tener todavía contacto con el Partido Comunista. Eso lo fue aplazando...

MERCEDES:

¡Claro!

NÚRIA:

¡Claro, con un currículum tan complicado! Pero encontró trabajo gracias a la ayuda del profesor Werner Kraus, que era rector del Instituto Románico de la Universidad de Leipzig, en una época agitada e intensa. En Leipzig había un grupo de intelectuales muy identificados con el ideal comunista, estaban por el comunismo, pero claro, era gente que pensaba por su propia cuenta, y tú sabes que esos años eran precisamente los más duros, de estalinismo, de procesos y demás. Dificilísima época, llena de conflictos internos. Conflictos

entre los ex-exiliados alemanes, entre ellos también, entre los que venían de países occidentales y los que venían de la Unión Soviética. Berlín en ruinas, racionamiento, la población desmoralizada...

Pero gracias a la ayuda de Werner Kraus, que fue un antifascista de los de primera hora, que estuvo años en la cárcel de los nazis condenado a muerte y que no lo ejecutaron por casualidad, como quien dice... Pues Werner Kraus, un hispanista de alto rango, simpatizó con mi padre, le ofreció dar clases en el Instituto, en Leipzig, y seguramente intercedió también para que mi padre pudiera dar clases de español aquí, en la Universidad de Humboldt, que claro, los profesores, los catedráticos de la universidad supongo yo que se fugarían a los sectores occidentales y faltaba gente. Entonces, para practicar el castellano, para dar clases de literatura y tal, le ofrecieron ese trabajo a mi padre. Y trabajó allí primero y luego en otro instituto hasta que lo jubilaron. Yo creo que los estudiantes apreciaban a mi padre, porque mi padre, tuviera el carácter difícil que tuviera para con su familia, era un hombre muy interesante, atractivo, imaginativo en su trabajo de profesor.

MERCEDES:

Es que son dos mundos diferentes, lo que tú eres en un contexto y lo que eres en el otro...

NÚRIA:

Mi padre era un entusiasta de la literatura y su obsesión por los libros se manifestó de la siguiente manera: quiso tener una librería y una biblioteca. Y alquiló una tienda, aquí cerca en la Bersarinstrasse, entonces Bersarinstrasse y ahora Petersburger Strasse. Y ahí alquiló una tienda y no sé de dónde sacaría una cantidad de libros enorme, novelas policíacas, novelas de amor, de aventuras. Un tesoro para la gente, porque ese tipo de literatura en aquellos años no se encontraba fácilmente. Tenía las paredes completamente cubiertas de estanterías con libros de esos, y solamente en el escaparate ofrecíamos a la venta los libros soviéticos traducidos al alemán. Recuerdo, por ejemplo, *Cómo se templó el acero*, *El abedul blanco* e historias de esas. Todo en alemán, puestos a la venta en el escaparate...

MERCEDES:

Pero ¿tendría también marcados los libros?

NÚRIA:

Sí, con un papelito pegado en la contraportada del libro, en el que se dirigía en alemán al lector recomendando que cuidara bien el libro, que lo tratara

bien, pero que si encontraba ideas fascistas, que por favor lo indicara y cosas así, y abajo había un cuadrado con el precio: costaban 20 céntimos por semana o 30 céntimos los más caros. Y, bueno, vender libros, no vendíamos ni uno, porque ya te digo, era toda esa literatura soviética...

MERCEDES:

Claro, y entonces había un antisovietismo enorme.

NÚRIA:

Pues en fin, esa librería se llamaba Librería Quevedo: Internationale Leihbibliothek Quevedo.

MERCEDES

NÚRIA:

Ahora cuéntame tú, hoy te toca a ti.

MERCEDES:

Bueno, pues esa misma época, aunque unos años antes, porque yo soy más vieja que tú...

NÚRIA:

Dos o tres años más, ¡bah!

MERCEDES:

¡Tres años! Tres años son muchos años cuando se tiene mi edad.

Entonces, nací en el 35, en junio del 35, en Asturias, en Gijón. Mi madre cuenta siempre que cuando nací mi padre no estaba: estaba en la Unión Soviética y, como ella dice, me “conoció” más o menos cuando tenía seis o siete meses.

La primera cosa que marca mi vida es el comienzo de la Guerra Civil. Mi padre era entonces un dirigente del Partido Comunista en Asturias, llegando a ser —creo— secretario general del Partido Comunista en Asturias. Inmediatamente, en cuanto empieza la guerra, él entra, se involucra en todo el tema de la organización del partido para la defensa de la República. Bueno, el había participado en lo que se denomina la Revolución del 34 en Asturias, del movimiento obrero en Asturias, y creo que se había presentado incluso para diputado a las Cortes, pero no salió elegido; hubiera sido entonces diputado a las Cortes de la República.

Y, bueno, a partir de ahí es cuando empieza, en el fondo, la diferencia del curso que toma mi vida de lo que hubiera sido si no hubiera habido la Guerra

Civil, no hubiera habido la Guerra Mundial, que es un poco lo que une nuestras dos vidas. Entonces es cuando, al ver que la Guerra Civil se prolonga más y más, la situación empeora. Sobre todo en la parte del norte hay muchas pérdidas, mucha gente que muere, hay una situación muy tensa, es cuando la Unión Soviética ofrece acoger a los niños para salvarlos, a niños huérfanos cuyos padres han muerto en la guerra, otros cuyos padres estaban en la guerra combatiendo y cuyos hijos estaban desamparados o en dificultades. Y eso, claro, siempre con la idea de que la guerra se iba a ganar y entonces los niños volverían a España.

NÚRIA:

Es que al principio parecía que no iba a durar mucho la guerra.

MERCEDES:

¡Exacto! Se pensaba que iba a terminar pronto y que lógicamente esa guerra se iba a ganar... Ganar por parte de la República y no por parte de las fuerzas sublevadas de Franco.

Bueno, esa oferta a mí me afecta en la medida en que parte del norte, de Asturias. Según los libros y la documentación que he leído, había incluso un Consulado de la Unión Soviética en Asturias, en Oviedo, y desde allí se organiza todo. Y digo que por eso me afecta, porque si yo hubiera vivido, supongamos, en Andalucía, pues quizá no hubiera entrado en el grupo de los niños. Pero hay varias circunstancias que contribuyen a ello: primero, que mi padre fue uno de los dirigentes comunistas que organizaron las expediciones que salieron hacia la Unión Soviética, elaboraron las listas de los niños, etc., etc.; y segundo, porque yo estoy viviendo allí. Y hay una anécdota que es un poco la explicación de por qué afecta a mi familia y que me gustaría contar. Por lo visto, habían dado listas de los niños que habían censado como huérfanos y, sobre todo, los más necesitados de salir. Al presentar las listas al cónsul soviético de entonces, él se extraña de que no haya ninguno de los hijos de los dirigentes comunistas y parece ser que plantea ese tema —¡eso lo acabo de leer y de enterarme de ello ahora en uno de los libros de historia!— y entonces, al parecer, plantea ese tema a mi padre y a los camaradas que estaban organizándolo todo, que le responden que no, que los dirigentes no van a aprovecharse de esa situación para mandar a los propios hijos, se trata de salvar a los otros. Entonces, por lo visto, el cónsul les exige que por lo menos haya cien niños hijos de dirigentes, porque él no ve por qué se va a tratar peor a los hijos de dirigentes que a los otros, y entonces, en pie de igualdad, por lo menos cien. Y ahí es cuando entran familias como la mía, mis dos hermanos mayores, etc.

NÚRIA:

Tus dos hermanos, ¿qué edad tenían?

MERCEDES:

Espera... nacieron en el 30 y en el 31. Es decir que en el 37 tenían seis y siete años, más o menos la edad escolar. Era un poco la condición: que estuvieran en edad escolar. Y con ellos iban los profesores, los maestros, para que, como se decía entonces, “no perdieran el curso, el año escolar”. Es decir, que a la vuelta hubieran seguido su educación en un colegio en España. Mi caso era algo distinto, pues eso era en septiembre del 37 y yo tenía dos años y poco. Va también una tía mía, Argentina, y mis dos hermanos, Ángel y Enrique, junto con los otros niños. La mayoría, la aplastante mayoría de los niños, por no decir todos, eran niños en edad escolar para los que se acondicionaron las llamadas “Casas de Niños Españoles”, como se las conoció luego.

NÚRIA:

¿En Moscú o en los alrededores?

MERCEDES:

No, las hubo en las afueras de Leningrado, en Moscú, en Crimea, etc. En Leningrado, por cierto, los niños y los educadores fueron víctimas del bloqueo de Leningrado, que hizo estragos en la población a causa del hambre, enfermedades, epidemias, donde murieron niños, ancianos, jóvenes... Mi tía Argentina vivió esos terribles días.

NÚRIA:

¿Tú sabes cuántos niños fueron evacuados en total desde España a la Unión Soviética?

MERCEDES:

Según los libros y lo último que se ha dicho y los censos que existen, fueron alrededor de 3.000 niños.

NÚRIA:

¡Es muchísimo!

MERCEDES:

Sí. Muchos eran familias enteras, es decir hermanos, grupos de cuatro o cinco hermanos y primos. Por ejemplo, me vienen a la memoria, así espontá-

neamente, los hermanos Burguete. Salieron los cuatro: María, Coral, Ricardo y Eduardo, y como ellos muchos otros.

Entonces, el problema que se plantea es que, por un lado, yo no tengo la edad, porque esas Casas de Niños estaban organizadas con educadoras rusas o españolas, y con los profesores que habían venido en los mismos barcos, justamente para continuar el curso escolar. Pero para niños de mi edad no se daban las condiciones. No sé cómo hubiera sido todo si mi madre se hubiera quedado en la URSS conmigo —o yo con ella, más bien!— y hubiera sido una de las educadoras u otra cosa, porque no era su profesión. El hecho es que tampoco eso se da, porque mi madre, por razones de la guerra y por no sé qué tipo de cosas que tenía que hacer, a los pocos meses es llamada de vuelta a España y entonces me tiene que dejar allí. Es el momento que yo suelo describir, muy a mi manera, diciendo con esa fórmula entre trágica y cómica: “Bueno, aquí os la dejo, vengo enseguida a buscarla”, y luego pasan nueve años... Ahí sí que me separo un poco de lo que es la vida de los llamados “niños de la guerra”, en el sentido de que me tienen que meter en un orfanato de niños rusos.

Entretanto, ya debía haber cumplido los tres años, pero claro, hasta la edad escolar, que en la URSS era a los siete años, tuve que quedarme allí. Creo que era cerca de Leningrado, hoy San Petersburgo, pero, a decir verdad, yo no recuerdo nada. Absolutamente nada. Sin embargo, hace poco hice un viaje por razones de trabajo a Leningrado y, yendo en autobús en las afueras de Leningrado, pasamos por un lugar que me llamó la atención, porque me pareció reconocer algo... Al preguntar a la guía que nos acompañaba qué eran esas instalaciones, me explicó que era un lugar donde había habido casas de niños, orfanatos, durante la Guerra Mundial. Me quedé con las ganas de visitar el lugar más a fondo, y quizás en algún momento lo haga. Tuvo que haber algo que suscitó ese recuerdo.

Ahí, se supone que me quedo hasta la edad de los siete años, que sería hasta el 42, y claro, nos situamos en plena Guerra Mundial. Y entonces es cuando, como estaba previsto, al alcanzar la edad escolar y como tal niña española que soy, me trasladan a una Casa de Niños Españoles. Yo no lo recuerdo, ni recuerdo el momento en que llegué, ni si me costó adaptarme a ese nuevo mundo, ni nada. Nada de eso recuerdo, solo sé que empiezo a ir al colegio en la Casa de Niños Españoles.

NÚRIA:

¿Llevabais uniforme?

MERCEDES:

No, creo que no. De todos modos, la forma de vestirnos allí era uniformada, en el sentido de que la ropa se hacía, supongo, para todos los niños igual, no el vestidito rosa para una y el azulito para la otra. Allí había, pues yo que sé, la falda, la blusa y tal, y se haría para todos igual. ¡Sin olvidar el pañuelo rojo de pionera!

De lo que me acuerdo mucho es el tema del pelo, porque nos rapaban casi siempre, es decir, regularmente. Yo, de hecho, en mi infancia no he debido tener nunca el pelo largo, creo que nunca, porque entre que era casa de niños, que era situación de guerra y los problemas higiénicos, nos cortaban el pelo al rape; luego crecía un poquito y, en cuanto empezaba a estar un poco más largo, por lo menos a las pequeñas nos lo cortaban. A las mayores creo que sí las debían dejar, porque hay fotos de mi hermano Enrique, por ejemplo, con las chicas que hicieron el bachillerato con él, que lucen una hermosa melena, el típico pelo español, es decir, mucho pelo, rizado, que eso en todos los sitios siempre gusta y llama la atención. Pero esa foto debe ser ya de después de la guerra.

NÚRIA:

No, pero tú también tienes mucho cabello. Ya ves, nos fue bien que nos raparan de niñas.

MERCEDES:

Puede ser. Lo único que recuerdo en cuanto al aspecto exterior, es el tema del pelo, pero bueno, a mí tampoco me parecía extraño...

NÚRIA:

Como todas iban igual...

MERCEDES:

Una de las cosas más llamativas de mi estancia en la Casa de Niños fue, sin duda, esa historia que yo siempre cuento de mi maestro, Arreguí, un maestro asturiano, que había salido con los niños en los barcos. Es uno de los pocos hombres que recuerdo en la Casa de Niños, creo que la mayoría eran mujeres, porque lógicamente los hombres estaban en el frente combatiendo, pero él había sido herido y le faltaba un brazo. Era profesor de escuela y salió con los niños y a mí me tocó él como maestro. Siempre me decía que él hubiera sido mi maestro de todas formas, porque era asturiano, creo incluso que de Gijón, con lo cual hubiera podido ser también mi maestro en España. Era una perso-

na, un hombre, que me transmitió mucho cariño, que conocía a mi padre, que le admiraba, creo, y que me transmitió calor y cariño. Tenía fama en la Casa de Niños de ser un maestro muy severo, muy exigente, pero conmigo tenía algo especial, así es como yo lo recuerdo. El otro recuerdo fuerte de mi estancia en la Casa de Niños es el problema que tuve en mi infancia de orinarme en la cama por las noches, que ya te conté.

NÚRIA:

Era mixto, erais niños y niñas, ¿no?

MERCEDES:

Éramos niños y niñas, pero creo recordar que los dormitorios eran separados: niñas en unos y niños en otros.

NÚRIA:

Bueno, sí, claro. Pero yo encuentro que era un castigo bastante duro, lo de la sábana. No creo que solucionara el problema, porque eso indica que pasaba algo...

MERCEDES:

Evidentemente. Yo luego he leído mucho, bueno me ha interesado el tema este de cuando un niño se orina en la cama. Por lo general son problemas psíquicos, y seguramente había algo de eso. Aunque supongo que en aquella época en la Unión Soviética eso no se veía así o quizás no se diera importancia a esos temas que tenían que ver con la psicología y la psiquiatría. No hay que olvidar que estamos hablando de una época en la Unión Soviética en la que había un rechazo a todos estos aspectos, esa época estalinista en la Unión Soviética donde incluso se persiguió a los investigadores y adeptos que los defendían.

NÚRIA:

Pero, posteriormente, la psicología soviética tuvo mucho auge, según yo creía recordar.

MERCEDES:

Sí, pero hubo una época, en la que famosos psiquiatras, que daba la casualidad ¿o no? que eran judíos, estaban prohibidos, porque se consideraba como algo capitalista, pequeñoburgués, etc. Total, a mí me afectaba mucho, porque lógicamente me daba mucha vergüenza. Claro, luego ya tenías el mote hecho: "Meona, meona". Y todavía más en una situación donde estás conviviendo con los otros niños todo el tiempo. No es que una vez, de vacaciones, estás

cuatro semanas en la playa y dicen los chavales: “¡Esta es una meona!” y luego desapareces y ya no los ves más: allí era toda la vida.

NÚRIA:

Y supongo que ya siempre estarías temiendo que te volviera a pasar. Dime otra cosa, ¿tenías una amiguita? Nosotras decíamos “la amiga del alma”, una amiga con la que se comparten secretos y eso...

MERCEDES:

¿Tú lo recuerdas?

NÚRIA:

Yo la tenía. Pero bueno, quizás ya era algo más mayor.

MERCEDES:

Yo no. De la Casa de Niños no recuerdo haber tenido ninguna amiga en especial. Mis primeras amigas las tuve en Francia, pero claro, es la edad en la que la amiga empieza a ser muy importante, porque ten en cuenta que cuando yo llego a Francia tengo once años. Ahí sí recuerdo dos o tres amigas, de las que incluso conservo fotos, pero antes no. A lo mejor las tuve, pero no las recuerdo. Quizás porque ese corte en mi vida fue muy fuerte. Es un poco como si fueran dos vidas en una. Es decir, a partir del momento en que yo conozco a mis padres, me reúno con ellos, empieza para mí otra vida, totalmente. Entonces, quizás, esa ruptura hace que muchas cosas de mi primera vida se me hayan olvidado. Luego entra en juego una especie de mecanismo que creo que tengo para eliminar recuerdos que me duelen, o recuerdos que no quiero “almacenar”, que he desarrollado, por necesidad quizás, desde pequeña. No sé si es algo que todo el mundo tiene y en qué medida. Pero yo, hay cosas que no recuerdo y, en general, son las cosas malas las que no recuerdo.

En el fondo, menos esas tres o cuatro cosas que yo recuerdo de esos nueve años —que no dejan de ser ¡nueve años! de una vida, y años que siempre se califican de muy importantes, porque es esa primera infancia que tanto dicen que marca— menos esas tres o cuatro cosas, yo, para bien y para mal, no recuerdo nada. Bueno, sí, hay esa otra historia que yo siempre cuento de los paisajes mágicos que en la Unión Soviética se movían... Todo lo demás, o la mayoría de lo que incluso pueda ir contando, son cosas que me han contado y que, de alguna forma, han despertado en mí algo, y entonces ahora mismo no sé si me acuerdo de ellas o me acuerdo porque me lo han contado. Por ejemplo...

NÚRIA:

Eso me pasa a mí también. ¿Por ejemplo...?

MERCEDES:

¿Sí? Por ejemplo, los encuentros con mi hermano, todavía en la Unión Soviética, con Enrique sobre todo. Yo de eso no me acuerdo, pero él sí me ha contado que estuvimos en la misma Casa de Niños y que él vino a verme una vez o dos, sobre todo ya cuando se supo que yo me iba a marchar. Pero yo eso no lo recuerdo y si me acuerdo es porque él me lo ha contado. Claro, está también la diferencia de edad porque nos llevamos cuatro o cinco años...

Yo, por eso, el sentimiento de hermana-hermanos lo he desarrollado también tarde, porque nunca vivimos juntos. Creo que ya te lo he contado, que yo a todos los que se llamaban Álvarez hacía de ellos hermanos o primos míos, pero de eso nada, porque Álvarez es como si te llamas Müller o Schulze en Alemania... Pero quizás era solo un recurso, esa necesidad de buscar a alguien que podía ser algo cercano a ti, algo tuyo. Luego tengo a mi tía, Argentina, que también estuvo con nosotros en la Unión Soviética y también me contó cosas... y todo eso se mezcla un poco. Yo no sé si en una infancia "normal" uno se acuerda de más cosas.

NÚRIA:

Sí, porque con la hermana, incluso con una hermanita pequeña —que mi hermana tiene seis años menos que yo— hay lágrimas, hay cariño, hay besuqueos, luego también habrá celos, hay ese continuo roce, y eso es lo que no se olvida.

Lo que me extraña, y te lo pregunté una vez, es que tus padres no te escribieran ni te mandaran un paquete, algún recuerdo. Quizás, precisamente no lo hicieron para no despertar esa nostalgia, esa sensación de carencia, de algo que falta.

MERCEDES:

Bueno, yo ya te he explicado que yo no he tenido nostalgia ni el sentimiento de carencia. Es algo que a ti te cuesta entender, pero yo, desde que hemos empujado nuestro diálogo, cuanto más me lo planteo, tanto más contesto en negativo. Es decir, por las razones que siempre repito a la gente: yo no sabía, no solo racionalmente en la cabeza sino tampoco en el corazón, no sabía que se podía vivir de otra forma, lo que era vivir con papá, mamá, los hermanos y tal, sino que para mí la vida normal era la Casa de Niños, los educadores, mi maestro Arregui, etc.

Es más, incluso yo diría casi que, al revés, que cuando conocí a mis padres, cuando me reuní con mis padres, tuve que adaptarme a la situación de tener padres. No es que me costara porque lo disfruté, porque, como ya te he contado una vez, yo conocí a mis padres en un contexto en el que me transformé en el centro de la atención, en protagonista. Es decir, mientras yo había estado siempre en el montón, en la masa de la Casa de Niños, de repente por el hecho de reunirme en Francia con mis padres, por el propio cargo de mi padre entonces, por haber llegado de la Unión Soviética en un ambiente de comunistas españoles y franceses, siempre estuve en el centro de la atención.

Luego, además, mis padres me querían mucho e intentaban compensar —ellos sí—todo lo que no habían podido darme durante tantos años, con lo cual yo era la “niña de sus ojos”, nunca mejor dicho. Por eso tuve que adaptarme a esa situación, dentro de todo lo positivo de la misma.

Al perderse la guerra mi padre pasó a Francia, era uno de los dirigentes comunistas encargado de organizar los enlaces entre los campos de internamiento de los que tú hablabas, en los que debió estar tu padre también. Y él era el encargado por el Partido Comunista de asegurar los enlaces entre los campos, iba de un campo a otro, no sé si tenía que resolver asuntos con los franceses. No sé cuál era exactamente su misión; eso también se puede ver en los libros de historia —que, por cierto, en sus memorias, Irene Falcón, la secretaria y colaboradora de Dolores Ibarruri, habla de ese tema también, del papel de mi padre, etc—.

NÚRIA:

Yo de eso no sé nada, seguramente procurarían documentación, pasajes para salir al extranjero.

MERCEDES:

Entonces, en uno de los viajes entre campo y campo, mi padre tuvo un accidente que en el fondo podía haber sido mortal. El chófer murió en el accidente y mi padre quedó muy gravemente herido en un hospital, y lo iban a mandar a la Unión Soviética porque había que operarle con urgencia o no sobreviviría. Pero, entonces, estando en una época muy complicada, con la amenaza de extenderse la guerra —porque nos situamos en los años 1940-1941— el partido decide mandarlo a América, a Cuba. De Cuba pasa más tarde a Méjico, que es donde estaba entonces un núcleo de la dirección del Partido Comunista con Santiago Carrillo y otros. Había una parte de la dirección del partido que estaba en Moscú, con Dolores Ibarruri, y otra en Méjico...

NÚRIA:

Y el gobierno republicano exiliado.

MERCEDES:

Sí, también estaba el gobierno en el exilio. Entonces, mi padre se queda allí. Tu pregunta de por qué no me mandaron paquetes y cartas... bueno, habría que preguntárselo a ellos. Por desgracia, mi padre ya no vive, pero yo veo principalmente dos explicaciones: la primera, porque desde Méjico, con una guerra mundial por medio, era muy difícil. Porque ya no era la situación, en la que dices, bueno viaja gente de un país al otro, le das un paquete o así. Cartas sí que hubo, porque mi madre cuenta que yo les ponía en las cartas: “Os quiero mucho, ¿cuándo vamos a vernos?”; pero eso debió ser en los dos o tres últimos años, porque yo antes no sabía ni escribir, aunque puede ser que lo escribiera mi hermano y yo pusiera “Merche” como firma. Por cierto, mi hermano Enrique tiene un recuerdo diferente al mío, que ya leerás.

La segunda explicación es que, aunque la Unión Soviética estaba en guerra, mi padre siempre ha sido de esos comunistas españoles con una fe ciega en la Unión Soviética. Entonces, claro, él seguramente no podía pensar que yo en la Unión Soviética estuviera necesitando algo. Aparte de que él nunca hubiera pedido eso, porque, evidentemente, habría que haberlo hecho por el conducto del partido, porque de otra forma era impensable que un paquete mandado por correo desde Méjico hubiera llegado a la Unión Soviética. Es decir, había que pedir favores y él era muy contrario a pedir favores para cosas personales. Hubo algún contacto, mensajes...

NÚRIA:

Con tus hermanos mayores.

MERCEDES:

Con mis hermanos mayores y con mi tía, lo que pasa es que a mí o no me llegaron tanto o yo no les di tanta importancia como para recordarlo. De hecho, creo recordar que cuando me comunicaron —porque fue así, “me comunicaron”— que iba a ir a reunirme con mis padres, para mí fue un poco pensar, bueno y para qué, qué voy a hacer yo allí. Parece ser que ese tipo de comentarios hice cuando me vinieron a decir: “Vas a reunirse con tus padres, tus padres están ahora en Francia”.

NÚRIA:

¿Recuerdas quién te lo dijo?

MERCEDES:

No. Supongo que me lo dijo un hombre, un señor, un camarada; que me llamarían para comunicarme que iba a reunirme con mis padres y que se iba a preparar el viaje y que iba a estar unos días en Moscú, con la familia Modesto, que también se marchaba a Francia, y viajaría con ellos. Luego vino mi estancia en casa de la familia del general Modesto, en Moscú.

NÚRIA:

¿Qué, de eso sí te acuerdas?

MERCEDES:

De la estancia en Moscú, sí, me acuerdo más. Primero, no fue una estancia muy larga, pudieron ser como semanas o un mes, porque había que esperar la posibilidad de hacer el viaje a París, supongo que habría que preparar algún tipo de papeles para mí y para ellos. Entonces, yo viví en su casa durante ese tiempo.

NÚRIA:

¿Tenían hijos?

MERCEDES:

Sí, tenían dos hijos. Uno era más o menos de mi edad y el otro más pequeño. De Moscú me acuerdo mucho porque coincidieron varias cosas. Para empezar, yo no había estado nunca en una casa particular, en un hogar digamos, con su dormitorio, sus muebles, sus cosas personales. Y uno de los problemas que se me planteó fue que en el salón tenían un armario grande, con cosas de cristal, adornos, etc., y había un azucarero. Y yo, una vez o dos —¿o más?— robé un par de terrones de azúcar. Por lo visto era algo que el cuerpo me pedía. Seguramente, durante la guerra no habíamos tenido muchas golosinas y dulces. Entonces, en una de esas veces me pillaron robándolo y fue...

NÚRIA:

Te pillaron con las manos en la masa.

MERCEDES:

Sí, nunca mejor dicho, me pilló con las manos, no en la masa, pero sí en el azúcar y lo recuerdo como un momento trágico que pasé cuando, prácticamente, te cogen robando. Encima la educación soviética y, en general, te da vergüenza que te cojan “in fraganti”.

Y el otro recuerdo que tengo de Moscú es que coincidió con el Primero de Mayo y fuimos a la Plaza Roja, el sueño de todo niño soviético, y creo que en la tribuna estaba Stalin, estoy casi segura, porque ver a Stalin era el no va más. Y luego recuerdo mucho el viaje a París, pues, por el avión y...

NÚRIA:

Era tu primer viaje en avión, claro.

MERCEDES:

Sí fue mi primer viaje en avión... Cuando pienso en la cantidad de horas de vuelo que acumularía después por mi trabajo, porque, prácticamente, vuelo casi cada semana. Entonces, por lo visto, otro de los motivos por los que había que esperar para el viaje es porque se estaba viendo la posibilidad para que la familia del general Modesto volara a París. Por lo que supe más tarde, se quería aprovechar el avión que debía recoger al ministro de exteriores soviético de entonces, que estaba en una conferencia en París y que a la ida iría vacío, para llevarnos a nosotros, sobre todo a la familia Modesto, y a mí con ellos.

NÚRIA:

Pues entonces, el final de la guerra lo viviste en Moscú.

MERCEDES:

Sí, pero no tengo un recuerdo, así muy consciente de ello. Sí, seguramente, el día de la victoria, hubo una gran fiesta en la Casa de Niños, pero yo no lo recuerdo. Sí, a veces cuando he visto películas me vuelve desde una de las capas del fondo de mi memoria que hubo un día en el que todo el mundo decía: “¡Se terminó la guerra!” y seguramente hubo fiestas, coros y bailes y todo eso. Mi hermano Enrique, claro, lo recuerda como “un día memorable, inolvidable”. Yo, lo que sí recuerdo es que, a partir de un momento, se había terminado la guerra.

En la comida, sí, nos dábamos cuenta, porque también por parte de los maestros se nos explicaba que había la guerra. Y eso lo sabíamos porque era el plato de todos los días: la guerra, los nazis, los alemanes —más bien los alemanes, no se decía “los nazis”, sino *niemtsi*, “los alemanes”— están atacando tal sitio, el tema de la guerra siempre estaba presente. Y en la comida sí lo notábamos porque, de vez en cuando, nos daban un caramelo, una golosina y se nos explicaba que a pesar de la guerra, se había podido lograr, ¡para los niños españoles! un caramelo o un poco de chocolate o algo así. No sé si con motivo

del día de la *Yolka*, el día de Navidad, que allí se celebraba el 31 de diciembre, habría regalos para los niños...

NÚRIA:

Esas fiestas, ¿las recuerdas con árbol de Navidad y todo eso?

MERCEDES:

No lo recuerdo con árbol de Navidad, pero recuerdo que, de vez en cuando, había juguetes, y tiene que ser en esas ocasiones. Pero esos juguetes luego había que compartirlos. Por eso, más tarde, cuando mis padres querían regalarme juguetes y me preguntaban: “¿Tú qué prefieres, una muñeca o algún otro juguete?”. Yo siempre contestaba que me era igual. Yo no me había criado con juguetes, entonces no los he echado de menos, no los he necesitado como el niño normal, que quiere tal osito o tal muñequita. Bueno, hoy ya no, hoy ya es tal videojuego, tal no sé qué. Todo esto depende mucho, yo creo, de cómo te has acostumbrado a determinadas cosas de pequeña. Entonces la guerra te marca también en ese sentido.

NÚRIA:

Y el invierno, ¿lo recuerdas?

MERCEDES:

El invierno lo recuerdo mucho, porque la instalación, ya en la Casa de Niños “de mayor”, en Bolschevo, la recuerdo mucho. Era un edificio largo, con mucha ventana, mucha ventana, de dos pisos o tres nada más, y mucha nieve. Lo recuerdo con mucha nieve y árboles. Pues la Casa de Niños, yo la recuerdo así, siempre con nieve. Aunque, evidentemente, también había sus primaveras y sus veranos.

NÚRIA:

Entonces, ese primer vuelo lo haces con la señora Modesto...

MERCEDES:

Ah, sí, ¡mi primer vuelo! Lo especial de ese vuelo es que como se supone que iba a recoger al Ministro soviético que estaba en París, el avión iba a ir vacío —supongo que era por eso!— y se aprovechó para llevar a la familia Modesto, no estoy segura si iban dos o tres personas más, y yo. Con ese vuelo llegué a París. Años más tarde, cuando por primera vez cogí un vuelo normal para mi primer viaje de trabajo, debí pensar: “¡Qué avión más raro!”, porque

el avión que nos había llevado de Moscú a París era como una especie de saloncito, con un sofá a un lado, otro sofá al otro, en el medio una mesa grande.

NÚRIA:

Con tapices rojos y cortinillas.

MERCEDES:

De tapices rojos, no me acuerdo. Y nos sentamos allí, muy cómodos y bien. Entonces, claro, yo pensaba que los aviones eran así, y cuando me subí a un avión normal con sus hileras de asientos, el pasillo estrecho, etc., me pareció menos agradable. Luego me di cuenta que lo raro había sido lo otro... Bueno, así llego a París.

NÚRIA:

Al bajar del avión, ¿te esperaban tus padres?

MERCEDES:

No, mis padres, no estaban. Estaba alguien del partido, quizás el propio Modesto, eso no lo recuerdo, alguien del Partido Comunista, y entonces yo pregunté: “¿Y mis padres?”. Y me dijeron que no, que mis padres no vivían en París, sino en Toulouse, adonde me llevarían en coche ese mismo día. Entonces nos llevaron a la sede del PC, donde vi a Dolores. Creo recordar que me llevaron a su despacho. Allí, Dolores me habló de mi padre e incluso me enseñó una foto en la que aparecía en un mitin. Ella, por lo que luego supe, había tenido bastante relación con mi padre en torno a los acontecimientos de Asturias en el 34 y, bueno, se apreciaban mucho mutuamente.

NÚRIA:

¿Tú estabas emocionada? Porque ya debiste darte cuenta de que estaba pasando algo muy importante.

MERCEDES:

Yo, entonces, tenía como una idea obsesiva, que nunca he podido explicarme muy bien y es que, incluso ya en París, cuando íbamos en coche, yo me fijaba en todas las mujeres, buscando a mi madre, y siempre pensaba que la iba a reconocer, que la iba a identificar por su belleza. No sé por qué, pero siempre pensaba que mi madre tenía que ser una mujer muy guapa. Me parece recordar que me habían enseñando una foto como las que yo luego vi en los álbumes de mis padres, de la época de Méjico. En esas fotos mi madre está

absolutamente espléndida, de una belleza, de verdad, llamativa. Bueno, pues cuando íbamos en ese coche, tenía un poco esa obsesión, que la iba a descubrir en plenas calles de París. Nunca me he podido explicar esa obsesión tan fuerte de ese momento, porque no pegaba demasiado con la educación soviética.

NÚRIA:

Que la descubrirías en plena calle porque sería radiante.

MERCEDES:

Estaba segura de que era inconfundible y que al verla, yo iba a decir: “¡Esa es mi madre!”. Y lo que tiene mucha gracia es que debía ser tal obsesión, que cuando, por fin, me llevaron a la casa en Toulouse donde vivían mis padres, la primera persona que salió fue una mujer guapísima, y yo pensé “¡Claro, esta es la mía!”. Y entonces le dije: “¿Eres mi madre?”, y entonces ella me dijo: “No, tu madre viene detrás”. ¿Por qué le pregunté eso? Pues por esa imagen que yo tenía. Ella era la mujer de Antonio Mije, una andaluza de esas guapísimas, guapísimas, y esa era la imagen que yo tenía de mi madre. Luego vino, como dijo ella, enseguida detrás y... sí, era una mujer guapa... me abrazó y eso... Eso ya no lo recuerdo con tanto detalle, lo que sí recuerdo es que detrás venía un hombre y mi madre me dijo: “Y este es tu padre”. Y yo dije algo así como: “¡Ah, bueno!”. Mi padre no era un hombre guapo, no es que fuera feo, pero bueno.... Nunca he entendido por qué tenía yo esa obsesión con la guapura, porque no habían sido los criterios de mi educación. Si me hubiera criado en estas sociedades de hoy, con sus esquemas y estereotipos de belleza, lo hubiera entendido. En fin, no sé por qué ese tema era tan importante, y cuando mi padre salió yo debí pensar: “¡Ah, bueno!” o algo así, como diciendo: “Bueno, te acepto”.

Así empezamos nuestra vida común. Seguramente no fue así de fácil como lo cuento ahora, y luego, claro, empezó el proceso de tener que acostumbrarse, porque, además, todo lo que ellos hacían era diferente a como yo lo había hecho hasta entonces. Así empezamos a vivir juntos, estuvimos un año, creo que más o menos un año, en Toulouse.

NÚRIA:

¿Ingresaste en una escuela?

MERCEDES:

Sí, empecé a ir a la escuela y tuvo mucha gracia, porque yo entonces tenía once años, pero al ir al colegio tenía que aprender francés. Entonces decidieron

ponerme en una clase que era uno o dos cursos por debajo, no recuerdo muy bien; pero bueno, uno o dos niveles por debajo del mío, por el tema del idioma.

NÚRIA:

Pero sin haber tenido clases anteriormente de francés.

MERCEDES:

No, me metieron directamente en esa clase.

NÚRIA:

Como hicieron con mi hermana en Berlín.

MERCEDES:

Sí, porque ten en cuenta que es cuando yo tenía once años, es decir, que en Francia puede corresponder al cuarto o quinto curso. Pero me metieron en segundo o tercer curso, porque en cuanto al idioma empezaba a cero. Pero un crío a esa edad tiene lo que llamo el “efecto esponja”, es decir esa capacidad de absorber lo que te echen.

Entonces, como digo, me pusieron un par de clases por debajo, pero en cuanto empecé a entender francés me di cuenta que, por ejemplo, en matemáticas estaba muy por delante de los otros niños. Primero porque mi nivel era en dos grados superior, y además el nivel de enseñanza en la URSS debía ser más alto que en Francia en aquella época. Recuerdo que yo me lo sabía todo, con lo que ahí también iba de protagonista. Además, si hay algo para lo que yo de niña —y de mayor— tuve una particular facilidad, es para las matemáticas y no para los idiomas, pese a lo que parezca. Lo que es muy extraño, fíjate lo que son los mecanismos desarrollados durante la infancia. Es que yo debí aprender —y repetir hasta la saciedad!— la tabla de multiplicar en francés, porque hasta el día de hoy yo multiplico solo en francés, lo que siempre suscita las risas de mis hijas, cuando en una tienda —esté en Madrid o en Berlín, o donde sea— me oyen decir por los bajines: “Huit fois six-quarante huit” o algo por el estilo.

NÚRIA:

No, no me digas, pues yo solo sé contar en español.

MERCEDES:

Luego ya pude pasar a la clase que me correspondía, pero eso ya debió ser en París. En Francia había ese sistema, que supongo sigue igual, en el que hacías

una especie de pre-bachillerato, el *brevet*, con el que podías acceder al estudio de diversas profesiones o seguir hasta el bachillerato. Yo llegué hasta el *brevet* y cuando vine a Alemania, a la RDA, fue muy fácil determinar mi nivel escolar para seguir los estudios en el sistema alemán. Así fue como entré en la Arbeiter-und-Bauernfakultät, ABF (“Facultad de Obreros y Campesinos”) de Dresde, porque con dos años más ya alcanzaba el nivel de bachillerato sin tener que rehacer toda la *Oberschule* (“Instituto de Segunda Enseñanza”), que hubiera requerido el doble o el triple de años. Cuando nos fuimos a París, todo cambió mucho. Yo, seguramente, ya me había adaptado a la vida con mis padres y ellos a mí...

NÚRIA:

Pero, bueno, a los once o doce años, ya no es tan fácil aprender un idioma,

MERCEDES:

Sí, pero no te olvides que cuando yo llego a Francia ya hablo el ruso perfecto... bueno, “perfecto” como una niña rusa de once años, y el español también. Y parece ser, según mis padres, que a los pocos meses yo ya hablaba el francés y corregía a mi madre.

NÚRIA:

¿Qué idioma te parece el más hermoso y cuál es el idioma que hablas con más gusto?

MERCEDES:

El que hablo con más gusto es el castellano. Es el idioma en el que yo me siento más a gusto. No puedo explicarlo, pero es el idioma en el que yo me siento en casa, es decir, el idioma con el que —creo— logro expresar mejor mis ideas y mis sentimientos.

NÚRIA:

Incluso tu voz cambia.

MERCEDES:

¡No lo entiendo! La gente me dice: “Es que tienes otra voz cuando hablas en castellano que cuando hablas en alemán”. Pero ¿cómo es posible?

NÚRIA:

Bueno, tu voz se hace más grave en español. En alemán te ha quedado este ligerísimo deje de española; en español no tienes acento de extranjera, en ab-

soluto, por lo que yo pueda apreciar. Lo debiste aprender muy bien en Moscú, porque evidentemente es tu idioma materno y lo ha seguido siendo. Y ¿nunca has tenido la sensación de que podías perderlo?

MERCEDES:

¿El idioma?

NÚRIA:

Sí, el idioma, el castellano.

MERCEDES:

No, porque en eso mi padre insistió muchísimo. Me obligó, sí tengo que decirlo así, me obligó a leer a los clásicos españoles, que yo entonces no hubiera leído, y de hecho los leí con desgana y he tenido, y en parte tengo, que volver a leerlos. Pero él consideraba que era imprescindible. Él daba mucha importancia a esa base de los clásicos, a la literatura, a la historia. Y siempre me decía que él no había tenido la posibilidad de hacerlo, porque no se lo permitieron la situación y el nivel de vida de su familia. Yo no había podido hacerlo porque no vivíamos en España, pero él quería que tuviera esa base. Entonces en Francia él me obligó y vuelvo a usar conscientemente esa palabra. Es verdad que, en el colegio, también es un poco “obligar” a los niños a leer *El Quijote*. ¿Si todas las “obligaciones” fueran así!

NÚRIA:

Sí, nosotros también leímos en el colegio *El Quijote*, pero con entusiasmo. Era una edición para niños.

MERCEDES:

Mi padre tenía un volumen grueso con una letra muy pequeña, nunca se me olvidará... difícil de leer. Él también daba mucha importancia a las canciones populares, y muchas veces decía: “Te voy a cantar una canción asturiana, o una canción andaluza”. Él era de esas personas que cantan mucho, haciendo cualquier cosa cantan y cantan... y muchas canciones, también mejicanas y cubanas, yo las conozco por él.

NÚRIA:

Pero cuando estabais en Francia, ¿tus padres no quisieron traer a tus hermanos? Así como te llamaron a ti para reunirte con la familia, con ellos, ¿por qué no fueron también tus hermanos a Francia?

MERCEDES:

Eso tiene que ver con una cosa que yo siempre repito, y es que hay que ponerse en el lugar y en la situación que se está valorando o juzgando. Para mi padre, sobre todo, y mi madre también, pero sobre todo para mi padre, que fue la persona determinante y decisiva en mi familia, la idea de que estábamos en la Unión Soviética era considerar que estábamos casi en el paraíso terrenal, a pesar de la guerra y de todo. Entonces, el que a mí me llamaran a su lado, fue sobre todo, por mi madre. Ella había tenido una niña en Méjico, que nació muerta, y al volver a Francia, al terminarse la Guerra Mundial y pensar que pronto íbamos a volver todos a España, ella por lo visto le insistió tanto, que tuvo que ceder.

Claro que hubiera sido mejor que le hubiera tocado a mi hermano mayor, Ángel, el que ahora está viviendo en Ucrania, porque era un chico que, en las tres reacciones muy diferentes que hemos tenido los tres hermanos frente a la separación de los padres, él es el que más padeció, más lo sufrió, por toda una serie de razones a las que quizás volvamos. Después de acabar el colegio —no sé siquiera si acabó la escuela— se fue a aprender una profesión y lo pasó muy mal. Era un niño y luego un joven enfermizo, debilucho, que había sufrido mucho durante la Guerra Mundial, que pasó hambre y todo tipo de carencias. Por eso cuando, terminada la guerra, mis padres deciden llevarse a uno de nosotros con ellos, tenía que haber sido él, que además sentimentalmente era el que más los necesitaba. Pero, todo eso, ellos no lo sabrían o lo verían de otro modo.

NÚRIA:

Has de pensar que tenía siete años cuando tu madre lo dejó en la URSS, y eso, para un niño de esa edad, es un impacto muy fuerte. Debió sentirse completamente desamparado, abandonado.

MERCEDES:

Y, sobre todo, el tipo de niño como Ángel, que es un chico, de chico nada, es un hombre y ahora casi un anciano, sensible, un poco indefenso, contrariamente a mi otro hermano, Enrique, y a mí, que somos a nuestra manera sensibles, pero no tan vulnerables como él. La segunda posibilidad hubiera sido Enrique, mi otro hermano. Pero eso estaba descartado, porque era un chico que estudiaba muy bien, con la perspectiva de estudiar una carrera en la Unión Soviética, como tenían todos los “niños” que estaban terminando el bachillerato y ya se preparaban para los estudios. Sacarlo de allí hubiera sido una locura, incluida la hipótesis de que se hubiera planteado el regreso a España.

NÚRIA:

Pero tu padre ¿tenía posibilidad de ir a Moscú y verle?

MERCEDES:

No, no, eso ni se planteaba. Entonces la decisión fue muy fácil y muy típica por otro lado: ¡la pequeña y la única niña! Creo verdaderamente que el hecho de ser “la niña pequeña” fue decisivo. La pequeña, es normal, porque dices, bueno, a los once años todavía te necesita más que el chico, que tiene diecisiete o dieciocho. Así se decidió que fuera yo, pensando en lo que quería mi madre, que era tener a “su niña”. Si hubiera venido alguno de mis hermanos, ya no hubieran sido “sus niños”, porque a los diecisiete o dieciocho años, ¡olvídate! Seguramente, como madre, ella necesitaba también tener cerca a “su niña”, aunque tuviera once años.

Yo encuentro que fue una decisión muy natural por parte de ellos y, bueno, me tocó a mí. Ahora comparto la opinión de mi hermano Enrique, en cuanto a que lo más justo y mejor hubiera sido que se llevaran a Ángel Pero, eso es más fácil decirlo hoy que hacerlo entonces.

NIÑOS DE LA GUERRA

Argentina, tía de los niños Álvarez

Ángel, hermano de Mercedes

Enrique, hermano de Mercedes

ARGENTINA

MERCEDES:

Bueno, Argentina, yo lo que quisiera sobre todo es hacerte una de las preguntas que la gente siempre me hace: ¿Por qué fue tu tía acompañando a las expediciones a la URSS? Quizás dime la edad que tú tenías.

ARGENTINA:

Yo tenía veintiún años... estaba casada.

MERCEDES:

Pero a ti, ¿cómo y por qué te comunicaron que te tenías que marchar con los niños?

ARGENTINA:

Mi marido y tu padre, ¡que en paz descanse!, me comunicaron que debía marcharme porque yo no estaba muy bien de salud y entonces —te lo voy a contar tal y como fue— mi marido me dijo: “Estando tú a salvo, si entran los fachas, los franquistas, yo ya no me tendré que preocupar de qué te harán o no te harán”. Y lo mismo me dijo tu padre, mi hermano. Entonces yo por eso me fui, porque en casa mi madre no quería que me fuera, ni mis hermanos, porque yo he sido una persona que no he sido muy fuerte, he sido más bien

un poco enclenque, un poco así debilucha y mi madre no quería, pero al marchar me dijo: “Mira, hija mía, yo no puedo decirte que te quedes porque ahora quien manda en ti es tu marido y si tu marido dice que te vayas, yo con mucho dolor de mi corazón tengo que dejarte marchar”. Entonces yo fui a donde estaba tu padre, allá en el muelle donde tenían la casa del partido, él era el secretario general del Partido Comunista en Asturias. Me dijo: “¿Tú qué piensas, por qué no te quieres marchar?”. Yo no quería marcharme, porque es que dejaba a mi marido aquí y es lo que yo más quería en el mundo. Entonces me dijo: “Pero, tú debes marchar, Argentina, porque no estás en condiciones, y para Gabriel será mucho mejor que tú te vayas. Así llevas a mis hijos y tú estás a salvo, sabremos que tú y ellos estáis a salvo”.

MERCEDES:

Tú ibas acompañando a los niños, al grupo de niños, ¿como educadora?

ARGENTINA:

Sí, sí, yo iba acompañando al grupo como educadora, porque yo maestra no lo era. Salimos el día 21 de septiembre de 1937 en un barco francés, que íbamos todos como cerditos en la bodega y pasamos una noche de lo más horrible que se puede pasar, con todos los chicos vomitando, unos encima de los otros, porque estábamos todos en la bodega, todos. Hasta que llegamos a Francia donde ya había un barco ruso y entonces nos llevaron del barco francés o español, no sé si era francés o español, al barco ruso. Entonces ya era completamente distinto.

MERCEDES:

¿Mejor?

ARGENTINA:

Mucho mejor, mucho mejor. Allí cada uno tenía su camarote, las comidas se tomaban en unos comedores grandes que teníamos, había de todo. Fuimos en ese barco ruso hasta Inglaterra. En Inglaterra vino otro barco ruso y fuimos ya directamente hasta Leningrado.

MERCEDES:

¿Te acuerdas cuántos días duró el viaje?

ARGENTINA:

Sí, nueve días. Llegamos a Leningrado con todos los niños, claro, Enrique y Ángel ya no se acuerdan porque eran muy *pequeñinos*, los llevan a las duchas,

a los baños, les quitan toda la ropa que llevan de aquí y les ponen una ropa de ellos, unos trajes de marinero. Los críos estaban como salvajes. Los educadores y los maestros y todos no podíamos con ellos porque ellos podían con todos. Total, fuimos al hotel y estuvimos allí hasta que arreglaron la casa de Nievski, que era la nuestra, y la de Tviliskaya. Entonces a unos los mandaron a Nievsky y a los otros a Tviliskaya. Las dos casas estaban en Leningrado.

MERCEDES:

Y ¿de qué dependía a dónde te mandaban?, ¿dependía de las edades?

ARGENTINA:

Sí, espera. Nos mandaron a Nievski o a Tviliskaya, y algunos a Krasnovidovo y por ahí, es decir, no todos quedaron en Leningrado. De los que quedaron en Leningrado, a los más pequeños los llevaron a Pushkin.

MERCEDES:

Y ¿tú dónde quedaste?

ARGENTINA:

Yo en Leningrado. La intención de los rusos era después decidir quié*n* iba a hacer qué cosa. Y yo como era modista y sabía coser y no había nadie más que yo, por eso a mí me dejaron en Tviliskaya.

MERCEDES:

¿Eso era final del 37?

ARGENTINA:

Sí, final del 37, porque yo cada vez me iba engordando y no sabía ni que iba en estado. Cuando fui a ver a tu madre estaba yo ya de seis meses.

MERCEDES:

Es decir, ¿que cuando mi madre fue conmigo para allá fue en marzo de 1938?

ARGENTINA:

Sí, *vidina*, claro, porque yo tuve el hijo el 5 de mayo. Es decir, cuando llegó tu madre yo ya estaba de seis meses embarazada. Iba con una bata preciosa, que parecía un vestido, que la había traído de España, como si fuera un kimono, pero ancho, de seda, muy muy bonito, de fondo negro con unos

dibujos blancos y era lo que me ponía cuando iba a algún sitio. A mí en la casa de Nievski no me dijeron que era tu madre la que estaba en Pushkin. Me llamaron por teléfono, el director, y me dijo: “Hay una persona que quiere verla a Usted en Pushkin”. Yo pregunté: “Pero ¿quién es?”. Y me dijeron que no lo sabían. No sé si no lo sabían o no quisieron decirlo. Pero lo que menos pensaba yo, es que era tu madre. Cuando llegué allí y vi que era tu madre, ¡me quedé con unas ganas de marcharme con ella! Porque yo, claro, estaba en estado, echaba mucho de menos a mi marido, echaba mucho de menos a mi madre, lloraba muchísimo, me acordaba muchísimo de ellos. Lo estaba pasando mal. Y cuando vi a tu madre y ella decía que venía para España... para Barcelona, por cierto...

MERCEDES:

Porque mi madre, cuando fue, ¿ya sabía que volvía enseguida?

ARGENTINA:

Sí, ella sabía que volvía a Barcelona con tu padre. Porque la guerra terminó en el año 1939. No sé si tu madre marchó enseguida o estuvo más tiempo, eso no te lo puedo decir. Yo quería marcharme con ella, pero ella me dijo: “Tú no te puedes marchar, Argentina, y en el estado en que estás, menos todavía, porque además, yo me voy a ir, pero yo no sé cómo llegaré ni cómo no llegaré. Yo, hasta que no me llame Ángel y me diga la situación y tal...”. Total, que me convenció. ¡Qué remedio me quedaba!

MERCEDES:

¿Y te quedaste en esa misma Casa de Niños?

ARGENTINA:

Sí, sí, todo el tiempo hasta que nos evacuaron.

MERCEDES:

Entonces, cuando tú ves a mi madre, ¿dónde estoy yo?

ARGENTINA:

Cuando yo veo a tu madre, tú estás con ella en Pushkin, pero parece ser que te lleva a Moscú, a un orfanato de rusos, porque eras muy pequeña y no podías estar con los españoles. Te llevó allí para que te vieran tus hermanos y estuvieras con ella el tiempo que ella iba a estar. Por lo menos es como yo me acuerdo de esto.

MERCEDES:

Y tú, a Enrique y Ángel, ¿los veías?

ARGENTINA:

Sí, sí, porque Pushkin no quedaba muy lejos de Leningrado. Al que estuve tiempo sin ver fue a Ángel El cayó enfermo de los pulmones y entonces lo llevaron a Eupatoria, en Crimea, allí es donde lo curaron y donde salió adelante. En todo ese tiempo, yo no lo ví pero yo iba a ver a Enrique... hasta que empezó la guerra y los evacuaron.

MERCEDES:

Y luego ¿tú te quedaste durante toda la guerra en la casa de Leningrado?

ARGENTINA:

Sí, porque en Leningrado, en la casa de Nievski, estuvimos hasta ya empezada la guerra. Después muchos de los chicos se fueron al frente, los que tenían ya dieciocho años o diecinueve se fueron al frente. No querían que fueran, no les consentían, pero ellos querían ir a defender, como ellos decían, “nuestra segunda patria”. Entonces nos llevaron para la casa de Tirevskaya, porque allí a los más pequeños los habían evacuado también por la guerra. Como allí había sitio no necesitaban tener dos casas para tan poca gente. Entonces, después que tuve el hijo y se me murió y todo eso...

MERCEDES:

Espera, ¿me lo puedes contar lo de tu hijo?

ARGENTINA:

Mi hijo nació el 5 de mayo de 1938.

MERCEDES:

¿Tú entonces estás trabajando o te dedicas a tu hijo?

ARGENTINA:

No, yo estoy con mi hijo los primeros meses, los cinco o seis meses primeros. Un día estaba yo en la Casa de Niños y me llamó el director y me dijo que pensaban que sería mejor llevar al niño a una guardería y yo podría estar allí y no estar tan sola y tan triste. Todo el mundo me convencía de que sí, que era lo mejor, porque yo lo llevaba y luego por las tardes lo recogía y se ofrecieron a ayudarme a llevarlo y a recogerlo, porque era como un juguete

para todas. Entonces, un día lo llevo y el chiquillo iba bien, estaba bien y lo voy a recoger... Porque él vivió nueve meses, o sea de mayo a diciembre, el 14 de diciembre murió. Entonces, lo fui a recoger, claro, era en el invierno y se ve que no me lo taparon bien... total que llegamos a casa y a media noche empieza a llorar, a llorar, a llorar... ¡Tenía más de 38 de fiebre! Llamamos a la Casa de Niños por la mañana y enseguida vinieron del hospital, lo recogieron y me llevaron a mí con él. Ahí estuvo nueve días y a los nueve días es cuando se da vuelta o para bien o para mal. Y yo me turnaba con Nieves, un día iba ella y otro día iba yo, nunca estaba *solín*, además estaban allí las rusas con él, ¡madre mía...! Y no dejaban entrar a nadie, a mí sí porque era española, pero si no, no dejaban. Bueno y así fuimos un día y otro, y otro y llega el noveno día y me llaman por teléfono. Le habíamos visto el día anterior tan *majín* con aquellos ojos tan preciosos, igual que mi marido, total que me llaman diciéndome que fuera para allá, que había empeorado el chiquillo. Vino a buscarme la *Skoraya Pomosch*, bueno, “Urgencias”. Y cuando llego allí y pregunto: “¿Qué pasa, se ha puesto peor?”. Me dicen: “No, no, pero mejor es que usted vaya y esté allí con él”. Yo fui y ya iba pensando lo peor y detrás de mí, sin decir nada a nadie, se plantó Nieves en el hospital y me la encontré ya con él en los brazos... Esto era a las ocho de la mañana y estaba el pobre ya... Entonces Nieves me dijo: “Bueno, déjame tenerlo a mí un ratito”. Y en los brazos de Nieves se murió.

MERCEDES:

¿Qué había sido?, ¿una pulmonía?

ARGENTINA:

Sí, una pulmonía. Porque, entonces las pulmonías, Merche, no eran como ahora. Si entonces hubiera habido penicilina o hubiera habido... que es con lo que me curaron a mí los pulmones, entonces no hubiera pasado, porque él estaba majísimo. Tenía nueve *mesinos* y ya parecía como si quisiera hablar, estaba majísimo, majísimo. Y ya te puedes imaginar, lo entierran y yo caí en una depresión muy fuerte, muy fuerte. Ahí me tuvieron y esperaron a que viniera un tiempo más bueno y me mandaron a Yalta a reponerme, ¡y me repuse pero que muy pronto! Además me daban para los nervios, te daban como una ducha de lejos, que parecía que te clavaban alfileres. Y eso me vino muy bien. Y como había ido a Yalta, no sé si en abril o en mayo, estuve dos meses allí y ya cuando me puse mejor, ya habían acabado los chicos el curso del colegio y se habían ido a la casa de descanso, que estaba en las afueras de Leningrado. Hasta que empezó la guerra...

MERCEDES:

¿Te acuerdas del día en que empezó la guerra? ¿Cómo te enteraste? ¿Dónde estabas?

ARGENTINA:

Cuando empezó la guerra estuvimos mucho tiempo en Nievski. Allí fue donde los chicos empezaron luego a irse al frente y fue cuando hubo el cambio para la otra casa. Yo entonces trabajaba para el ejército. Empecé a trabajar haciendo blusas de seda, porque ellos decían que yo era muy pulida, que cosía muy bien, pero, claro ¡era mi oficio! Estando trabajando yo en el Passage fue cuando comenzó la guerra. Y como ya bombardeaban y eso, yo, en lugar de trabajar allí empecé a trabajar en casa. Ya no hacía blusas ni nada de todo eso, todo lo que hacíamos era para el ejército: guantes, orejeras, todo. Entonces yo iba cada ocho días a entregarlo, a coger otro, traérmelo y hacérmelo en casa. El año que empezó la guerra fue un año espantoso, de los más fríos que hubo en Leningrado. No había leña, no había con qué calentar las habitaciones y estaban las habitaciones por dentro todas llenas de nieve. El comedor estaba abajo, como si fuera un sótano pero muy bonito, un comedor grandioso y una cocina enorme, más grande que esta casa. Entonces yo tenía la máquina en el comedor, porque yo me traía el trabajo para coserlo en casa, pero en la habitación no podía coser; entonces me la pusieron en el comedor, que es donde estaba caliente. Allí me pasaba el día cosiendo y por la noche íbamos a buscar los colchones arriba y ahí dormíamos todos, chavales y chavalas, todos, todos. No se podía dormir en otro lado. Entonces, como te digo, yo iba a buscar el trabajo y, un día, voy a recoger la faena y viniendo por la calle... empezaron a bombardear. Bombardeaban por mar, por tierra, la aviación, todo, y en cuanto oímos la sirena, nos cogieron a todos y nos metieron en los sótanos que tenían preparados. Yo muchas veces me metí en aquellos sótanos, pero lo que pasó aquel día no me pasó nunca.

MERCEDES:

¿Es la época que se conoce como “blocada”, el bloqueo de Leningrado? Y tú ¿durante todo ese tiempo estuviste allí?

ARGENTINA:

Nueve meses estuvimos allí. Y el día ese que te digo yo, porque yo venía ya para casa y venía con un mal de estómago, con una cosa... pero claro, yo tenía que coser, yo tenía que hacer aquello, porque me lo pedía mi alma, porque era para lo que era. Cuando salimos de allí... mira Merche, tú lo crees, porque

sabes lo que fue y lo que ha pasado, pero había... un brazo por allí, una pierna por ahí, otro cuerpo por el otro lado... ¡bueno! Cuando llegué a mi casa llegué mala, Merche, mala, mala, mala. Y dije: “¡No vuelvo más!”, y no volví más. Porque luego ya, fue cuando empezaron a arreglar para evacuarnos, fíjate tú, antes de que la nieve se derritiera porque teníamos que cruzar un lago que estaba helado y los autobuses tenían que pasar al otro lado del lago. Y fíjate la suerte que tuvimos, que esto fue, me parece, el 19 de marzo y todavía estaba helado el lago completamente. Luego, después de atravesar el lago aquel, nos esperaba el tren en el que nos iban a evacuar.

MERCEDES:

¿Y era siempre en un entorno de españoles?

ARGENTINA:

Españoles, siempre españoles. Iban los educadores rusos y el director y así. Pero tuvimos suerte, Merche, porque al otro día salieron otros y ya se hundieron. Nos enteramos a los dos días de llegar allí, nos enteramos que salió luego otro grupo, pero en marzo ya es cuando empieza, de un día para otro, sin darte cuenta, ya empieza a deshelar.

No te lo cuento exactamente como fue todo, porque entonces tendríamos para meses... Total que nos evacuaron y nos llevaron a... no me acuerdo cómo se llamaba aquel pueblo, pero de allí nos llevaron a Stalingrado, allí no había llegado todavía la guerra.

MERCEDES:

O sea que el viaje terminaba en Stalingrado.

ARGENTINA:

No, no, en Mostavoi, era por la parte ya del sur de Rusia. Al llegar ya teníamos una casa preparada para los niños y todos nosotros, una casa muy maja. Y allí estuvimos viviendo... no me acuerdo ya cuanto tiempo estuvimos allí.

MERCEDES:

¿Hasta el final de la guerra?

ARGENTINA:

No, no, no, todavía falta mucho, Merche. Allí hemos estado viviendo por lo menos un año o así, hasta que los alemanes empezaron a atacar por delante

y por atrás y ya no podíamos ir ni en tren, ni en autobús ni en nada, en nada de nada. Entonces, de Mostavoi, cogimos toda la ropa que había, lo que se pudo en carros, la ropa iba en carros, pero nosotros teníamos que ir andando... hasta Sujumi. Como yo no estaba muy bien, me dejaban a veces subir al carro, y no entiendo, Merche, con lo enclenque que yo era, cómo he podido resistir yo todo eso. Hasta que llegamos a un sitio donde ya no podíamos pasar con los carros, estaba todo cortado por los alemanes. Me acuerdo como si fuera hoy, había un terraplén que estaba así alto y abajo del todo había un río. Cogimos cada una un fardo con la ropa que nos pareció, pero teníamos que seguir andando... Llegamos a un pueblo y para pasar al otro pueblo teníamos que pasar un lago. Entonces, encima de un tronco de árbol nos pasaban al otro lado del lago. Íbamos con el ejército, que iba delante. Además, en ese tronco no podíamos ir solas. ¿Tú sabes qué olas había, y cómo estaba el agua? Íbamos cogidas a uno de los nuestros o a uno del ejército. Nos quedamos unos en un lado para seguir y los otros se quedaron en el mismo sitio. Y en ese sitio donde quedaron los otros, ese mismo día, hacia el mediodía, se tiran en paracaídas los alemanes y allí los cogen.

MERCEDES:

¿Un grupo de españoles?

ARGENTINA:

Sí, a los que se habían quedado allí, en el que estaba mi amiga Emilia y unos cuantos más, y se los llevan los alemanes al pueblo y de ahí los llevan para Alemania y luego los traen para España.

MERCEDES:

¡Qué bárbaro! Y vosotros ¿cómo lo supisteis?

ARGENTINA:

Hombre, cuando llegamos ya a Sujumi nos enteramos de que se habían quedado allí y que los habían cogido los alemanes. Para llegar a Majaratse teníamos que ir por los montes, los *perevali*, que llaman en ruso, los “puertos de montaña”, primero subiendo, luego bajando y una noche, pues, teníamos a los alemanes atrás y por delante, seguimos por los *perevali*, llegamos al monte arriba del todo, íbamos cogidos los unos a los otros, arriesgándonos a que nos cayéramos, porque, fíjate tú, era por la noche y se oían los tiroteos de un sitio y de otro, hasta que llegamos a un pueblo que era monte abajo y allí nos

acostamos un rato porque ya no podíamos más, y como seguían los tiroteos no podíamos pasar para el otro pueblo. Éramos unas treinta chicas metidas en una habitación y a los chicos en otra, con unas ratas así de grandes, Merche, que teníamos que colgar el pan que nos daban porque se lo comían todo. Estuvimos muy poco tiempo, unos quince o veinte días, hasta que nos llevaron a Tbilisi, pero fue un calvario. En Tbilisi ya nos pusieron en una casa tipo internado, con un pasillo muy largo y la mitad de las habitaciones eran para las chicas y la otra mitad para los chicos. Y allí empezaron todos a trabajar en la *Kombinat* en una fábrica de hacer medias y todo eso, una fábrica textil.

MERCEDES:

Es decir, ¿que tú el final de la guerra lo viviste ahí? ¿Recuerdas cómo fue ese día, cómo os enterasteis?

ARGENTINA:

Nos enteramos por mediación de la fábrica, que nos lo vinieron a decir que había terminado la guerra.

MERCEDES:

Durante todos esos años, ¿tú no tienes ningún contacto con tu familia, tu marido?

ARGENTINA:

Nada, nada. Yo de mi marido no sabía nada. Él fue el que primero me escribió a mí. No sé cómo lo hizo, por mediación de quién y cómo, pero la primera carta la tuve yo de mi marido. Eso fue cuando yo ya estaba en Cherkísovo, es decir ya habíamos venido de Tbilisi. Porque, en cuanto terminó la guerra, enseguida nos lo arreglaron para venir para Moscú. Con tus hermanos, Enrique y Ángel, desde que empezó la guerra hasta que llegué a Cherkísovo, no tuve noticias de nada, de nada. Porque Enrique estaba en Molotovsk y yo en Tbilisi.

MERCEDES:

Y ¿cuándo volviste a tener noticias de Ángel?

ARGENTINA:

Yo hacía tiempo que no sabía nada de él y un día se presenta él allí en la Casa de Niños de Bolshevo. Yo trabajaba allí y tenía mi habitacioncita allí, en el piso de arriba. Venía en un estado que no te puedes figurar. Yo, después de

bañarle, pedí una muda para que se la pusiera, un pantalón y una camisa... lo dejé nuevo. Yo creí que venía él solo, pero no venía solo. Nosotros vivíamos en un pabellón y en el otro pabellón vivían las chicas y es donde estaba el comedor y donde estaba todo. Entonces allí había que ir a comer o ir a buscar la comida o lo que fuera. Yo le dije: “Mira, Ángel, yo voy a ir ahora al comedor a buscarte algo para que comas y para que te lleves algo”, y él me contestó: “Bueno”. Pero cuando llego de vuelta, veo que allí no hay nadie. A lo mejor él ya no se acuerda, el *probin*, pero ¡las lágrimas que yo lloré por este pobre! Se había ido, porque resulta que le estaban esperando dos o tres chicos en el patio, afuera... y lo que se llevó... no lo voy a decir... ¡Todo!

MERCEDES:

Sí, era la fase esa terrible de su vida. Me gustaría que me contaras más sobre mi marcha a Francia. Es decir, a ti te llega una noticia que me tienes que preparar porque me voy a ir.

ARGENTINA:

Te traen a Cherkísovo, a ti te traen a Cherkísovo para que te prepare, porque tal día viene la señora, la mujer de Léster o Modesto...

MERCEDES:

De Modesto. Y a mí, ¿quién me lo dijo?, ¿tú?

ARGENTINA:

Yo te dije que te iban a venir a buscar, que tus padres te reclamaban, así mismo fue, sí, que tus padres te reclamaban y que había la posibilidad de que fueras con la mujer de Modesto, porque ella iba para Francia y te llevaba a ti. Entonces yo te puse un *vestidín*, que estás fotografiada tú con él, con un lazo aquí arriba. Yo te lo arreglé lo mejor que pude y luego vino ella a buscarte. Eso sí me acuerdo como si fuera ahora. Y te llevé y al otro día o así os ibais para Francia. Eso es lo único que sé.

MERCEDES:

Y ¿tú también piensas que tenía que haber sido Ángel el que fuera? Y ¿no había la posibilidad de hacer llegar esa idea a mis padres?

ARGENTINA:

Yo sí, yo siempre lo he pensado. Y sabes, te voy a decir una cosa: hemos ido tu hermano Enrique y yo —en eso lo aplaudo— hemos ido al partido y

lo hemos expuesto. Uribe, que es el que estaba entonces allí de secretario o de lo que fuera, nos dijo que a quien reclamaban tus padres era a ti y no a Ángel, y que ellos no lo podían cambiar. ¡Claro que lo hubieran podido cambiar si hubieran querido, Merche, porque yo les decía que me habían dicho que tú estudiabas muy bien y que eras muy lista y todo esto y te vi cuando viniste! Yo pensaba que tú te ibas a poder defender muchísimo mejor que él, porque estaba en una fase más difícil que tú a tus once años. Estaba en una fase muy difícil, muy difícil. Pero no nos quisieron hacer caso. Nosotros ya no pudimos hacer nada, más que eso no pudimos hacer.

MERCEDES:

Y tú ¿cuándo tuviste noticias de tu marido?, ¿de lo que pasó...?

ARGENTINA:

Yo, las noticias que tuve fueron por mediación de tu padre, claro, por mediación de Francia. Yo no podía tenerlas por otro conducto, porque, claro, a Rusia no podías escribir directamente. Él tenía que escribir a Francia, pero eso ya cuando salió de la cárcel, porque él estuvo mucho tiempo preso, estuvo ocho años preso entre una cosa y otra. Estuvo en el penal de Burgos que fue lo peor de todo.

MERCEDES:

¿Y no hubo posibilidad de que él fuera a la Unión Soviética?

ARGENTINA:

Cuando había posibilidad de arreglar algo para que él pudiera ir a la Unión Soviética, cayó muy enfermo de los dos pulmones. Él estuvo los años que estuvo en el frente, después ocho años en la cárcel y al salir le quisieron coger otra vez, y para que no lo cogieran se tiró a los montes y fue estando por los montes cuando cayó enfermo. Tenía los dos pulmones afectados. Cuando yo hubiera podido haber hecho algo para que él viniera, él en una carta me decía: "De momento no puede ser". Si llegó a venir un año o menos de un año antes, todavía encuentro a mi marido en vida. Mi marido murió el 5 de noviembre de 1955 y nosotros llegamos aquí el día 29 de mayo de 1957.

MERCEDES:

Oye, Argentina, otra cosa que quería preguntarte...

ARGENTINA:

Sí, *vidina*, dime.

MERCEDES:

La gente en general y concretamente Núria, con la que estoy haciendo estas “reflexiones”, se sorprende mucho que yo, después de haber vivido prácticamente toda mi vida fuera en Francia, en Alemania y tal, tuviera la necesidad o sintiera el deseo de volver a España. Yo suelo decirles que, por lo menos, en mi familia no soy la única, porque mi tía, que tiene más años que yo, y mi hermano Enrique, hicieron lo mismo. ¿Tú puedes explicarme por qué? O sea, ¿tú no concebías quedarte para siempre en la Unión Soviética?

ARGENTINA:

No, nunca. Yo siempre pensé que tarde o temprano vendríamos a España, siempre lo pensé.

MERCEDES:

¿A pesar de la inseguridad que significaba para ti volver a España, empezar todo a cero?

ARGENTINA:

Bueno, yo es que pensaba que vendríamos a España, justamente de la manera en que hemos venido, por mediación de la Cruz Roja y todo ese jaleo. Tú, por ejemplo, venías a España y si tú no te metías con nadie, a ti no te hacía nadie nada. A mí nadie me hizo nada, nunca, jamás. A los que se metieron en cosas, sí, y los han maltratado y han estado en la cárcel y todo. Te hablo de los chicos, de los chicos que vinieron.

MERCEDES:

Te referes a que se metieron en actividades políticas.

ARGENTINA:

Quiero decir que yo sabía que si venía a España, sabía que no me debía meter en nada, cerrar el pico, una cremallera *i visto*, ¡punto! Fue cuando menos lo pensábamos, que podríamos venir a España, porque ya hacía veinte años que estábamos en Rusia y ya nos estábamos adaptando a aquello; porque es que nos estábamos adaptando, las cosas como son. Nos acordábamos de nuestra España del alma y queríamos volver, yo quería vivir en España. Y como yo, los demás, todos los demás, pero todos con ganas —yo pienso— todos con ganas de venir a España.

MERCEDES:

Y tú, cuando se ofrece esa oportunidad de volver a España a través de la Cruz Roja y eso, ¿estabas trabajando o ya no trabajabas o cómo estabas?

ARGENTINA:

No, yo ya estaba en invalidez por mi enfermedad de los pulmones.

MERCEDES:

Y en España, ¿cuántos años trabajaste?

ARGENTINA:

Dieciocho años o diecinueve.

MERCEDES:

¿Llegaste con Enrique?

ARGENTINA:

Llegamos el día 29 de mayo de 1957, y en el mismo 57 yo empecé a trabajar ya en casa. Trabajé haciendo pantalones en casa y estuve trabajando en casa, pues, hasta el año 59 o 60 por ahí. Y luego ya fue cuando me fui al taller y estuve trabajando como encargada del taller.

MERCEDES:

¿Qué es lo que más recuerdas? Es decir, los primeros años o meses al volver a España, ¿había algo que recordabas especialmente?

ARGENTINA:

Tuve mucha nostalgia, vida, mucha nostalgia.

MERCEDES:

Sí, es lo que te quería preguntar. ¿Tenías nostalgia? ¿Qué echabas de menos?

ARGENTINA:

Yo creo que lo echaba de menos todo, todo.

MERCEDES:

¿Te sentías un poco extranjera aquí?

ARGENTINA:

Sí, sí, me sentía un poco extranjera y me sentía un poco... Porque yo, te lo voy a decir, yo me venía a mi querida España pensando que mi querida España era la que yo había dejado. Enrique ya no, porque era muy pequeño cuando salió y no se acor-

daba. Pero yo sí. Yo había vivido mi juventud, había conocido aquí a mi marido, me había casado, todo... Entonces, yo venía para España con la ilusión de encontrarme con la España que yo había dejado. Bueno, yo sabía que estaba Franco y todo eso, pero yo creía que las costumbres eran las mismas y todo eso, pero lo vi todo tan completamente distinto, todo tan cambiado que ha sido una decepción terrible. Los primeros meses fueron terribles, para mí fueron terribles esos primeros meses.

MERCEDES:

Pero ¿nunca pensaste en volver a la Unión Soviética y vivir allí?

ARGENTINA:

De volver, no, de ir a vivir allí, no, no lo he pensado. Porque, luego ya, yo con mi familia me llevaba muy bien y me trataron muy bien, y eso fue lo que me ha levantado a mí un poco la moral, ¿entiendes?

MERCEDES:

Y tú, de los rusos —no sé si hay que decir “de los soviéticos” en este caso—, ¿qué es lo que más destacarías?, ¿qué es lo que más te gusta?

ARGENTINA:

¡Todo! Son tan buenos, el pueblo ruso es tan bueno, tan bueno... te dan todo por nada, Merche. ¿Me entiendes? Porque yo, gracias a los rusos estoy viva y gracias a la familia que eran para mí como mis padres, porque allí no los tenía, y fueron como mis padres, el *diadia* (“tío”) Misha y Shura. Para mí Shura fue como una hermana, porque lo que hizo estando yo en el hospital, ir con veinte o treinta grados bajo cero cada domingo a verme al hospital, y estuve dos meses allí y no faltó ni un domingo. Ella, porque los padres eran ya muy mayores.

ÁNGEL

MERCEDES:

Bueno, Ángel, mi primera pregunta sería: ¿Tú te acuerdas del momento de la salida de Asturias, de la separación de los padres? ¿Cómo lo recuerdas?

ÁNGEL:

Cómo me separé de ellos, de eso yo no me acuerdo pero sé que conmigo y con mi hermano venía mi tía, la que está ahora aquí. La historia es esta: yo fui a parar

a Leningrado el 39, el 39 y 40. Como yo venía de Asturias con la salud ya estropeada, al llegar a Leningrado me hicieron la operación de apendicitis. Después estuve recuperándome allí en Leningrado hasta que decidieron llevarme, por orden de los médicos, a Eupatoria. Allí estuve desde el año 1939 hasta el 40. Ya se sabía que iba a empezar la guerra y de Eupatoria me llevaron a Saratov a una Casa de Niños. Luego, después de Saratov estuve donde estaba Enrique en Bolshevo, aunque él ya no se acuerda. Yo no pude terminar la escuela porque estaba enfermo.

Yo, a lo que he podido llegar de la escuela lo terminé en Bolshevo, con ese maestro que tenía la mano... que le faltaba una mano.

MERCEDES:

Sí, con Arregui: yo también lo tuve.

ÁNGEL:

No sé... a mí no me gustaba mucho, pero bueno.

MERCEDES:

Pues a mí sí me gustaba, fijate. Y ¿tú te acuerdas de qué clase exactamente terminaste?, ¿la sexta?, ¿la quinta?

ÁNGEL:

La quinta, la quinta.

MERCEDES:

Entonces, ¿tendrías como doce o trece años?

ÁNGEL:

Primero fui a una escuela de esas que llamaban *Remenslenie Uchilishe* ("escuelas profesionales") en Novinski y después nos llevaron a Tushino, que había otra escuela de esas y allí terminé toda la formación, por lo menos estuve tres años estudiando allí.

MERCEDES:

Y luego ya, cuando terminaste el aprendizaje, ¿qué pasó, te buscaste tú el trabajo o te dieron un trabajo o cómo fue eso?

ÁNGEL:

No, yo mismo me busqué el trabajo.

MERCEDES:

Y los españoles, ¿te ayudaban a encontrar un trabajo? O sea, el hecho de que tú fueras español, ¿te facilitaba las cosas o no?

ÁNGEL:

Había camaradas españoles en esos tiempos que, como decíamos, “cambiaban de chaqueta”. Allí también, en Moscú había muchos españoles y no te ayudaban diciendo: “Compañero, ha hecho usted estas cosas malas y eso”. Porque los que estábamos andando por ahí, tirados por las carreteras, los del partido lo sabían, pero como dice Enrique, o te mandaban a Siberia o te mandaban por ahí; pero decirte: “Oye, ¿cómo te llamas? ¿Cuántos meses o años ya no trabajas?”, etc., yo no he visto ni una sola vez que nos diesen ayuda a los que estábamos andando por ahí.

MERCEDES:

Pero tú no ibas solo, ibais en banda, en grupo. Y ¿eran españoles o más bien rusos?

ÁNGEL:

No, yo andaba más con rusos que con españoles. Y luego ya empecé la vida de otra manera...

MERCEDES:

Empezaste a trabajar.

ÁNGEL:

Empecé a trabajar y fue cuando vino Enrique a donde vivía yo. Yo ya estaba casado. Y fue él quien me trasladó a Voroschilovgrad... bueno, a Lugansk, y ahí he dado la vida, he dado la salud cuarenta y un años.

MERCEDES:

Y cuándo Enrique decidió marcharse a España, ¿tú no te planteaste ir?

ÁNGEL:

Yo lo pensaba, pero sabía que las autoridades de allí, si tú tienes que responder de tu hijo y eso, no te dejan salir. Si mi mujer no me daba el permiso, ya podía yo hacer lo que quisiera...

MERCEDES:

¿Tú crees que, si no hubiera sido por eso, tú te hubieras ido a España entonces con Enrique?

ÁNGEL:

Yo me hubiera ido, claro; yo con mucho gusto.

MERCEDES:

Otra cosa, Ángel, ¿tú te acuerdas del primer encuentro con nuestros padres? —que fue en Alemania, yo creo, la primera vez que tú los volviste a ver—. ¿Lo recuerdas eso? ¿Recuerdas dónde fue, cómo fue, la impresión que tuviste?

ÁNGEL:

Sí. Cuando yo volví a ver a mamá y a papá eso fue en el 58.

MERCEDES:

Es decir, tú tenías entonces veintiocho años.

ÁNGEL:

Yo, cuando empecé a arreglar los papeles y en aquellos tiempos se consideraba un gran problema el hacerlo, hice todo lo que había que hacer. Llevaba una fotografía de papá y de mamá la primera vez que me encontré con ellos en el 58, porque yo no sabía nada, dónde estaban, cómo estaban... Cogí esas fotografías, las señas y todo y llegué a Berlín... Había mandado el telegrama pero no vino nadie a esperarme y entonces, como el alemán no lo sabía hablar, el español sí, el ruso también... ese sí que fue un momento que recuerdo. Andaban por la estación tres policías y oigo como un idioma parecido al español, porque había un policía que era italiano y era muy simpático. Yo llevaba marcos y todo eso. Él me acompañó al tren y le dijo al revisor: "Mire, este señor viene del extranjero, de la URSS, y va a ver a sus padres". Llegué a Dresde y tampoco allí había nadie en la estación.

MERCEDES:

¿Cómo es posible?

ÁNGEL:

¡Tú escucha, ahora viene! Llego a Dresde, voy de aquí para acá, tampoco... ¿A quién preguntar? ¿Cómo preguntar? Y había otro policía hablando en italiano. Le enseñé las señas y con la maleta andando, andando, andando, mirando los números... toco el timbre y nadie contesta. Pensé: "¿Qué pasa aquí? No hay nadie en casa, ¿dónde estarán?". Estaba poniéndome nervioso ya, además tenía ganas de comer y de todo y en eso que baja esa señora... ¿cómo se llama?,

la abuela de Adela Lafuente. Entonces ella me miró así y dijo: “¿Usted no es el hijo de Angelín?”, y yo le digo: “Sí, no sé qué pasa, estoy tocando el timbre y no hay nadie, nadie contesta, nadie me habla”. Entonces ella me dice: “No se preocupe, no se preocupe”. Estuvo todo el tiempo mirando cuando llegaba mamá del trabajo y, cuando llegó, estaba el telegrama en el buzón. Llegué yo antes que el telegrama. Entonces empezó a llamar: “¡Enriqueta, Enriqueta, venga, que va a tener una sorpresa!”. Viene ella y me ve, estaba yo allí: “¡Hijo, hijo vamos, vamos para casa!”. Entonces yo le pregunté: “¿Y papá?”, y me dijo: “Está en el trabajo. Vamos a esperar que venga del trabajo”. Entonces fue cuando empecé a ir de aquí para allá, porque acostumbrado a trabajar y estar allí sin hacer nada, te aburres.

MERCEDES:

Porque estuviste... ¿cuánto tiempo?

ÁNGEL:

Medio año. Luego ya decidí marcharme porque eran otras costumbres, escuchabas la radio, la música... y luego ya viajé diez veces o nueve veces hasta que él ya... murió...

MERCEDES:

Y ese primer encuentro con nuestros padres, ¿te acuerdas como fue?, ¿inmediatamente los sentiste como familia?

ÁNGEL:

Yo sí, yo sí lo sentí así.

MERCEDES:

¿A los dos?, ¿a ambos?

ÁNGEL:

Sí, yo lo sentí así, mucho.

MERCEDES:

Luego, como dices, volviste varias veces a Alemania, pero nunca quisiste quedarte a vivir con ellos.

ÁNGEL:

No, yo ya tenía mi vida...

MERCEDES:

Y con Argentina, ¿qué relaciones tenías?, ¿ella se ocupó de ti? ¿Cuándo volviste a ver por primera vez a Enrique y cuando volviste a ver a Argentina?

ÁNGEL:

A Enrique creo que era en 1945 o en el 46 o en el 48, porque estaba trabajando en esa fábrica de cemento donde caí enfermo que, como ya te he dicho, le doy las gracias a él por todo lo que hizo por mí...

MERCEDES:

¿Qué tipo de enfermedad era?

ÁNGEL:

De los pulmones, era una enfermedad de los pulmones.

MERCEDES:

Y a Argentina, ¿cuándo la volviste a ver por primera vez?

ÁNGEL:

En el 49 o por ahí.

MERCEDES:

Y más tarde, cuando Pepe, yo y mi madre decidimos irnos a España, ¿a ti no se te ocurrió que tú también podías volver a España? Es decir, que tú no has sentido España como Enrique o como yo, seguramente porque has vivido un ambiente mucho más ruso y no tan español.

ÁNGEL:

¡Claro, si Enrique ha vivido en la URSS veinte años solo!

MERCEDES:

Y tú mucho más, claro.

ÁNGEL:

¡Yo ahora ya sesenta y tres años! ¿Cómo yo puedo comprender y cómo puedo decir lo que ha dicho mi hermano, de que mis padres nos abandonaron? Porque si él, él y yo no hubiéramos estado allí, él no tendría lo que tiene ahora... y haber estado en la Unión Soviética, que le han dado estudios, que le han dado de todo y ahora vive como un marqués. Yo, por ejemplo, a mi madre

y a mi padre les doy las gracias, muchas gracias que nos han salvado, porque yo conocí a españoles estando conmigo en Lugansk, que ni siquiera han visto a sus madres, ni siquiera las han visto.

MERCEDES:

No, bueno, pero Enrique no dice que nos han abandonado sino que dice que, cuando se decidió que uno de los hijos fuera con ellos, que tenías que haber sido tú, porque estabas pasando esa fase tan mala.

ÁNGEL:

Yo tengo un año más que Enrique. Si me hubieran dicho de ir, yo hubiera dicho: “No, tengo una hermana que es menor que yo y puede ser que necesite más estar ella con los padres. Nosotros ya estamos de pie, estamos aprendiendo”.

MERCEDES:

Sí, bueno, pero eso tú lo ves así, él lo ve de otro modo.

ÁNGEL:

Yo lo veo como hay que verlo y creo que era y tenía que ser así, y si salió así, pues ¡muy bien! Yo recuerdo que mi padre me decía: “Bueno, hijo, ¡qué vamos a hacer!, si no has podido estudiar no es porque tú no has querido, pero has de ser un buen obrero”. Claro que tuve mucha falta de ayuda de compañeros mayores que yo, que me hubiesen dado consejos para no ir por ese camino y así.

MERCEDES:

Pero los tuviste porque, en fin de cuentas, volviste a encontrar el camino, es decir alguien tuvo que sacarte de ese mal camino en el que estabas. Yo no sé quién fue, si fueron rusos o españoles, pero alguien te ayudó a salir de esa fase difícil.

ÁNGEL:

Te puedo decir que una parte han sido los rusos y otra parte he sido yo, con mi voluntad, con mucha fuerza de voluntad. Porque llegó un día, después de la muerte de mi segunda mujer, que, solo en casa, me senté al lado de una mesa redonda que tengo allí y me puse así, sentado, fumando, y pensé: “¿Qué voy a hacer? Si voy por el otro camino otra vez, ¿qué va a pasar? Caes otra vez en algún sitio...”, y decidí: “No, hay que cambiar todas esas cosas, la situación y la vida y todo”. Y lo he cambiado y podría seguir trabajando, pero...

MERCEDES:

Claro, luego vinieron los cambios... Y tú, los cambios, el final de la Unión Soviética y todo eso ¿cómo lo viviste? Porque a ti, ¿te afectó mucho?

ÁNGEL:

¡Mucho!

MERCEDES:

Es decir, personalmente, lo has vivido con dolor, ¿por qué piensas que ha sido malo para todo el mundo?

ÁNGEL:

Para todo el mundo, no solo para mí, para todo el mundo, para pequeños y grandes, para todos los que estábamos trabajando, no pensábamos que íbamos a tener esas desgracias que tenemos ahora. Es una desgracia que el día de mañana, yo, después de cuarenta y un años de trabajo, me tenga que poner delante de una puerta pidiendo limosna y me ponga aquí un papel que diga: "Hijo de españoles de la guerra" y la mano tendida. ¿No es una vergüenza?

MERCEDES:

Y eso ¿si hubiera existido la Unión Soviética, tú crees que no hubiera pasado?

ÁNGEL:

Yo, trabajando honradamente, ganaba en aquel tiempo, con dinero ruso 2.000 o 3.000 rublos y en la mano 1.200 o 1.300 rublos. Sí, yo he viajado sin pedir a nadie, ni al Estado ni a nadie hasta el 80 cuando estuve con mamá, cuando ella se estaba preparando para venir a España y me llegaba para viajar, para comer y para vestirme, para comprarme unos zapatos. Ahora ya no puedo hacer nada de eso. Tengo un hijo que se está muriendo de hambre y dos nietos. ¿Qué puedo hacer yo?

MERCEDES:

Y lo mismo que tú, los demás. No es algo que te ha pasado a ti solo, ¿no?

ÁNGEL:

No, Merche, guapa, yo no digo que me haya pasado a mí solo, yo conozco muchos casos de esos...

MERCEDES:

Entonces, ¿tú crees que a la gente, en general, le va mucho peor ahora, después del fin de la Unión Soviética?

ÁNGEL:

Mucho, pero mucho peor. Y todos los que trabajábamos y vivimos y nos reunimos entre compañeros y amigos, que tengo muchos amigos aún, buenos amigos, y decimos: “¿Cómo es que tú, habiendo estado en la guerra, habiendo trabajado, estás ahora así, que no puedes comprarte ni siquiera las medicinas?”.

MERCEDES:

Porque la relación ¿cómo es ahora? Por ejemplo, tú cuando todavía existía la URSS, que era en el año 90-91, ¿tú cobrabas ya la jubilación?

ÁNGEL:

Sí, 132 rublos.

MERCEDES:

Bueno, y con eso, ¿tú podías cubrir todo lo que necesitabas para la vida, pago del piso, y todo?

ÁNGEL:

Ya te he dicho, guapa, me llegaba para pagar el piso, me llegaba para comer, me llegaba para comprarme unos zapatos, nada de mil y pico, pero unos zapatitos guapos y aún me quedaba para hacer un viaje a Alemania, si hacía falta.

MERCEDES:

Y, ahora, por ejemplo, de la pensión que tú tienes ahora, ¿qué es lo que puedes pagar?

ÁNGEL:

No me hables de pensión.

MERCEDES:

¿Por qué, no la tienes?

ÁNGEL:

Porque es una mierda esa pensión... es una mierda, no vale para nada.

MERCEDES:

No te da ni para pagar el piso, por ejemplo.

ÁNGEL:

Ni el apartamento. Te quiero decir que hay gente que conozco, gente que vive en mi casa, que es un edificio de cinco pisos y llevo cuarenta años viviendo en él, y que llevan tres años que no pagan por el piso porque no tienen con qué. Y es lo que decimos nosotros: “¡Que no me den esos *grivni* desgraciados, que me den los 132 rublos que yo me gané cuando salí de la fábrica”. Yo, cuando salí a la jubilación hice un banquete con los trabajadores de mi fábrica, de mi taller, hice un banquete buenísimo. Pero ya te digo que si sigue así, me voy a tener que poner a la puerta a pedir limosna. Mira, yo estando allá, voy al correo y hay un cartel que pone: “Pensii nietu, diengui nietu”, es decir: “No hay pensiones, no hay dinero”.

MERCEDES:

Y eso pasa un mes, y otro mes, y otro mes... Pero, entonces, si tú no pudieras venir aquí todos los años y llevarte algo de dinero, ¿qué pasaría?

ÁNGEL:

Íbamos a pasarlas negras, yo no, porque con lo que ya tengo en el armario me arreglo, me llega, pero para comer... no sé cómo comería. Y eso que yo no como ni calamares ni nada de eso, como lo que me den. Porque allí no comes calamares ni te metes en un restaurante de primera clase. Llegas a casa y te preguntan: “Ángel, borsch budes kushatz?” (Ángel, ¿quieres un plato de *borsch*?) y ya está. Si hay algo de segundo, pues bueno, pero si no, nada. Yo antes comía mucho mejor, cuando tenía los 132 rublos me podía comprar mantequilla y *smetana* (crème fraîche) y ahora ¿qué? Y luego está mi hijo, que viene a buscarme a Kiev cuando vuelvo de Barcelona, y además de pagarle el viaje de ida y vuelta le doy para que viva unos meses, me quedo yo sin ello, pero lo doy a él, porque tengo dos nietos...

ENRIQUE

MERCEDES:

Lo que quisiera que tú me explicaras es si recuerdas exactamente el momento de la separación, es decir, el momento en que os embarcan, cómo crees

recordar que lo has vivido, si has echado algo de menos, cómo se ha manifestado eso y luego ya todo tu devenir, cuando nos conocimos tú y yo, etc... Pero primero, qué edad tenías exactamente en ese momento y si recuerdas la salida de Gijón y la despedida de los padres.

ENRIQUE:

Bueno, Merche, contestando más o menos al planteamiento que me estás haciendo diré que no recuerdo con mucha precisión los momentos de salida de España. No recuerdo con mucha precisión los momentos de la llegada a la Unión Soviética. Yo tenía, efectivamente, seis años y tres meses. Que salimos en septiembre del 37 y la escena de salida del puerto de Gijón no lo recuerdo muy bien. Tengo una vaga idea de que había mucha gente en el puerto, de que el barco no parecía reunir unas buenas condiciones. Ni el estado mismo del barco ni en cuanto a la capacidad de alojarnos a todos los que íbamos en él. Lo único que nos tranquilizaba mucho, a mí personalmente y supongo que también a mi hermano Ángel que venía conmigo, era que con nosotros iba nuestra tía Argentina, que entonces tendría unos diecisiete años y para nosotros era una señora muy mayor, con lo cual, comparando con otros niños, que nadie les acompañaba, nos tranquilizaba bastante.

Entonces, tanto ella que estaba continuamente a nuestro lado y los demás educadores y personas relativamente mayores, nos iban diciendo que este era un problema muy provisional, que era una cosa que era para muy poco tiempo, pues nosotros como niños lo interpretábamos así y nuestros problemas se acababan. Pues nada, mira, teníamos ganas de comer o ganas de hacer nuestras cosas o bien de jugar o tal y cual. Recuerdo vagamente que la travesía de Gijón hasta uno de los puertos franceses fue horrorosa, el barco no reunía condiciones, porque esto sí que yo lo recuerdo vagamente. Me sabe mal decirlo, pero voy a decirlo con palabras auténticas: todo el mundo nos mareábamos en el barco aquel, aquello eran vómitos continuos, las cubiertas eran barrizales de vómitos. No había ni letrinas, no había ni lavabos, no había nada...

MERCEDES:

Por ejemplo ¿dormir, cómo dormíais?

ENRIQUE:

Yo sé que estábamos en las bodegas, recuerdo vagamente que estábamos en las bodegas y estábamos allí apelotonados como sacos, diría yo. Esto es lo que yo recuerdo, esta es la imagen que yo tengo. Y contrasta esta imagen con

el cambio que se nos hizo, no recuerdo si fue en alta mar o en algún puerto, a un barco ruso, que entonces nos distribuyeron por camarotes y aquello parecía que habíamos pasado de la miseria auténtica a un bienestar de ricachones y a unas condiciones de lujo. Luego, las imágenes que hemos visto posteriormente te despiertan aquellos recuerdos vagos sobre la llegada a Leningrado, al puerto de Leningrado. Allí fue un recibimiento impresionante. Nosotros llevábamos los uniformes que nos habían preparado justamente en el barco ruso, que eran uniformes como de pionero pero no eran de pionero, íbamos con las gorritas aquellas españolas... con la gorrita aquella sin borlita y una especie de traje de marinero los niños y las niñas, y parecíamos todos, pues nada, una monada de criaturas. Luego, una vez llegados allí, pues claro, todo son novedades y todo son cosas que yo recuerdo muy bien, como niño no sabes dónde te encuentras, no sabes lo que está pasando, porque no lo entiendes. Lo único que te estás preguntando, pues es por tu madre. Porque no preguntas por el padre, preguntas por la madre...

MERCEDES:

¡Eso lo recuerdas!

ENRIQUE:

Eso sí que lo recuerdo y, sobre todo, lo recuerdo al principio. Pero como Argentina estaba a nuestro lado, tampoco preguntabas tanto. El problema vino después, cuando ya se nos separa en Leningrado. Se nos mantiene — repito que esta es mi versión ¡eh!, este es mi recuerdo— durante un tiempo determinado, yo no recuerdo cuánto, dos meses, tres meses, un mes, no lo recuerdo, en unos internados y nos pasaban inspecciones continuas de médicos, nos atendían, nos vestían, nos ayudaban... Seguramente estaban organizando los correspondientes internados y los organizaban de tal forma que había una clara intención de enviar a los niños que no estaban bien de salud a lugares de climatología mucho más benigna y parecida a la española, que no a los que estaban en buenas condiciones de salud porque a todos no se les podía enviar a esos lugares, como, por ejemplo, sería el sur de Rusia, el Mar Negro, Crimea, concretamente, que es a donde se enviaba a estos niños. Entre ellos, y esta es una de las cosas que puede chocar mucho, estaba mi hermano Ángel Las autoridades rusas no miraban si tú eras hermano o eras pariente sino que lo que miraban era la salud del individuo, del niño en este caso, y entonces a él lo enviaron al sur y a mí, como estaba en buenas condiciones de salud, me dejaron en una ciudad al lado de Leningrado, en una ciudad que se llamaba Puschkin.

Entonces allí yo revivía los recuerdos de mi familia, sobre todo de mi madre, porque claro, los niños llaman a sus madres de pequeños, era siempre en momentos en que te encuentras mal o estás ofendido o te duele algo o algo te pasa, entonces: “¡Mamá, mamá!”. Esto sucede durante un tiempo determinado y, al final, ya te olvidas y todo eso lo vas asimilando por dentro ya.

MERCEDES:

Pero tú la llamabas a ella, ¿frente a quién? ¿Se lo decías a alguien?

ENRIQUE:

No, a mí mismo, a mí mismo, porque yo no podía pedirle a nadie que me trajera a mi madre. Pero yo a mí mismo me lo decía: “Mamá, ¿por qué no estás?”. Estas son cosas vagas que recuerdo. Pero, repito, esto sucedía durante los primeros cinco o seis meses o siete, después ya como “la mamá” no aparece, pues nada. A mí se me agravó la circunstancia porque, después, resulta que mi madre vino con mi hermana, o sea contigo, y vino a verme durante una tarde o dos y, claro, como no me podía decir que ella se iba a marchar, dijo sí, ya nos veremos. Y claro, el niño, yo en ese caso, pues me lo creí, me dormí y al día siguiente mi madre no apareció. Entonces, yo una vez más renové el sentimiento de la necesidad de la madre. Yo no sé por qué, pero realmente debe pasar a la mayoría de los niños, recuerdas más y pides más el auxilio materno que el paterno. No sé si eso es lo normal o no, pero a mí me ha pasado. Seguramente les pasa más a los niños que a las niñas.

MERCEDES:

Seguramente, ahí hay una diferencia, pero quizás también porque la vida que había habido antes era con una mucho mayor presencia de nuestra madre con vosotros —con nosotros— que no el padre, que estaba siempre por ahí en sus actividades políticas.

ENRIQUE:

Siempre, siempre, yo a mi padre, la verdad es que no lo recordaba en absoluto.

MERCEDES:

¿No lo recordabas?

ENRIQUE:

No, nada, no, no, no. Tenía fotografías y por las fotografías, pues sí, decía: “Mira, este es mi padre”. Pero, lo que tú dices, yo en Gijón tampoco lo veía mucho.

Pero yo de la vida de Gijón, por ejemplo, recuerdo muy pocas cosas. Recuerdo que una vez me abrieron la cabeza defendiendo a mi hermano, que tengo todavía la cicatriz que se me ha quedado para toda la vida. Pero de la vida de Gijón recuerdo prácticamente cero, salvo este incidente, más que nada por lo llamativo que fue.

MERCEDES:

¿Entonces a ti te llevan a Pushkin?

ENRIQUE:

Sí, yo estoy en Pushkin, en un internado. No éramos muchos, porque la Casa de Niños aquella no era muy grande. Hemos tenido la gran suerte de que, además, Pushkin, como todo el mundo sabe, era el ex *Tsaritzino*, era la residencia veraniega de los zares y, claro, está todo lleno de palacios, aquello es una preciosidad. Bueno, pues allí nosotros estuvimos hasta el año 39. Y en Pushkin nos dedicamos a jugar y a empezar a estudiar en los parvularios, porque yo tenía seis años. Y allí empiezo yo la primera clase.

MERCEDES:

Y ahí, ¿tenías algún contacto con Argentina?, ¿la veías?

ENRIQUE:

Sí, sí, a Argentina la veía alguna vez, porque más que yo, venía ella alguna vez, creo yo a Pushkin, porque ella estaba en Leningrado. Ella sí que estaba en Leningrado, Ángel no, con Ángel yo perdí el contacto total.

MERCEDES:

Con Ángel, porque lo mandaron a Eupatoria.

ENRIQUE:

A partir de ahí, con él nada, nada y con España tampoco, porque yo entonces no sabía leer y escribir, con lo cual yo tampoco podía escribir nada. De mis padres no sabía absolutamente nada.

MERCEDES:

¿Y tú recuerdas haber tenido ese sentimiento de echarles de menos?

ENRIQUE:

Sí, sí. Sobre todo después, si yo miro, aunque no siempre tiene que ver, porque cada uno tenemos nuestra forma de ser; pero si yo miro, me comparo

con la forma de ser de Pepe, que tiene una forma mucho más pausada de razonar, de ver las cosas... Yo soy una persona muy insegura, una persona muy nerviosa, soy una persona, me parece a mí, de hechos, a veces, posiblemente inesperados, raros. Yo veo que, por ejemplo, Ángel y yo, en según qué aspectos de nuestras actuaciones, sobre todo desde el punto de vista de nuestras relaciones con las mujeres, es precisamente una demostración de lo que nos ha marcado la falta de nuestra madre. Yo creo que sí. Bueno, es mi opinión y puede ser falsa, pero, por ejemplo, ya se sabe siempre que un hombre en su esposa, en su amiga o en su pareja busca... pues sí, la pareja, pero algo también de maternal. Pero si nosotros analizáramos las actuaciones, en este aspecto, de Ángel y mías, pues veremos que la primera mujer que nos hiciera un poco de caso, para nosotros ya era la solución. Nos llevara veinte años más, fuera analfabeta, fuera rica, porque nosotros necesitábamos un cariño de mujer, un cariño de madre, un cariño de madre y de mujer, una combinación de ambos.

MERCEDES:

Sí, también se dice de las mujeres que buscan a veces el padre.

ENRIQUE:

Pero yo ya te digo, es lo que siempre he pensado y además este aspecto lo he pensado mucho en cuanto a Ángel. Él ha tenido la gran desgracia en su vida de tener que estar por ahí solo, cuando precisamente es quien más necesitaba a su madre, siempre. Ha sido el débil de la familia. Los rusos lo catalogaron enseguida y no se lo preguntaron a nadie. Cuando llegó, lo primero que han hecho es mandarlo al sur y no han dicho: "Está débil, pero es igual, que se quede con su hermano, que se quede con su tía. No, que se vaya al sur porque es débil, porque además, su desarrollo tal y cual". Pero el hombre tiene gran mérito de estar donde está y de tener la edad que tiene... tiene un gran mérito.

MERCEDES:

Mira, los tres, aunque en edades diferentes, tuvimos la vivencia de la separación de los padres, pero ya genéticamente éramos personas diferentes, es decir que, aunque no hubiera habido la separación de los padres, Ángel y tú siempre hubierais sido muy diferentes.

ENRIQUE:

No cabe duda. Tú y yo hubiéramos sido más parecidos.

MERCEDES:

Sí, mucho más. Entonces yo digo: Ángel, en la relación con mi madre, se ha quedado prácticamente en la edad en la que la dejó y hoy todavía tiene una relación de niño de siete años con ella y viceversa. Es una cosa que yo afirmo. Enrique, lo ha vivido tan duro que ha desarrollado una reacción “anti”.

ENRIQUE:

Anti, sí, señora; incluso a veces sin querer, reaccionas de una forma que no deberías.

MERCEDES:

Pero, volviendo a lo otro, entonces en Pushkin os constituyen en clases, tú ya separado de Ángel. Y ¿cómo sigue?, porque me gustaría llegar hasta cuando empieza la II Guerra Mundial.

ENRIQUE:

Yo es que no te puedo explicar más... la Guerra Mundial, precisamente, esto sí lo recuerdo muy bien. Sí, el 21 por la noche, 21 de junio, yo estaba en Pushkin, empezaron a sonar las sirenas. Los primeros ataques fueron a Leningrado, una de las primeras ciudades que pretendían bombardear era Leningrado, la segunda ciudad del país. Leningrado y los alrededores, nosotros éramos los alrededores, a veinticinco kilómetros, entonces allí enseguida las sirenas y tal. Como, además, el inicio fue inesperado, fue de golpe y porrazo, sin previo aviso, no quiero decir nada sobre este aspecto porque puedo ofender sentimientos de otras nacionalidades...

MERCEDES:

Nosotras decimos mucho sobre eso, o sea, no tengas ningún problema.

ENRIQUE:

Ah, no, es que eso no se hace, no son formas, ni siquiera de empezar una guerra. No habría que hacer ninguna, pero de hacerla...

MERCEDES:

¿Tú lo recuerdas perfectamente?

ENRIQUE:

Yo recuerdo las sirenas. Repito, tengo muy mala memoria. Pero las sirenas sí que las recuerdo, porque recuerdo anterior a esas, las sirenas que hubo

cuando la guerra del 39, la guerra que hubo de Rusia con Finlandia. Como estábamos cerca de Leningrado, aquella guerra la recuerdo muy bien, sobre todo por aquello de que veíamos como cerraban los vidrios con periódicos y cosas de esas. Pero aquella fue una guerra que parecía de tebeo, prácticamente no hubo incursión, de finlandeses ninguna, de vez en cuando había alguna sirena porque salían los aviones soviéticos a bombardear a Finlandia.

Ahora, la del 41 sí, porque aquello fue totalmente inesperado, y entonces a nosotros nos levantaban de la cama, nos llevaban a unos refugios; eso el primer día y los dos o tres días siguientes. Pero la preocupación por parte del gobierno soviético fue tan fenomenal que nosotros —el 21 empezó— pues el 25 o 26 de junio ya estábamos en el tren, camino de los Urales. Con lo cual, esos cuatro o cinco días, sí, alguna que otra incursión alemana, pero al refugio y fuera. Y entonces nos envían a los Urales. Nos suben en unos trenes, incluso por el camino tuvimos que salir un par de veces, no muy lejos de Leningrado todavía, porque la aviación alemana ya lanzaba paracaidistas sobre todo en las líneas férreas y en los núcleos de comunicación y los trenes se tenían que parar, todo el mundo desalojaba el tren. Afortunadamente aquel país tiene mucho bosque, nos teníamos que meter en los bosques y cuando desaparecía el peligro —porque o bien el ejército ruso se ocupaba de los cuatro paracaidistas que salían o bien la aviación se había largado— pues seguíamos con el tren hacia nuestro destino.

MERCEDES:

¿Esto lo recuerdas claramente con imágenes?

ENRIQUE:

El estar en el tren y de golpe y porrazo pararse y salir todos del tren y estar allí media hora, una hora o lo que fuera y volver a subir al tren... Como era verano no había ningún problema ni de frío ni de nada. Y los críos, yo por lo menos, lo recuerdo como si fuera un juego aquello. Repito, yo fui a parar a los Urales, a un pueblo de la provincia de Kirov, de la *Kirovskaia Oblast*, que se dice en ruso, a una ciudad que se llama Molotovsk, una ciudad provinciana.

MERCEDES:

¿Con maestros y todo?

ENRIQUE:

Sí, con maestros y algún educador. Yo recuerdo que allí teníamos al señor Arregui, el manco.

MERCEDES:

¿Estuviste ahí hasta el final de la guerra?

ENRIQUE:

Yo estuve allí hasta el 44, que fue cuando me llevaron al lado de Moscú, a Cherkísovo y de allí inmediatamente a Bolshevo. Argentina se quedó en Cherkísovo. Allí pasamos mucha hambre, muchísima hambre.

MERCEDES:

¿Recuerdas claramente el sentimiento de haber pasado hambre?

ENRIQUE:

Sí, recuerdo que nos daban, cuando se podía, porque no siempre se podía calentar, agua caliente, porque no había té ni nada, y entonces la tomábamos en lugar de té. Y uno de los días felices era tomarla con sal, porque azúcar, ¡ni hablar!, ni hablar de la mantequilla, ni hablar de nada de eso. Recuerdo también que íbamos a robar a los almacenes de los campesinos de por allí, los almacenes del Estado, íbamos a robar grano. Rompíamos unas tablas de los almacenes, que eran de madera, entonces cogíamos grano y en casa o hacíamos una hoguera o así y lo freíamos en un pote o lo que fuera. Recuerdo también que nuestro manjar preferido era la sopa de ortigas, una sopa de ortigas que afortunadamente, según los científicos, es muy alimenticia, muy buena, pero para comer ortigas hay que llegar... Recuerdo también que comíamos unos cardos que pinchaban una barbaridad, pero el núcleo de dentro, que ya tampoco estaba muy blando, nos lo comíamos. También recuerdo que cuando empezaba el invierno y ya se había recogido la patata, entonces nosotros íbamos allí a recoger las patatas que quedaban, poquíssimas, que quedaban como congeladas, hechas piedra, pero bueno, por el camino hacíamos una hoguera y las calentábamos y aquella patata o la asábamos o nos la comíamos medio cruda. También es verdad, Merche, y esto no lo digo como propaganda, que había una casa de niños rusos al lado y esos todavía tenían menos, porque cuando llegaba un poco de mantequilla o algo, primero nos lo traían a nosotros. No, y eso es auténtico.

Recuerdo que en el año 1942, que fue aquel invierno tan duro y estaban los alemanes casi ya entrando en Moscú y no pudieron porque hubo un invierno terrible, yo batí mi record de temperaturas bajo cero, yo llegué a 45 grados bajo cero. Sí, sí, y esta sí que es una vivencia que recuerdo muy bien, porque salíamos a la calle nada más que para hacer ver que salimos, porque estaba

prohibido, no nos dejaban. Salías y tenías que ir con los dedos en las manos aguantando las cejas, porque si no se te cerraban los ojos, se pegaban las pestañas. Sí, sí, 45 grados bajo cero.

MERCEDES:

Enrique, ¿tú recuerdas haber aprendido canciones españolas en la Casa de Niños? Porque yo, cuando fui a Francia, mis padres se sorprendían que supiera canciones españolas y cuando mi padre las cantaba yo las cantaba con él.

ENRIQUE:

Bueno, sobre eso no tengo muy buena memoria, pero creo que sí, por ejemplo, aquello de “Clavelitos” y cosas así. Los educadores españoles, los profesores, nos reunían y nos hacían cantar. Aparte que el gobierno, las autoridades soviéticas, estaban muy interesados en que nosotros mantuviéramos el idioma, porque sí no de buenas a primeras nos hubieran esparcido por el país y no lo han hecho.

MERCEDES:

Enrique, ¿cómo recuerdas el día de la liberación?

ENRIQUE:

Me acuerdo muy bien del año 45, del día en que acabó la guerra. De eso sí que me acuerdo muy bien. El mismo 8 o el 9 nos fuimos a Moscú, porque en Moscú tenía lugar una concentración en la Plaza Roja y fue nuestro error, porque casi nos morimos allí.

MERCEDES:

¿Por qué?

ENRIQUE:

Porque había un tal descontrol de la inmensa cantidad de gente, que aquello estaba desbordado. La policía, *militia* en ruso, no era capaz de ordenar aquello, reventaban las paredes del metro de allí, del centro de la Plaza Roja. Fuimos en grupo, pero llegaba un momento en que te asfixiaban y, bueno, yo en el año 45 tenía mis catorce años ya, pero era un chaval todavía y hubo momentos en que me quedaba sin respiración de lo apretado que estaba.

MERCEDES:

¿Y fuisteis a la Plaza Roja?

ENRIQUE:

Sí, fuimos a la Plaza Roja, sí, sí. Pero claro, allí no pudimos ver absolutamente nada, solamente gente, gente, gente y todos gritando no sé qué, no sé cuánto, y no sé de qué forma llegamos al final a una estación de metro y cogimos el metro enseguida para llegar hasta la Komsomolskaya, que es donde estaba la parada del tren y nos fuimos para casa, pero si lo llego a saber, no voy jamás.

MERCEDES:

Pero, lo recuerdas como la liberación.

ENRIQUE:

Fue como una emoción, como una liberación, o sea, yo creo que si a una persona le toca la lotería, debe tener una sensación parecida, digo yo. Es lo mismo que cuando la muerte de Stalin, en el año 53, pero en el sentimiento al revés, parecía que se hundía el mundo. Aquí, al revés: el mundo se abría. Recuerdo que fuimos —esto ya era mucho más pausado— fuimos al desfile que se hizo en junio; al cabo de un mes se hizo pasar a las tropas alemanas, que tiraban las banderas en la Plaza Roja, y entonces nosotros, ya con previsión, no fuimos a la Plaza Roja, nos quedamos en la calle Gorki y vimos pasar a los alemanes.

MERCEDES:

¿Cómo lo recuerdas eso?

ENRIQUE:

Yo recuerdo, vamos, que la gente se los quería comer, la gente los hubiera despedazado, les tenía tanta rabia, les tenía tanto odio, se acordaban de tantas muertes, de tanto sufrimiento, que si les dejan los matan. Esto sí que lo recuerdo.

MERCEDES:

Y tú ¿compartías ese sentimiento?

ENRIQUE:

Sí, sí, porque además yo he sido muy moldeado por la propaganda o por las teorías soviéticas, ¡pero muy, muy moldeado! Quizás demasiado.

MERCEDES:

Pero, en el sentido moldeado, de que tú te identificabas. Yo tuve gran dificultad para aceptar el hecho de vivir en Alemania porque yo estaba muy

marcada por mi infancia en la URSS, donde los *nemtsi* (“alemanes”), cuando los chavales jugaban a que mataban al malo, mataban al *nemetz*, al alemán, como sinónimo de nazi, fascista. Y luego, los dos o tres primeros años en Francia, todo era contra *les bosches*, los alemanes. Entonces Núria me preguntaba si yo tenía verdaderamente un sentimiento antialemán, y lo que tú me estás contando me lo confirma.

ENRIQUE:

Sí, sí, seguro, yo no los podía ver, pero bueno, yo siempre digo que no debe ser justo. Mantengo parte de ese sentimiento, lo que pasa es que, claro, reconozco que no todos son igual. Parte de mi familia es alemana y no tiene nada que ver, pero hay cosas que siguen, que continúan. O sea, que por otro lado no me caen bien, lo siento mucho, pero no me caen bien. En España no tragan a los ingleses; sin embargo, yo a los ingleses los admiro al lado de los alemanes.

MERCEDES:

Y en España, la gente que ha vivido en esa época, tiene incluso, y a mí me llamó mucho la atención en Madrid, tiene una admiración hacia los alemanes. A mí cuando me decían: “Es que tú eres muy alemana”, y me lo decían para bien, para mí casi era una ofensa.

ENRIQUE:

Pero Merche, eso demuestra una vez más que todo está en función de lo que has vivido.

MERCEDES:

Pero, ¿tú tenías un recuerdo claro de que tenías un hermano, con el que habías salido de España?

ENRIQUE:

No, eso sí, y de ti, que tenía una hermana también, eso sí. Porque yo, a partir de no sé que edad, yo empecé a escribirme regularmente con nuestro padre. Escribía a Francia, incluso escribí a Méjico. A través del partido o no sé quién, yo mandaba cartas, sí. Estoy seguro, lo recuerdo muy bien. Recuerdo incluso fotografías que mandaba mi madre de su estancia en Méjico y yo decía: “¡Joder, qué bien vive esta gente y nosotros aquí fastidiados!

No, yo no he dejado de escribir a mis padres nunca, nunca. Bueno hasta que se murió él. Pero siempre escribía cartas, siempre, explicando lo mío y si

sabía de Ángel algo y dando mis opiniones. Pero ¿tú habrás leído más de una carta mía, allí en Dresde? Yo me escribí con ellos, yo diría, desde que acabó la guerra, porque antes, no, desde el año... ponle 46 o 47, o quizás ya antes, desde 1944 hasta el 75 que murió él. Estuve treinta años escribiendo.

MERCEDES:

¿Y tú como recuerdas —si lo recuerdas— el momento, cuando te enteras de que yo me voy a ir con ellos y vosotros no?

ENRIQUE:

Yo entonces no me hago mucha conciencia del problema. Me da la sensación que entonces consideré que era normal, que tú eras la pequeña y... vale. Después, al pasar los años consideré que era una injusticia, y esto lo tengo asumido, equivocadamente o no, pero asumido.

MERCEDES:

Justamente, yo me pregunté muchas veces si nuestro padre fue informado regularmente del itinerario y la vida que había tenido Ángel, porque muchas veces esas cosas se han ocultado por razones políticas, puramente propagandísticas. ¿Cómo van a contar que el hijo de un miembro del Comité Central...?

ENRIQUE:

Merche, vas a la mía, me parece muy buen razonamiento el tuyo. Perfecto, perfecto. Pero aquí hay un “pero” y es un “pero” muy grande. Podrá decir misa el cura, podrá decir misa el que quiera, pero a una madre no se le dice misa, porque una madre sabe muy bien lo que es. Ahora, que tú digas que la opinión de la madre en este caso no contaba para nada ante la visión política, engañada, politizada y que él era el que mandaba y todo eso, puedo admitirlo.

MERCEDES:

Bueno, me gustaría que me cuentes por qué decides tú marcharte a España.

ENRIQUE:

Es un problema de mentalidad; es decir, las personas hacemos cosas, básicamente, por lo por lo que tú ves, lees, estudias o lo que te inculcan. ¿Qué pasa? Llegamos nosotros a Rusia —yo con seis años— llegamos y antes de subir al barco ya en Gijón nos dicen que nada, que esto es para un par de semanas y vuelta a España. Llegamos a la Unión Soviética y seguimos con

la misma canción: “Esto se acaba enseguida, la República vencerá y volvéis a España”. No fue así. Igualmente, las autoridades soviéticas siempre, siempre, y lo demuestran con hechos, uno de ellos es que nos han mantenido juntos, nos han conservado el idioma, nos han tratado lo mejor posible porque éramos hijos de comunistas o de republicanos, pero siempre inculcándonos que nuestro sitio es nuestro país, que estábamos allí provisionalmente. Que la provisionalidad de media hora, un día, una semana, un mes, un año... ha llegado a veinte años, ese es otro problema, pero nosotros teníamos que volver a España. Entonces, eso sumado a que supongo que el Partido Comunista Español, a través de sus educadores españoles en las Casas de Niños, hacía todo lo posible no solo para conservarnos el idioma sino para hacernos sufrir y padecer por todas aquellas cosas españolas, las costumbres... y una cajetilla que llevara el anagrama de Madrid nos volvía locos, un papelito escrito en español nos volvía locos. Recuerdo, estando en Moscú, ir al cine y oír a la Lolita Torres cantar en español en una película argentina... nos moríamos de satisfacción. Pues, claro, llega el momento en que se abre la veda... y la inmensa mayoría, sin pensar en que era un régimen fascista y tal y cual, decide marcharse. Pero decide marcharse: no porque no tiene miedo de irse allí, sino porque el miedo queda contrarrestado con soluciones que se han tomado desde el punto de vista de las alturas. O sea, España entra —con permiso y porque a Estados Unidos le interesa por sus bases— entra en las Naciones Unidas. Al entrar en las Naciones Unidas, España firma la Carta de las Naciones Unidas y la carta dice, en el apartado de emigrantes: A, B y C. La A: admitirlos; segunda: no represaliarlos; tercera: facilitar viviendas, trabajo, etc., etc. Entonces, ¿qué pasa?, que eso nosotros no nos lo creemos, pero creemos que tampoco nos será tan difícil.

MERCEDES:

Y tú ¿cómo te enteras? ¿Se mandaron cartas?, ¿circulars?, ¿cómo se enteraron los ya no tan “niños de la guerra” de que se abría esa posibilidad?

ENRIQUE:

No, porque hay reuniones de colectivos. Yo estaba en Lugansk, trabajando, claro, y nosotros teníamos nuestro colectivo. Yo estaba en una empresa fabricando locomotoras, diseñando locomotoras.

MERCEDES:

Se garantiza que no tendríais ningún problema, etc.

ENRIQUE:

Sí, sí claro. Entonces, en ese caso nos ponemos en contacto con nuestras familias y, en mi caso, con la tía Julia. Lo hizo Argentina, porque regresábamos ella y yo. Ángel se quedaba, él no podía ir, debido a que estaba divorciado, su hijo no tenía dieciocho años y la ley rusa no lo permitía.

MERCEDES:

Tú en la Unión Soviética tenías trabajo, no estabas pasando hambre ni muchísimo menos. No es que llevaras una vida de lujo, pero...

ENRIQUE:

Yo estaba bien, porque trabajaba de ingeniero, mi mujer trabajaba también, teníamos una niña, estábamos en unas condiciones bastante malas de habitabilidad pero eran normales para el país, es decir, yo vivía en un piso donde tres habitaciones eran para tres familias, cocina común.

MERCEDES:

¿Tú crees que lo has hecho por eso que nos han inculcado desde niños? Es que es exactamente mi versión también...

ENRIQUE:

Perdona, es que no hay otra versión, porque esto no hubiera sucedido si, por ejemplo, imagínate por un momento, que a ti, a mí o a quien sea, lo cogen y lo meten solo dentro de una familia rusa... Ese niño de seis años sale un ruso total.

MERCEDES:

Porque el año que tú llegaste... fue el 56, ¿no?

ENRIQUE:

No, el 57. Yo fui en la última expedición. Hubo seis expediciones y Argentina y yo fuimos en la última. Después hubo más, pero fueron muy distanciadas en el tiempo. Fue el 30 de mayo, exactamente, del año 57. El 31 llegamos a Barcelona.

MERCEDES:

¿Y nunca te planteaste volver a la URSS?

ENRIQUE:

¡Nunca! No, no, bajo ningún concepto, ¡lo tenía tan claro...! Y eso que, al llegar aquí, al poco tiempo me tuvieron casi un mes en Madrid, la policía

secreta. Añoraba el invierno y así, pero son cosas superfluas, aquellos inviernos de los alrededores de Moscú, los patines. Y eso que no he ido aquí nunca a esquiar; a patinar sí que he ido, pero yo allí patinaba mucho, esquiaba mucho, siempre me gustó mucho el deporte. Eso sí, esas cosas sí que las añoraba, añoraba los bailes...

MERCEDES:

La música rusa.

ENRIQUE:

Sí, y cosas como la comida, por ejemplo, la *seliotka* (“arenques”) y va a parecer mentira, porque luego estuvieron bastante mal, pero en el año 57, allí en Lugansk teníamos caviar el que quisieras, y aquello del caviar y la cerveza con vodka y estas cosas eran el pan nuestro de cada día. ¡Los arenques...! Son cosas que me encantaban e incluso ahora, cuando me como un arenque ahumado, disfruto como un camello.

MERCEDES:

No sé cómo disfruta un camello... Se puede decir que, si volviera a pasar lo mismo, ¿tú volverías a irte de la URSS y venirte a España?

ENRIQUE:

Mira, ¡es de las cosas que tengo tan claras...!

MERCEDES:

Y tú ¿te sientes español de verdad?

ENRIQUE:

Sí, yo, es que mucho. Aparte de que aquí, incluso con Franco, últimamente, ya se vivía bastante bien si no te metías en problemas políticos...

VIVENCIAS

MERCEDES:

A mí me preguntabas en otra de nuestras entrevistas si me gusta el trabajo, y te conté un poco cuándo decidí lo de la interpretación, etc. Y tú, por ejemplo, ¿cuándo, a qué edad más o menos notaste que lo tuyo era la pintura y cómo lo notaste? Yo no entiendo cómo, de repente, una chavala de diez, quince o veinte años, dice: “¡Ah, pues yo quiero ser pintora!”. Es que no lo entiendo...

NÚRIA:

Porque no te he hablado de mi escuela. Yo fui a una escuela de niñas, en Barcelona, de “formación doméstica” que se llamaba, pero en la que trabajaba un grupo de maestros que era todavía un equipo de la época de la República. La directora de esta escuela estaba casada con un crítico de arte en Barcelona. Y la formación que nos dieron se basaba principalmente en la cultura, en asignaturas como son la literatura, el dibujo y la pintura; de matemáticas y de física y química, en ocho años, casi que nada, hasta los quebrados llegamos en aritmética, ¡en ocho años de escuela! Historia y gramática sí, y literatura. Estuvimos leyendo a Juan Ramón Jiménez, a Gustavo Adolfo Bécquer, a Cervantes. Incluso, en casa de una de las maestras, a Lorca, cosa que suponía muchísimo en aquellos años. Cada fin de semana nos prestaban libros de la biblioteca escolar para que leyéramos. Yo nunca he leído novelas rosa, ni folletines, ni nada de eso, porque es que tuve a mano la mejor literatura de juventud.

MERCEDES:

Eso es más que un regalo, es una suerte enorme.

NÚRIA:

Y ya desde niña me destaqué dibujando, pintando. Gané el premio de un concurso infantil radiofónico y, por primera vez, vi varios dibujos míos en-

marcados en una exposición. Y esa experiencia, de ver mis dibujos en aquella exposición, sabes, me pareció tan bonita y que toda la familia fue a verlo, me impresionó tanto... Yo tendría entonces unos ocho o nueve años. Claro, me dieron el premio, fue uno de los principales premios del concurso, pero me lo entregaron en la escuela, con un poco de fiesta y tal. Me ilusionó tanto y me sentí tan, tan feliz... Desde un principio los profesores me alentaron mucho, sobre todo la profesora de nuestra clase. Recuerdo que una vez, en la clase, le comenté algo a mi amiga, estábamos sentadas juntas en la misma mesa, en el mismo pupitre, eran pupitres lo que teníamos...

MERCEDES:

Claro.

NÚRIA:

Estábamos sentadas juntas en la clase de dibujo y mi amiga me dijo: “¡Pero tú podrías ser pintora!”. Y entonces yo le contesté: “No, porque es que del arte no se puede vivir. No tiene futuro, el pan es lo más importante, hay que ganarse el pan”. Lo que me decía siempre mi madre: “La gramática y la aritmética: eso es lo que tienes que aprender, y no tanta afición a la pintura, de eso no comerás”. O sea, del arte no se puede vivir, y eso es lo que yo le dije a mi amiga.

MERCEDES:

¡De eso no comerás!

NÚRIA:

Entonces ella levantó la mano y dijo: “Señorita, la Nuri dice que del arte no se puede comer y que por eso no quiere ser pintora”. Y la señorita dijo: “La Nuri es una tonta”. Y eso se me quedó... me dio...

MERCEDES:

¡Una rabia!

NÚRIA:

...un impacto... no, rabia no, me impresionó profundamente. Por primera vez que me dije: “¡Pues a lo mejor mi madre no tiene razón!”. Porque es aquello que, de niña, piensas que lo que te dicen los mayores de tu casa es incontestable, que siempre tienen razón. Y por primera vez me di cuenta de que otra persona mayor que tenía gran autoridad. Yo admiraba mucho a esa profesora, opinaba de un modo muy distinto respecto a la profesión y a la vocación.

MERCEDES:

Casi opuesto.

NÚRIA:

Totalmente opuesto. Y bueno, empecé a cavilar, ya empecé a pensar: “Yo cuando sea mayor quiero estudiar pintura”.

MERCEDES:

Lo que pasa es que luego coincidió que llegasteis a Alemania y pudiste estudiar pintura... Porque tú, el bachillerato lo hiciste aquí en Alemania, en la Arbeiter-und Bauernfakultät.

NÚRIA:

A los catorce años es precisamente por esto que me hacía ilusión venir a Alemania, porque pensaba, pues allá podré estudiar, podré ir a una escuela de Bellas Artes y estudiar pintura. Ya estaba segura de lo que quería. Mi padre se aferraba a la idea de que yo sería actriz. Parece que alguna vez, de niña, le escribí que quería ser actriz de cine, por las películas que veíamos. Tú no las habrás visto, pero las películas de los años cuarenta, esas películas norteamericanas, me marcaron muchísimo. Ir al cine, para nosotras, era un acontecimiento cada sábado. Íbamos mi madre, mi hermana y yo, y vimos películas que no he olvidado jamás. Entre otras, las películas mejicanas con Pedro Armendáriz y con Cantinflas. ¡Huy, cómo lo quería yo a Cantinflas! Pero sobre todo Pedro Armendáriz, con sus ojos negros, me entusiasmaba. Y también las películas norteamericanas que tuvieron entonces mucha fama: *Rebeca*, *Luz de gas*, *Cumbres borrascosas*... No sé, con actores como, por ejemplo, Ava Gardner, Clark Gable, Gregory Peck, etc.

MERCEDES:

Yo los conocí más tarde, en Francia. En esa época, de ver películas, que no estoy segura que viéramos, serían películas soviéticas sobre koljoses y tal.

NÚRIA:

Pues para mí, no sé, hubo una época en que empecé a probar delante del espejo a ver si sabía llorar como Ingrid Bergmann. Me pensaba que las actrices, cuando lloran...

MERCEDES:

Lloraban de verdad.

NÚRIA:

...que lloraban de verdad. Y llegué a conseguirlo, llegué a conseguir que me cayeran lágrimas mirándome al espejo. Todo esto se lo escribí seguramente a mi padre y él quedó convencido de que su hija iba a ser actriz. Y al llegar yo a Berlín tenía esa idea y cuando le dije: “No, lo que yo quiero es ser pintora”, le pareció que pintora no era profesión para una mujer, para una chica. Considerando como era mi padre, pues muchísimo menos.

Ya te conté que mi padre era amigo del gran actor Ernst Busch, y las primeras semanas, los primeros meses de estar en Berlín íbamos a menudo a casa de Ernst Busch. Una vez nos invitaron a ir al teatro, al Deutsches Theater. Fue la primera vez en mi vida que fui al teatro, y vimos el *Fausto* y Ernst Busch interpretaba el *Mefisto*. Estábamos en primera fila, yo sin entender una sola palabra de alemán. Pero es una obra de teatro inolvidable y era una escenificación impresionante, porque el lenguaje del cuerpo...

MERCEDES:

La gesticulación, la mímica...

NÚRIA:

...la mímica, el vestuario, la escena, las voces y además, la cadencia del idioma, el ritmo...

MERCEDES:

Y lo notabas más, porque como no lo entendías, notabas más la cadencia, o sea, el ritmo.

NÚRIA:

Sí, fue una experiencia insólita. Y una vez, Ernst Busch se interesó: “Me ha dicho tu padre que quieres ser actriz. Vamos a ir al Berliner Ensemble, que Bertolt Brecht es amigo mío y tal”. Yo entonces le dije: “Es que soy muy tímida y eso de actuar sobre las tablas no me va”. “¡Vaya! Entonces, ¿qué es lo que quieres ser?”. “Hace ya mucho tiempo que quiero ser pintora”. “Pues nada, iremos a ver a Max Lingner, que también es amigo mío. Te lo presento y a ver qué dice”. Fuimos a casa del pintor Max Lingner y ellos dos estuvieron hablando acaloradamente de lo suyo. Era una época muy difícil aquella, con graves problemas. Ernst Busch tenía dificultades, Hans Eisler también. De eso podríamos hablar más tarde.

MERCEDES:

¿Estamos hablando de los años 53, 54?

NÚRIA:

Del año 53, digamos.

MERCEDES:

El año de la muerte de Stalin.

NÚRIA:

Bueno, pues se trataba de conflictos gravísimos. En lugar de hablar de mí, estuvieron ellos dos todo el tiempo exaltándose, yo solo veía que estaban excitadísimos. A Ernst Busch le habían prohibido editar sus discos, creo. Claro, no entendí ni palabra de lo que discutían. Al final, a Max Lingner le dio pena que yo hubiera estado todo el tiempo allí, callada, escuchando, sin entender casi nada. Me dedicó un catálogo que aún conservo como recuerdo y me dijo: “Mira, yo no puedo ayudarte, pero ves a casa de Theo Walden, que él es escultor y profesor en la Escuela de Bellas Artes. Él te aconsejará”.

Le llevé mis dibujos a Theo Walden y me animó a que siguiera trabajando y me dio algún consejo. Al terminar el bachillerato en la ABF me presenté efectivamente a la Escuela Superior de Bellas Artes de Berlín, hice el examen y aprobé.

MERCEDES:

¿Un examen de entrada?

NÚRIA:

Sí. Por cierto, quería preguntarte cuáles han sido los momentos más felices de tu vida, si recuerdas momentos de alegría, alguna de esas alegrías explosivas que nos conmocionan el alma. Porque uno de los momentos más felices que yo he vivido fue precisamente el día en que la Comisión de la Escuela de Bellas Artes de Weissensee me participó que había sido aceptada en la Escuela. Werner Klemke, quien más tarde sería mi maestro, el Profesor Werner Klemke, me lo dijo. Fue un momento de felicidad tan intensa que pocas veces, posteriormente en la vida, los he vivido así. Es que regresé a casa en tranvía y recuerdo que tenía la sensación de flotar y de que, además, todo el mundo me lo tenía que notar, que todos me estaban mirando porque la dicha que yo sentía era tan irradiante, que tendrían que verlo todos. Momentos que son únicos.

MERCEDES:

No sé, yo tendría que pensarlo, pero así, un momento, así de pronto, no lo recuerdo. Yo creo que he tenido varios momentos en los que he pensado: “Esto debe ser la felicidad”, pero siempre fueron momentos muy cortos.

NÚRIA:

Desde luego.

MERCEDES:

Y ahora mismo no sabría decirte cuáles fueron... Sí, tengo un recuerdo importante que se remonta al año 1973. Cuando se produjo el golpe de estado de Pinochet contra el gobierno de Salvador Allende, yo hice un viaje a Chile como intérprete de una delegación de mujeres. Era un momento muy, muy difícil. En el camino me di cuenta que estaba embarazada. Aparte de todos los demás problemas y dificultades del viaje, yo lo pasé mal, porque estaba ya en la fase de los vómitos y siempre pensaba: “Lo voy a perder”, porque teniendo ya las dos niñas hubiera querido que fuera un niño. Entonces, el haber superado esa fase, primero, y la difícil y arriesgada estancia en Chile en esos momentos, el golpe fue en septiembre y nosotras fuimos en enero. La estancia fue muy dura, luego de allí seguimos a Argentina, se trataba de visitar varios países con dictaduras, y concluimos en Nueva York para dar testimonio ante la ONU y luego ya volvimos. Y a la vuelta, recuerdo que el día en que yo me encontré en la FDI (Federación Democrática Internacional de Mujeres) en la conferencia de prensa, sentada, presentando los resultados del viaje, que había sido un éxito porque nos podían haber detenido, y habíamos logrado ir a declarar ante la ONU sobre la situación en Chile, y yo estaba allí, sentada con mi barriguita incipiente... Es uno de los momentos que recuerdo como de felicidad también: el estar ahí y haberlo superado todo y yo y mi barriguita con el Pablo, que es como se hubiera llamado, el Pablo dentro...

NÚRIA:

Pero luego fue una Tania.

MERCEDES:

Sí, lo que vino fue Tania. Pero así, vinculado a acontecimientos importantes de la vida, la verdad es que no, no recuerdo.

NÚRIA:

Sí, pues para mí aquel momento fue crucial, precisamente porque llevaba años de depresión en casa de mi padre. Y además los tres años de esfuerzo ex-

traordinario para aprobar el bachillerato en la Facultad. En aquel momento se confirmó que yo podría desprenderme de la casa de mis padres, que sería independiente porque ya sabes que los estudiantes recibíamos un estipendio, muy modesto, pero suficiente para sobrevivir. Yo era consciente de la importancia del hecho, pero la felicidad consistía en pensar: “¡Voy a dedicarme totalmente a la pintura!”. Aquello decidió mi futuro.

Pero también recuerdo, por ejemplo, otro instante de dicha terriblemente intensa. La primera vez que regresé a España, a Barcelona, al cabo de quince años. Es decir que tenía treinta cuando pude hacer el primer viaje, y fue en tren. Nos acercábamos a Port Bou, yo estaba ante la ventanilla, de pie, en el pasillo del tren y había gente a mi lado, españoles también, y un chiquillo empezó a gritar: “¡España, Españaa, Españaa!” lo que hacen los niños, y ahí me di cuenta: “¡Estoy entrando en España!”. Recuerdo la oscuridad del túnel, el olor a humo, las carbonillas, las molestias y una felicidad intensa y casi violenta.

MERCEDES:

Llegaste al final del túnel, nunca mejor dicho.

NÚRIA:

...y llegué a esa luz del regreso, del primer regreso.

MERCEDES:

Y esto era ¿en qué año?

NÚRIA:

Eso fue en el 68, un año...

MERCEDES:

¡Fíjate que año!

NÚRIA:

Además en abril, a punto de pasar todo lo que luego sucedió en Francia.

MERCEDES:

Fíjate, yo mi primer viaje a España no lo tengo así en el recuerdo. Pero, claro, yo no sabía a dónde iba y recuerdo que fue a Barcelona, por cierto, en el 63 y coincidió con las fechas en las que había una cosmonauta rusa en el espacio, la primera mujer cosmonauta en el espacio, y entonces me sorprendió mucho que, al llegar a España, las noticias, que por cierto me recordaron mucho las de

la RDA, daban primero que el general había inaugurado tal cosa y, solo al final, dieron la noticia del vuelo de Valentina Tereschkova. Yo también fui en tren y estaba un poco nerviosa, porque, claro, no había ido nunca a España. Yo tenía también casi treinta años, veintiocho exactamente, y no tenía ni idea de lo que era España, no tenía ningún recuerdo, nada de nada. Sabía que me iban a recoger en la estación... pero no lo recuerdo como felicidad sino como preocupación, como tensión, quizás. Luego me impresionaron varias cosas: primero, el frío que pasé...

NÚRIA:

¿Dónde?

MERCEDES:

¡En España, en Barcelona!

NÚRIA:

En las casas, sí.

MERCEDES:

Era febrero-marzo, creo recordar, y... bueno, yo es que nunca había pasado en mi vida, y siempre lo conté después, nunca había pasado tanto frío como en España. Porque cuando tú llegas a las casas en Barcelona, y, sobre todo entonces...

NÚRIA:

Es que no había calefacción, no estaban acondicionadas las casas antiguas.

MERCEDES:

Sí, entonces, eso lo recuerdo, que me ponía una cosa y otra y otra... y eso me lo volvieron a recordar en Madrid, cuando ya me fui a vivir a España: "Aquí, en invierno, lo que tienes que hacer cuando entras en casa es ponerte jersey sobre jersey, abrigarte, y cuando sales, quitártelo". Pero claro, mi mecanismo de infancia era al revés.

La otra cosa que recuerdo es un viaje que hice con motivo de la boda de una prima mía, y hubo que ir a la Iglesia. Yo no sabía cómo había que portarse, qué había que hacer y cuándo. No, yo ese viaje no lo recuerdo como felicidad, pero creo que es normal.

NÚRIA:

No, claro, porque no ha sido tu infancia.

MERCEDES:

Pero sí creo que me marcó mucho para luego, esa decisión de la que yo siempre digo, que yo sentía que tenía que cerrar el círculo de la emigración y llegar a ser lo que yo llamo “una española normal”.

NÚRIA:

¿Tú crees que llegaste a ser “una española normal”?

MERCEDES:

No, no, en España siempre me decían: “Tú eres muy alemana”, en todo aquello que los españoles piensan que son los alemanes, aunque en muchos casos se trata de mitos y clichés que perduran. Y cuando yo preguntaba: “¿En qué sentido?”, me decían: “Pues que eres muy puntual, muy no sé qué...”. Yo siempre les contestaba: “Eso lo tengo de mi padre”. O “porque eres muy ordenada, muy sistemática”. Yo no sé si eso lo tengo de los alemanes, puede ser que en parte sí. Pero no sé, porque yo la educación alemana, en la familia, no la he tenido nunca, a nivel de escuela y de formación, yo tenía diecisiete años cuando llegué aquí... Hombre, seguramente he copiado cosas, actitudes, porque yo soy muy “copiona”, o sea, yo me fijo en cosas y las copio, las imito, las hago mías.

NÚRIA:

Te adaptas al ambiente en que has vivido.

MERCEDES:

Sí, yo soy bastante adaptable, por lo menos, lo era, ahora ya no lo soy tanto. Puede ser un problema de edad. En realidad, creo que soy una mezcla, pues eso, un poco rusa, un poco española, alemana y creo —objetivamente y con toda modestia— que es para bien, creo que es una ventaja, un valor añadido, en mi caso. Bueno, no lo sé, porque no sé cómo hubiera sido con otras influencias. Pero la verdad es que coincido mucho con la gente que dice que diferentes culturas, diferentes vivencias, no tienen por qué ser negativas, al contrario.

NÚRIA:

No, ni mucho menos, yo también lo veo así. Pero a la edad en que yo lo viví, ese desarraigo fue muy duro para mí, que por eso te dije una vez que fue doloroso, y es lo que te chocó, que yo empleara la palabra “dolor” para definir esta vivencia de desarraigo, que para ti no lo ha sido; pero para mí, sí. Ha sido un desprendimiento que me ha costado mucho asimilar, un proceso lento,

digamos, entre los catorce y —yo diría— los veintitrés años, cuando nació mi hija, veintitrés años tenía yo. Esa época, esa fase.

MERCEDES:

Es que son fases de la vida muy diferentes. La tuya era la fase de la adolescencia, donde ya se es muy consciente de todo lo que te está pasando. Es lo que yo te intentaba explicar, la primera vez que yo noto, quizás incluso físicamente lo noté, el problema de que no quería estar en un lugar, fue al llegar a Dresde. Porque claro, yo llego a Dresde, vengo de París y tengo diecisiete años. Ahí sí lo noto. Sin embargo, el paso de la Casa de Niños, que era mi mundo, a Francia, para reunirme con mis padres, no lo vivo como dolor. Lo podía haber vivido como dolor, porque por mucho que fueran mis padres, para mí eran dos personas desconocidas que de pronto me dicen: “Soy tu madre y tu padre”. ¡Punto! Por eso es lógico, no sé si decir natural, que siempre comparara con lo que hacíamos y cómo lo hacíamos en la Casa de Niños, en lo que había sido mi mundo hasta entonces. Pero no tiene nada que ver con los primeros meses en Dresde, que, como ya te he contado, me iba casi cada día a la estación con ese sentimiento de ¡yo me quiero ir de aquí!

NÚRIA:

Bueno, pero esa es una vivencia de desdicha, que también sería interesante recordar los momentos de tristeza, de depresión, de desesperación incluso, sí.

También recuerdo algo que yo había esperado como uno de los acontecimientos más felices, de gran alegría: el reencuentro con mi padre. A los catorce años, como yo siempre había añorado tanto al padre, pensaba: “Qué alegría, qué dicha encontrarle al fin, verle otra vez, abrazarle”. Porque es que además yo lo recordaba. Yo había vivido y añorado el cariño del padre, y para una niña la influencia del padre es muy importante y entrañable. Entonces, en el año 52, la casualidad quiso que yo llegara a Berlín sola. Un amigo de mi padre me fue a buscar al aeropuerto Tempelhof. Mi padre esperaba en casa de su amigo y ahí, ahí tuvo lugar el encuentro, el reencuentro con mi padre. Yo sola precisamente, que hubiera podido ser mucho más emotivo. Mi padre estaba en la calle, esperando, es decir, tenso también, pero el abrazo y las palabras... un abrazo un poco convulsivo, diría yo, con una fuerza extraña, repetitivo. También las palabras: “¡Cariño, tesorillo, tesorillo de mi vida, amor!”. Sobre todo “tesorillo”, una cosa tan extraña para mí, y su evidente deseo de manifestar alegría y cariño me resultó tan falso, que pensé: “¡Se esfuerza en quererme y no puede!”.

MERCEDES:

¿Te resultó falso?

NÚRIA:

Me pareció, sí. Tuve la sensación de que él quería ser feliz, feliz teniendo a la hija en los brazos, pero es que no había sido nunca padre, realmente. No había vivido, no había experimentado lo que supone ser padre, porque eso quiere decir tener cada día a tu hijo...

MERCEDES:

Convivir con él.

NÚRIA:

Hacerle hacer los deberes, reñirle o explicarle cosas... contarle cuentos, todo eso. Y convivir, realmente. Él había vivido casi siempre solo y deseaba alegrarse, esa fue la intuición que yo tuve, que mi padre se esforzaba por quererme, por sentir alegría, y no podía. Y yo igual. Resultó una alegría frustrada porque nos encontramos y, en realidad, estuvimos engañándonos mutuamente, manifestando una alegría y una felicidad que no sentíamos. Por mi parte, igual, porque ese hombre que me estaba abrazando era un extraño.

MERCEDES:

Era un desconocido para ti, claro.

NÚRIA:

Un extraño. Peor que desconocido, porque no era el padre que yo recordaba ni el que yo esperaba. Es decir, fue una intuición que luego se confirmó convirtiéndose en un conflicto muy grave, del que ya te hablaré otro día.

MERCEDES:

Yo creo que en todo eso ha jugado un papel importante la edad. La relación con mis padres está muy marcada por la separación de ellos hasta la edad de los once años. Pero yo creo que la adolescencia es, quizá, la peor edad para un reencuentro.

NÚRIA:

De todos modos, de lo que hablábamos era de este sentimiento de desarraigo que para mí ha sido doloroso hasta que lo he asumido. Ha sido difícil de asumir. También comprendí que es un enriquecimiento. A pesar de todo,

llegar a Cataluña y oír a la gente ya me conmueve. No sé, es ese idioma. No sé por qué la infancia marca tanto. Y a ti te debe suceder igual cuando oyes hablar el ruso, eso que contabas de cuando oyes cantar o hablar a unas personas que van detrás tuyo y están hablando en ruso.

MERCEDES:

Al hablar, menos, porque estoy bastante acostumbrada por los congresos a oír hablar ruso. Hombre, sí, me doy la vuelta porque entiendo o así, pero lo de la música, lo de las canciones rusas, ¡es una cosa...! Me impresiona mucho y la necesito. Yo me compro y tengo música rusa y, de vez en cuando, lo mismo que me pongo a Víctor Manuel o Joan Manuel Serrat, a veces estoy con una necesidad de escuchar música rusa o más bien soviética, que es mi infancia.

NÚRIA:

A mí también me gusta. Quizá porque he leído con mucho fervor la literatura rusa y la soviética. En Rusia, en la Unión Soviética, vi confirmada la idea que yo tenía de la famosa “alma rusa”, que es quizá un prejuicio. Esa manera de ser tan extremada. Una sensibilidad extraordinaria, una intensa capacidad de sentir y al mismo tiempo una capacidad de violencia un poco sobrecogedora. Siendo becaria de la Academia de Bellas Artes de Berlín hice un viaje a la Unión Soviética. La beca era una promoción que se otorgaba en la RDA a artistas jóvenes e incluía esa estancia de tres meses en la URSS. Yo he vivido la amistad en Siberia, en esa isla que se llama Oljón, en medio del Baikal. El paisaje era precioso. Estuvimos tres semanas trabajando con un grupo de colegas soviéticos y se estableció una relación amistosa muy íntima y muy cálida.

Y otra cosa que me parece interesante, una experiencia que he tenido también aquí en Alemania, es que algunos amigos me han contado sus vivencias durante la guerra y la posguerra. Algo semejante me sucedió en Siberia. Trabajábamos todo el día al aire libre, ellos llevando a cuestras el caballete, realmente como Van Gogh, el caballete y la caja de pinturas. Cuando ya habíamos terminado la jornada de trabajo, nos reuníamos en el patio, delante del barracón, y charlábamos. Yo, de ruso, entonces sabría, pongamos, unas cincuenta palabras. Con eso se pueden decir muchas cosas, se puede expresar mucho. Una vez me senté encima de un montón de leños apilados ahí para calentar la barraca. Los demás estaban mirando los trabajos que habían hecho y yo me senté encima de los leños y vino Tolia y se sentó a mi lado. En vista de que estábamos tan callados, le dije: “Tolia, cuéntame algo de ti, dime algo”.

MERCEDES:

¿En ruso se lo dijiste?

NÚRIA:

En ruso, sí. Es que yo además llevaba un diccionario pequeño. Entonces me di cuenta de que Tolia se conmovía y empezó a contarme, y la primera frase suya sí que la recuerdo más o menos. No sé si lo voy a decir bien... A ver: “Na voiná, ya rabotal na fabrike” (“En guerra, yo trabajaba en la fábrica”). ¿Lo he dicho bien?

MERCEDES:

Seguramente sería algo así como: “Kogda bilá voina, ya rabotal na fabrike” (“Durante la guerra yo trabajé en una fábrica”).

NÚRIA:

Bueno, fue la única frase que entendí literalmente. Empecé a hacer cálculos. Durante la guerra, Tolia debía tener trece o catorce años. Estuvo hablando rato y rato y yo escuchándole, y de vez en cuando me preguntaba: “Ti ponimaies, Niura, ti ponimaies?” (“¿Tú comprendes, Niura, tú comprendes?”). Yo decía: “Da”. Y es verdad que entendía, porque aunque no entendiera las palabras, comprendía, porque al fin y al cabo todos hemos vivido la misma vida. Al fin es lo mismo, todos hemos pasado por los mismos momentos de dolor, de esperanza, de amor, de alegría y tristeza, de guerra, de dicha y de soledad, de todo lo que tú quieras... Al fin y al cabo hemos vivido la misma vida. Yo le entendía, pero es que él hablaba con emoción, le temblaban los labios. Escuchándole me pareció comprender la profundidad del sentimiento ruso.

Eso y su extraordinaria hospitalidad han marcado mucho mi relación hacia la Unión Soviética, no solo la literatura sino también ese viaje que, realmente, fue muy hermoso e insólito. Porque, pasarte diez días en tren y ver siempre el mismo paisaje, la misma llanura infinita que no cambia en absoluto. En avión no te das cuenta, pero cuando viajas en tren días y días todo parece siempre igual: amanece, transcurre el día, se pone el sol y a la mañana siguiente vuelve a salir y ves el mismo paisaje, exactamente igual. En España, viajas un par de kilómetros y estás en un mundo totalmente distinto, porque en España cambia el paisaje cada dos por tres, pero Siberia, es que es impresionante.

MERCEDES:

También es que son unas dimensiones...

NÚRIA:

Dimensiones de lugar y de tiempo, es otro sentido del tiempo. Quizá por eso tienen otro sentido del tiempo y del espacio, porque el paisaje es así: interminable y siempre igual.

MERCEDES:

Cuando yo hablo de los rusos, quizá idealizando un poco, digo que me encanta el ruso por esa mezcla de nostálgico y verdadero, de auténtico, son muy *gostepriimnie*, muy hospitalarios y sinceros. Tardé muchos años en saber explicarlo, especialmente en mi época, aquí en Alemania, porque había —¡o hay todavía!— esa mezcla de odio con menosprecio hacia los rusos. En España la gente me decía: “Bueno no idealices, que también se han cometido muchos y muy graves crímenes”. ¡Y es verdad! Pero yo llegué a la conclusión de que, aparte de eso, ellos —por lo menos en las generaciones que yo he conocido— han tenido una sociedad en la cual ciertos valores eran muy importantes: la sinceridad, la amistad, la honestidad, porque imperaban mucho menos esos otros “valores” que hoy les han venido encima y que explican, en parte, esa catástrofe total, esos llamados “valores” para ellos desconocidos, porque el sistema no los daba. Es más, los rechazaba y combatía: el consumismo, lo material, cuando lo que vales se mide más en función de si tu coche es un Mercedes y tu reloj un Rolex.

Esa pureza de valores era la base de la educación de los jóvenes y eso se notaba. De hecho, yo volví a pensar en ello cuando mi hija Tania se entregó a la fe católica, decidió bautizarse y se incorporó en una comunidad católica. Debía tener quince o dieciséis años y muy pronto se notó que empezó a dar más importancia a otros valores menos materiales, más dirigidos a la ayuda al prójimo, a aspectos más espirituales. Y más tarde, cuando empezó ya a ser más activa en su parroquia —que sin duda es una parroquia un poco especial, por no decir muy especial, la parroquia alemana en Madrid— entonces, cuando me decía que tenía que prepararse porque iban a tener un “retiro” —así lo llamaba— un retiro bajo el tema, por ejemplo, “el amor o la amistad abre los corazones” o temas similares, yo le solía decir: “Tania, no te enfades, pero eso me recuerda mi época de las Juventudes Comunistas”.

NÚRIA:

Pero me sorprende mucho que tu hija Tania sea creyente, habiendo tenido la educación que ha tenido. Porque creo que su padre no es creyente tampoco, ¿o sí lo es?

MERCEDES:

¡No, ni mucho menos! Y yo tuve una educación totalmente atea. Aunque no sé... Cuanto más mayor me hago, más interrogantes me surgen sobre todos esos temas. No, lo de Tania yo creo que, como todas las cosas en la vida, tiene varias explicaciones. También hay muchos creyentes que llegaron a la ideología comunista y terminaron siendo laicos totales, es decir, también el camino inverso se ha dado mucho. Mi propio padre provenía de una familia muy católica, él mismo fue monaguillo y murió siendo un comunista y laico convencido. Por eso, me parece bastante normal el camino al revés, también.

NÚRIA:

Bueno, es que a la inversa es un poco más difícil, me parece. No sé, quizás sea muy subjetivo, porque yo lo he realizado así, es decir, pasando de una educación muy católica, aunque muy ingenua, he llegado a esa edad precisamente crítica de los quince a dieciséis años... no, eran diecisiete, cuando estaba en la ABE, he llegado a convencerme de que esa solución social, esa alternativa que ofrece la religión católica es una utopía casi irrealizable. Porque la clave del cristianismo es el amor, una cosa tan poco fiable como el amor, que además no vale si nos lo imponemos por obligación. En cambio, la solución que propone el marxismo me pareció muy viable, me pareció tan convincente, de una claridad, de una transparencia absolutamente convincente. Una vez establecidas las condiciones sociales y económicas que impidieran la injusticia —por ejemplo, abolir la propiedad privada de los medios de producción a gran escala—, la utopía marxista parecía realizable, porque... bueno, los dogmas y misterios religiosos tienen muchísimo encanto, es una fascinación muy fuerte la que ejercen, incluso en un niño o una niña; pero es que la claridad de los argumentos de Marx en *El Capital* es aplastante. A mí, al menos, me lo pareció. Entonces, llegó un momento en el que la creencia religiosa, como me la habían enseñado mi madre y mi abuela, me pareció absurda. Sí, me pareció absurda, porque es que yo había creído con toda la ingenuidad, sin reflexión, como se hace en la infancia, pero llega un momento en que empiezas a dudar.

MERCEDES:

No, yo creo que lo de las creencias y también las ideologías es un tema que, en el fondo, se impone en nuestra conversación. Es obligatorio porque, además —yo supongo que en tu caso también— pero en el mío está clarísimo

que hay una evolución evidente. Es decir, de tener una convicción profunda de que esa era la solución para la Humanidad hasta llegar a la convicción de que no es viable —bueno, y con eso me detengo porque creo que lo trataremos más a fondo—, que no es viable porque el ser humano es como es y no como se querría que fuera.

FRANCIA

NÚRIA:

Bueno, entonces veamos. Tú llegaste a Francia, primero a París, luego a Toulouse. Te encontraste con tus padres. El momento de verles supuso para ti una fuerte emoción.

MERCEDES:

Yo creo que sí, creo que fue una experiencia muy positiva, desde luego, llena de alegría, pero creo que no lo suficiente en relación a lo que significaba recuperar a los padres, o lo que yo siempre digo: “Conocer a sus propios padres”. Pero es por lo que ya te he explicado: que yo no sabía valorar lo que significaba tener padres. Sí, tuvo que ser un momento de mucha felicidad, porque además se me abrió un mundo nuevo. Mi padre y también mi madre me dedicaron mucho cariño y sí, lo viví como algo muy emocionante que me había ocurrido. Luego, además, mi padre estaba en una fase de una gran actividad, conocían a cantidad de gente interesante, como Picasso, por ejemplo, y tengo grabado el recuerdo de que íbamos mucho de visita a casa de todo tipo de gente, donde yo era un poco el centro de la atención, porque era la niña que acababa de llegar de la URSS. Toulouse, además, es una ciudad muy bonita, una ciudad del sur, un clima agradable, con unos paseos y unas avenidas preciosas, y recuerdo esa época como si todos los días hubiéramos estado de visita, y eso a una cría siempre le encanta.

Y ellos seguramente se volcaron totalmente para que a “la niña” no le faltara nada. Es lógico, porque ellos sí habían acumulado ese deseo fuerte de tener a sus hijos con ellos y yo además de ser uno de ellos, era una niña, porque a los once años eres todavía “la niña pequeña”. La relación al revés es más complicada, porque se trataba de adaptarme a dos personas mayores para mí desconocidas, por mucho que te digan que son tus padres.

Este es mi recuerdo de la época de Toulouse. Luego, ya en París... lo que no recuerdo para nada es la mudanza, el traslado, pero sí la impresión general de que todo fue más difícil. Tuvimos que cambiar varias veces de piso, las casas en las que estábamos eran más modestas. La de Toulouse la recuerdo con jardín, tipo chalé. Hubo que cambiar de casa por razones de la actividad política de mi padre. También es verdad que en París entro en una edad más difícil, ya no soy la niña que van presentando a diestra y siniestra, los estudios eran más difíciles que en Toulouse. Incluso las fotos que conservo, diría yo que lo reflejan, las que tengo de Toulouse eran siempre en anchas avenidas, con un sol radiante...

NÚRIA:

Pero, ¿recuerdas el primer día de escuela?

MERCEDES:

Creo recordar, porque yo nunca estoy segura si lo recuerdo verdaderamente o si son cosas que me han contado y yo he ido atando cabos, pues ese recuerdo consiste en que también en la escuela en Toulouse yo era el centro de la atención, la exótica, como el mono en el zoo, diría hoy. También es verdad que en Francia, y sobre todo en Toulouse, estaban acostumbrados a que hubiera niños españoles, y aunque yo venía de *l'Union Soviétique*, era una niña española. Según mis padres, el francés lo aprendí rapidísimamente.

NÚRIA:

Pero el primer momento debió ser difícil. O tuviste, quizá, clase de francés en casa, con tu padre o tu madre.

MERCEDES:

No, no, mi madre y mi padre hablaban mal el francés, y a diferencia de cuando vine a Alemania, que ahí sí tuve clases particulares de alemán, no recuerdo haberlas tenido en Francia. Además era una edad en la que aprendes el idioma, *spielend*, “jugando”, como dicen los alemanes, con esa doble connotación de la palabra: fácil, sin esfuerzo... pues eso, un poco lo que en castellano expresaríamos con el “coser y cantar”. Es una edad en la que todavía estás en el aprendizaje del idioma, incluso del propio. Lo que sí recuerdo es que, cuando llegamos a París, las chicas ¡y los chicos! se reían mucho de mí, y eso sí lo padecí un poco, porque al haber aprendido el francés en Toulouse, tenía la pronunciación y el deje tolosanos claramente marcados y era constantemente motivo de burla y de imitación. Luego, ¡lo que es la vida!, me volvió a pasar un

poco lo mismo con el alemán, ya que, al haberlo aprendido en Dresde, cuando llegué a Berlín se reían de mí por mi acento sajón.

Entonces, en París me pasó un poco eso, y yo intenté con el tiempo eliminar ese acento. Pero, a veces, hoy aún cuando hablo más tiempo con franceses, después de haber elogiado mi buena pronunciación del francés, me dicen: “De vez en cuando se te nota un algo como del sur, meridional”, que puede ser porque evidentemente soy española o pueden ser “vestigios tolosanos”.

NÚRIA:

¿Es un dialecto?

MERCEDES:

No, es que pronuncian diferente. Mientras que el parisino se come muchas letras, el de Toulouse las pronuncia todas, a veces de forma muy marcada.

Por lo demás, de París no recuerdo mucho. Sí recuerdo que tenía el privilegio de jugar en el Sacre Coeur, porque vivíamos muy cerca y, con mi madre, íbamos allí por las tardes o los fines de semana. El recuerdo más impactante de toda mi estancia en París es el día, mejor dicho, la noche en que vinieron a detener a mi padre para expulsarlo de Francia.

NÚRIA:

Tendrías que contarle detalladamente, es importante.

MERCEDES:

Sí, alrededor del 48-49 es cuando se produce la crisis abierta con Tito, la crisis del movimiento comunista con Tito. Yo no sé fijarlo exactamente en el tiempo, pero tengo así un recuerdo, que al año o año y medio de estar en París, pasaba algo —yo entonces tengo trece o catorce años—, con mi padre estaba pasando algo. Coincidió que tuvimos que cambiarnos de casa y creo que coincide con el momento en el que a mi padre lo echan del Comité Central o incluso creo que era candidato al Buró Político, lo echan por titoísmo. Mi padre siempre fue muy prosoviético, lo que hace que me cueste más aún comprender lo que pasó, si de algún modo defendió a Tito en contra de la opinión entonces dominante de la dirección del Partido Comunista... no lo sé, el hecho es que hubo una crisis y, como se decía en la jerga partidista, “se le apartó de la dirección”. Esa tuvo que ser una situación trágica para mi padre. Más tarde lo comprendí más y mejor, porque él llevaba años y años, por no decir décadas, entregado, dedicado al Partido Comunista como “revo-

lucionario profesional”, es decir, trabajando *en y para* el partido. Yo lo noté porque venían camaradas, hablaban con él durante horas y horas. Cuando se habían ido, se le veía que llevaba un peso enorme encima, preocupado, era una auténtica crisis; pero independientemente de que yo era muy joven para entenderlo, estaba el tema de la clandestinidad, es decir, supongo que él no podía desahogarse ni siquiera con mi madre. Finalmente, por lo que entendí mucho más tarde, le expulsaron del Comité Central, y lo que me interesaría saber son exactamente los motivos.

NÚRIA:

Pero ¿no le expulsaron del partido?

MERCEDES:

No, creo que no del partido, aunque sí del Comité Central. Pero claro, con eso dejas de trabajar en el partido, es decir que él normalmente tendría que haberse puesto a buscar trabajo, etc. Pero ese momento coincide con la expulsión de los comunistas españoles, sobre todo de dirigentes comunistas, de Francia. Por lo que se ve, el gobierno francés decide ilegalizar el Partido Comunista Español. Se trataba de eliminar la cabeza de la organización, y la policía francesa, por muy buena información que tuviera, por lo visto todavía no sabía que Ángel Álvarez ya no formaba parte de la dirección. No hay que olvidar que el Partido Comunista, aunque trabajando en Francia de forma relativamente abierta, con locales, etc., era un partido ilegal que estaba, como tal organización, en la clandestinidad. Él, de hecho, creo que estaba en la fase de “apartado”, como se denominaba.

NÚRIA:

Esa época tuya en Francia, desde los once a los diecisiete años, es una fase importantísima, porque a los once años termina tu infancia, diría yo. Empieza la adolescencia.

MERCEDES:

¿Sabes lo que pasa? El caso mío es un poco extraño, porque por un lado estoy de acuerdo que de algún modo termina mi infancia, pero por otro lado empieza mi infancia, porque es cuando yo inicio mi vida con mis padres. Es decir, en muchas cosas, en la forma de mimarme, en la forma de tratarme, para mí, empieza mi infancia a los once años; pero es una infancia anormalmente corta, porque creo que a los catorce o quince años termina, termina porque soy

yo la que ya no la quiero. Y digo eso porque ellos me transmiten mimos que no corresponden a la edad verdadera que tengo. Tanto es así que hoy todavía, mi madre, cuando hablamos por teléfono y yo le digo: “Hola, *mutti*, ¿qué tal?”, ella siempre me dice: “Hola, mi hijita, mi niña”. Es como si arrastrara el complejo de la separación y quiere que, incluso ahora, cuando una casi siente que tiene la misma edad que su madre, tú sigas siendo su “niña pequeña”.

NÚRIA:

Todavía no me has contado cómo fue tu encuentro con Picasso. Y luego, yo creo que tendrías que hablar de cómo marchasteis a Dresde y tu llegada a Dresde.

MERCEDES:

Sí, sí, vale. Lo de Picasso sí que corresponde a esa primera fase del reencontro con mis padres en la que, por las circunstancias muy peculiares, yo era un poco centro de atención, por eso de: “¡Ah, esta es la niña que ha venido de Moscú!”.

Bueno, estas fotos te las he traído, justamente, para que te imaginaras cuál era mi aspecto, mi apariencia y comprendieras esa situación que se repetía en todos los sitios a los que íbamos: “¡Ah, la niña de Moscú!”. Cada vez que había un acto del partido, me tocaba bailar la *Kalinka, kalinka, kalinka, mayá*. Entonces, uno de esos acontecimientos fue el del encuentro con Picasso. Y fue que a principios de 1949 se celebró en París un gran congreso por la paz, el primer gran congreso de lo que luego sería el Consejo de la Paz. Al ser un movimiento surgido como respuesta a las atrocidades de la II Guerra Mundial, fue una organización a la que se adhirieron y en la que participaron lo más destacado de la intelectualidad y las artes, figuras como Joliot Curie, Ilya Ehrenburg, Luis Aragón, Pablo Picasso, Pablo Neruda, Jorge Amado, etc., etc.

Pues bien, en ese congreso estaba mi padre. En esa época mis padres tenían una cierta amistad o una relación con Picasso, supongo que por temas del partido, porque Picasso fue una de las personas que siempre ayudó mucho, también financieramente, al Partido Comunista. Total, que con motivo de ese congreso y como en otras ocasiones de las que ya te he hablado, un día que yo acompañé a mi padre a ese congreso, me presentó a Picasso y él, todo entusiasmado: “¡Ah, de Moscú!”, y “¡qué niña más tal!”, y “¡qué ojos más no sé qué!”.

NÚRIA:

Es verdad, es verdad, se ve en la foto, una criatura preciosa.

MERCEDES:

Y parece ser que dijo que le gustaría hacer un retrato o un cuadro, o no sé... Total, que quedaron en que fuéramos el domingo por la tarde a tomar el café a su casa y él entonces vería lo que pintaba. Entonces llegó el famoso domingo... Pero, claro, para mí Picasso entonces era un señor mayor, como muchos otros señores mayores que iba conociendo, que no me decía nada. Confieso que entonces, en el 48-49, a mis doce o trece años, el nombre de Picasso a mí no me decía nada.

NÚRIA:

¡Vaya!

MERCEDES:

Supongo que me habrían dicho que es un pintor, pero bueno, para mí, vale, era un pintor ¿y qué? Entonces, según cuenta mi madre, fue muy desagradable para ellos porque yo ese domingo me enfadé por algo, me puse de morros y les dije que yo no iba a casa de ese señor, que fueran ellos sin mí. Ellos, por lo visto, tampoco fueron, porque claro, uno de los motivos de la invitación era “la niña de Moscú”, con lo cual no fuimos. Más tarde, cuando supe quién era Picasso, me dolió mucho, porque fijate lo que hubiera sido haber estado en su casa, haber visto sus cosas, porque de todas formas a esa edad, al verlo sí me hubiera impactado, supongo.

Luego, años después, la casualidad quiso que una de las veces que vine a Berlín estuve en casa de la familia Uriarte, que era el representante del Partido Comunista en la RDA y su mujer, que se llama Mercedes también, hija de Sánchez Arcas, tenía colgado en una de las habitaciones un cuadro pequeño, que Picasso había pintado de ella, con su dedicatoria: “A Mercedes” y la firma, en París, tal y tal fecha.

NÚRIA:

¡Un original de Picasso!

MERCEDES:

Sí, claro, un retrato tuyo, pintado por Picasso... ¡bueno, el no va más! Fue, quizás, recién allí cuando yo me di verdaderamente cuenta de lo que hubiera sido tener algo así y ver lo que de esta cara mofletuda hubiera hecho el genio. Pues sí, ese día yo me emperreé y no fuimos... ¡y nunca más se me ofrecería esa oportunidad!

EN LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA

NÚRIA:

La llegada a Dresde, como ya eras más mayor, debió ser un impacto.

MERCEDES:

Sí, cuando detuvieron a mi padre y se lo llevaron en mitad de la noche, mi madre y yo no sabíamos nada, ni por qué lo habían detenido, ni a dónde lo habían llevado. En los días que siguieron mi madre pudo hablar con gente, varios camaradas y tal, y nos enteramos que había sido una *razzia*, una redada de la policía francesa contra la organización del PC español en Francia. Por cierto, que entre los papeles de mi padre he encontrado el documento francés, la orden de detención y expulsión del ministerio del interior francés, donde se dice que el señor “Ángel Álvarez Fernández, del que se han obtenido informaciones negativas” es detenido y expulsado “por considerar que su presencia en territorio francés puede comprometer el orden público”. Entonces, al cabo de semanas y meses nos enteramos de que mi padre no volvía, que había sido expulsado de Francia y que lo habían llevado a Alemania. Luego mi padre nos contó que él con otros dos o tres compañeros fueron primero a Praga, donde había otro núcleo del PC en el exterior, porque se publicaba allí una revista teórica de los partidos comunistas; *Problemas de la Paz y el Socialismo*, creo que se llamaba...

NÚRIA:

Y creo que había una colonia de españoles.

MERCEDES:

Sí, había una colonia de españoles también allí. Pero los que estaban en Praga sí sabían que él ya no era miembro del Comité Central y fue enviado a Dresde, que es a donde habían ido a parar gran parte de los españoles expulsados de Francia. ¿Por qué fueron a parar a Dresde? Eso no lo sé. Según contó mi

padre después, y por lo que yo recuerdo, los franceses los habían llevado hasta la frontera alemana. Y los alemanes, al verificar que se trataba de comunistas, los mandaron a la RDA.

La verdad es que los detalles de esos momentos no los conozco muy bien. El hecho es que la RDA los acogió. Los llevó primero a una especie de casa de reposo, cerca de Berlín, creo que Mahlsdorf, y luego decidieron, no sé por qué razón, que los llevarían a Dresde. Nosotros, creo que al cabo de seis o siete meses supimos...

NÚRIA:

¡Tanto tiempo!

MERCEDES:

Sí, pasó mucho tiempo, porque además primero no sabíamos, lo que teníamos que hacer... Además, económicamente dependíamos del partido, ese era otro problema, porque, hasta entonces mi padre había trabajado para el partido. Con lo cual, mi madre lo debía estar pasando muy mal, hasta que llegó la orden o el aviso de que íbamos a ir a reunirnos con mi padre, que estaba en la RDA. Entonces hubo que organizar papeles y todo...

Los expulsaron en septiembre del 50 y nosotros llegamos a la RDA en marzo-abril del 51. No recuerdo cómo vinimos, creo que fue en tren, porque no creo que hubiera dinero para pagarnos el avión. Lo que sí recuerdo mucho fue la impresión que me hizo Dresde al llegar. Llegaríamos a la estación de Neustadt, de Dresde, es decir la parte que había quedado totalmente destruida de la ciudad. Tú salías de la estación del tren, ya en gran parte destruida y no veías a tu alrededor más que escombros, escombros, y más escombros... Eso sí, nos llevaron a vivir a una parte muy bonita de Dresde, quizá la más bonita, cerca del Weisser Hirsch, una parte residencial, con chalés de dos o tres pisos. Sí, donde residían muchas familias soviéticas, supongo que familias de los oficiales, personal administrativo o así, y además, esa parte no había sido destruida.

NÚRIA:

Con muchos espacios verdes.

MERCEDES:

Sí, mucho árbol, jardines, pero también con muy poca vida, muy poca animación. ¡Yo venía de París! Para hacer las compras era toda una excursión, aunque luego abrieron cerca un *Konsum*, pero era prácticamente lo único. En-

tonces en uno de esos chalés de dos o tres pisos habían alojado a los españoles, o sea, era a nivel de una habitación por familia. Pero, en total, tristón todo, porque en un barrio así, tipo residencial, está bien cuando buscas tranquilidad con la familia o así, pero cuando llegas como yo de un París y no conoces el idioma, me pareció tremendamente triste, muerta. Y fue precisamente esa época, de la que te he contado que yo me iba casi todos los días a la estación del tren —porque además no era muy lejos y tenía un tranvía directo... el número 11, creo recordar incluso que era— yo me iba a la estación porque me quería marchar.

NÚRIA:

A mirar los trenes, a mirar los trenes...

MERCEDES:

No, mi idea era verdaderamente que yo me quería ir. Pero, claro, luego llegaba a la estación y no tenía ni dinero para comprar el billete, pero sobre todo no tenía documentación propia, porque salí de Francia con un papel, que conservo, con un papel de mi madre, que no merece el nombre de documento documento, no era un pasaporte, sino que era una especie de permiso de residencia, que es con lo que estaba en Francia, en el que añadieron mi nombre.

NÚRIA:

Es que no tenías edad todavía, porque tenías diecisiete años, ¿no?

MERCEDES:

Bueno, dieciséis años... A esa edad, en la RDA tampoco tenía derecho a un documento propio. Bueno, tampoco se me hubiera ocurrido pedirlo... Fue una auténtica obsesión por marcharme, porque Dresde, por muy diversas razones, me afectó mucho. Luego llegó a gustarme y me quedé viviendo muchos años allí, pero al principio fue muy duro y en la RDA era una época muy difícil, era la época de...

NÚRIA:

Del racionamiento...

MERCEDES:

Sí, exactamente, que comprabas todo con la cartilla esa donde te cortaban el cuadrado correspondiente cada vez que comprabas un producto. Y luego tuve otros dos problemas más profundos, de los que en parte tuve consciencia

mucho más tarde; y era, por un lado, mi aversión hacia lo alemán, y el no saber el idioma y no poder comunicarte con la gente.

NÚRIA:

Y la falta de amigos de tu edad.

MERCEDES:

Exacto. Había dos familias españolas con hijos más o menos de mi edad, pero chicas de mi edad no había ninguna. Cuando llegamos, que era en pleno curso escolar y nos preguntaron lo que queríamos hacer yo dije que quería estudiar. Los chicos, muy políticamente correctos ellos, dijeron que querían terminar el colegio y luego ir a trabajar con la clase obrera. Yo dije que quería terminar el bachillerato y luego estudiar una carrera. Fue así como me mandaron a la Arbeiter-und-Bauernfakultät. Como además yo ya había hecho esa especie de prebachillerato en Francia, pero no conocía el idioma, parecía ser lo más lógico, porque la ABE, como ya hemos dicho, era una fórmula para dar la posibilidad a jóvenes obreros o campesinos —como su nombre indica— de hacer una especie de formación acelerada para obtener el grado de bachiller y poder estudiar una carrera.

Y mientras todo eso se arreglaba, tuve durante varios meses esa otra experiencia, bastante impresionante también, de la que ya te he hablado, y es que, en un momento dado, conocimos a Ludwig Renn¹. Supongo que, en un momento dado, él estableció contacto con el grupo de exiliados españoles en Dresde y me ofreció que fuera una o dos veces a la semana a su casa a estudiar alemán. Él vivía en el auténtico Weisser Hirsch, es decir, en esa parte alta del Dresde más elegante y precioso. Así, el escritor Ludwig Renn fue mi primer profesor de alemán.

NÚRIA:

¡Magnífico!

MERCEDES:

Y, allí, aunque ya tenía dieciséis o diecisiete años, me pasó lo mismo que con Picasso, es decir, yo no valoraba entonces quién era el escritor Ludwig Renn. Y recuerdo que una de las veces que fui, cuando, según él, ya empezaba a entender bastante de alemán, me dijo que acababa de terminar de escribir

¹ Ludwig Renn (1889-1979), escritor. Comandante del Batallón Thelmann en la Guerra Civil española.

un libro y que me daría un ejemplar del manuscrito para que intentara leerlo; manuscrito que conservo, con sus comentarios, etc.

Sí, era su libro *Der Spanische Krieg* (“La guerra española”) y claro, consideraba que el tema era de particular interés para mí y para que fuera leyéndolo. Pero poco después ya me incorporé a las clases en la ABF y tuve como profesor al doctor Rose, con el que ya empecé el estudio más sistemático del alemán. Recuerdo que, a los pocos meses, ya me dijo que podía incorporarme a los cursos normales, porque mis conocimientos del alemán ya eran suficientes para seguirlos. La gente siempre se sorprende cuando lo cuento, y yo siempre digo que no es un problema de querer fardar con mi especial inteligencia o facilidad para los idiomas —¡que no la tengo!— sino que no hay que olvidar que, cuando yo empiezo a estudiar el alemán a una edad muy propicia como son los dieciséis años, ya lo hago con el bagaje lingüístico del francés, ruso y español. Encima, tenía una predilección poco frecuente por la gramática, además del famoso efecto “mono”, es decir, esa capacidad de oído y reproducción que hizo que a los siete meses o así ya hablaba el alemán casi como lo hablo hoy.

NÚRIA:

Eras muy joven, pero a pesar de todo, en tan poco tiempo, es extraordinario que aprendieras suficiente alemán para poder seguir las clases de la ABF, que se daban ya a un nivel universitario, porque no era como en la escuela, en la *Oberschule* (“Instituto de Segunda Enseñanza”).

MERCEDES:

Sí, claro, pero lo que pasa es que, por ejemplo, las matemáticas siempre habían sido mi lado fuerte. Los problemas que debía tener eran sobre todo en asignaturas como historia, geografía... es más, en esos ámbitos tengo en mi formación original lagunas enormes, auténticos cortes, porque, evidentemente mi formación en los ámbitos de geografía, historia, ciencias sociales, etc., es un puzle de dos o tres años en la URSS, cuatro o cinco años en Francia, luego la RDA, y es obvio que entre lo que te transmiten como historia en Francia o en la URSS y la RDA había grandes diferencias, unos centraban la historia en el reinado de Luis XIV, otros en la Revolución de Octubre y Lenin... Pero, se tuvo en cuenta mi situación especial, por ejemplo, al evaluar mis composiciones.

NÚRIA:

¿Sí? Porque conmigo no fue así en la ABF de Berlín. Pero bueno, es interesante que en Dresde se tuviera en cuenta.

MERCEDES:

Yo creo recordar que sí, que si yo algo no lo expresaba bien, tenían en cuenta el *handicap* del idioma, porque yo luego, por otro lado, tenía ventajas enormes, porque todo lo que era matemáticas, física, química, siempre fueron asignaturas que me interesaron. Luego con el ruso me pasó la historia, que creo que ya te conté, con el profesor...

NÚRIA:

Sí, que lo sabías mejor que él.

MERCEDES:

Sí, después de la historia de que yo le dije la expresión que le habían preguntado y que él no supo decir, se quedó atónito al oír mi pronunciación y al poco tiempo me dijo que lo mejor era que no fuera a las clases, porque ya sabía más ruso que él. Con lo cual tampoco necesitaba estudiar el ruso, que para los demás estudiantes era una de las asignaturas más difíciles y podía dedicar más tiempo a esas otras asignaturas que me planteaban problema. Total que seguí en la ABF hasta el bachillerato, que terminé bien, con buenos resultados, aunque tuve que adelantarlo porque tenía previsto irme a estudiar a la Unión Soviética, ya al inicio del próximo curso, por lo que me permitieron hacer los exámenes antes para que me diera tiempo a presentar los papeles a tiempo, a la universidad, en Moscú, que luego no resultó, pero bueno, esa es otra historia, o más bien otro capítulo de mi historia.

NÚRIA:

Y el ambiente en la ABF, ¿te gustó?, ¿la gente que estudiaba allí?, ¿tus discípulos?

MERCEDES:

Sí, me gustaba mucho... Bueno, primero hay que decir que yo seguí, digamos, la rama *Mathematik-Naturwissenschaften*, es decir, de matemáticas y ciencias naturales. Ya sabes que se podía optar por una de las tres ramas: idiomas, matemáticas, ciencias naturales, y no recuerdo como se denominaba la otra, creo que medicina y ciencias biológicas. Yo, lógicamente opté por las matemáticas. Por cierto que era la única chica entonces, con lo cual, otra vez, centro de la atención, porque la única chica y encima española... Y los chicos de mi curso eran gente estupenda, en parte mayores que yo, porque algunos habían aprendido antes una profesión.

NÚRIA:

Y muchos habían regresado de la guerra, también. Pero, no, eso serían los primeros años...

MERCEDES:

No, yo eso no lo recuerdo.

NÚRIA:

No, eso fueron los primeros años, porque muchos jóvenes habían sido reclutados al final de la guerra y no habían podido terminar sus estudios. Ya sabes que a los dieciséis o diecisiete años los llamaban a filas. Por eso, mucha gente tuvo que hacer luego el bachillerato a los veinticinco o veintiséis años. Todavía yo me encontré alguno en Berlín.

MERCEDES:

Los profesores eran una mezcla de maestros muy especial, porque tenías al doctor Rose, el que fue mi maestro de alemán, un señor mayor, casi al final de su carrera, un señor con muy buenos modales, muy fino... y luego tenías a los jóvenes maestros, como mi profesor de ruso, que llamaban *neulehrer* (“nuevos maestros”), porque habían sido formados en acelerado; él, supongo que porque sabía algo de ruso por haber estado allí, quizás como prisionero de guerra. Los formaban en unos meses, porque se trataba de sustituir el profesorado formado y marcado por la ideología nazi. Era una mezcla entre el profesor clásico, enseñante de toda la vida, y el otro, que también tenía una experiencia detrás, aunque no obligatoriamente en la enseñanza, pero sí en la vida, en la guerra y en lo que significó la posguerra y el volver a empezar. En Dresde también se empezaba a notar ya ese problema político que luego se agudizaría mucho más, es decir, el no querer aceptar otras opiniones.

NÚRIA:

Podía llegar hasta la expulsión.

MERCEDES:

Sí, justamente es lo que quería decir, con amenaza de expulsión de la ABF. Pero claro, esa expulsión significaba cortarte todas las perspectivas de estudio y de futuro. Luego, además, hay que imaginarse que, en esa época, una persona a la que habían expulsado de la ABF, pues era prácticamente como calificarle de enemigo de clase, es decir, algo muy fuerte.

Entonces, lo que pasó después es que en los contactos con mi hermano Enrique, que estudiaba en la URSS, él me insistía en que era mejor que me fuera a estudiar a la URSS, etc. No recuerdo hoy muy bien por qué entonces seguí su consejo, cuando llevaba ya un par de años viviendo en Alemania, con mis padres, etc. No había ningún motivo así concreto a no ser que, lógicamente, entonces teníamos la idea de la superioridad en el ámbito de los estudios y la ciencia de la Unión Soviética y, quizás, también en mi fuero interno persistiese la idea de que yo no quería quedarme en Alemania. No lo sé. El caso es que decidí estudiar allí, por lo que tuve que adelantar los exámenes del bachillerato y me fui a Moscú. Mi idea era estudiar algo de matemáticas o física nuclear, que entonces estaba en pleno auge.

NÚRIA:

Bueno, entonces tú marchaste a Moscú.

MERCEDES:

Sí. La verdad es que yo no entiendo hoy esa decisión, que evidentemente fue un error, un grave error en todos los sentidos. En la RDA yo hubiera seguido normalmente mis estudios de matemáticas o física, pero el hecho es que me fui.

NÚRIA:

Quizá también por un poco de nostalgia, porque había sido tu infancia.

MERCEDES:

Sí, puede ser, aunque conscientemente yo nunca he tenido ese tipo de sentimientos. Entonces, cuando llegó el momento concreto de matricularse, yo me había decidido por la física nuclear, resulta que estaba prohibido para extranjeros. No hay que olvidar que estábamos en el año 1954, la física nuclear era un tema muy sensible, un *top secret* total.

NÚRIA:

Pero haber estudiado allá no suponía que ibas a trabajar allí.

MERCEDES:

No, pero suponía que te trasladaban conocimientos. Y estaban todavía en una fase en la que ese era un tema muy sensible, de lo que yo entonces no me hacía cargo. Luego, más tarde, ¡fíjate lo que son las cosas!, trabajé con la esposa de Klaus Fuchs, uno de los famosos espías alemanes que vendieron

información sensible sobre la investigación nuclear a la URSS y estuvieron encarcelados varios años.

La alternativa, que hubiera sido matemática pura, no me interesaba suficientemente y hubiera tenido que irme a estudiar a Leningrado, lo cual no me apetecía. Entonces, todo el mundo me decía: “Estudia algo donde puedas aprovechar los idiomas que tienes, periodismo o filología”. El periodismo no me interesaba para nada, porque siempre he dicho que yo no sé escribir, lo que sí sé es hablar. Entonces a alguien se le ocurrió que podía estudiar lo que en la URSS y creo que en los demás países socialistas se llamaba “relaciones internacionales”, que era prácticamente la base para la carrera diplomática. La idea me gustó. Cuando quise presentarme, resultó que no se admitían extranjeros, con excepción de los que eran delegados por los propios países, con lo cual, en esa época, casi solo de los países socialistas. Pero en segundo lugar, por lo menos en esa época, aunque parece increíble, no se admitía a mujeres para esa carrera.

NÚRIA:

¡En la Unión Soviética prohibido para las mujeres!

MERCEDES:

Pues sí, en la Unión Soviética. Con lo cual no pude hacer ni una cosa ni la otra. Por otro lado, todo hay que decirlo, poco antes de salir para la URSS yo me había enamorado de un compañero mío de la ABF y ese seguro que fue un factor importante también.

NÚRIA:

Un romance.

MERCEDES:

Sí, un romance, y creo que fue el primer chico del que me enamoré, así, digamos más en serio. Entonces me marché de Dresde antes de que cuajara, digamos, esa relación. Entre eso, y las dificultades —inesperadas— que me encontré allí, decidí no quedarme más tiempo en Moscú, volver a la RDA y estudiar aquí, y todo perfecto. Lo que yo no podía imaginarme era que eso se iba a transformar en un problemón para mí, al adquirir un matiz político, propio de los años en que vivíamos...

Cuando yo volví a la RDA, fui lógicamente a casa de mis padres, al colectivo de los españoles, que era mi casa, mi entorno, un poco mi paraguas, debajo

del cual me sentía y estaba protegida, porque viviendo en la RDA como extranjera, o bien tenías una organización como el grupo de exiliados españoles o dependías de una Embajada para los diferentes trámites importantes, tipo estudios, trabajo, vivienda, etc. Tú sabes bien que, siendo extranjero, especialmente en aquellos años, se necesitaba un apoyo de este tipo en la RDA para todas estas cosas. Y claro, cuando yo volví a Dresde, tanto mi padre como la dirección del PC en ese momento, dictaminan que yo había cometido la peor falta que se podía cometer, que consistía en lo que ellos calificaron de “haber dado la espalda a la Unión Soviética”. Se celebraron no sé cuántas reuniones...

NÚRIA:

Que es una imagen muy expresiva, porque tú te diste la vuelta y regresaste ¡de espaldas a la Unión Soviética!

MERCEDES:

Pero volvía a otro país socialista, no es que me hubiera ido a la España de Franco o a Occidente. Pero en aquella época era un gran pecado y, como yo siempre digo, hay que intentar colocarse en el momento del que se habla... Estábamos en los años 1954-1955, hacía poco que había muerto Stalin, estábamos todavía en pleno estalinismo y, en el Partido Comunista Español, quizá más que en otros.

NÚRIA:

Pero justamente en 1953 tú estabas en Moscú.

MERCEDES:

No, no, yo estaba aún en Dresde cuando murió Stalin. Desde luego, la muerte de Stalin la recuerdo perfectamente, porque yo lo viví también como algo terrible, como una tragedia.

NÚRIA:

Sí, el gran padre había muerto...

MERCEDES:

Claro, ¿qué iba a pasar? ¡El mundo se vendría abajo! Yo lo viví así de fuerte, creo que soy de las personas que lloré su muerte, porque consideraba que era una persona insustituible para el curso de la Humanidad. Eso es lo que yo tenía entonces metido en la cabeza, y así lo vivía. No olvidemos que en el momento de la muerte de Stalin, creo que fue marzo del 53, yo llevo dos años

escasos viviendo en la RDA y mi conocimiento de lo que luego sería el socialismo puro y duro no lo tenía, ni muchísimo menos, que además en aquella época tampoco lo era.

NÚRIA:

Sí, lo era en la RDA. Era un momento de los más críticos que ha habido en su historia.

MERCEDES:

Claro, tú te refieres a los acontecimientos del 53. Cuando dicen que se trata de una contrarrevolución, yo en ese momento, con mi historial anterior y a la edad de diecisiete años, me creo totalmente esa versión. ¿Por qué no iba a creer que se trataba de una contrarrevolución? Porque las hay, y podía ser también en este caso.

NÚRIA:

Claro, claro. Además, tan aislados que estabais en Dresde, no debíais tener contacto con la población alemana.

MERCEDES:

Sí, la colonia española llevaba una vida bastante cerrada... Pero, incluso de la gente en la ABF, yo creo que un setenta u ochenta por ciento de los jóvenes aceptaron la versión oficial de que se trataba de una contrarrevolución.

NÚRIA:

Y si no la aceptaban, no manifestaban su opinión.

MERCEDES:

No, no, claro. Una vez más es importante ponerse en la situación del momento, por ejemplo, cosas que hoy son totalmente normales, entonces no lo eran, como tener televisión en las casas, te enterabas de las cosas por la radio.

NÚRIA:

Estaba prohibido oír el RIAS, esa emisora occidental, y en la ABF debían decíroslo, ¿verdad?

MERCEDES:

Sí, seguramente, pero nosotros no teníamos ese problema. A mi padre lo único que le interesaba en una radio era si podía oír con ella Radio España

Independiente, es decir, que las radios que se compraron fueron siempre en función de si se podía escuchar o no la Pirenaica; y para mí, además de la música, era importante poder coger alguna emisora francesa. Esto era menos complicado porque, al estar estacionadas fuerzas francesas en Alemania, había estaciones de *relais* y se cogían entonces en ondas más accesibles.

Bueno, estábamos cuando volví de la Unión Soviética y esa fase la recuerdo como muy dura, sobre todo por la dureza de la actitud de mi padre. No es que me echara de casa en el sentido estricto, pero me echaba en cara lo que había hecho, que él consideraba algo horrible. Pero lo peor, lo que recuerdo con angustia, bueno hoy ya no, casi me río de ello, pero entonces sí lo viví con gran angustia, fueron las reuniones a las que me convocaron, en el horrible local del partido, en la Hechtstrasse, auténticamente kafkiano.

NÚRIA:

Me imagino, me lo imagino.

MERCEDES:

El local, lúgubre, y una gente dogmática, dura...

NÚRIA:

Rígidos, rígidos.

MERCEDES:

Que era un poco como la Inquisición: “Y ¿por qué has hecho eso?, y ¿con quién tal?, y ¿cómo...?”. Tenía que dar explicaciones de todo eso. Lo que se pretendía, que era lo típico de esa época y de los comunistas durante muchos años, era que yo me hiciera “la autocrítica”. Por cierto que eso es también algo que los comunistas han copiado de la Iglesia católica, donde cuando tú cometes un pecado, has de ir a confesarte, es decir, haces autocrítica porque se lo vas a contar al confesor, al cura, y con eso, bien. En el Partido Comunista eso no bastaba. Tú ibas, te confesabas, es decir, hacías tu autocrítica, pero el castigo no te lo quitaba nadie, tenías que demostrar...

NÚRIA:

Había que demostrar la contrición, que es como se dice en cristiano.

MERCEDES:

¡Ah, sí!

Sí, el arrepentimiento demostrado con hechos. Entonces, yo, ahí fui muy... no sé, tozuda, yo pienso, porque no era un problema de valor o de inteligencia. A esa edad, fue simplemente tozudez, amor propio.

NÚRIA:

A esa edad se tiene una concepción muy alta de la moral y yo creo que debías pensar que eso te humillaba, humillaba tu dignidad porque tú no habías hecho nada.

MERCEDES:

Nada malo. Por lo de “dar la espalda”. Ellos me decían, me querían insinuar, me querían obligar a que yo dijera que en el fondo había vuelto porque no quería estar en la Unión Soviética. Porque ellos decían y, hasta cierto punto tenían razón, que hubiera podido estudiar cualquier otra cosa, porque, según ellos, estudiar en la Unión Soviética era el no va más. Entonces, el que yo no hubiera aceptado ninguna de las otras posibilidades y me hubiera aferrado a esas carreras tan elitistas —así lo consideraban ellos— con lo cual te están culpabilizando de pretenciosa, de creerte que eres más que los demás y, por eso, o carrera diplomática y física nuclear, o nada. ¡Con las enormes posibilidades que te ofrecía la Unión Soviética!

NÚRIA:

Es que también, en esa colonia de españoles, la mayoría provenían de un origen social bastante humilde, clase obrera. Y ahí se ve esa sinrazón, esa contradicción que siempre hubo en el Partido Comunista o en la ideología comunista, esa reserva, esa desconfianza hacia el intelectual.

MERCEDES:

¿Sí?, ¿tú lo ves así? Pero, sin embargo, ha habido grandes intelectuales en el Partido Comunista Español y en prácticamente todos los partidos comunistas.

NÚRIA:

Y siempre marcados por el pecado original del intelectual, que eso fue lo que me atrajo luego hacia lo que se llamó el Eurocomunismo, la reivindicación del papel histórico que ha desempeñado el intelectual dentro del movimiento comunista. Pero como ese grupo de españoles eran todos de origen obrero, les debía parecer que tú despreciabas...

MERCEDES:

Sí, es que ellos estaban convencidos de que yo había despreciado a la Unión Soviética.

Ahora, *a posteriori*, cuando estamos a más de cuarenta años vista, aunque hace ya mucho tiempo que lo entendí, está claro que ese no fue el único, ni seguramente el principal motivo. Es verdad que yo hubiera podido estudiar matemáticas, química, pero claro, no podía estudiar lo que quería y estaba en esa fase de enamoramiento, que a esa edad no deja de tener su importancia, con lo cual yo pensé que lo mejor era volver a la RDA, estudiar allí lo que fuera y estar cerca de este chico, de Wolfgang. En ningún momento se me pasó por la cabeza, creo, que podía marcar mi vida, que iba a darle un rumbo diferente ¡para bien y para mal!

Yo no recuerdo ya los detalles, pero supongo que, aunque la decisión la haya tomado yo sola, tenía que comprar billete de vuelta, arreglar papeles, etc. Todo eso solo se podía hacer con el acuerdo de mis padres, porque volver a la RDA, no era así tan fácil entonces, pero no me acuerdo.

NÚRIA:

¡Sí que tienes una memoria selectiva, porque yo recordaría eso!

MERCEDES:

No, claro. Los meses que estuve, porque fueron meses nada más, vivía en casa de mi tía Argentina, que en ese momento todavía estaba en la Unión Soviética.

NÚRIA:

¿Te llevaste bien con ella?

MERCEDES:

Muy bien. Fue un momento, en el sentido familiar, fue para mí un momento también muy interesante, porque pude conocer a mi tía Argentina, la conocí bastante bien, porque viví con ella en su casa, la típica casa en esos años en Moscú, donde tenías prácticamente solo una habitación, la familia de al lado, otra habitación, etc. Luego tenías la cocina común, y el servicio igual. Argentina tenía una habitación pequeña, muy bien puesta, pero claro, tuvo que organizar una cama para mí, con lo cual menos espacio todavía. ¡Pero con unos vecinos estupendos!

NÚRIA:

¿Rusos?

MERCEDES:

Sí, rusos. Una familia, en la que la madre y el padre eran ya mayores y vivían —en una pequeña habitación también— con su hija Schura, que había

estudiado, creo que química, y trabajaba en una fábrica en Moscú. Con ella hemos mantenido contacto, sobre todo mi tía Argentina, hasta hoy. Era un barrio muy típico de Moscú, con las casitas pequeñas, más bien pequeñas, donde todavía veías a las ‘babuschkas’ sentadas delante del portal en verano...

NÚRIA:

Delante de las casas, charlando, tomando el fresco.

MERCEDES:

Me pasé allí todo el verano y debí regresar a Dresde en octubre o en noviembre. Pero sí, esa estancia me permitió conocer a mi tía Argentina, que durante mi infancia estuvo al tanto de lo que era de nosotros hasta que yo ya me reuní con mis padres, y conocerla mejor. Desde entonces tengo hacia ella una relación muy especial, diferente de la que tengo con mis otras tías, que son todas estupendas, pero con las cuales no he convivido. Y por ejemplo, cuando veo estas fotos y veo escrito detrás: “Merche, Moscú, mayo 1938”, me emociona, porque es sin duda la letra de Argentina.

Entonces, volviendo a mi problemático regreso a la RDA, donde encuentro ese rechazo, incluido por parte de mi padre, como yo siempre digo, con una imagen un poco fuerte, que “me lanzaron a los brazos de este chico”, Wolfgang, porque, claro, al encontrarme y sentirme “sola y abandonada” en Dresde, una de las primeras personas a las que llamé fue a él. Y él, lógicamente, me acogió con los brazos abiertos, ¡nunca mejor dicho!

NÚRIA:

Pero dime, y tu madre, ¿estaba de acuerdo con la opinión de tu padre?

MERCEDES:

¡Ah, bueno, pero es que lo que decía mi padre iba a misa! No, yo pienso que ella lo sufriría, pero mi madre aceptó siempre, toda su vida, lo que dijo mi padre. Incluso sabes que yo pienso que si ella fue comunista o miembro del Partido Comunista fue, como yo digo, por el efecto de contagio.

Bueno, entonces, finalmente, me fui a vivir fuera de la colonia española. Creo recordar que me ayudaron a encontrar un piso en un barrio lejísimos, casi en las afueras de Dresde, en Freital, a donde vino Wolfgang a vivir conmigo. Más tarde, incluso nos casamos oficialmente. Y nada... bueno, luego yo empecé a buscar salidas.

NÚRIA:

Tenías que buscar trabajo, ¿no?

MERCEDES:

No, yo para empezar me presenté a la Universidad, considerando que tenía derecho a estudiar porque había sacado el bachillerato, además con mención *gut* (“bien”). Pero en cuanto llegaba el momento de tomar la decisión, tenían que consultar al partido y, por ejemplo, en la Universidad Técnica de Dresde me dijeron que no podían admitirme porque no habían recibido el permiso. Entonces empecé a buscar trabajo. Y, ¡lo que es la vida!, justamente en ese momento, en la Universidad Técnica de Dresde buscaban traductores del ruso para traducir los manuales y libros de estudio de... ¡ni más ni menos que de física nuclear al alemán!

NÚRIA:

¡Justamente!

MERCEDES:

En esa época estaban montando la Facultad de Física Nuclear de la Universidad Técnica de Dresde y lo hacían sobre la base de todo el material ruso, que tenían que traducir al alemán. Entonces yo me presenté y me contrataron como traductora y estuve trabajando con los dos grandes profesores que había en ese momento en la RDA: el profesor doctor Macke y el profesor doctor Schintlmeister, un austríaco, que luego quisieron ayudarme para que pudiera iniciar más adelante mis estudios en su facultad. Incluso estos profesores no podían imaginarse que no hubiera un camino para superar el escollo de los españoles y poder estudiar en la RDA. Claro, entretanto había tenido lugar el XX congreso, había una especie de apertura, pero en el colectivo español no se notaba, es más, yo tenía la impresión de que se cerraron aún más.

NÚRIA:

¡El XX Congreso del Partido de la URSS, celebrado después de la muerte de Stalin!

MERCEDES:

Sí, el famoso congreso del discurso de Kruschev, con todo el tema del culto a la personalidad, la figura de Stalin y sus crímenes. Entonces yo pensaba que tendrían razón, que todo se arreglaría y, en efecto, me apunté al semestre de

prácticas que tuve que hacer en Leuna, donde había ese enorme complejo industrial, el centro de la producción química en la RDA. La fase Leuna también la recuerdo mucho, porque no sé si tú has estado alguna vez en Leuna. Era una ciudad pura química: todo lo que respiras, lo que haces, todo lleno de química. Una empresa gigante.

NÚRIA:

Ecológicamente, ¡una catástrofe!

MERCEDES:

¡Total! Todo muy oscuro, muy negro, porque es verdad que había esa contaminación enorme. El tipo de casas típicas de estos barrios obreros alemanes, construidos en los años veinte, esas hileras de casas... Creo recordar con alivio que solo estuve unos cuatro meses y volví, segura de que al principio del curso iba a iniciar los estudios. Pero cuando llegué tenían ya el aviso de que no se me autorizaba.

NÚRIA:

¿Por referencias que dio el Partido Comunista Español?

MERCEDES:

Sí, claro, reconfirmando el hecho de que yo no era merecedora o digna de estudiar. En un momento dado, me enteré de que estaban buscando traductores de varios idiomas, entre ellos el castellano, para trabajar en unas revistas sobre los diferentes aspectos de la vida en la RDA, destinadas a lectores en el extranjero: Francia, América latina, etc. Yo me presenté y me aceptaron. Entonces renuncié al tema de los estudios y empecé a trabajar en la editorial Zeit im Bild (“El tiempo en imagen”).

NÚRIA:

De traductora.

MERCEDES:

Sí, de traductora. Pero, dentro de la traducción, era un trabajo relativamente fácil, porque eran principalmente textos propagandísticos, es decir, nada que ver con la traducción literaria o de alto nivel. Ese trabajo me iba bien. Luego estaba con gente de varios países, franceses, nórdicos, ingleses...

Luego, además, vino María Burguete a la redacción, una de las niñas de la guerra. Yo, con mi “memoria selectiva”, como tú dices, no me acordaba

de ella, pero ella sí. María había estudiado filología en Leningrado y era la persona ideal para el puesto de *endredakteur* (“redactora final”) y estuvimos trabajando juntas varios años. Fue una etapa muy interesante, primero porque aprendí mucho de ella en el ámbito lingüístico, ella tenía una preparación que yo no tenía y, a nivel humano, también. Ella me recordaba muchas cosas de las Casas de Niños, hablábamos mucho... muy bien.

En esa fase se sitúa, también, mi primera experiencia como intérprete simultánea de conferencias, que me interesó y me gustó tanto que hice lo posible para llegar a un acuerdo con la editorial para poder compaginar las dos cosas.

Yo, por aquel entonces, no había hecho ningún estudio de interpretación ni nada, fue lanzarse, así, al agua. Luego sí, más tarde, decidí arropar la experiencia ya adquirida con unos estudios y me apunté en la Universidad de Leipzig para seguir los estudios a distancia y sacar el título de intérprete.

NÚRIA:

Y, en todo ese tiempo, ¿estuviste casada con Wolfgang?

MERCEDES:

No, no, yo casada con Wolfgang estuve hasta el 59. Sí, porque luego nuestra relación empezó un poco a decaer. Él estaba estudiando en otra ciudad. Yo, entretanto, tuve a Diana, ya en pleno proceso de separación de su padre, pero yo había optado por tenerla.

Y en la editorial Zeit im Bild fue donde yo luego conocí a Pelle. Como ya te conté, la editorial publicaba una revista mensual sobre la RDA en varios idiomas. A partir de un momento, se decidió que la revista se publicase también en sueco, danés y finlandés. Para el danés, vino Pelle Blumensaadt Pedersen. Inmediatamente nos gustó a todos y a todas, porque era un tío majísimo, interesante, que había sido elegido, entre otras cosas, porque ya había escrito una cosa que otra, había hecho un curso en la escuela del partido, con lo cual sabía alemán. De Pelle, yo creo que se enamoraron todas las mujeres de la editorial Zeit im Bild.

NÚRIA:

Pero él se enamoró de ti.

MERCEDES:

No, él, a lo mejor, también se enamoró de todas o de varias, pero la que se llevó el gato al agua fui yo. Entonces empezamos a vivir juntos, yo con la idea

obsesiva de que no quería volver a casarme. De hecho, vivimos muchos años sin casarnos y cuando lo hicimos fue, principalmente, por problemas de documentación para nuestras hijas. Pelle había estado casado también y había venido a la RDA con dos de sus tres hijos: Katja, que tenía unos diez u once años, y Pierre, que tenía seis o siete años. Yo, cuando le conocí, no sabía que los hijos iban a vivir con él, y cuando me lo explicó yo no me figuraba que eso llegaría a ser una de las cosas, una de las experiencias más difíciles que me tocaría vivir. El tener, como madre, como mujer, a hijos tuyos, que tú has parido junto con hijos que no son tuyos es algo, o por lo menos lo fue para mí, algo muy, muy complejo. También es verdad que yo tuve que hacerme cargo de Katja a una edad muy difícil, los diez u once años, con una experiencia de infancia muy dura para ella, por la separación de los padres, todo tipo de experiencias con la madre, que hizo que ella fuera una chica un poco desequilibrada, como luego lo ha demostrado a lo largo de su vida. Luego, por otro lado, el chico, Pierre, también traumatizado por la separación de la madre y por la adaptación a una vida no solo con otra mujer al lado de su padre, pero también en un entorno totalmente diferente como tuvo que ser para él la RDA. Fue un niño difícil, problemático, pero como adulto es una persona estupenda, que yo aprecio mucho.

Además de sus hijos, vino a vivir con nosotros su madre, con lo cual durante varios años, ¡por lo menos ocho!, estuvimos viviendo como dos mundos diferentes en un tercero. Vivíamos, eso sí, en una casa preciosa, tipo casita de cuento de hadas alemana, en Dresde, con mucho espacio, jardín, etc., pero dos mundos a los que separaba algo tan esencial como el idioma, la comunicación.

MERCEDES:

Sí, exactamente, un campo de concentración para mujeres, en el que estuve desde noviembre de 1943 hasta la liberación del campo de concentración de Ravensbrück. Entonces, Pelle tenía con ella una relación muy especial. Cuando a ella se la llevaron al campo de concentración, él tenía ya unos trece años, edad en la que vivió muy conscientemente todo lo que estaba pasando.

NÚRIA:

Claro, ¿se debió quedar solo entonces?

MERCEDES:

Se quedó solo, con su padre y su hermana, como era muy pequeña, tuvieron que llevarla a casa de una familia en la que ella vivió su infancia como si fueran sus padres. Esta es otra de las variantes de la relación madre-hija

complicada, porque al volver, la madre estaba fuertemente impactada por lo vivido. Es una mujer que hasta el día de hoy, porque todavía vive a sus 98 años cumplidos, está marcada de forma obsesiva por los terribles años vividos en ese infierno. Y le hables tú de lo que le hables, del tiempo, de estas flores, de tu último cuadro —por cierto, es pintora también— le hables de lo que sea, cualquier frase o palabra es el desencadenante de algo que tiene que ver con el campo de concentración, y entonces se pone a contarte algo de esa fase de su vida y no hay forma de pararla. Ella, al volver del campo de concentración, estaba tan marcada y afectada por esa vivencia que no fue capaz de reorganizar su vida familiar con marido e hijos; pero, bueno, esta historia merecería su propio libro.

Entonces, cuando a Pelle le ofrecieron este trabajo de redactor en la RDA, ella vino con él y sus hijos, con lo cual empezamos a vivir juntos. Y, como te digo, era como dos mundos: lo danés, que lo dominaba todo en cuanto a costumbres, idioma, comidas, etc., y yo un poco me acomodaba a ello, y descubría con interés y curiosidad el mundo escandinavo, su sentido pronunciado de la estética, de los colores, de la vivienda, de la belleza y la funcionalidad en las cosas del hogar de la vida diaria, desde el colorido de muebles y cortinas hasta la forma ergométrica del cuchillo del pelapatatas... Pero también su profundamente arraigada tolerancia y vivida igualdad. Fue una época muy enriquecedora para mí, pero también porque, lógicamente, Pelle con su madre y sus dos hijos hablaba en danés, y yo los primeros meses largos no entendía nada. Los hijos, a su vez, no sabían alemán, y la madre sí sabía bastante alemán, pero había estado en el campo de concentración nazi de Ravensbrück, con lo cual tenía un rechazo...

NÚRIA:

En Ravensbrück, ¿por qué? ¿Era judía? ¿Había estado en Alemania?

MERCEDES:

No, era comunista y fue llevada al campo de concentración de Ravensbrück por ser comunista. La detuvo la Gestapo en Dinamarca porque estaba repartiendo octavillas contra la guerra, contra la Alemania nazi por “repartir literatura prohibida” (*verteilung illegaler Literatur*).

NÚRIA:

Era un campo de concentración de mujeres. Pero, también estaba tu hija, Diana...

MERCEDES:

Sí, Diana, y al poco tiempo tuve a Carmen. Entonces fue una época que —creo— me marcó mucho como mujer. De hecho, se puede decir que la casa se puso a gusto y estilo danés. Por ejemplo, ya sabes que en los países nórdicos hay una autentica adoración por la luz, por la claridad, de ahí también la costumbre de tener las casas llenas de velas, y de ahí también la costumbre de no poner cortinas o visillos que resten claridad. Pues te puedes figurar, en una casa, en un barrio residencial de Dresde, con siempre todas las luces encendidas y sin cortinas, lo que es muy típico de las viviendas danesas, chocaba, sobre todo cuando se conoce el culto del alemán a las *gardenen*, a las cortinas, pues debían pensar de todo, de nosotros.

NÚRIA:

¡Y vosotros extranjeros!

MERCEDES:

No, esa era la única explicación. Y luego no te pierdas el letrerito con los nombres: la madre se llama Astrid Blumensaadt, él Pelle Blumensaadt Pederesen y Mercedes Álvarez Moreno. Como te digo, fue una época muy enriquecedora, pero muy dura, muy dura en el día a día.

Yo entonces tenía veinticinco años y me encontraba con dos niños de seis y once años, además de las mías... Y eso, yo, que no era —por naturaleza o deformación de infancia— una persona besucona, cariñosa, sino que lo hacía todo un poco con raciocinio, con el sentimiento inculcado de la justicia, no era capaz de abrazarles, besarles. Tampoco lo hacía mucho con las mías, que eran mucho más pequeñas...

NÚRIA:

A lo mejor lo hubieran rechazado, quizás porque no eras su madre: eras una intrusa para ellos.

MERCEDES:

Puede ser, aunque era menos intrusa, porque él no se separó de su mujer para venir a vivir conmigo... sino que yo aparecí más tarde, también para ellos. Años más tarde, su hijo Pierre me lo ha confirmado. Para ellos fui un poco la solución, no la madre, porque yo madre no he sido para ellos, no he sabido serlo, pero sí alguien que ayudó a reorganizar su vida, darles un hogar. Y de hecho, Pierre tiene conmigo hasta el día de hoy una muy, muy buena relación.

Con su hermana Katja, la cosa fue y es muy diferente. Sólo vivió con nosotros cuatro o cinco años, y al cumplir los quince o dieciséis años decidió que no quería seguir más ni conmigo ni en la RDA y se marchó a vivir a Dinamarca. Eso ya facilitó mucho las cosas, porque yo, las trastadas de un chaval como Pierre, que fueron muchas y muy fuertes, las llevaba mejor que esa actitud sibilina de una adolescente que te odia y luego, claro, con miradas y palabras en danés, que no entiendes, entre la abuela y ella. Viví momentos muy difíciles.

NÚRIA:

Y tu relación con la madre de Pelle también tuvo que ser muy difícil.

MERCEDES:

Mucho. Yo a partir de ahí entendí perfectamente el famoso tema de “la suegra”, y en el caso de ella se complicaba más aún nuestra relación porque procedíamos de mundos totalmente diferentes; pero además está ese sentimiento de que siempre tienes la visita en tu casa, llegases cansada o muy eufórica, contenta o de mal humor, siempre lo tenías que compartir con esa tercera persona.

NÚRIA:

Es sorprendente que vuestra relación, entre Pelle y tú, no se quebrara ya en esa época.

MERCEDES:

A lo mejor sí, a lo mejor empezó ya en esa época. Nosotros tuvimos en esa época crisis muy duras, de llegar a hacer las maletas... Pero yo estaba todavía en la fase intensa, fuerte, de mi relación con Pelle, fuerte desde el punto de vista sentimental, de atracción, desde el punto de vista de descubrir lo que es vida familiar. De todos modos, fueron ocho años o más. Pues sí, desde el 60-61, que yo empecé a vivir con Pelle, hasta 1969, que nos fuimos a vivir a Berlín.

NÚRIA:

Y entonces, ella ¿qué hizo?

MERCEDES:

Ella también fue a Berlín, aunque estaba ya entonces planteándose volver a Dinamarca, pero como el piso que nos dieron en Berlín no era suficientemente grande, y ella, como víctima del fascismo tenía derecho a todo tipo de facilidades, le ofrecieron un piso nuevo, aquí en la Karl-Marx-Allee y se fue a

vivir sola. Así, la cosa se resolvió de una manera natural, hasta que ella decidió marcharse a Dinamarca y desde entonces vive en Odense, cerca de donde vive su hija, pero sola ¡a sus noventa y ocho años!

A mí, lo que me da un poco de pena ahora, cuando lo pienso, cuando me acuerdo de ella, es que en esos años yo solo veía el aspecto negativo de tenerla siempre encima, siempre presente... Pero es una mujer impresionante, con una vida increíble. Ella, a la vuelta del campo dejó de trabajar en lo que había sido su profesión, había sido algo así como operadora en una centralita de teléfono. Eso lo dejó y se dedicó a la pintura, ha pintado bastante, ha escrito poesía, una mujer muy creativa, ha hecho exposiciones en Dinamarca, donde es una personalidad, porque es creo que la única superviviente danesa del campo de concentración de Ravensbrück, una mujer muy interesante, muy viva. Y yo a todo eso le he sacado poco provecho, porque cuando estás en la vida diaria, con los roces y problemas, no valoras a una persona así en su otra vertiente. Luego ya, cuando vinimos a Berlín, que fue un poco... no, un poco no, sino totalmente como consecuencia de los acontecimientos en Checoslovaquia.

NÚRIA:

¿En el 68?

MERCEDES:

Sí, bueno, vinimos en el 69, pero el origen de la decisión radica en los acontecimientos de Praga... Yo, como te dije, estaba trabajando en la editorial y lo seguía combinando con la interpretación en congresos. Y uno de los congresos que estaba haciendo en esa época eran las reuniones preparatorias para una gran conferencia que tenía que haberse celebrado, pero nunca se celebró, de los Partidos Comunistas, creo que en Moscú. Ya estábamos en los años del eurocomunismo. Pues en medio de ese proceso se celebró una de las reuniones preparatorias, tuvo que ser ya en 1968, porque a las pocas semanas tuvo lugar la invasión a Checoslovaquia. Lo recuerdo perfectamente, porque yo estaba allí de intérprete, pero tenía muchos contactos con la delegación española, que era gente que yo conocía por mis padres, como Manolo Azcárate, Ramón Mendezona, de Radio España Independiente, etc. Recuerdo especialmente una conversación que hubo, en la que yo estuve traduciendo, en la que los españoles y los franceses —estaba Jean Kanapa, un dirigente del PC francés— les decían a los representantes de la RDA que corrían rumores según los cuales se estaba preparando la intervención en Checoslovaquia y que debían saber que si mandaban los tanques, si entraban en Checoslovaquia, a diferencia de

1956 en Hungría, se condenaría públicamente la acción. Recuerdo que por parte de la RDA se les aseguró que no, que eso no estaba previsto para nada, que se estaba en conversaciones con los camaradas checos y... bueno, para mí fue volver de esa conferencia y a los pocos días tiene lugar la invasión.

NÚRIA:

¿Recuerdas cómo te enteraste?

MERCEDES:

Nosotros, en Dresde, ya nos dábamos cuenta que se estaba fraguando algo, porque, como recordarás, fue en agosto y nosotros estábamos preparando nuestras vacaciones, que ahora mismo no recuerdo si iban a ser en España o Dinamarca, y no había forma de arreglarlo. Nos decían que no podíamos ir, que no nos podían emitir los visados, que había problemas. Porque, aunque teníamos pasaportes daneses y españoles, necesitábamos siempre un visado de salida y entrada, porque si no, no podías volver a entrar en la RDA.

Total, que no era posible, y entre eso y lo que íbamos oyendo ya desde hacía semanas, cuando la gente, como mi peluquera, me preguntaba a mí si sabíamos algo, porque habían llamado a los hombres que estaban en la reserva y estaban preocupados... De hecho no pudimos salir de vacaciones y estábamos en casa, en nuestro famoso chalé, cuando oímos la noticia. Para mí fue horrible. Además, recuerdo que tuve una discusión muy fuerte con mi padre, la más dura y violenta que recuerde haber tenido con él sobre temas políticos. Mi padre seguía aún defendiendo esa especie de axioma, según el cual, “si la Unión Soviética lo hace, es que sus razones tendría”. Porque, encima, yo tenía datos de las reuniones preparatorias, también sobre la postura de una serie de partidos occidentales, entre ellos del español.

NÚRIA:

Y más información sobre lo que estaba pasando.

MERCEDES:

Claro, yo había seguido en los meses anteriores impresionantes debates internos sobre nuevas vías y planteamientos políticos de los partidos comunistas, sobre el nuevo papel del PCUS, y muy especialmente sobre el derecho de cada país a seguir su propio camino.

Y como tú recuerdas, la organización del Partido Comunista, aquí en la RDA, se dividió en dos alas: el ala que llamábamos “prosoviéticos”, con el res-

ponsable de entonces, Celestino Uriarte, y el ala de los eurocomunistas, en la que estabas tú, estaba yo... que, por cierto, fue cuando ya nos conocimos más.

Entonces, en la editorial yo también me pronuncié públicamente en contra de la intervención y, claro, fue bastante impresionante, porque de la gente de la RDA que trabajaba allí, la mayoría compartía mi opinión, pero no se atrevía a decirlo públicamente. A la dirección le sentó como un palo, porque además yo lo pude decir con mucha argumentación al contar con una amplia información de *insider*, que no podía explicitar plenamente al estar sometida a la confidencialidad, como en cualquier conferencia, pero sí me servía de bagaje de fondo.

NÚRIA:

Pero os enterasteis de los acontecimientos en Praga por la televisión, y tú, viendo a los tanques soviéticos ¿qué es lo que pensabas? Porque es que esos muchachos subidos en los tanques no entendían nada, se veía en las imágenes que no entendían lo que estaba pasando. Porque no les dijeron la verdad, les dijeron: “Ahí hay una contrarrevolución”, y ellos no comprendían que los checos les hablaran, les llevaran flores y les dijeran: “Pero, Sascha, ¿qué va a decir tu madre?”.

MERCEDES:

Fue un día trágico... de llorar. Yo desde entonces siempre he dicho que, en mi opinión, esa fue la última oportunidad de reformar el socialismo, a partir de ahí empezó su desmontaje, el comienzo del fin.

NÚRIA:

Para mí, ese momento también fue decisivo. Ahí también comprendí que no había futuro para la utopía comunista. Lo comprendí, aunque luego, cuando apareció Gorbachov con una especie de réplica del eurocomunismo en todas sus teorías y sus discursos, volví a tener un poco de esperanza, pero ya no tanta como en la época de la Primavera de Praga. Es que también se le puso un nombre poético, porque la Primavera de Praga tenía poesía, romanticismo y, al mismo tiempo, concepciones realistas. Porque partían de una reforma económica, una reforma social.

MERCEDES:

¡Y también política!

NÚRIA:

También política, pero siempre en relación con la utopía comunista.

¿Y tú recuerdas otro de los momentos graves de nuestra historia en la RDA, en el mes de agosto también, el día que construyeron el muro? Seguramente que estando en Dresde fue muy distinto. Nosotros estábamos aquí, en pleno polvorín.

MERCEDES:

No, lo del muro lo tienes que contar tú. Yo vivía en Dresde y sí, claro, fue un choque, pero confieso que yo entonces acepté la argumentación en cuanto a la sangría que estaba teniendo lugar en la RDA, el tema de la gente que había estudiado en y a costa de la RDA y luego se los llevaban las grandes empresas occidentales, el tema de la compra de los productos de base baratos en la parte oriental, etc., etc. Claro que no sé... si no hubiera habido el muro, todo lo que pasó después, si no hubiera pasado antes... Aunque no creo, porque se podía haber llegado al borde de una tercera Guerra Mundial, pero como se pone de manifiesto en las conferencias diplomáticas, había un acuerdo tácito de no hacer nada —militarmente hablando— el uno contra el otro, el equilibrio en la potencia atómica era suficientemente disuasorio para ambas partes. Pero, claro, cuando en los años 1989 a 1992 los que se levantaron fueron los pueblos, la población, el mundo capitalista, por llamarlo de alguna manera, Occidente no tuvo que hacer nada. Se lo habían puesto en bandeja los garrafales errores de décadas y décadas de los dirigentes comunistas. Alguien dijo muy bien que no hubo victoria, hubo fracaso...

Entonces yo la construcción del muro la viví totalmente de otro modo. También hay que decir que a ello se añadió una casi coincidencia de fechas importante para mí, pues el 3 de agosto de 1961, es decir, a diez días de diferencia, había nacido mi hija Carmen, con lo cual yo acababa de volver de la clínica a casa y, evidentemente, el acontecimiento para mí era mi hija Carmen... Pero es verdad que yo entonces acepté las explicaciones que se dieron.

NÚRIA:

Fíjate que incluso Wolf Biermann² argumentó en ese sentido, diciendo que era una solución necesaria, amarga, terrible, pero necesaria, que era una *chance* que le teníamos que dar a esa utopía de la construcción del socialismo, porque realmente se estaba desangrando económicamente el país, la RDA, y que era una posibilidad, aunque muy cruel, muy ruda, muy brutal... y absurda, porque es una idea increíble encerrar a un pueblo dentro de un muro. Encerrar a la población y aislarla, obligarla a que acepte, quieras que no, que el socialismo es mejor que la realidad capitalista, idea tan esquinada...

2 Wolf Biermann, cantautor disidente expulsado de la RDA en 1967.

MERCEDES:

Sí, porque si luego hubieran aprovechado para hacer algo, progresar, para demostrar en la práctica que ese sistema era verdaderamente mejor, todavía dices: “Bueno, vale, se justifica”. Pero no, ha ido de mal en peor.

NÚRIA:

¡Veintiocho años! Murió Ulbricht, apareció Honecker, que, creo, en los primeros años tenía intención de ir reformando un poco. Honecker ya tenía una mentalidad distinta a la de Ulbricht, que fue verdaderamente un hombre de hormigón. Luego había la presión de la Unión Soviética...

Fíjate que, en ese año, curiosamente, también nació mi hija Inesita. Inesita nació en mayo, pero yo en agosto todavía le daba el pecho. Nos habían proporcionado un piso. Por primera vez nos dieron un piso a Carlos y a mí. Un piso de esos antiguos, con el servicio en la escalera, en muy malas condiciones. Y yo siempre he contado que en invierno la comida que teníamos en la cocina se nos quedaba helada como una piedra. Fíjate si teníamos grados bajo cero en la cocina, fíjate las condiciones de ese piso. Eso sí, con una habitación grande y muy bonita.

Carlos y yo todavía estudiábamos. Carlos estudiaba en la Escuela Superior de Cinematografía, yo en la Escuela de Bellas Artes de Berlín-Weissensee. La habitación era muy espaciosa, con una estufa de estas de azulejos, preciosa, altísima. Es que el techo era muy alto y con estuco, las ventanas tipo ventanales, la estufa una pieza de museo, preciosa pero que apenas calentaba. En la habitación conseguimos, consumiendo mucho carbón, llegar a dieciséis o diecisiete grados. ¡Pasé un frío en aquel piso...! Y un día, como era verano, teníamos las ventanas abiertas para que entrara el calor de fuera, y era domingo precisamente, y nos dimos cuenta de que por la calle pasaba algo, la gente se aglomeraba delante de unos papelitos que estaban pegados en la pared y había agitación. Y por la noche, al poner la radio, nos enteramos de lo que había sucedido, que habían construido un muro, ¡un muro alrededor de Berlín y de toda la RDA!

BERLÍN EN LOS AÑOS CINCUENTA

MERCEDES:

Ahora te tocaría contar a ti a partir del momento en el que vuelves a Berlín, porque lo único que has contado es esa experiencia tan fuerte, que tú querías ser pintora y cuando logras ser admitida en la Escuela de Bellas Artes.

NÚRIA:

¡Uno de los momentos más felices que recuerdo! Bueno, el reencuentro con mi padre, eso ya te lo conté. Porque la casualidad quiso que yo llegara sola en avión. Nosotras fuimos las tres, mi madre, mi hermana y yo, en tren hasta Hannover porque el billete era más económico, pero luego había el llamado “telón de acero”, que no sé si tú esa terminología la conocías, si te era habitual. Bueno, eran los años de la guerra fría y en España, pues lo de pasar el telón de acero era algo temible. A mí me parecía que iba a pasar a los Infernos del Dante. Y para no tener que cruzar el telón de acero en tren, mi madre reservó un pasaje en avión de Hannover a Berlín, a Berlín occidental. Cuando llegamos al aeropuerto de Hannover, resultó que en aquel vuelo solo había una plaza libre y las otras dos plazas para el próximo vuelo. Entonces mi madre me dijo que fuera yo, que fuera sola porque ya me estarían esperando en el aeropuerto de Berlín y que avisara que ellas llegaban tres o cuatro horas más tarde.

Nuestra vida de familia empezó en la parte del Este, que ya era RDA, ya era Berlín, capital de la RDA, aquí en Friedrichshain. Ya sabes que entonces no existía el muro y era fácil pasar del oeste al este. Eso fue justamente en el año 1952. Quizá, antes de entrar más en el detalle de lo que fue nuestra vida de familia, que fue muy conflictiva, creo que sería bueno situarse un poco en el momento histórico, porque eso, tanto a ti como a mí, nos ha afectado muchísimo. Aunque lo hemos vivido desde condiciones y desde lugares muy distintos. En el 52 habían tenido lugar ya en Moscú y luego en Praga los tristemente famosos procesos...

MERCEDES:

Pero, entonces, no se sabía mucho de ellos, se supo mucho después.

NÚRIA:

Se sabía, y sobre todo lo sabían los alemanes que regresaban de la emigración, especialmente los que regresaron de la emigración en países occidentales. Los que volvieron de la emigración en Moscú... no sé... lo tenían que saber, por supuesto, casi habían estado presentes. He conocido a algunos que regresaron de Inglaterra o de Méjico y precisamente amigos íntimos suyos y compañeros de lucha, como los llamaban, fueron condenados a muerte y ejecutados en Praga. De manera que tuvo que ser una situación muy trágica. Pero, a pesar de todo, por lo que siempre me han contado estos veteranos comunistas alemanes, al regresar a Berlín en el 45, llegaron con mucha ilusión y con muchísima esperanza. Ahora, la actitud de la población, de la población alemana, berlinesa, yo conocí la berlinesa... Tú estabas en Dresde y creo que no lo habrás vivido tan en directo, porque vosotros estabais...

MERCEDES:

Un poco como en una isla.

NÚRIA:

En una colonia de españoles y vuestra vida era una cosa aparte y luego ya, cuando entraste en la ABF, también aquello era un mundo aparte, con una mentalidad totalmente distinta. Pero yo, al llegar aquí a Berlín tuve contacto no solo con los vecinos de nuestro piso, que eran alemanes de lo más comunes, sino también con la gente que iba a la librería de la que te he hablado, porque yo, desde un principio, trabajé de dependienta en la librería de mi padre, a donde los vecinos de Friedrichshain llegaban y hablaban y yo detectaba el ambiente y el estado de ánimo de la gente. Además, algunos españoles, amigos de mi padre, estaban casados con alemanas, berlinesas. Esos amigos de mi padre no eran comunistas. Era gente antifranquista que los vientos de la Historia habían traído a Berlín, quién sabe cómo, como hojas secas. Había uno que era un antiguo anarquista, el único muy comprometido políticamente, un anarquista catalán. Los demás no militaban en ningún partido pero, por supuesto, habían combatido contra Franco.

En fin, yo tuve un contacto bastante directo con la gente, con la población normal de Berlín y recuerdo que, a pesar de que yo no hablaba apenas el

alemán, me daba cuenta de que el estado de ánimo era muy... había mucha depresión, la gente se sentía humillada, vencida, derrotada...

MERCEDES:

¡Que lo era!

NÚRIA:

Que lo era. Berlín en ruinas y el estado mental de la gente también. Porque, es que la propaganda de los nazis tiene que haber sido tan masiva que casi nadie supo evadirse de su influencia. Por su actitud en general, me daba la sensación de que se sentían humillados y sentían una gran aversión hacia las fuerzas de la ocupación, sobre todo hacia los rusos, que esto lo sabes tú mejor que yo. Desde luego, porque les parecía, o tenían todavía la idea de que los rusos representaban una raza inferior.

MERCEDES:

Exactamente, yo eso lo he percibido muy claro en Dresde, muy, muy claro.

NÚRIA:

El caso es que yo llegué en ese momento, en el 52-53, en el que, por un lado, había una minoría de gente antifascista y antinazi y una gran esperanza, a pesar de lo que había sucedido en Praga y antes en la URSS, una gran esperanza y una gran voluntad de edificar otra vez el país, de que hubiera un renacimiento nacional y, por otro lado, se percibía una oposición pasiva y un descontento en la población que se iba incrementando, también por motivos económicos, que ya sabes que culminó en esa insurrección tan violenta del 17 de junio de 1953. Fueron los trabajadores de la construcción los que desencadenaron todo aquel movimiento, que yo lo viví aquí, en Berlín, muy en directo.

Bueno, eso por una parte. Pero en el ámbito cultural habían sucedido cosas importantes, y como ejemplo quisiera hablarte un poco de Hans Eisler, uno de los compositores de mayor rango del siglo xx. Y este no es un juicio mío, no es una apreciación mía, porque yo no me atrevería a hablar así en lo que respecta a la música. Pero, realmente, se le considera como uno de los músicos alemanes más importantes de nuestro siglo. Era alumno de Schönberg. Y lo curioso es que los tres alumnos más destacados de Arnold Schönberg fueron Berg, Webern y Eisler. Y Eisler fue el favorito, según tengo entendido, pero como era comunista, en la historia de la música, que se ha escrito siempre en Occidente, a Eisler lo han silenciado.

MERCEDES:

Pero ahora, sí es muy conocido, quizá también por su estrecha colaboración y amistad con Bertolt Brecht.

NÚRIA:

Ahora se vuelve a valorar su importancia. Pero en la RDA era considerado un músico formalista a pesar de su gran compromiso político. Sus composiciones sinfónicas son una música intensa y difícil, poco asequible para quien no tenga una amplia cultura musical. Además, eran los años en los que se lanzó la discusión del formalismo en el arte. Comprenderás que lo tuvo muy difícil. Aunque, curiosamente, él compuso el himno de la RDA y sus canciones “de agitación” eran muy conocidas. El caso es que Eisler había estado en Estados Unidos, en el exilio, como Brecht. En 1952 se publicó, creo que en la editorial Aufbau, de Berlín, un libreto escrito por Hans Eisler; un libreto para una ópera que había de titularse *Johann Faustus*, es decir, ese tema de Fausto y Mefisto que aparece en la cultura alemana en casi todos sus momentos históricos cruciales. Hans Eisler, en su libreto, nos ofrece un Fausto ubicado en su momento histórico.

MERCEDES:

¿Actualizado a la época de la guerra o de la posguerra?

NÚRIA:

Yo diría de nuestra época en general. El caso es que el *Fausto* de Hans Eisler es un renegado, como quien dice. Encarna lo que en alemán ha dado en llamarse *Die Deutsche Misere*, representa la historia trágica del intelectual en Alemania, que traiciona a su propia clase y traiciona también a su propia ideología humanista. Y además esa unidad dialéctica entre Mefisto y Fausto, con todo el conflicto social que conlleva. Un magnífico texto de Hans Eisler según la apreciación de grandes autores: el propio Bertolt Brecht, Thomas Mann, Feuchtwanger, Ernst Fischer, todos ellos entusiasmados con ese libreto. Pero se publica en el 52 y desencadena uno de esos grandes debates, que luego se irían repitiendo en aquellas avalanchas de represión contra el intelectual características en los países socialistas.

Se desencadena un debate que Hans Bunge ha recogido en una documentación histórica. Por eso sé de ello con detalle, que, claro, en aquella época yo no sabía nada. Pero ahora, posteriormente, puedo apreciar lo que supuso ese debate, un debate de lo más traumatizante para Hans Eisler. Participaron un

gran número de intelectuales y artistas de mucho renombre y sus palabras son vergonzosas. Leyéndolo, es que te abochorna. ¡Te da una furia...!

MERCEDES:

Hombre, también se pueden entender como los pasos erróneos de un camino a descubrir y a hacer.

NÚRIA:

Así lo han querido interpretar siempre los comunistas, pero es que, de una vez a la otra, iba renaciendo la esperanza y luego les caía de nuevo un cubo de agua fría encima. Que eso fue peor porque, realmente, era de una mezquindad y oportunismo increíbles. Claro que algunos pocos tuvieron el coraje de salir en defensa de ese libreto, pero Hans Eisler perdió... perdió el impulso y el valor o la motivación y no escribió la ópera que, quizás, hubiera sido una de las obras más importantes de la historia de la música alemana del siglo xx.

MERCEDES:

¿Y tú tenías una particular relación con Eisler?

NÚRIA:

Yo en aquellos años no sabía nada de eso. ¡Figúrate! Yo acababa de llegar, no sabía ni alemán. Pues sí, ese era un momento, tanto económicamente como en el ámbito intelectual, un momento de crisis muy grave. Y lo he rememorado porque este tipo de crisis se fue repitiendo en las décadas siguientes, por ejemplo, en 1965, a raíz del XI Pleno del SED (Partido Socialista Unificado Alemán) que inició una grave represión contra los intelectuales y artistas con fatales consecuencias.

Bueno, entonces tengo que describirte también un poco el ambiente en nuestra familia, porque es totalmente distinto de cómo lo viviste tú en la tuya. Yo imagino que en cualquier familia hay siempre conflictos. Eso es lógico entre el matrimonio, entre los padres y los hijos. Pero es que la nuestra era una situación especialmente difícil. Has de pensar que mis padres habían estado más de diez años separados. Pero incluso al principio (se casaron en el 36), mi padre estaba continuamente de viaje. Luego, como ya había estallado la guerra, pues todavía más. De hecho, casi se puede decir que no habían convivido. Entonces, en una situación así, no solamente política sino económica —en Berlín recordarás que había racionamiento, había escasez de todo— la cosa se agravaba. Nosotros teníamos un piso muy frío. Pasamos un frío atroz. Ya sabes, esos pisos berlineses

que encendías la estufa y estabas dos horas esperando a que se calentara la habitación. Y precisamente esos inviernos fueron muy rigurosos. Pero al mismo tiempo, la manera de ser de mi padre. Por supuesto que él había tenido relaciones con mujeres antes de que nosotras llegáramos a Berlín y esas relaciones no se cortaron de un momento a otro. El caso es que, pocos días después de haber llegado a Berlín, la mala suerte quiso que yo entrara en una habitación en la que estaba mi padre besando a una chica, de una manera tan inequívoca... ¡Es que parecía una escena de película, de esas que yo había visto, películas norteamericanas! Y entré y me encontré con esta escena. Tú imagina que yo tenía catorce años, estaba educada a la española y además me sentía solidaria con mi madre, porque era quien había cuidado de nosotras durante toda la infancia y nos había dado mucho cariño, mi madre, a pesar de su propensión a la histeria y a la neurastenia, que eso fue muy duro también en mi infancia. Pero, a pesar de ello, mi madre fue una madre cariñosa y yo guardo un recuerdo entrañable de mi infancia.

Entonces entré en esa habitación con la mala suerte de que se estaban besando y, bueno, una chica a los catorce años, no se retira. Por lo menos yo me encaré a mi padre con insolencia. Supongo que le dolería, porque él tal vez no sabía que yo estaba en casa, y tuvo la reacción más equivocada que podía tener, quizá por falta de experiencia paternal. Lo que hizo, al verme a mí tan agresiva, fue pegarme una bofetada delante de la chica, lo cual, como puedes imaginarte, condicionó mi relación desde ese momento para con mi padre. Eso ocurrió tres o cuatro días después de haber llegado nosotras a Berlín. Esa chica, su amante, no tenía por qué estar en nuestra casa. Encuentro que desde luego, fue una torpeza por parte de mi padre.

Después de eso, mi padre trató, he de reconocerlo, trató de reconquistar mi cariño, de acercarse a mí. Hizo esfuerzos en ese sentido, pero yo entonces era intransigente y rencorosa. Por supuesto que no le dije nada a mi madre, ni palabra, pero mi reacción fue, durante mucho tiempo, la de no hablar. Yo creo que quizá por depresión o por lo que fuere, por oposición, para provocar también. Opté por la actitud de no hablar con nadie.

MERCEDES:

¡Ah! Con nadie, ¿no solo con él?

NÚRIA:

Es decir, con mi hermana pequeña sí hablaba, eso es cierto. Con mis padres no hablaba casi nada. Era como un principio... yo diría que era un principio de

autismo. Yo contestaba “sí” o “no” o “bueno” o “ya voy”, el mínimo, y nunca hablaba yo la primera. Este comportamiento era una provocación para ellos.

MERCEDES:

¿Y hasta entonces habías hablado normalmente?

NÚRIA:

¡Por supuesto!

MERCEDES:

Entonces pudo haber sido un choque psíquico.

NÚRIA:

Tú imagina que mi infancia... yo la recuerdo como una infancia sobre la que gravita una luminosidad solar. Se ve en las fotos de las vacaciones en Castelldefells, con sol, con los primos, con la abuela Bernardina —has visto antes su foto— cuando pasábamos las vacaciones con ella, que tenía una casita en la playa de Castelldefells. Nos mandaba a todos los nietos, antes del desayuno, a la orilla del mar a recoger cangrejos, que había que cogerlos con dos dedos por el cascarón para que no te picaran. Íbamos antes del desayuno a recoger un cubo lleno de cangrejos, luego nos hacía beber un vaso de agua de mar para limpiar...

MERCEDES:

¿De agua de mar?

NÚRIA:

Sí, de agua del mar para purgarnos, para que no hubiera empacho. Y con los cangrejos hacía una sopa de pescado deliciosa. Pero ¡imagínate! La playa, las pinedas, el sol, los juegos, la mar... y la galería de la abuela Antonia, las tardes de sol en la galería, el chillido de los vencejos; los domingos en las Ramblas de Barcelona con mis amigas ¡tantas amigas! Es decir, mi infancia es luz, diría yo, a pesar de los momentos de pena y de pesadumbre que también recuerdo, que pasa cualquier niño y que se sufren muy intensamente. Pero el recuerdo de mi infancia es luminoso y feliz, porque a esa edad yo he sabido ser feliz con una plenitud que posteriormente he perdido. Esa capacidad de alegría y de dicha, esa ilusión antes de las clases de dibujo, antes de ir al cine los sábados con mi madre, esa capacidad de alegría y de ilusión se pierde luego y es una lástima. Ahora, ¡imagínate una infancia así! Y la primera comunión, ya has visto la foto... ¡Es que a la primera comunión sí que le tendríamos que poner tres o cuatro signos

de admiración, porque fue un momento culminante en mi infancia! Y de todo ese ambiente me trasplantan a Berlín y tengo la sensación de haber entrado realmente en un ámbito de oscuridad, de oscuridad efectiva, porque los inviernos son tan largos, los días son tan cortos, tan grises y luego trabajando sola en esa librería de mi padre, menos luz todavía. La trastienda, oscurísima, tenía una ventana pequeña que daba al patio. Yo me pasé tres años allí, encerrada y sin contacto con gente de mi edad, solamente los mayores. Y en casa las escenas dramáticas de histeria y desesperación de mi madre, que tenía un carácter muy arrebatado, realmente histérico en algunos momentos, muy celosa. Pero es que, conociendo a mi padre, podía habérselo imaginado que se encontraría con una situación así.

MERCEDES:

Bueno, pero tú eres como eres, por mucho que te lo imagines. Además, como tú dices, no habían vivido mucho tiempo juntos, porque el vivir juntos es lo que conduce al “desamor”, como yo digo. Pero, cuando no, estás acumulando todo ese deseo de estar al lado de la persona que quieres. Que ella reaccionara violenta e históricamente es casi comprensible.

NÚRIA:

Porque es que ella siempre decía: “Yo he quemado las naves”, o sea, no podía regresar. Había dejado sola a su madre anciana, a la que tanto debíamos, había vendido lo poco que tenía, incluso su piano. No podía regresar. Se encontraba totalmente indefensa una vez más.

MERCEDES:

Es que, además, ya había regresado una vez, porque él quiso que volviera. Entonces, cuando por segunda vez vuelves a Alemania para reunirte con él, es porque quieres mucho a esa persona, que además es el padre de tus hijas. Entonces es normal que no se plantee volver a marcharse. Pero, Núria, esto de la reacción tuya, eso sí que me llama la atención. ¿Te importa hablarme algo más de ello? Es decir, ¿tú decidiste no hablar con nadie?

NÚRIA:

¡No hablar con nadie! Porque precisamente no quería decirle a mi madre lo que yo pensaba de mi padre ni lo que me dolía tan profundamente, también respecto a la actitud de ella. Ahora, que mi madre no estaba ciega y se dio cuenta muy pronto de que mi padre no solo tenía una relación, sino quizás varias. Iba dos días a la semana a Leipzig a dar clases de español, al Instituto Ro-

mánico de la Universidad de Leipzig, y también aquí en Berlín daba clases en la Universidad y por supuesto que mi padre hacía lo que quería. Salía cuando quería y nosotras encerradas en casa, sobre todo yo. A mi hermanita, que tenía ocho años, la ingresaron en la escuela sin saber alemán, algo parecido a lo que te sucedió a ti en Francia. La metieron en la escuela, y aunque en Barcelona estaba ya en la segunda clase, aquí la pusieron en la primera. Creo que lo pasó mal. En primer lugar porque mi hermana era sorda, no la operaron hasta los catorce años, oía mal, lo cual dificultó mucho el aprendizaje del idioma y, además, tenía un problema de vista del que no se dieron cuenta a tiempo, no veía bien la pizarra, tuvo que ponerse gafas, era más mayor que los demás niños de la clase. Es decir que mi hermana creo que lo pasó bastante mal aunque nunca se quejara. Luego sí pudo saltar dos clases, como tú, igual. A mí, mi padre me dijo que yo tenía que trabajar y me puso al frente de la librería.

MERCEDES:

O sea, ¿tú no fuiste a estudiar en ese momento?

NÚRIA:

No, no, me puso al frente de la librería, esa librería que tenía en la Bersarinstrasse y yo me pasaba todo el día encerrada en esa tienda oscura. Recuerdo, sobre todo, la depresión que me producía el tañido de las campanas de una iglesia que hay todavía en aquella calle, sobre todo a las seis de la tarde, que ya estaba oscurísimo, negra noche... y las campanas de las iglesias alemanas suenan de otro modo, no tan diáfanas como las de los pueblecitos de España, muchísimo más graves y más “evangélicas”. Unas campanas que, ¡oh!, sonaban lúgubres durante unos diez minutos seguidos a las seis de la tarde.

Lo que me salvó es que, en la trastienda, mi padre tenía una amplia biblioteca en español y yo estuve días y días, meses y meses leyendo, leyendo desesperadamente; aunque también estudiando alemán sola, tratando de entender la gramática y atendiendo a los clientes que venían. Siendo joven, aprendes pronto, y ya alcanzaba para decir: “Ese libro cuesta veinte céntimos o aquel cuesta treinta la semana”, y la gente me hablaba y, claro, me explicaban cosas y me preguntaban: “¿Qué libro me aconseja hoy?”. Y entonces, yo, sin haberlos leído, sacaba uno cualquiera y les decía: “¡Este está muy bien, es muy emocionante!”. Me lo inventaba.

Ya te conté que mi padre no sé de dónde había sacado esa cantidad de libros, novelas policíacas, libros de aventuras, novelas rosa y tal. Sobre todo venían señoras con perritos. Yo recuerdo muchas señoras con ese turbante

que llevaban todavía en aquellos tiempos, la moda de los años cuarenta que todavía prevalecía, esa especie de turbante con un nudo arriba, sobre la frente, y con el perrito. Y ahí me di cuenta de que cuando una persona vive mucho tiempo sola con un perro, los rasgos de su rostro acaban pareciéndose a los del animal, y el perro, el chucho, ¡se va humanizando! Ahí lo observé, de veras.

Pues así estuve yo tres años... Comprenderás que todo el día sola en la librería y en casa la situación tensa y, a veces, violentísima, grotesca, también hay que decirlo, de la familia, pues... no sé, yo me encontré en una pésima situación psíquica. Ahora creo que incluso tuve alguna alucinación. Es que realmente coincidió con mi adolescencia, que en este caso sí puede decirse que vino de “adolescer”, de adolecer de una dolencia, de un dolor a varios niveles.

MERCEDES:

Es decir, que tú todo el día estabas en la librería, luego volvías por la noche a casa...

NÚRIA:

A mediodía iba a casa a comer, porque cerrábamos de una a tres, o de una a dos, no recuerdo. No estaba lejos nuestro piso, en el portal de al lado. Subía a comer y luego volvía a bajar, abría otra vez la tienda y hasta las siete.

MERCEDES:

Y luego, ¿qué hacías?

NÚRIA:

Luego me iba a casa a cenar.

MERCEDES:

Entonces, ¿relaciones, contacto con jóvenes?

NÚRIA:

Nada.

MERCEDES:

Y ¿tres años así?

NÚRIA:

Sí, tres años así, solamente relacionada con los amigos de mi padre, claro, que venían los domingos. Mi padre tuvo siempre muchos amigos; la amistad

tuvo para él muchísima importancia, pero para mí eran personas muy mayores y extrañas porque, además, alguno de ellos venía a la tienda cuando yo estaba sola y yo tenía que ponerme en guardia, esa es la verdad. Así transcurrieron, pues, los tres primeros años.

MERCEDES:

¡Es mucho tiempo, tres años!

NÚRIA:

Es mucho tiempo a esa edad. Pero llegó un momento en que mi actitud era tan esquinada... tan... de oposición hacia toda la familia, que mi padre se dejó convencer, cerró la librería que no daba ningún beneficio y permitió que yo fuera a la Facultad de Obreros y Campesinos. De estos institutos ya hemos hablado porque tú fuiste a la ABF de Dresde. Yo también quería hacer el bachillerato. Entonces, pues sí, mi padre me llevó a la ABF y me matricularon. Aquí en Berlín, sí, que no era bachillerato especializado ni en ciencias naturales ni en humanidades. Lo que sucedió es que, claro, la formación escolar que yo tenía se diferenciaba muchísimo de la de mis compañeros de estudio. Porque ellos habían terminado por lo menos siete u ocho años de escuela alemana y yo, en España, en esa escuela de niñas, aunque fuera una escuela maravillosa, ya te dije, de ciencias naturales, nada. Aritmética y un poco de geometría. En aritmética llegamos hasta los quebrados y no más, lo repito. Y yo oía decir que los chicos que estudian bachillerato ¡estudian álgebra y cuentan con letras, qué cosa más maravillosa! Entonces me matriculé en la ABF y, date cuenta, el alemán yo ya lo dominaba bastante...

MERCEDES:

Entonces estamos ya en el 55, más o menos.

NÚRIA:

En septiembre del 55. El alemán yo lo dominaba bastante, pero no a ese nivel, porque me encontré que en las clases de historia o de literatura, muchas veces, los libros de texto yo tenía que traducirlos en casa con el diccionario. La terminología era más elevada, las clases se daban en las aulas casi a nivel universitario y yo no podía seguir las siempre. El primer año fue difícilísimo, porque claro, en física, química y matemáticas yo estaba a cero y nunca quise pedir ayuda a mis compañeros, no sé por qué. Porque siendo la ABF, podían haber formado un grupo de dos o tres compañeros de estudios que me hubie-

ran ayudado a hacer los trabajos de casa, pero no. Y con el ruso, es lo que ya te he contado, el idioma ruso era la gota como dicen...

MERCEDES:

...que colma el vaso.

NÚRIA:

Sí, que colma el vaso. Con el ruso ya no podía. Me iban a suspender, pero pedí que me dejaran estudiar todo el verano y me volvieran a examinar en septiembre para pasar al segundo curso. Había el *Lehrgang A*, (“Curso A”), *Lehrgang B* y el C. El A no lo aprobé, porque tenía varios suspensos. Lo que pasa es que mis maestros tampoco se hacían cargo de la situación mía. Primero, que no conocían mis dificultades en casa, donde casi no me dejaban estudiar, y segundo, ya te dije, teníamos maestros que eran auténticos profesores, como los que tú también conociste...

MERCEDES:

Sí, como mi doctor Rose.

NÚRIA:

Pero teníamos algunos que eran maestros recién...

MERCEDES:

Lo que llamaron los *neulehrer*, es decir, maestros recién formados, justo un cursillo y luego los mandaban de profesores.

NÚRIA:

Y que yo tenía la impresión de que estos señores, o señoras también, no se habían enterado de que hay personas en otros países que hablan otros idiomas. Porque, por ejemplo, yo tenía continuos suspensos en historia, y en historia yo estaba bien, porque, bueno, en casa traducía los libros de texto y me interesaba mucho. Y me decían siempre: “Por el contenido merecería sobresaliente, pero hay tantas faltas de ortografía y de gramática alemana, que tenemos que darle un suspenso. Lo sentimos mucho, pero hay que aplicar los mismos criterios que a los otros estudiantes”.

Además recuerdo escenas bastante dramáticas. Yo tenía una amiga, y esta amiga me explicaba que estaba prohibido oír la emisora de radio occidental, el RIAS, y que no debía ir a Berlín occidental, cosas que ya empezaron a

sorprenderme. Luego, otro ejemplo, hicimos una especie de proceso porque una de las chicas, más mayor que nosotras, se pintaba, se maquillaba con productos cosméticos de Berlín occidental. La avisaron varias veces para que no lo hiciera, porque eso, en una chica comunista, era muy reprochable, y como ella seguía en sus trece, pues hubo casi como un proceso de inquisición. Una tarde se reunieron los estudiantes, se sentaron formando un círculo y ella en el centro, llorando. Recuerdo las lágrimas que le caían y le formaban como unos surcos en el maquillaje. Es decir, todo ese ambiente de la ABE, para mí, fue un poco... un poco tenebroso también, aunque me alivió bastante en comparación a lo anterior y me ayudó a evadirme un poco de la situación de nuestra familia. Además, en el segundo y tercer curso ya me fue mejor.

MERCEDES:

¿Y qué pasó con el ruso entonces?

NÚRIA:

Me liberaron del ruso.

MERCEDES:

Porque normalmente era obligatorio.

NÚRIA:

Bueno, pues conmigo tuvieron condescendencia.

MERCEDES:

O sea, que ahí sí hicieron una excepción y ya no tuviste que seguir con el ruso.

NÚRIA:

No, no tuve que seguir con el ruso. Yo tenía permiso para asistir a las clases pero ya no me examinaban ni nada. Y fíjate que ese fue el momento en que... como si hubiera ido en una barca que estaba a punto de hundirse y echas un saco de arena fuera y ya puedes salvarte, ya sales a flote y sigues adelante. Yo salí adelante y al cabo de tres años hice el bachillerato normalmente. Pero lo que pasa es que mi padre se dio cuenta de que yo quería seguir estudiando y le pareció que eso no valía. Él me dijo siempre que en el comunismo “cada cual según sus capacidades y según su trabajo”, que él no ganaba mucho y que no estaba dispuesto a seguir manteniéndome. Ese reproche lo estaba yo escuchando casi cada día, que yo era el parásito de la familia...

MERCEDES:

¿En serio?, no lo entiendo, ¿de verdad que no lo entiendo!

NÚRIA:

Bueno, es que explicado así parecerá dramático, pero nuestras escenas familiares eran más bien grotescas. Realmente...

MERCEDES:

Pero no lo entiendo... Lo que no entiendo es que, si yo intento situarme en la situación de lugar y momento de la que estamos hablando, si yo me sitúo, pues, en la situación de la RDA, años 55-56, un hombre, generalizando mucho, de izquierdas...

NÚRIA:

Comunista, él siempre se declaró comunista.

MERCEDES:

Bueno, pues comunista, no me atrevía a utilizar esa palabra.

NÚRIA:

Porque tú tienes otro concepto de lo que es un comunista, pero también él fue comunista.

MERCEDES:

No, no es ese mi problema. Comunistas los ha habido de todo tipo, pero, ¿que no le pareciera que era la oportunidad para que sus hijas pudieran estudiar en la RDA, de verdad que no lo entiendo! ¡Y hablar de parásito..!

NÚRIA:

Ahora comprenderás por qué, cuando en la Escuela de Bellas Artes la comisión de profesores me participó que había aprobado —que fue precisamente Werner Klemke quien me lo dijo— que le habían gustado los trabajos que había hecho y que estaban contentos de poderme aceptar en la escuela, comprenderás que para mí fue un momento estelar, como tú dijiste, estelar verdaderamente, porque me sentí libre y vi que ya era independiente. A partir de ese momento quedé libre del peso de los estudios en la ABF. Comprendía que habían sido necesarios porque, desde luego, me gustaba estudiar, pero no pude pintar ni dibujar durante esos tres años, porque me dediqué solamente a empollar las asignaturas.

MERCEDES:

Oye, pero, en esos tres años de ABE, ¿tú no recibías una beca también?

NÚRIA:

Sí, tenía una beca.

MERCEDES:

Entonces, quiere decir que tú aportabas algo, como estudiante. Poco, de acuerdo, pero algo y aún menos entiendo entonces la actitud de tu padre, porque al seguir estudiando en la Escuela de Bellas Artes también iba a ser con beca, porque esa era una de las cosas buenas que tuvo el socialismo real.

NÚRIA:

Una de las muchas cosas buenas.

MERCEDES:

O sea, ¡que de parásito nada! Puede ser que la beca fuera algo inferior a lo que hubieras ganado trabajando, pero bueno, para eso estabas estudiando una carrera.

NÚRIA:

Pues así fue. Pero he de decirte que esas son tintas muy negras. Yo describo a mi padre de un modo así... desde un punto de vista mío. Si mi hermana lo describiera... mi hermana, que tenía ocho años cuando conoció a su padre, pudo establecer una relación de cariño hacia él y creo que tiene un recuerdo distinto.

MERCEDES:

Pero es un poco también lo que yo te contaba de las reacciones de mis hermanos y es interesante que tú me lo confirmes, esa idea de que, quizás sobre todo en familias con una vida un poco fuera de lo habitual, me reconfirmas las divergencias en cuanto a esa visión de los mismos padres.

NÚRIA:

Sí, de los mismos padres. Mi hermana también aceptó la declaración de mi padre de que yo, cuando me marché de casa, lo hice por egoísmo, porque estaba enamorada y porque quería vivir mi vida libremente, lo cual no es cierto. Yo me marché de casa de mis padres porque no me quedaba otro remedio.

Ya existía entonces Carlos, porque a Carlos le conocí en el segundo año de la ABF. Carlos, mi único amigo, sabía cuál era mi situación y teníamos una relación que yo no había tomado muy en serio. A esa edad y con esa experiencia familiar, yo me había propuesto ser pintora, no casarme nunca, no tener hijos, vivir libremente y dedicarme por completo a mi profesión. Pero, desde luego, vivir también mi vida de mujer, porque no renunciaba a mi condición de mujer, y eso fue lo que me perdió.

MERCEDES:

¿Qué es lo que te perdió, el no renunciar o el renunciar?

NÚRIA:

El no renunciar... en el pleno sentido de la palabra. Bueno, ya me entiendes. El caso es que Carlos ya existía y que aún seguimos juntos, toda una vida juntos, que están los hijos...

Bueno, vale, al terminar los estudios empezó mi vida de artista, de pintora. El haber consagrado mi vida a esa profesión, ha sido algo esencial para mí, la razón de ser. Y es cada vez más determinante. A esas alturas, es lo que persiste.

ALEMANIA Y SU CIRCUNSTANCIA

Ausländer, lasst uns mit den Deutschen nicht allein!
¡Extranjeros, no nos dejéis solos con los alemanes!

(*Graffiti*, Berlín, 1990)

MERCEDES:

Hoy queríamos hablar un poco de nuestra relación con los alemanes. Como yo he vivido tantos años aquí, me siento con el derecho de opinar, por no decir de dictar cátedra, sobre los alemanes, y cuando un español o un francés me pregunta mi opinión, muchas veces me doy cuenta de que destaco, sobre todo, los aspectos negativos, un poco como si quisiera compensar que ellos siempre subrayan sus “virtudes”. Es que yo sí pienso que el hecho de conocer bien a un pueblo tan complejo, y sobre todo tan presente, negativamente también, en la historia de este siglo en Europa, el conocerlo por haberlo vivido, sufrido y disfrutado te da una base mejor para hablar de ellos de un modo diferente al que solo se basa en los libros... También es verdad que hemos conocido y vivido una etapa de Alemania especialmente interesante, cuando estaba en ese proceso del “resurgir de las ruinas” (como versaba el himno de la RDA) de la segunda Guerra Mundial. Ahora empiezan a hacer lo que ellos llaman la *geschichts... verarbeitung...* (“interpretación de la historia”). No, lo llaman de otra manera...

NÚRIA:

Bewältigung.

MERCEDES:

Exactamente, la *bewältigung*, que realmente no sé cómo hay que traducirlo al castellano.

NÚRIA:

Sería más o menos lo que en España se definiría como “recuperar la memoria”, pero es otra cosa, porque en España se había anulado la memoria histórica y aquí no se perdió, porque en la RDA, en la parte del este, se estuvo insistiendo muchísimo, incluso a veces demasiado. Esto crea aversión. Pero bueno, no se perdió el recuerdo, no se perdió la memoria de la historia, de lo sucedido. Ellos dicen *bewältigung*, que sería “superar”, ¿verdad?, superar de una manera u otra.

MERCEDES:

Sí, la traducción es “superar”, pero yo suelo decir que el problema de muchos alemanes es que no solo no superaron, porque superar tiene una connotación...

NÚRIA:

Es que no se puede superar esa historia.

MERCEDES:

Exacto, tiene esa connotación de decir —que es un poco el debate que se está hoy replanteando— de decir: “Bueno, lo hemos superado y ahora pasemos la página”. Esa es la connotación que yo le doy a la palabra superar, cuando superas un dolor, una situación o algo. Yo creo que el concepto correcto es lo que yo en castellano cubriría con la palabra “asumir”. Es decir, se asume el pasado como se asume un error grave que hayas podido cometer tú en tu vida, que no quiere decir que lo hayas superado, porque hay cosas que no se superan porque perduran, pero asumir es tenerlo presente, no olvidar, no pasar la página. No se trata de estar constantemente machacando sobre el tema, que ese es el debate que hay ahora, de estar constantemente hablando de ello, pero sí aceptar que cuando, pongamos, tú llegas a Holanda o a Dinamarca, es diferente que tú seas alemán a que seas belga o francés, por ejemplo. Eso entiendo yo por “asumir”, es decir, para bien y para mal.

NÚRIA:

Depende de qué generación. Yo creo que la generación que durante la guerra, durante la época nazi, eran niños, esos han asumido en su gran mayoría, por lo menos en la parte del Este, han asumido la historia.

MERCEDES:

¡Ojalá, ojalá!

NÚRIA:

Y les pesa como una losa.

MERCEDES:

Pero, asumir para mí, tampoco significa que te tenga que estar pesando... Yo siempre les digo a los alemanes que, por ejemplo, nosotros, los españoles todavía llevamos “la losa”, por así decir, de la Conquista... bueno, de la llamada “Conquista”.

NÚRIA:

¡Ah, no, no!, ¡yo lo veo muy distinto! Porque en España, en mi opinión, no se asume este... este genocidio. Fíjate cuando el 500 aniversario del descubrimiento. España lo celebró como uno de los momentos cumbre de la historia española y los latinos tuvieron que recordar a España que para ellos no había motivo de fiesta, que era el recuerdo de uno de los hechos más sangrientos de la Historia.

MERCEDES:

Eso, sí. Pero yo te lo comparaba porque quería decir que si es posible que haya esas reacciones, esas sensibilidades después de quinientos años, me parece que no hay que sorprenderse de que pase lo que está pasando, que haya ese sentimiento incluso para las generaciones que no lo han vivido, que comprendan que existe ese sentimiento hacia Alemania, porque no se trata de cuál es la actitud hacia una persona concreta, se trata de que es parte de un pueblo, que pertenece a un pueblo que sin duda es un gran pueblo en muchas cosas, pero que tiene la historia reciente que tiene. Yo creo que al hablar nosotras del tema Alemania, y de eso ya me di cuenta en nuestra primera conversación, hay que partir un poco también de las edades en las que llegamos aquí y cuál era nuestro *background*, es decir, nuestro “trasfondo” de infancia. Porque está claro que tú, por tu historia personal que ya has contado, y yo por la mía, viniendo de Francia y de la Unión Soviética, tenemos actitudes de partida diferentes, que luego cambian, porque mi actitud después de unos años de vivir en la RDA ya no era, ni mucho menos, la de irme todos los días a la estación y querer coger el tren para marcharme.

NÚRIA:

En tu infancia, los nazis eran los alemanes.

MERCEDES:

Exactamente: *Niemtsi*, es decir, “alemán”, era sinónimo de “nazi”. Luego, en Francia, aunque era otra edad, pero inmediatamente después de la Gue-

rra Mundial, allí era terrible, allí *les boches* era lo peor que le podías decir a alguien. “Tú te portas como un *boche*” era decirle: “Te portas como un cerdo, como un alemán”. Entonces, marcada por esas vivencias, fue cuando yo vine aquí. Y justamente el hecho de que yo haya venido a la RDA y no a la República Federal hizo que mi actitud cambiara, porque fue, de una forma masiva, el conocer la otra parte, la otra cara de los alemanes, porque aquí lo que se subrayaba, sobre todo, era el aspecto de la lucha antifascista, que es verdad que la hubo. Quizá, si no llego a venir a la RDA, no me entero nunca. Yo no sé si a una chica francesa de mi edad le hubieran transmitido mucho el tema de la lucha antifascista de los alemanes comunistas, judíos, antihitlerianos, etc., que también estuvieron en los campos de concentración.

NÚRIA:

Fíjate que en una encuesta que se ha hecho últimamente han preguntado a jóvenes no alemanes, qué términos se les ocurren en asociación con “alemán” y “Alemania” y las palabras que salen con más frecuencia son: “nazi”, “Hitler”, “prepotencia”, “dinero”, “poder”. Todo factores negativos, todo, como tú dices.

MERCEDES:

Pero eso tiene su explicación, no hay que tampoco dramatizarlo, porque entretanto han pasado cincuenta años o más y ellos han tenido tiempo de demostrar, tanto la RDA durante su existencia, como la República Federal, que son capaces de llevar otras políticas y otras vidas. Pero lo que no se puede, lo que yo sí creo que no se puede ni se debe, es dejarlo de lado.

NÚRIA:

No, no, eso de decir borrón y cuenta nueva, no. No, el borrón y cuenta nueva no creo que ningún intelectual y Martin Walser con su discurso tampoco, lo haya propuesto ni tenga la intención de hacerlo, creo que no. El debate actual ha sido provocado por el discurso de Martin Walser pero es curioso que los intelectuales del Este, los escritores del Este, no digan ni palabra respecto a ese debate. Es una reacción muy extraña, a mi modo de ver, algo apocada, no sé.

MERCEDES:

Y ¿por qué crees tú que es?

NÚRIA:

No sé, no sé por qué. Yo lo que yo temo es que ya tenemos la tercera generación nacida después de la época nazi y la gente joven de hoy lleva este

estigma, y además... es un poco vejatorio saber que ellos siguen siendo considerados responsables, siguen obligados a asumir un crimen que no han perpetrado y que, además, es un crimen irreparable, irreversible, inexpiable. En cuanto a la generación de nuestra edad, por lo menos la gente que yo conozco, que es mayoritariamente gente del Este: amigos, artistas, en fin, la gente de mi entorno, he observado que aún se sienten avergonzados y no aceptan su nacionalidad. Sienten como una inhibición al decir: "Yo soy alemán". Es que no se consideran alemanes, consideran que no tienen nacionalidad.

MERCEDES:

Pero, Núria, confiesa que la mayoría de los alemanes, y no me refiero a la RDA, sino en general, yo los pongo ahora juntos todos, porque juntos están, confiesa que, normalmente, el alemán no es su actitud normal el avergonzarse, el esconder que es alemán, al contrario.

NÚRIA:

La gente que yo conozco, sí, con frecuencia.

MERCEDES:

Pero coincidirás con que es una minoría. Tú fíjate cuando se mueven por nuestras costas y países. Tú tienes grupos de holandeses o yo que sé, y evidentemente un holandés también se emborracha y grita, pero el alemán, sobre todo cuando viene en grupo, es imposible no verle, oírle y sentirle.

NÚRIA:

Es verdad, eso es verdad.

MERCEDES:

Por eso, esta gente que tú conoces, me parece que son excepciones, tampoco me parece justo que se avergüencen.

NÚRIA:

Yo creo que a esa generación de la RDA les inculcaron tanto la idea de la culpa, que ellos la tuvieron que asumir. La han interiorizado al enfrentarse a los hechos históricos, que son un horror, y la transmiten a la próxima generación. Pero con el tiempo esto se va convirtiendo en una materia un poco purulenta y que puede reventar, precisamente porque ese pueblo tiene esta propensión. Es un pueblo tan disciplinado, tan correcto, tan rígido, que cuando estalla es terrible. Un pueblo que asume por demasiadas generaciones la humillación que

supone avergonzarse de ser alemán. La historia de Alemania nazi es una historia demasiado reciente. A pesar de todo, la tercera generación no tiene nada que ver con los nazis. Hubo, eso sí, los *mitläufer* (“secuaces”, “partidarios”), aquella gente que sabía y se desentendió, los que hicieron ver que ignoraban, pero que sabían. En realidad y lamentablemente yo creo que una gran mayoría de la población alemana, durante la época nazi, estaba a favor de Hitler.

MERCEDES:

¡Hombre, eso es evidente!

NÚRIA:

Y esa sensación la tuve yo también cuando llegué en los años cincuenta, a pesar de que al principio no sabía alemán, pero me di cuenta así que empecé a hablar con la gente, me di cuenta de que esta actitud de sentirse superiores a otros pueblos, esa actitud de menosprecio hacia otras razas se mantenía. No sé, pero me parece que la generación actual ha cambiado mucho, en muchos sentidos.

MERCEDES:

Eso es verdad.

NÚRIA:

Incluso en la mentalidad e idiosincrasia. Por ejemplo, eso de abrazarse y besarse, tú, hace veinte o treinta años, ¿lo habías observado así, que la gente, los amigos, se abrazaran al saludarse?

MERCEDES:

No, no, como mucho se daban la mano.

NÚRIA:

Incluso en las familias. En cambio ahora, la gente joven —que habla inglés en toda Europa— se abraza con frecuencia. La relación entre la gente joven en Alemania es más espontánea y cálida. Y lo he observado entre los estudiantes, lo he observado incluso entre mis propios amigos y antiguos condiscípulos, que antes no se les hubiera ocurrido en modo alguno abrazarme cuando nos encontramos.

MERCEDES:

Bueno, yo creo que el debate este que ha surgido ahora tampoco es casualidad. Yo creo que, de alguna forma, los alemanes están en una fase, quizás

porque han pasado cincuenta años, porque ahora es más fácil discutirlo o hay gente que quiere promover que se discuta, una fase de volver a tratar el tema como si fuera un acontecimiento inmediato. Y de hecho, cuando ganó las elecciones el actual gobierno, yo leí en varios artículos de la prensa europea, creo recordar, especialmente en la francesa, que estaban preocupados al ver que accedía al poder en Alemania una generación que ya no había conocido, ni vivido ella misma la guerra y que, a lo mejor, no estaría en condiciones de asumir el impacto que eso había tenido para el devenir de Europa.

NÚRIA:

Pero fíjate lo que esto supone para esa generación, las consecuencias que eso tiene para su autoaprecio. Es que es terrible ese miedo a Alemania que siguen teniendo otros países europeos. Alemania se ha convertido en el país europeo más poderoso económicamente...

MERCEDES:

Pero esa es una de las razones, una de las razones, porque ese poder...

NÚRIA:

Y al mismo tiempo, el más angustiado. ¡A ver si esa no es una combinación explosiva! El más poderoso económicamente y el más angustiado en varios sentidos. Porque la caída del muro y la reunificación han traído una angustia añadida. Porque para la parte del Este, bueno, no hace falta que te lo diga a ti, no ha sido una unificación, no ha sido una integración equitativa sino que ha sido una absorción, y los alemanes del Este tienen que asumir una doble humillación.

MERCEDES:

Yo estoy de acuerdo, en parte, contigo, pero creo que es así. No se puede echar la culpa ni a los franceses ni a los otros de que eso sea así.

NÚRIA:

Pero yo creo que ha llegado el momento en que tienen derecho a aceptar su identidad de alemanes. Naturalmente que asumiendo al mismo tiempo la historia de Alemania.

MERCEDES:

Sí, pero ¡ese es justamente el problema!

NÚRIA:

Y que lo articulen, porque es que hay una especie de incapacidad de articularse, de hablar, la *sprachlosigkeit*, un “autismo”. Es decir, la gente es incapaz de expresarse porque interiorizan esta culpa.

MERCEDES:

No, si no es un problema de “culpa”, es un problema...

NÚRIA:

Sí, sí es un problema de culpa, se trata de asumir la culpa. Eso es lo que a mí me inquieta y eso es lo que yo he entendido que quería decir Martin Walser. Se trataba de *Ausschwitz verdrängen* (“reprimir, olvidar Auschwitz”), sí o no. Soportarlo como hecho histórico. Lo que me interesó en la discusión entre el escritor Walser y Bubis, presidente de la comunidad judía, es que Walser le recuerda en un determinado momento a Bubis que pasó muchos años sin hablar de la época nazi y de los campos de exterminio. Bubis responde: “Es que entonces yo no hubiera podido seguir viviendo si hubiera hablado de eso.” Y Walser, que ha sido un hombre de izquierdas, le dice: “Pues si yo en aquella época no hubiera hablado de ello, tampoco hubiera podido sobrevivir”. Y dice Walser que él nunca pudo, durante toda su vida, no ha podido nunca salir de la posición del culpable. Lo cual rebasa quizás el límite de lo soportable ¿comprendes? Porque él siempre ha sido de los entonces jóvenes que asumieron la culpa y esa sensación, ese sentimiento, llega a un cierto límite. Ya te digo, la gente que yo conozco ha solucionado ese dilema negando su identidad de alemanes, negándose a sí mismos.

Para mí eres alemán si tu madre, al cantarte una nana, cantaba *Schlafe, mein Kindlein, schlaf ein* (“Duérmete, mi niño, duerme”) y si me ha cantado a mí una nana en español o en catalán, yo soy española o catalana. El idioma es para mí lo importante, el idioma materno. Y yo creo que las próximas generaciones tienen derecho a esa identidad, y tienen al mismo tiempo la obligación de no olvidar la Historia. Pero la culpa, la conciencia de culpa, no puede seguir perpetuamente por los siglos de los siglos, como una maldición bíblica.

MERCEDES:

No, yo estoy totalmente de acuerdo contigo, es decir, ser alemán sabiendo, conociendo tu Historia como parte de la identidad de tu pueblo, sin darle a eso ni más valor ni más importancia de la que tiene, pero conocerla y asumirla sí. Lo que pasa es que hay una tendencia, también, a querer olvidarlo, eso también existe.

NÚRIA:

Claro, claro, y hay una tendencia otra vez de neonazismo.

MERCEDES:

De los alemanes se dice, como una cosa positiva, que son organizados, que son sistemáticos, etc., eso tiene su contrapartida negativa, y en la Historia, por desgracia, hemos tenido que ver el aspecto negativo de eso, porque tal como organizaron los campos de concentración, fue muy sistemático.

NÚRIA:

Sí, y eso acrecienta el horror. Ahora bien, tú dime ¿puede relativizarse, compararse el horror de los campos estalinistas, el genocidio de Stalin, con el genocidio de Hitler? ¿Es mejor el crimen organizado o sin organizar?

MERCEDES:

Los dos me parecen detestables.

NÚRIA:

Y yo creo que si las nuevas generaciones desean liberarse de esa pesadumbre, porque es que lo que pesa produce pesadumbre, si desean liberarse de este sentimiento de culpa, de culpa inexpiable por todos los tiempos, si lo sienten, si lo viven como una opresión que ellos no han merecido, yo creo que tienen el derecho a manifestarse en ese sentido. Era eso, en realidad, lo que yo quería decir. Lo que a mí me interesa es la generación venidera y el peligro que yo temo, siempre latente en el país, en esta nación, Alemania, que tiene justamente estas características nacionales...

MERCEDES:

Sí, lo que pasa es que tienen que vivir con ello, no hay solución. Porque el asumir la Historia no significa que todo el día te estés haciendo el *mea culpa*, pero sí que seas consciente de esa Historia. En este caso, nosotras dos no tenemos nada que ver con eso. Lo que sí creo que hay que evitar es el decir: "A mí eso no me afecta". Es parte de nuestra historia.

A mí, una cosa que me impresionó y que no hubiera esperado para nada, es que el día que hubo el debate Walser-Bubis en la televisión, anunciaron que al día siguiente se publicaría *in extenso* la entrevista en el *Frankfurter Allgemeine*. Yo ese día salía para Estrasburgo por la mañana, y a mediodía me llamó Peter para pedirme que intentara comprarlo allí, porque le había sido imposible encontrarlo en los quioscos, en Berlín...

NÚRIA:

La edición quedó agotada en Berlín.

MERCEDES:

Quedó agotada. Pues a mí eso me gusta, aunque seguimos hablando de un par de decenas de miles, pero, oye, ¡que se agote un periódico porque hay ese debate, hoy en día en Alemania, me parece genial, sensacional! De hecho, yo me fui inmediatamente a los quioscos de periódicos del Parlamento Europeo y compré uno de los dos ejemplares que quedaban.

NÚRIA:

Pues sí, tu relación con Alemania me parece más conflictiva que la mía con Alemania y los alemanes.

MERCEDES:

Sí, sí.

NÚRIA:

Y tú, justamente tú, después de haber estado en Madrid tantos años, has regresado, y precisamente a Berlín. Es algo que yo, creo, yo no hubiera hecho. Si yo hubiera tenido la fuerza de voluntad y la energía, y la posibilidad también, las condiciones que tú tuviste y los motivos que tú tuvieras para ir, en fin, si yo hubiera estado en tu situación, si hubiera podido regresar a España y tener allá un piso, tener trabajo... yo creo que jamás hubiera vuelto a Alemania. ¡Jamás! Mi madre, cuando yo tenía catorce años, me preguntó si quería ir a Alemania y entonces contesté que sí. La verdad es que yo, entonces, vine a Alemania con ilusión, no solo porque iba a encontrar al padre, íbamos a tener una familia completa, sino porque Alemania me interesaba, me parecía un país en el que podría estudiar, un país muy culto, un país admirable con toda clase de posibilidades. Porque ya sabes que en Cataluña hay muchos germanófilos, tradicionalmente se admira la cultura alemana.

MERCEDES:

De haber elegido yo misma, no sé, quizá no hubiera elegido nunca marcharme, o quizá sí. No, a ti lo que te sorprende, porque ya me lo has dicho varias veces, es que regresara a Berlín una vez vuelto a España, cerrado el círculo, como yo lo llamo, "el círculo del exilio".

NÚRIA:

Que eso supuso un esfuerzo enorme, me imagino.

MERCEDES:

Sí, enorme. Enorme porque yo iba a un mundo absolutamente desconocido. Yo recuerdo haber hablado con españoles que venían a Berlín, cuando yo ya tenía la idea madurada de que me iba a marchar y les preguntaba las cosas más elementales como: “¿Cómo se encuentra un trabajo?”, “¿cómo se busca una vivienda?”, porque claro, aquí en la RDA no sabíamos lo que era buscar trabajo, porque te lo buscaban, te lo daban. Y entonces hacía esa pregunta, a lo cual me respondían: “Muy sencillo, haces varias cartas con tu currículum, con todo lo que sabes hacer, y las mandas”. A mí no me parecía tan sencillo. Y hay un detalle, que me impresionó mucho entonces y que se me quedó grabado para siempre, aunque no siempre lo haya seguido después, y es que me dijeron: “Tú pon siempre más de lo que sabes hacer, nunca te quedes por debajo sino más bien puja hacia arriba”.

NÚRIA:

Para aparentar más de lo que eres. Pero bueno, ¿por qué quisiste ir a España?

MERCEDES:

¡Ah, yo lo necesitaba! La verdad es que yo, a partir del 68, después de lo de Checoslovaquia, cuando ya las cosas políticamente aquí ya se pusieron difíciles, yo sentía, me daba cuenta, que yo me quería ir del socialismo para empezar, y además quería volver a España. Luego vino la enfermedad de mi padre y la idea era que él viviera sus últimos días en España...

NÚRIA:

Pero cuando fuiste a España, había muerto ya tu padre.

MERCEDES:

Sí, mi padre murió en 1975. Pero yo ya estaba metida en esa idea de “cerrar el círculo del exilio” y volver a España, ser una española normal. Luego, también estaba en una edad, cuarenta y pocos años, en la que yo tuve como una fuerte inyección de nuevas energías, un nuevo impulso. Además coincidieron varias cosas. La muerte de Franco creo que fue un aspecto importante, aunque no me afectaba en cuanto a que yo podía haber vuelto antes; el hecho de no haber logrado que mi padre fuera, el hecho también, y quizás fue el factor esencial, de que yo había roto con el llamado “socialismo real”. Es decir, todo lo que se estaba haciendo en esos años en la RDA, recuerda lo que eran los

años 74, 75 hasta el 77, yo ya no lo aguantaba. Y en mí empezó a madurar la idea de que yo lo que tenía que hacer era irme a España y empezar una vida nueva. Creo —y este es un poco un análisis *a posteriori*— creo que había empezado ya la fase de desamor —¡qué palabra más impresionante, intraducible además!— en mi matrimonio con Pelle.

También coincidió con la decisión de mi hija Diana de marcharse... Tú ya sabes que yo tengo esa idea obsesiva de que una cosa no pasa nunca por una cosa, sino que siempre hay una serie de circunstancias que llevan a eso. En realidad, tuve mucha suerte. Primero trabajé en la empresa de transportes, pero era el típico jefe que encima quiere que te acuestes con él y se pone pesado, con lo cual me puse a buscar otra cosa, y la encontré en una empresa de exportación-importación de máquinas-herramienta que trabajaba mucho con la RDA. Al hacer el contrato con ellos, logré meter una cláusula que me permitió combinar el puesto de secretaria con algún que otro trabajo de interpretación, porque ya había empezado a conocer a alguna gente de ese mundillo. Ahí estaba también de secretaria hasta que, un día que fui a hacer un trabajo de interpretación, una compañera, Annick, que entre otras cosas era intérprete simultánea de una de las emisiones de más audiencia entonces, en Televisión Española, que se emitía los viernes por la noche y se llamaba “La clave”. Era un programa de debate, en esa fase apasionante de transición postfranquista, en la que un conocido periodista de televisión, José Luis Balbín, presentaba un tema mediante una película seguida de un debate con personajes importantes... Total, que al cabo de un tiempo me llama Calín, porque alguien le habría fallado y me ofrece trabajar en la emisión del viernes siguiente. ¡Era una emisión en directo! Y mi primera experiencia en esa ocasión es inolvidable para mí y siempre la cuento, porque me parece que es muy característica de ese momento en España. El tema era “la democracia” y cuando llegué a Televisión Española, mi compañera, que era hija de un embajador de la época de Franco, me saludó y se presentó —nunca se me olvidará— diciéndome: “Bueno, vamos a sacar una interpretación estupenda, porque claro, yo *facha*, tú *roja* y el tema *democracia*...”.

Creo que salió bien para ser mi primera interpretación en directo. Poco tiempo después me llamaron para trabajar como intérprete en la Conferencia de Seguridad Europea, que iba a celebrarse en Madrid. Cuando recibí el primer contrato de la CSCE, donde te vienen todas las condiciones, incluidas las pecuniarias, me di cuenta de que por el periodo que me ofrecían iba a ganar tanto como en todo el año en mi pequeña empresa. ¡Fue mi oportunidad

para volver a la interpretación! Posteriormente, la ayuda de Isidoro Calín fue decisiva para abrirme camino en ese campo en Madrid. Eso era en el año 80, que fue cuando empezó la reunión preparatoria de la Conferencia de la CSCE en Madrid.

NÚRIA:

¿Y cuándo saliste de aquí, de Berlín?

MERCEDES:

Me fui en 1978, final del 77.

NÚRIA:

Pues en dos años fue muy rápido. ¡Fue una integración rapidísima!

MERCEDES:

Sí, muy rápida. Al poco tiempo, la gente me decía: “¡Parece mentira que hayas vivido toda tu vida fuera!”, y yo también lo sentía así. Bueno, algunas cosas me sorprendían, otras me chocaban todavía, pero yo lo disfrutaba. Sin embargo, según mi hermano Pepe, que nació en Alemania pero vivía también desde hacía varios años en España, yo siempre tuve lo que él llamaba “RDA nostalgia”. Es verdad que yo siempre guardaba algunos recuerdos de la RDA, por ejemplo, billetes de metro o de tranvía y cosas así. Pero eso tenía una explicación que él nunca aceptó como tal, y es que, cuando tú a alguien en Madrid o Barcelona le decías que el transporte público en la RDA costaba menos de veinte pesetas, o les decías el precio de una entrada de cine o de teatro, no se lo creían y pensaban que era propaganda de una roja. Entonces siempre tenía el recurso de sacar mis billetes guardados y mostrarlos. Para mí eso no era nostalgia o añorar la RDA, y estaba segura que para mí la RDA y Alemania se habían terminado para siempre. Nunca pensé que volvería.

NÚRIA:

Porque ¿nunca tuviste la sensación de haberte integrado en Alemania o en la RDA, que te hubieras arraigado aquí, que hubieras echado raíces?

MERCEDES:

No, porque a mí mis padres me inculcaron eso que yo creo es típico y que siempre se decía de los exiliados españoles, el “vivir con la maleta puesta”. Es decir, nosotros no vivíamos con la maleta puesta, en el sentido de tener la maleta preparada, se sabía que las cosas no eran así. Pero en la cabeza, en la

mente y, también, en el corazón, en el sentimiento, sí tenías la maleta puesta, es decir, sabías que tenías que volver a España. Yo, por lo menos, así me lo inculcaron mis padres. Y fíjate que mi madre, muerto mi padre y ella ya a una edad de casi setenta años, vuelve a España, a vivir sola en Gijón. No olvidemos que ella tenía en la RDA una situación privilegiada como exiliada política, con una muy buena jubilación, su piso, atención médica de todo tipo, etc. Claro, también es verdad que, al marcharme yo primero y luego irse mi hermano, ella se hubiera quedado aquí completamente sola. Pero yo creo que lo principal es eso que se llevaba dentro de que el exilio es algo provisional... por lo menos el que yo he conocido. Quizá otros exilios o emigraciones por razones económicas u otras sean diferentes.

NÚRIA:

Es una situación de tránsito.

MERCEDES:

Pero, sin embargo, si a mí me lo hubieran preguntado, si tú me haces esta misma pregunta en los años sesenta y algo, antes de los acontecimientos de Checoslovaquia, en la época en que yo vivía en Dresde, que trabaja para una revista... yo te hubiera contestado que sí, que me sentía integrada.

NÚRIA:

Es lo más curioso en ti, porque bueno, cuando yo te visité en Madrid, dos o tres veces creo que nos hemos visto en Madrid, siempre tuve la impresión de que no te sentías bien allí, de que te sentías extranjera, te sentías extraña, que rechazabas la mentalidad, la actitud, el modo de ser...

MERCEDES:

¡Ah!, pero es que en ciertos aspectos lo rechazo.

NÚRIA:

Que luego lo has estado explicando, cosa que para mí todavía era más enigmática. Porque yo en aquella época, cuando podía ir de viaje no tenía dinero para pagarme un hotel que estuviera bien, porque he estado en pensiones horribles. En unas condiciones pésimas, pasando hambre. Nuestros marcos de la RDA no eran convertibles, ya sabes. Pero para mí, la sensación de estar, sobre todo en Barcelona, de estar, de oír el idioma, de poderlo hablar, de estar con la gente, de mezclarme, de ir en metro, simplemente de estar sentada en un café tomándome un cafetico, eso sí que casi siempre me lo permitía, de

visitar la familia, de oír las historias interminables de la tía Josefina, de la tía Fernanda, de... bueno, es que tenía muchos tíos y tías, que han ido desapareciendo, esos clanes de familia. Estar con la gente más común y más sencilla y con algún amigo, suponía una sensación de bienestar tan intensa... Es que esa manera de ser, que a ti te parece exagerada, yo la conocía desde la infancia.

MERCEDES:

Claro, y yo no. Y a mí me sorprendía. Porque tengo escenas clarísimas de los primeros meses de España, cuando vivía todavía en un pisito en San Blas y me hacía largos recorridos en el metro y también me encantaba oír hablar, no solo español, sino el madrileño, el desparpajo que tiene hablando el madrileño.

Para mí, educada en gran parte en Alemania, el problema era, sobre todo, la diferencia entre lo que de verdad sienten y lo que dicen, es como si fuera el volumen en la radio, lo que sienten está a mínimo y lo expresan en volumen máximo. Hasta que yo logré darme cuenta de que... bueno, de lo que dicen quítale tres cuartas partes. Pero eso es algo que todos, hasta los niños más pequeños, lo saben.

NÚRIA:

En Cataluña pasa menos.

MERCEDES:

Y no te digo nada, las dos o tres veces que fui a Andalucía, lo que pasa es que allí todo me encanta. Entonces, yo creo que si no pasan todos estos acontecimientos... también mi relación con Peter, etc., porque el momento en el que yo vuelvo a Berlín coinciden varias circunstancias en mi vida, que hacen que yo tome esa decisión de regresar. Pero si me hubieras preguntado eso un par de años antes, yo te hubiera dicho que me siento totalmente española, que el resto de mi vida lo pasaré allí. Pero luego se dan determinadas circunstancias y, claro, no en vano arrastras todas esas vivencias anteriores; de lo contrario, por muchos muros que hubieran caído y muchos amores que yo hubiera tenido, no se me hubiera ocurrido irme de nuevo a Alemania.

NÚRIA:

En cambio, yo he estado siempre aquí, y no he salido, no he tenido la ocasión o no he tenido la fuerza de voluntad de arrastrar a mi familia para España, para irme a España. Quizá, también, porque mi profesión es distinta.

MERCEDES:

Claro.

NÚRIA:

No, creo que no es eso.

MERCEDES:

Eso solo, no puede ser, pero...

NÚRIA:

Eso es solo un factor. Por otra parte creo que me ha costado tanto, quizá precisamente porque me ha costado tanto aceptar mi vida en ese país, ha sido tan difícil asumir esa vida en este país tan gris y tan duro que, una vez conseguido, ya me duele, me costaría renunciar a ello. Es que he pagado un precio muy alto para poder sobrevivir a la nostalgia.

MERCEDES:

¿En Alemania, te refieres?

NÚRIA:

En Alemania, sí, para poder superar la nostalgia que sentí en mi primera juventud. Ya te dije que por lo menos los primeros diez años en Berlín fueron traumatizantes en cuanto a soledad, desamparo y nostalgia. Nostalgia del país natal, simplemente nostalgia del idioma, del sol, del clima, del clima humano también. Y con los años he ido acostumbándome tanto que me he apropiado ese país, puedo decirlo así. Yo no soy alemana, pero quizá he dejado de ser española. Como te digo, me ha costado tanto esfuerzo y tanta energía vital, que ya no he querido renunciar a ello. Por ejemplo, he aprendido a ver el paisaje alemán. Después de haber vivido mi infancia en un ambiente mediterráneo, con esa luminosidad del Mediterráneo, este sol, este mar, venir a Alemania y ver el paisaje, querer disfrutar de la belleza del paisaje nórdico, es difícilísimo. Es como si tuvieras que adaptar la vista después de haber estado en una plaza inundada de sol alucinante, como te sucede a veces en España, que estás a pleno sol y entras en la iglesia y no ves nada. Pues algo parecido me sucedió a mí al venir a Alemania. Tardé años en ver la belleza del frondoso paisaje de Mecklemburgo, de la costa báltica, del resplandor plateado del Mar Báltico. Y una vez aprendida esta mirada, al regresar por primera vez a España, me pareció... quedé encegada allí, me pareció que el paisaje de la Costa Brava o

del Maresme era como de postal, de tarjeta postal. Una cosa un poco vacía, demasiado bonito, demasiado fácil.

MERCEDES:

Sí, irreal. Tiene gracia, porque a mí, en Madrid... bueno, tú ahora lo percibes y lo describes como pintora, porque ves cosas que yo no veo, pero en Madrid me pasó también algo parecido con el clima y la luz. Al principio me encantaba levantarme todas las mañanas con ese impresionante cielo azul, cielo azul, todos los días el cielo azul, y recuerdo que a veces los madrileños, en cuanto había un par de días nublados o con lluvia, solían decir: “¡Esto es para suicidarse!”, y yo, en broma, les contestaba: “Pues ya no quedaría ni un solo alemán, porque allí todos los días son nublados”. A mí, al principio, me encantaba, pero llegó un momento en el que añoraba, de vez en cuando, los días nublados, porque tienen un algo nostálgico, bueno yo no sé describirlo... pero encuentro que da un tono más suave a la ciudad. A mí me gusta y pienso que se debe a mi infancia ruso-francesa-alemana.

NÚRIA:

Ahora, desde que tenemos el piso en Sant Feliu, el invierno con nieve y sol, e incluso la lluvia, aquí, me parece más bonito y he disfrutado este otoño muchísimo más, porque el verano pasado quedé embriagada de sol y de luz y de mar... luego, venir aquí y esa suavidad, esa nostalgia, este color del otoño, aquí en el Norte...

MERCEDES:

Los contrastes menos rígidos, menos claros...

NÚRIA:

Es un poco difícil explicarlo. De todas maneras, no acabo de comprender lo que ha sucedido en ti para volver a Alemania. Claro que Peter debía querer seguir viviendo en Berlín...

MERCEDES:

No, no, no, yo volví todavía sin saber qué rumbo tomaría mi vida y la situación en general... De hecho, en esa fase, yo pasé por una depresión muy fuerte, que me obligó a someterme a un tratamiento.

NÚRIA:

¿Cuándo, en qué año?

MERCEDES:

Pues, tuvo que ser en el 90 o 91.

NÚRIA:

Es decir, que ya había caído el muro.

MERCEDES:

Sí, el día de la caída del muro —¡no te lo vas a creer!— yo estaba en Berlín. Parece de película, pero la vida supera con creces cualquier película. Se celebraba una reunión de la Comisión Jurídica del Parlamento Europeo en Berlín, en Berlín Occidental, por supuesto. Yo estaba aquí como intérprete. Me vi con Peter, con amigos, etc. Todo parecía “normal” dentro de lo tenso de la situación en aquellos meses en la RDA. El último día, ¡que era precisamente el 9 de noviembre de 1989!, la reunión acabó a mediodía y yo tenía que salir de Berlín hacia las siete de la tarde para coger el último avión de Frankfurt a Viena. Entonces, en el avión, que me llevaba a Viena, serían ya las nueve o diez de la noche, oigo en los asientos delante de mí a unos señores pidiendo champán para celebrar lo del muro. Yo pensé: “Estos, ¿de qué hablan?”. Al llegar a mi apartamento de Viena y poner la televisión, veo imágenes en directo de Berlín en las que se veía la gente amontonada delante del pase de frontera, y una imagen que nunca olvidaré: una señora mayor abriéndose el abrigo para mostrar que estaba en pijama todavía, que había salido corriendo en cuanto oyó la noticia, echándose el abrigo encima del pijama. ¡No olvidemos que estábamos en Berlín y en noviembre!

NÚRIA:

Son momentos inolvidables. Perdona ahora, antes de terminar nuestra charla de hoy, una pregunta un poco fuera de lo que estamos hablando pero que hace días quería hacerte. Me has dicho que a tu madre no la llamabas “mamá”, sino que decías *mutti*, o sea, en alemán. Eso tuvo que ser en Alemania.

MERCEDES:

Exactamente, eso fue ya en Alemania. Hasta ahí, yo lo que creo; estoy reconstruyendo, porque no es un recuerdo consciente, de decir, yo sé que fue así. No, reconstruyendo, creo que siempre utilicé la fórmula de no dirigirme, es decir, no utilizar “mamá, me das...”, sino simplemente: “¿me das...?”

NÚRIA:

¡Eso es difícilísimo!

MERCEDES:

No, tu puedes perfectamente funcionar diciendo: “¿Dónde está esto o lo otro?” o “¿por qué no hacemos tal cosa?”, no necesitas obligatoriamente poner “mamá” por delante.

NÚRIA:

Y ¿“papá” o “padre”?

MERCEDES:

Buena pregunta... No lo recuerdo, tengo que confesar que no lo recuerdo, porque a él no creo que le haya llamado nunca *vati*. Quizá con él seguí la fórmula de no decir nada.

LA FE Y LAS UTOPÍAS

MERCEDES:

Deberíamos seguir con el tema de la religión, porque sí me parece un aspecto muy importante.

NÚRIA:

Digamos la religión y la fe, porque tú no has estado educada religiosamente. Yo creo que todas las religiones son bellas. La cristiana tiene una gran belleza, por lo menos yo la he vivido así en la infancia. Pero, tú, por ejemplo, a mí me interesa saber qué relación tienes tú con la religión, que no la has conocido de niña.

MERCEDES:

Yo tengo una relación bastante ambivalente. Primero, cuando yo descubrí la existencia de la religión, en el sentido de que empecé a oír hablar de “religión-religioso”, que debió ser en mi época de Francia, entre los once y los diecisiete años de edad, me pareció... yo siempre lo sentí como algo negativo, porque es lo que me habían inculcado y yo lo sentía así.

NÚRIA:

El opio del pueblo.

MERCEDES:

Sí, yo no lo entendía así, porque no sabía lo que era “opio” ni lo que era “el pueblo”. Pero lo entendía como algo negativo, algo que no tiene ningún sentido. Como yo, además, no soy así muy espiritual sino más bien de mente racional, técnico-matemática, a veces demasiado, entonces lo veía como algo que no tenía explicación racional, materialista, científica, es decir lo veía como algo acientífico.

NÚRIA:

Que lo es, claro.

MERCEDES:

Que lo es, sí. Y siempre decía, cómo puede ser que la gente se crea que, allá arriba, sobre las nubes hay un Dios... Además no conocía nada de la historia de la religión y sus raíces. La verdad es que empecé a interesarme por la religión de mayor, cuando empecé a trabajar con los idiomas, porque hasta entonces yo los idiomas los tenía pero no trabajaba con ellos. Pero cuando empecé a trabajar como traductora e intérprete, me di cuenta de que, sobre todo en español, bueno no sé si sobre todo en español, pero desde luego en nuestro idioma, la religión está omnipresente, es decir que hay cantidad de expresiones que tienen su origen en la religión, los testamentos, la Biblia, muchas frases de las que yo pude pensar que eran giros idiomáticos, tenían su origen en el elemento religioso. Entonces es cuando yo empecé a interesarme —¡muchos o todos los caminos conducen a Roma!— a leer y, en un momento dado, ya en mi época en la RDA, a medida que iba trabajando más y más como traductora e intérprete, lo sentí como una de las lagunas más importantes que he tenido en mi formación y desde entonces es mi profunda convicción que la religión es, como la historia, parte de nuestro pasado de la Humanidad, que es imprescindible conocer y transmitir.

NÚRIA:

Yo diría, no solo religión, sino religiones.

MERCEDES:

Sí, y lo que siempre me ha intrigado y no le he encontrado respuesta, aunque intento leer mucho sobre religión y esos temas, es si verdaderamente ese personaje ha existido...

NÚRIA:

¿Cuál?

MERCEDES:

Jesucristo sí ha existido, sí es una historia que se ha contado y luego se le ha dado ese carácter místico. Luego, hay para mí otros dos aspectos que me han marcado mucho también: primero, llegó un momento en el que yo me di cuenta de que, en el fondo, la ideología comunista tenía profundas bases en la religión y que, en el fondo, era otro tipo de religión. Los conceptos básicos de justicia, amor

al prójimo, etc., son los mismos, solo que la utopía comunista pretendía realizarlos en este mundo y no en el más allá. Los propios congresos y festejos comunistas eran copiados de las procesiones, con las imágenes a venerar al Dios Stalin...

NÚRIA:

Yo también a un partido comunista lo comparo con la institución de la Iglesia.

MERCEDES:

Y lo que también surgió en mí más adelante, creo que fue a raíz de la muerte de mi padre, que se produce en 1975, cuando yo ya tengo cuarenta años, es decir, relativamente joven pero ya una mujer hecha y derecha, con tres hijas, con una experiencia de vida ya. Al vivir esa experiencia de la pérdida del padre, con su carácter irreversible, me empiezo a plantear de forma bastante acuciante al principio pero duradera después, esa interrogante de qué pasa después de la muerte, a dónde va ese cuerpo y esa mente. De hecho, durante varios meses estuve viviendo con un sentimiento muy fuerte de que nos comunicábamos de verdad, que me hablaba, quizás era el impacto de los sueños. Y a partir de ahí empezó a interesarme mucho más ese aspecto de lo no científicamente explicable, del llamado “destino”, de esas fuerzas que no dominamos y que determinan muchas cosas en nuestras vidas; por ejemplo, esa influencia de las lunas llenas, ese tipo de fenómenos que tienen que ver con la Naturaleza... Creo que es un gran error no dar a conocer la religión, mejor dicho, las religiones, y en mi caso es todavía una de las grandes asignaturas pendientes.

NÚRIA:

Nosotras, en la escuela de Barcelona, teníamos una asignatura que se llamaba “historia sagrada” y era en realidad la Biblia, las maravillosas historias de la Biblia, explicadas para niños, porque además en aquella época creo que no se solía leer la Biblia. La Biblia estaba demasiado asociada a Lutero, y Lutero era la encarnación del Anticristo, era el diablo mismo. Por lo tanto, nosotros en la escuela teníamos clases de historia sagrada, que por cierto a mí me gustaban mucho. Tú has tenido una educación totalmente materialista, y llega un momento en la vida, yo creo que de cualquier persona que sea capaz de meditar un poco, en el que te das cuenta de que el materialismo absoluto, radical, tampoco es convincente. Llegas a un momento en el que piensas que también es un dogma; que el idealismo absoluto no nos acerca a lo que llamamos la verdad y el materialismo dogmático tampoco. Lo que llamamos “la verdad”,

porque los seres humanos tenemos esa manía de ir siempre persiguiendo algo que llamamos “la verdad”, algo así, indefinido, que son quizás “las verdades”.

MERCEDES:

Y que cambian, además, con los nuevos descubrimientos.

NÚRIA:

Como la línea del horizonte. En las ciencias es así: vas caminando, caminando, pero la distancia sigue siendo la misma.

MERCEDES:

Sí, es infinito.

NÚRIA:

Sí, y ese concepto del infinito que ahora mencionas, yo lo descubrí a los nueve o diez años.

Uno de mis tíos, el hermano de mi madre, que vivía en la misma casa en la que nosotras vivíamos pero dos pisos más abajo, era un hombre que yo recuerdo muy sabio y bondadoso, pero con esa sabiduría, ese saber que viene del corazón. El tío Enrique era estudioso, autodidacta, por lo que yo recuerdo, pero lo que más me impresionaba de él era esa bondad que yo intuía, y seguramente sin equivocarme, porque creo que los niños eso lo saben, lo perciben. Yo lo veía pocas veces al tío Enrique, porque trabajaba mucho y pocas veces tuve ocasión de hablar con él. Pero una vez... lo recuerdo porque fue un momento importante en mi infancia, me sentó sobre sus rodillas. Yo no sé qué es lo que le dije de Dios y los ángeles y tal... Claro, yo tenía esa idea que tú misma has estado describiendo antes, lo que me habían enseñado en la clase de religión, que Dios es este señor barbudo con la túnica larga, a veces muy justiciero y a veces muy bondadoso, y otras veces muy distraído porque no se ocupa de los problemas de la Humanidad, pero que está siempre gravitando por encima de las nubes, rodeado de ángeles y de bienaventurados. Algo de eso le debía estar diciendo yo. Él me sentó sobre sus rodillas, lo recuerdo porque además hizo un gesto de ternura para mí inolvidable. Tú sabes muy bien que en los pisos españoles antiguos, en invierno hace frío y yo debía tener las manos frías. Entonces él me las cogió y se las puso debajo de los brazos, dentro de la chaqueta, para darles calor. Yo sentada sobre sus rodillas. Y empezé a hablarme de las estrellas, de los sistemas solares, del cosmos y del infinito. Recuerdo esa concepción, para mí nueva, de que existía un infinito. Me dijo:

“Dios no está encima de las nubes ni por encima del cielo que vemos, ni tampoco hay el infierno, donde estaría el demonio”. Me habló del universo. No sabría repetirte exactamente la conversación, claro, lo que sí recuerdo es la impresión profunda que dejó en mí esa palabra “infinito”, algo así como un vértigo que se ha mantenido hasta el día de hoy, porque la idea del infinito yo creo que es inconcebible al intelecto humano. He hablado con físicos varias veces, sobre todo una vez que hice unos trabajos, una serie de grabados para un instituto de investigación nuclear, en Zeuthen, *hochenergie-physik*, “física de alta energía”, creo que podríamos traducir.

Y estuvimos hablando, precisamente recordando yo esta conversación tan ingenua que tuve con mi tío. Les pregunté a ellos qué concepción tenían del infinito y del principio de los tiempos. Y, riéndose, me preguntaron que cómo me explicaba yo que precisamente los investigadores de ciencias exactas, llamadas exactas, son con frecuencia creyentes. Es decir, me dieron una explicación, el *urknall*, no sé como se dice en castellano, en inglés el *big bang*, la explosión cósmica del origen del universo. Todo eso que hemos aprendido en la escuela pero que no explica nada, en fin de cuentas no explica nada.

MERCEDES:

Por lo menos no lo explica todo, tanto como nada, yo no diría...

NÚRIA:

¡No explica lo esencial!

MERCEDES:

Es que, quizá, no es explicable.

NÚRIA:

No es inteligible, no es cognoscible a la razón humana. Realmente, yo lo veo así, como el horizonte, que tú vas andando y quieres alcanzarlo y por más que andes y sigas andando, la distancia siempre es la misma. Claro, vas conociendo, vas adquiriendo muchísimos conocimientos, profundizando, pero al horizonte no te acercas, el horizonte se aleja. Es decir que yo creo que la verdad, o lo que llamamos la verdad, está más allá del límite que puede alcanzar la razón humana.

MERCEDES:

Sí, yo también pienso que es así. Pienso que el ser humano tiene unos límites.

NÚRIA:

Es que produce vértigo. Y ese vértigo, esa incertidumbre y la perplejidad ante lo ignorado, es algo tan habitual en mí, que yo creo que es el origen, el motivo inconsciente de que me haya dedicado a la pintura. Creo que la pintura y las artes en general son una manera de compensar este no saber o de intuir, rescatar este saber profundo que María Zambrano llama “el saber originario”, es decir, un saber anterior al raciocinio humano, al pensamiento humano. Un saber que está, quizá, en las capas más hondas de nuestro espíritu y que avasallamos con nuestra cultura, con nuestra civilización, con este culto a la razón característico en la cultura europea grecorromana, que nos oculta ese saber profundo y originario que llevamos dentro y del que tenemos —muchas veces las mujeres más que los hombres— una cierta intuición y un cierto presentimiento. Y las artes plásticas, la poesía y más que nada la música, son una vía —no sé cómo expresarlo— una manera de dejar libre el inconsciente, de dejar que aflore un poco al menos este saber, del que tenemos una intuición y que se manifiesta a veces contradiciendo lo que nuestro raciocinio nos dicta. Porque es una experiencia que yo hago muchas veces, que tengo una imagen muy concreta de lo que quiero pintar y luego la obra sobre el lienzo adquiere un ritmo y sigue un trayecto propio. Si reflexionas entonces sobre lo que has hecho, es una manera de conocerte a ti mismo y de conocer, es un medio de cognición, diría yo, de tratar de conocer lo que no comprendemos...

MERCEDES:

Pero no solo es una manera de conocerlo, es, sobre todo, una manera de expresarlo. Sí, porque a lo mejor yo, por ejemplo, en mi mente surgen quizá muchas de estas imágenes o muchas de estas ideas y creo que eso le pasa a todo ser humano, dentro de la forma de ser de cada uno, pero yo sería incapaz de expresarlo.

NÚRIA:

Privilegios del artista. Yo creo, además, que ese límite de la razón es, precisamente, el que roza el principio de la religión. El desamparo que siente el hombre al ser consciente de esa limitación suya, limitación de conocimiento, es un desamparo, es un vértigo, es una angustia tan honda, que ahí, supongo yo, radica el origen de la religión, de las religiones.

En mi infancia fui muy susceptible a ese hechizo de la religión cristiana, porque era la que a mí me habían enseñado y eso incluye todo el rito. Ya te dije que el día de la primera comunión fue para mí algo maravilloso: el vestido

como de novia, el velo, las flores, la fiesta, los cantos, ¡el perfume de las flores!, la misa, el dogma, el misterio de los dogmas e incluso la sensualidad de la religión católica. Yo he hablado de eso con un amigo evangélico que me dijo una vez que él lamentaba que la religión evangélica le haya restado sensualidad al cristianismo.

MERCEDES:

¿Dónde está la sensualidad del cristianismo?

NÚRIA:

Yo te diré mi propia experiencia. El Cristo, la figura de Cristo, tan presente en las iglesias de mi infancia, por ejemplo en la Catedral de Barcelona, cuando ya empezaron mis años de adolescencia, a los doce y trece años, me sugería ideas eróticas, simplemente. Tú recordarás que los cristos —algunos de un realismo feroz— llevan siempre delante del sexo un paño, una fina tela que ondea un poco, así, y que encubre algo que para mí era un misterio, porque yo no había visto nunca a un hombre desnudo en aquella edad. Además no tenía ningún hermano y mis primos se cuidaban mucho de que no se les viera desnudos. Y yo tenía la sensación de cometer un pecado capital, un sacrilegio, porque sin querer se me imponía el deseo de quitarle ese pañito, esa tela, para verle enteramente, al Cristo-Hombre. Y eso justamente durante las misas, o sea que para mí era un conflicto tremendo. Y fíjate si tuvo que ser obsesivo, que, en los años setenta, pinté ese cuadro que hemos dado en llamar *La pietá*, simplemente para representar al Cristo desnudo y vulnerable, al Hijo del Hombre, consciente de que me estaba desquitando al representar a Cristo hecho hombre en su plena dimensión. Claro que ese no fue el principal motivo que me incitó a pintar ese cuadro, tú lo sabes, es una obra casi militante. Es un cuadro que ha estado muchos años expuesto en un lugar destacado de la Galería Nacional de Berlín Oriental.

Bueno, ese cuadro, yo pensé que los teólogos lo considerarían una blasfemia, pero no. He hablado varias veces con teólogos evangélicos que han venido a mi estudio y que se han interesado por mi temática, porque en mi obra aparece muchas veces la iconografía cristiana, lo cual es lógico habiendo tenido la educación que tuve. Y por eso creo que la decisión de dedicarme a esa profesión tiene mucho que ver con mi creencia ingenua, realmente cándida, en la infancia. Luego, en un determinado momento de la adolescencia, empecé a dudar y yo creo que esa pequeña semilla de la duda me la inculcó el tío Enrique, del que te he hablado. Aunque no es que empezara entonces

a meditar sobre el problema, pero quedó la semilla, quedó ese germen de la duda que, luego, en el proceso de madurez intelectual que padece cualquier adolescente, fue dando fruto.

MERCEDES:

Yo, por ejemplo, sí recuerdo, sin poder darte fechas, pero sí recuerdo que yo, durante mucho tiempo en mi juventud e incluso ya de mayor, me había creído eso que se decía en el comunismo de que se crearía un “hombre nuevo” y que todo lo que era instinto negativo, como el egoísmo, la venganza, las envidias, que eso se podía cambiar mediante educación y un entorno apropiado. Y fue a partir del momento en el que yo me di cuenta con todas las experiencias nefastas del estalinismo y las que le siguieron, cuando llegué a la conclusión —¡por cierto, incambiada hasta hoy!— de que el ser humano es como es y que la sociedad no puede hacer ese “nuevo tipo de hombre” del que hablaba Lenin.

NÚRIA:

Bueno, lo del hombre nuevo también lo quería el Cristo.

MERCEDES:

Cuando yo perdí la fe en el comunismo es cuando llegué a la conclusión de que el ser humano, básicamente, es como es. Lo puedes educar, puedes cambiar actitudes, pero en el fondo, esos instintos originales se mantienen, con lo cual las sociedades humanas no se pueden hacer *contra natura*. La prueba la tenemos con la guerra que en estos días estamos viviendo por nacionalismos exacerbados y primitivos.

NÚRIA:

Yo no, fe nunca. Fe, nunca; convicción sí, y esperanza, y este es también un punto bastante interesante. Ya te he dicho que en dos o tres ocasiones he podido hablar con teólogos y les he dicho siempre que yo no he sido capaz, creo que ni siquiera en la infancia, capaz de sentir fe ciega, absoluta, sino esperanza. Y los dos o tres teólogos con los que hablé de ello han sostenido siempre que fe y esperanza son una misma cosa. Yo no lo acabo de comprender. La esperanza, por ejemplo, de que la doctrina comunista o la utopía comunista fuera realizable. Eso fue una esperanza, pero yo no tenía fe absoluta en ello. Cuando has perdido la capacidad de fe una vez en la vida, la pierdes para siempre. Fe, para mí, es una creencia ciega: te lo han dicho así, por lo tanto te lo crees, pase lo

que pase, eso es para mí fe. Fe es ceguera, una creencia que descarta la duda. Desde luego, el comunismo la ha cultivado mucho.

MERCEDES:

Pero, bueno, cuando se habla de fe hay un elemento de esperanza dentro. Cuando dices: “Tengo fe en que tal...”, es que esperas que tal y tal...

NÚRIA:

Para mí la esperanza contiene más duda que la fe. Y dicen paradójicamente los místicos que no hay creyente verdadero que no dude. Es decir que la duda es una parte imprescindible —el raciocinio también— imprescindible de la auténtica fe. ¡Una contradicción muy importante!

MERCEDES:

Sí, sí, en eso sí coincido totalmente, porque justamente uno de los grandes, por no decir el más grande, problema de la teoría comunista y de los que quisieron practicarla es el haber perdido el elemento de la duda, que es cuando se pasa al dogma.

NÚRIA:

Pero un dogma, diría yo, sin hechizo, porque los dogmas comunistas eran feos, sin misterio, y los dogmas cristianos son bellos.

MERCEDES:

Pero el dogma comunista al principio no era feo. El ideario de la justicia...

NÚRIA:

Pero eso no es un dogma, mujer, eso es lo que podríamos llamar la utopía. El dogma es: “El comunismo vencerá, porque no hay lugar a dudas”.

MERCEDES:

¿Y por qué encuentras tú que el dogma católico es bello?

NÚRIA:

Por ejemplo, la inmaculada concepción es de una belleza cautivadora, por su candor.

MERCEDES:

¿Sí? Es que yo no lo entiendo.

NÚRIA:

¡Bueno, no vamos ahora a discutir eso! ¡Es que es un misterio! Mi abuela Bernardina, la abuela paterna, cuando una de sus hijas se quedó embarazada y dijo que no sabía cómo había pasado aquello, porque su marido estaba ausente, exclamó: “¡Ah, será el Espíritu Santo!”, lo cual demuestra, como decías tú antes, hasta qué punto arraiga la educación religiosa en el modo de hablar, pero también la tradición pagana en el pueblo español, diría yo. Pagana, porque me han dicho que las procesiones de Cuaresma de Andalucía son de lo más pagano que uno pueda imaginar. Lo que decía ese amigo mío evangélico, la sensualidad religiosa, el elemento erótico de la religión católica se pierde bastante en la religión evangélica, que es más prosaica. ¿Te conté lo de los libros, que un cura me dijo que los quemara?

MERCEDES:

Creo que no.

NÚRIA:

Te lo voy a explicar para que veas cómo ese proceso de duda y de pérdida de la fe no es repentino cuando has creído en la infancia. Es una cosa que se va produciendo poco a poco, sin que seas consciente de ello.

MERCEDES:

Es un proceso, claro.

NÚRIA:

Resulta que en mi habitación de niña había una estantería llena de libros, que eran los libros que mi padre había dejado cuando se tuvo que exiliar y habían quedado en casa de mi abuela. Yo tenía mi cama delante. Había toda clase de libros: de Blasco Ibáñez, los clásicos castellanos, de todo... Imagino que en general era buena literatura. Y mi madre jamás supuso que yo, a los ocho, nueve o diez años empezara a leer esos libros. Pero yo los estuve leyendo, y en muchas novelas, cuyos títulos no sabría decirte ahora, se describían escenas eróticas muy crudas. Recuerdo una serie de relatos cortos, cuya trama se desarrollaba en una casa de citas. Un voyeur que va observando por una mirilla lo que sucede en cada una de las habitaciones y claro, ahí tenías de todo, desde el erotismo más simple y más cándido hasta la perversión sado-masoquista y tal. Eso, leído a mi edad, me pareció algo sobrecogedor. Ese es solo un ejemplo de lo que recuerdo haber leído. Comprenderás que tuve la sensación de haber cometido un pecado

capital, y como tenía que ir a confesarme y sabía que era un pecado mortal recibir la comunión sin haberlo expiado, lo confesé. Se lo confesé al cura y el cura me dijo que, por todo lo que yo le explicaba y cómo se lo explicaba, él se daba cuenta de que yo tenía vocación de santa, que podría llegar a ser una famosa santa, una santa en la historia actual española, pero que tenía que seguir, desde luego, bajo su dirección espiritual, que fuera siempre a confesarme a él.

En el confesonario me arrodillaba detrás de la rejilla y veía solo la sombra del cura, que me hizo explicarle todo y por qué... Le conté mi conflicto de conciencia. Entonces me recomendó unas cuantas oraciones y me dijo que para purgar ese pecado, lo que yo tenía que hacer era coger todos los libros de mi padre, amontonarlos en el terrado y encender una hoguera, quemarlos. Yo le dije: “Pero es que me van a reñir mucho si hago esto”. No, dijo que con esto yo daría mi primera prueba de fortaleza espiritual y que, en este sentido, él incluso me autorizaba a desobedecer a mis superiores, a mi madre; lo cual en realidad es un pecado también, porque hay que obedecer. Respeto y obediencia a padre y madre es uno de los mandamientos de la ley de Dios. Yo, como comprenderás, no quemé los libros y no fui más a confesarme con él. Siempre vigilaba que fuera otro. Y seguí yendo a la comunión y a misa también, porque teníamos que ir cada domingo, que si no mi abuela hubiera tenido un disgusto. Comprenderás que yo desobedecí no solamente al cura sino a mi propia conciencia, porque todavía creía. Y ese, también, es uno de los momentos de duda, de insumisión... O sea, que de madera de santa, nada.

MERCEDES:

Sí, claro, pero es que lo que te estaba pidiendo también era muy fuerte: quemar los libros de tu padre; porque, primero, con eso demostrabas que los habías leído; segundo, eran los libros de tu padre... y te estaba pidiendo algo muy fuerte. Pero, es verdad, si tú haces la hoguera y quemas los libros, tienes que decir que has leído los libros, que te has confesado y que el cura te ha pedido que los quemes.

NÚRIA:

La ventana de mi habitación de niña daba al terrado de la casa. Hubiera sido perfecto, amontonar todos los libros sin que se dieran cuenta, porque llegaban muy tarde del trabajo mi madre y mi abuela. Hubiera sido un *happening* sensacional.

MERCEDES:

Pero, fíjate qué horrible, también, esa imagen de quemar los libros, que es una imagen que luego en la historia se repite.

NÚRIA:

Es cosa de la Inquisición. No se lo inventó Hitler eso...

MERCEDES:

Sí, ya, pero con él llegó a ser un símbolo de destrucción intelectual.

NÚRIA:

Bueno, porque tú me preguntabas en qué momento... El momento, no sabría decírtelo... Fue poco a poco, fue un proceso, no de meditación consciente sino que llegó un día en que me di cuenta de que no tenía ganas de ir a misa, de que no tenía ganas de rezar, porque yo creo que ni de niña recé con mucho fervor. Sabía las oraciones de memoria: el padrenuestro, los avemarías... ¡todo lo que quieras! Pero con *fervor*, aquello de decir, *concentrada* en lo que estás diciendo... no. Rezaba porque mi madre me había mandado que antes de irme a dormir tenía que rezar tres avemarías o lo que fuera. O el Rosario, tú sabes que rezar el Rosario era un rito muy monótono, era terrible. Pero habías cumplido. Y mi abuela iba a la misa de las siete, a la primera misa, con la mantilla puesta ya por el camino.

MERCEDES:

¿De la mañana?

NÚRIA:

De la mañana, sí, muy temprano. Como muchas mujeres religiosas, porque la religión, eso hay que reconocerlo, la religión ampara a las almas cándidas, ampara ante eso que yo llamo el vértigo o la angustia, la angustia del no saber.

MERCEDES:

Es un recurso, evidentemente. Yo recuerdo un caso, una experiencia muy impactante para mí, cuando una niña, amiga de Tania, que a los seis años se le muere la madre, lo cual es un golpe durísimo. Y Tania, que entonces tendría unos siete u ocho años, me comentó que no estaba tan triste, porque hablaba todas las noches con su mamá, que estaba en el cielo. Eso para mí fue uno de los casos en los que me di cuenta hasta qué punto la creencia puede ser —y es— un recurso importante, además de la explicación de que Dios lo ha querido así...

NÚRIA:

Un recurso y un consuelo.

MERCEDES:

Sí, en momentos difíciles puede ser muy importante, pero si tú no crees...

NÚRIA:

En el comunismo sí, he sentido esperanza en el comunismo, esperanza de que pudiéramos realizar algo a pesar de todas estas recaídas fatales que ha habido en la historia del comunismo. Siempre, o por lo menos mucho tiempo, he mantenido la esperanza de que la razón venciera sobre el absurdo, que sí he sentido como absurdo el dictado de los dirigentes comunistas. Sí lo he vivido, lo he sentido como un absurdo funesto. Por eso sigo convencida de que la utopía comunista la han destruido los comunistas.

MERCEDES:

¡Ah, bueno!, yo creo que eso es muy característico del ser humano, que destruye él mismo lo que pretende edificar. ¿Quién, sino nosotros mismos, puede destruir?

NÚRIA:

¡Pero tu visión es muy negra! Yo estoy reconciliada con el ser humano, con la especie humana, porque queda algo, esta intraducible palabra alemana, la *sehnsucht*, ¿cómo la traducirías tú?

MERCEDES:

“Añoranza”, o...

NÚRIA:

No, es que no es solo añoranza o nostalgia: es esta ansia, ese afán de superar la propia animalidad, aunque no se logre, pero sigue existiendo ese anhelo. Queda el anhelo de superar la brutalidad, la violencia y la injusticia.

MOMENTOS ESTELARES. EMANCIPACIÓN

MERCEDES:

Entonces, volviendo al tema de la pintura... a ti, ¿las ideas te vienen así, normal? O sea, tú tienes una idea desde el comienzo: “Me gustaría pintar tal cosa”, y ¿lo vas madurando y luego empiezas, o cómo surge?

NÚRIA:

Es una imagen que se concibe, es como una visión, que luego, durante el trabajo, coincide con la obra o no coincide. No hay que aferrarse tampoco a esa primera imagen que propicia el impulso inicial, porque puede ser que la pintura adquiera su propio ritmo y su propia voluntad, y esa trayectoria hay que aceptarla también, hay que ser tolerante con el subconsciente, que es lo que actúa. Yo creo que pintando hay que dejar margen a los dos factores: al subconsciente, es decir a la intuición, y a la razón, al intelecto. Solamente intuición es poco, no sería suficiente, y un trabajo puramente racional, mental, también sería estéril, árido, pobre. Sin embargo, si eres capaz de reflexionar sobre lo que has hecho y, al mismo tiempo, no impedir que la intuición fluya abiertamente, logras algo importante.

MERCEDES:

Y ¿cómo sabes...? Cuando te pones a hacer un cuadro partiendo de esa imagen que tenías, ¿cómo sabes cuándo lo has terminado?

NÚRIA:

Por intuición, también.

MERCEDES:

¿Intuición?

NÚRIA:

Aunque puede suceder que tenga un cuadro ahí, y de pronto vea algo que hay que modificar. Que por eso precisamente los últimos trabajos no los retiro, no los escondo, los dejo aquí en las paredes para ir viéndolos. A veces hay un cuadro que se acaba solo. Me pensaba que aún faltaba seguir trabajando y me doy cuenta de que ya está listo, que no quiero hacer nada más, no quiero tocarlo más. Pero hay otras veces que pienso que ya he terminado y al cabo de algún tiempo, pues sigo trabajando, retocándolo, añadiendo alguna pincelada. Cada trabajo es distinto.

MERCEDES:

Pero a los estudiantes, también lo que se les debe transmitir, supongo yo, son las técnicas de la perspectiva, etc., porque no tienen por qué saber...

NÚRIA:

El oficio, sí. Lo que son las bases del oficio, pero ya te digo, a eso yo le doy menos importancia. Es algo que puede aprender casi cualquier autodidacta, sí. Que el cuadro diga o no diga algo es la cuestión. Es cuestión de suerte. ¡Y ese don lo puedes perder! Eso es lo inquietante.

MERCEDES:

Se supone que alguien que lo tiene, por ejemplo como tú, ¿en principio, todos sus cuadros, todos tus trabajos deberían reflejarlo? ¿Hay también cuadros, en los que tú crees que no lo has logrado?

NÚRIA:

Así es. Y además muchas veces ha sucedido que artistas que han hecho una magnífica obra de juventud, luego han decaído. Y saberlo es lo neurotizante en esta profesión, que tienes momentos de entusiasmo, momentos de creación, que son momentos cumbre...

MERCEDES:

Momentos estelares.

NÚRIA:

Momentos estelares. Momentos cumbre en tu obra y que nunca sabes hasta cuándo va a durar. Es una incertidumbre continua. Y un intento de transmitir algo propio.

MERCEDES:

Sí, pero también depende un poco de la otra parte de la obra, que es el espectador. Porque supongo que cuando uno es artista, la obra no la hace solo porque necesita hacerla, expresarse, también lo haces para que la gente lo vea, ¿o no, o en eso no piensas?

NÚRIA:

Sí, las dos cosas. Pero, ante todo se siente la necesidad de pintar, simplemente. Es un proceso de cognición, también un continuo ponerse en duda, y un continuo tener que empezar de nuevo y aceptar que el proceso cambiante de tu interioridad cambie el lenguaje formal de la pintura. Y el deseo de comunicarse, de transmitir algo. El arte trata de expresar lo indecible, lo inefable. Y lo logra según la sensibilidad receptiva del que lo perciba, pero también dejando ese margen de tolerancia, de interpretación.

MERCEDES:

Sí, porque yo miro tu cuadro y lo mira otra persona y lo percibimos de modo muy diferente... Lo que se dice de Picasso, que decía que sus cuadros hay que verlos todos los días y cada día se te antojan diferentes.

NÚRIA:

Incluso para uno mismo, para el pintor. Porque yo veo mis cuadros en una exposición y, en primer lugar, ya es otro recinto, hay otra luz, hay otro ambiente... El cuadro a veces se me hace tan extraño que me quedo sorprendida de haberlo pintado yo. Aquello que te preguntas: “¿Eso es mío, ese es mi hijo?”, me ha pasado, por ejemplo, con ese retrato en grupo de los españoles en Dresde, ese cuadro que titulé *Treinta años de exilio*.

MERCEDES:

Me llama mucho la atención que hables de tus cuadros como de un hijo.

NÚRIA:

Sí, porque se emancipa, es un proceso de emancipación, el cuadro luego lleva su vida y eso ya no puedes influenciarlo tú.

MERCEDES:

Lo que pasa es que el cuadro tú sí lo configuras más que a un hijo. Yo a mis hijas las hubiera pintado con los ojos verdes del padre o así, pero mi influencia ahí era mínima.

NÚRIA:

Bueno... Pero luego, en la vida, con tus hijos puedes hablar, con el cuadro no, hace lo que le da la gana, ya no puedes determinar nada. Si desaparece de la historia, desaparece, tanto si a ti te place como si no. Y si es un cuadro que la gente interpreta de un modo totalmente distinto a lo que tú hubieras querido, pues es que el cuadro lo ha querido así. Porque mira ese lienzo que titulé *Recuerdo*: una escena interior, una mesa, una lámpara, el suelo con baldosas —como era el comedor de mi abuela Antonia— sillas y en una silla una chaqueta colgada en el respaldo, una chaqueta de esas de hilo blanco, que era de mi tío Pepe. Una obra realizada en un lenguaje pictórico que posteriormente no he mantenido. El calendario en la pared, el dibujo del empapelado, todo eso significó para mí pintar el momento de despedida del comedor de mi abuela, la despedida de mi infancia... Algo muy íntimo, muy personal, que yo no expliqué a nadie. Pinté el cuadro y el cuadro se expuso. Resulta que se hizo una encuesta y fue uno de los cuadros favoritos del público en la exposición de Dresde. Tú sabes que se organizaban esos grupos, esas multitudes que iban a ver la Gran Exposición de Pintura de Dresde, que era una exposición colectiva. Y, por las encuestas que hicieron, esa fue una de las obras que quedó en primer o segundo lugar, yo creo que en segundo lugar, lo cual me sorprendió infinitamente por ser un tema tan personal. ¿Y sabes lo que había visto la gente en él? Una *kneipe*, o sea, una “tasca”, una “bodega”, porque claro, los alemanes de la RDA, las baldosas del suelo las asociaron con una tasca alemana, y luego las sillas y todo eso. Les gustó cómo estaba pintado, además la luz, porque hay una luminosidad que para mí representaba la nostalgia del sol de la infancia. Y ellos lo vieron como algo mágico, que penetraba en una *kneipe* solitaria, algo perdido, y en eso coincidían con mi sentimiento, esa sensación de pérdida, pero que desde luego no tenía nada que ver con lo mío, con el impulso que me había incitado a pintarlo. Pero dije: “Bueno, que lo vean como quieran”. Por eso te digo que el destino posterior del cuadro, que es hijo tuyo, no lo puedes influenciar.

MERCEDES:

Pero ¿tú el cuadro lo sientes como hijo?

NÚRIA:

Sí, sí, es una parte mía, ha salido de mí, de las “entrañas de mi alma”.

MERCEDES:

A mí es una idea que me sorprende, que no conozco, es un sentimiento que no puedo identificar, porque para mí, el hijo-hija, es algo que sale “¿de mi

barriguita!” —diría mi madre—, no de mis manos o de mi mente. Entonces, cuando tú tienes un cuadro prestado o vendido a una galería o un museo, ¿lo sientes como un hijo perdido?

NÚRIA:

Sí, sí, sí, cuando me lo compran siempre me ha dolido, porque es como si vendiera algo mío, una parte de mí vida.

MERCEDES:

Pero no entiendo, porque cuando tú pintas un cuadro, ¿es para venderlo!

NÚRIA:

¡No, no, ni mucho menos!

MERCEDES:

Entonces, ¿tú pintas para quedarte luego con todos los cuadros?

NÚRIA:

Ese es el dilema: que hay que vivir de ello. Pero tal vez esta mentalidad mía sea un resultado del “yo y mi circunstancia”. Habiéndome formado en la RDA, habiendo iniciado mi profesión y mi carrera profesional en la RDA, me pude permitir ese lujo, durante tantos años, de pintar casi exclusivamente para mí misma. En principio podía vivir de la venta de grabados, que ya sabes que también soy grabadora. En la RDA muchos aficionados coleccionaban grabados.

MERCEDES:

Perdona, me gustaría volver al tema del cuadro como hijo, porque me ha sorprendido tanto... Yo hubiera pensado que el hecho de que tengas un cuadro vendido a un museo o a una galería es algo muy reconfortante, incluso un honor.

NÚRIA:

Sí, desde luego. Es una honra y un reconocimiento y aceptación. Pero en la RDA yo no quería vender porque pensaba en una posible exposición en España, y como he trabajado siempre tan despacio, mi obra es reducida y tenía la impresión de que si vendía esos cuadros, ya no podría disponer de ellos para hacer aquella exposición en España, que había sido el sueño mío y sigue siendo la espina que duele, el no haber podido hacer esa exposición, a pesar de que amigos muy bien relacionados han tratado de hacerla. Pero bueno, tengo que conformarme. España, mi país nativo, me desconoce. Tengo que conformarme, es así...

MERCEDES:

También ilustración de libros has hecho.

NÚRIA:

Sí, pero solo para libros que me gustaban. Es verdad que las editoriales de la RDA tenían una cultura del libro muy notable, que se ha perdido, porque ahora lo que importa es que un libro se venda. Yo mayoritariamente no he hecho ilustraciones en sí, sino grabados o dibujos para un libro. He tenido mucha suerte en eso, porque las editoriales me han ofrecido encargos con muy buena literatura y he podido hacer grabado o dibujo partiendo de mis propios temas, claro que en concordancia con la temática del texto. Yo creo que la narrativa, una buena prosa y aún más la poesía no debieran ilustrarse, me parece incongruente ilustrar.

MERCEDES:

Sí, eso lo dijiste en esa velada que hubo el otro día y a mí me sorprendió mucho la idea. Pero, pensándola más a fondo... entiendo cuando dices que una prosa no necesita ilustrarse, explicarse, porque sería incluso mala señal.

NÚRIA:

¡Es que sobra!

MERCEDES:

Sí, decías que más bien se trata de acompañar, de dar tu propia idea.

NÚRIA:

Lo que está dicho en un lenguaje no hay por qué repetirlo en otro, excepto cuando se trata de libros para niños, porque las imágenes son importantes para los niños: facilitan también el aprender a leer. Ver cómo va vestida una princesa o las barbas del rey y tal... eso, para los niños, sí, es bonito y divertido. O imaginarse una bruja porque la ha visto dibujada. Pero poesía es lo que menos debiera ilustrarse, ¡es que no puede ser...!

MERCEDES:

Entonces, ¿cuál es el papel de una ilustración de libro?

NÚRIA:

Es algo paralelo, es algo que por supuesto debe subordinarse al texto, pero acompañándolo y respondiendo. En el mejor de los casos, enriquece la obra

literaria abriendo otra dimensión. Ha de ser algo autónomo pero que, desde luego, corresponda al texto como en un diálogo. Que no repita lo ya dicho porque sería una banalidad, sobre todo en poesía, porque la poesía se expresa con imágenes no concretas, con metáforas, con música, con la musicalidad del idioma, y entonces una ilustración anularía esa ambivalencia, o la disminuiría.

Pero, bueno, como te estaba diciendo, yo del grabado pude vivir perfectamente durante los años de la RDA me permití el lujo de no vender mis cuadros, excepto a algunos museos, porque halaga mucho que tu obra pertenezca a la colección permanente de un museo. No vender es una actitud inconcebible para mis colegas occidentales. A coleccionistas particulares no quise vender casi ningún cuadro. Me lo quería quedar yo todo para mí. Un poco naïf esta actitud, porque yo creo que soy algo ingenua; pero esa quizá sea una ventaja en mi profesión.

MERCEDES:

Bueno, el ser ingenua es algo muy positivo para mí, pero creo que hay que saber o, mejor dicho, poder ser ingenua. Con el tiempo lo puedes perder, porque la vida te puede dar unas lecciones que te hacen perder esa ingenuidad, y mantenerla me parece algo importante y envidiable.

NÚRIA:

Mantener la ingenuidad supone conservar vivo el niño o la niña que se ha sido, o sea, la capacidad de asombro. Pero sin esa capacidad de maravillarse, digamos, ante cosas que a otra persona le parecerán nimias, sin esa curiosidad y capacidad de asombro, yo creo que la creación artística no se da. Y eso sí que es un don, es una manera de ser. Pintar un cuadro obedece también a un anhelo de transcendencia, de quedar...

MERCEDES:

¿Sí, tal cual, así percibida?

NÚRIA:

También, también, de dejar una huella, de dejar un testimonio de tu existencia.

MERCEDES:

De hecho, yo durante mucho tiempo, mejor dicho durante la mayor parte de mi vida, no se me hubiera ocurrido jamás que me pondría a escribir nada

y eso que cantidad de veces, cuando contaba alguno de los episodios de mi vida, la gente me decía: “¡Jo, Mercedes! Un día tienes que ponerte a escribir tus memorias, la historia de tu vida”. Y de pronto, hará como seis o siete años, me entró lo que yo llamé “el gusanillo”. Me empezó a roer de tal modo que muchas veces cuando iba por la calle se me ocurrían ideas y en cuanto llegaba a casa, o al hotel, me hacía unas notas, que fui guardando y que todavía conservo. Luego me puse a escribir y me di cuenta de que a mí no se me da lo de escribir, pero ahí fue cuando yo entendí eso de la “necesidad de contar cosas”.

NÚRIA:

De relatar, de dejar un testimonio de tu vida. Que yo creo que ese es un impulso muy común.

MERCEDES:

Además, yo sí pienso que cada vida de cada persona tiene facetas interesantes y suelo decir que los escritores no inventan nada sino que extraen de la vida y tienen la maestría de darle esa forma que constituye el relato o la novela. Pero no hay nada que supere la vida misma.

NÚRIA:

Eso no sé, eso no sé...

MERCEDES:

Yo estoy convencida de que hay cantidad de vidas anónimas muy, muy interesantes. Además, me parece que en nuestro caso concreto cubre una etapa de la historia europea muy decisiva, y contar cómo lo hemos vivido, tiene su justificación. Y, un poco, se trata de transmitir ese testimonio los propios protagonistas y no dejarlo a merced del historiador que luego lo interpreta, y ya hemos hablado de cómo, en algunos casos.

PADRE, MADRE, HIJA

NÚRIA:

Tú hablaste de tus problemas, de la dificultad del matrimonio y la convivencia, que quizá la sufre cualquiera de algún modo. Yo también la experimenté, y muy intensamente, porque es que son los años de juventud, años que quieres vivir con plenitud. Yo me sentía oprimida por esa vida algo estrecha de familia que, en realidad, no había querido, pero que acepté en parte por respeto a los padres de Carlos, que me acogieron con afecto y generosamente, porque eran de origen rural, de la región que pertenecía a Polonia antes de la guerra. Alemanes de quienes se hubiera podido esperar que tuvieran un cierto prejuicio hacia una chica extranjera. Pero no, nada, me aceptaron, como te digo. Carlos era el pequeño, el hijo predilecto, y como él lo había decidido así, lo aceptaron. Para mí fue una cierta compensación, porque yo seguí siendo niña por mucho tiempo. A los veinte años todavía necesitaba el cariño de familia y ellos compensaron esa necesidad de calor familiar. Que tuve que salir de casa de mis padres ya te lo he contado. No sé si te conté que salí alquilando un carro al carbonero, un carro de esos...

MERCEDES:

No, eso no lo has contado.

NÚRIA:

¿Sabes que, en aquellos tiempos, los carboneros traían el carbón para las estufas a las casas con un carro de dos ruedas y dos mangos? Sin caballo. Yo fui al carbonero y le pedí el carro. Él se quedó muy extrañado, claro. Coloqué encima del carro el somier, el colchón, dos sillas y un poco de ropa y me marché bajando por todas aquellas calles: la Bersarinstrasse, Bersarinplatz, Warschauerstrasse... hasta la casa donde había alquilado una habitación, y allí subí yo también sola todo y allí me instalé.

MERCEDES:

Pero tus padres ¿estaban en casa cuando te marchabas?

NÚRIA:

Mis padres estaban en casa, mi madre estaba en el balcón, mirando. Es decir, una escena así, como de película, otra vez. ¡Neorrealismo!

MERCEDES:

Pero tú ¿les dijiste que te marchabas? Y la motivación concreta, el motivo concreto, ¿cuál fue?

NÚRIA:

Bueno, sería quizá demasiado largo explicarlo todo. Ya te dije que mi padre me hacía el reproche de que yo abusaba de la familia. Que era el parásito de la familia, porque quería estudiar. Y eso, una chica a esa edad, no se lo deja decir muchas veces. Y cuando terminé el bachillerato, como ya había cumplido los veinte años, pues se fue acrecentando, porque mi padre tenía la idea de que, a partir de los dieciocho años, una persona ha de valerse por sí misma y ya los padres no tienen por qué responder de ella. En cierto modo, no es que yo no le dé algo de razón. Pero, bueno...

MERCEDES:

Pero para un español es sorprendente, de todas formas, porque en España los hijos se quedan mucho más tiempo en casa de los padres que, por ejemplo, en Alemania o los países nórdicos.

NÚRIA:

Él lo había vivido así, también. A los dieciséis años se fue de casa. Yo me marché a los veinte.

Otra cosa algo desagradable te voy a contar, así, simplemente. Lo de la carta que mi padre escribió a la Escuela de Bellas Artes. He meditado muchas veces acerca de cuál sería el motivo de que lo hiciera. Puede haber varios, porque nunca comprendió que yo supiera desenvolverme sola, que me defendiera tan bien, que no tuviera que recurrir otra vez a ellos para pedirles ayuda, que es lo que él esperaba. Puede ser ese uno de los motivos. Pero yo pienso en otra cosa. Había frecuentado nuestra familia una pareja de rusos, unos señores a los que no les teníamos demasiada simpatía, pero aparecían de vez en cuando y querían que mi padre los relacionara con los españoles de nuestro entorno, sus amigos. Uno

de estos rusos, que decía llamarse Alexander, apareció un día en mi casa, poco después de haberme ido yo a esa habitación realquilada de la Warschauerstrasse. Vino a visitarme y exigió de mí, primero con buenas formas, pero luego ya con mucha violencia, exigió de mí que trabajara para ellos y que fuera a España, ofreciéndome la posibilidad de estudiar en Madrid. Sabiendo él la nostalgia que yo tenía de España, estaba muy bien pensado... En vista de que no, porque yo le decía que yo no sirvo para esas cosas —y además es verdad, no hubiera servido aunque hubiera querido; él me aseguraba que no eran trabajos peligrosos ni demasiado difíciles, informaciones y nada más— se fue enfureciendo. Como que luego ya decididamente le dije, temblando yo, le dije que no, empezaron las amenazas masivas de que me arrepentiría y de que no me hiciera la ilusión de poder seguir estudiando bellas artes en la escuela de Berlín. Pocas semanas más tarde, me llamó el secretario del partido de la Escuela de Bellas Artes y me preguntó qué es lo que me pasaba, porque mi padre le había escrito una carta en la que, como padre y antifascista, exigía que me expulsaran y que me mandaran a trabajar a una fábrica. El secretario se dio cuenta de que había algún conflicto grave y me preguntó por qué no se lo había dicho. Yo es que no estaba afiliada a ningún partido. A ese hombre, pues... parece que la carta, en vez de convenecerle, es decir, en lugar de ponerle en contra mío y del lado de mi padre, le hizo pensar que tenía que ayudarme de alguna manera. Y realmente me ayudó, me ayudó mucho, porque yo le conté un poco que había salido de casa, que estaba sola y con pocos recursos, que eran conflictos de generación y tal. Entonces me prometió que iba a solicitar para mí una beca de extranjera, lo cual suponía 100 marcos más. En lugar de 190 me daban un estipendio mensual de 300 marcos al mes y, en aquella época, eso era mucho para mí.

MERCEDES:

O sea, que fue el resultado al revés.

NÚRIA:

Resultó al revés, aunque en aquel momento me dolió mucho. La carta no la leí hasta que encontré una copia entre los papeles de mi padre después de su muerte. Pero me dolió mucho. También me dolió que mi madre no intercediera, que mi madre acatará la voluntad de mi padre.

MERCEDES:

Exacto, es lo que yo te iba a decir: el papel de tu madre. ¿Dónde está el papel de tu madre?

NÚRIA:

No, eso también te lo he estado preguntando yo a veces a ti. Es eso, es lo mismo, es esa mentalidad femenina española, por lo menos de aquella generación, que acataba totalmente lo que dictaba el marido.

MERCEDES:

Y, sobre todo, cuando la personalidad del marido, del hombre, es tan fuerte como es, a todas luces, la de tu padre y también la del mío, aunque en otra forma.

NÚRIA:

No, pero la personalidad de mi madre también se imponía, aunque de otra manera, en otro sentido. El caso es que, cuando nació Inesita, decidimos casarnos Carlos y yo. Yo no había pensado casarme pero consideré que él era el padre de mi hija y como nos queríamos, pensé que sería mejor que la niña creciera con su padre. Claro, eso supuso también esa vida agobiante de familia. Ya sabes las familias alemanas, sobre todo siendo de un origen social como el de mis suegros, que les importaba muchísimo la vida familiar, vernos cada dos semanas. Nos pasábamos el domingo comiendo, porque ya sabes que hay el primer desayuno a las ocho, luego el segundo desayuno a las diez, luego a las doce en punto, en punto, el almuerzo, luego el *kaffee-kuchen* (“pastelería”) a las tres, a las cinco y media o a las seis la cena... Yo me pasaba el día poniendo la mesa, lavando los platos, ayudando. Luego un poquito de televisión, cuando ya la hubo, y a dormir. Y el domingo que no íbamos nosotros a Eberswalde a verlos, aparecían ellos a las ocho de la mañana en Berlín, y nos decían lo bonito que era levantarse a las cinco de la madrugada, arreglar el huerto —porque tenían un huertecito— y luego salir a las siete de la mañana, coger el tren... Es que la gente del campo vive de otro modo y eso de levantarse tempranito les encanta. Para Carlos, no, pero para mí era agobiante esa vida, así, tan sórdida, porque el domingo que no estaban ellos, estaba mi madre, y cuando estaban ellos, también estaba mi madre. Mi madre estaba todos los domingos o los sábados en nuestra casa. ¡Treinta años así...! Carlos es un héroe, porque ha soportado a su suegra todos los fines de semana, excepto cuando nos íbamos de vacaciones, que ya era difícil irse sin que hubiera escenas. Pues, excepto en esas ocasiones, ha estado aguantando a su suegra con una paciencia increíble.

MERCEDES:

Porque ella tenía su piso, pero venía todos los fines de semana, ¿y se quedaba a dormir incluso?

NÚRIA:

No, el sábado iba generalmente a casa de mi hermana y el domingo a nuestra casa. Y durante la semana íbamos nosotras dos a su casa, mi hermana un día y yo otro día. Íbamos a su casa, charlábamos... En general, solo se trataba de charlar con ella y hacerle compañía, para que no se sintiera sola.

MERCEDES:

Pero eso ya cuando ella estaba sola, porque ¿ella a partir de qué año vivió sola?

NÚRIA:

Se divorciaron, creo que en 1960. Mi madre esperaba que cuando yo me marchara de casa de mis padres, los problemas entre ella y mi padre se arreglarían. Pero era una suposición muy equivocada porque el conflicto entre ellos no partía de mí. Pero, he de decirlo, mi padre trató en sus últimos tiempos de acercarse a mí, de convencerme incluso para que viviéramos juntos. No cedí. Porque, de eso también quería hablarte, cuando ya mi padre estaba muy enfermo del corazón y seguramente comprendía que le quedaba poco tiempo de vida, trató otra vez de establecer un contacto más estrecho conmigo. Cuando nació nuestra hija, se desentendió, cuando nos casamos igual; pero luego, cuando ya mi nombre empezó a darse a conocer, le pareció impresionante, porque él siempre había deseado eso, había soñado con tener aceptación como escritor. Él quería ser escritor, de joven escribió poesía y más tarde fue escribiendo novelas y las fue publicando en ediciones de autor, propias. Pero nunca tuvo éxito. Por esto le impresionó muchísimo que se aceptara mi trabajo. Porque es que a él mis cuadros le parecían inaceptables, no era lo que suponía que una pintora debiera haber hecho. A él le hubiera gustado que pintara bodegones, lindos ramos de flores, paisajes risueños. Trató algunas veces de convencerme, cuando se iniciaron debates y polémicas, en ocasiones muy violentas, acerca de obras que yo había expuesto. Alguna vez me llamó y quiso hablarme y quiso darme consejos y decirme que lo que yo tenía que hacer era pintar de modo que gustara al público... Eso, tal vez con buena voluntad, digamos, según sus criterios.

MERCEDES:

Hombre... él, en ese sentido, representaba un determinado público, también.

NÚRIA:

Sí, claro.

MERCEDES:

Y murió... ¿a qué edad?

NÚRIA:

El murió a los setenta y ocho años. También intentó acercarse a mi hija Inesita, la sorprendía cuando salía de la escuela. Así intentó algunas veces acercarse a nosotros, pero Carlos lo rechazaba totalmente, no quería ni hablar con él.

Yo sabía que mi padre estaba económicamente en muy buena situación, y tenía compañía, porque no le faltó una compañera hasta el final de sus días y fueron mujeres siempre muy interesantes, precisamente. Además, mi hermana seguía tratándole, o sea que yo no sentía ningún tipo de obligación. Una vez le dije: “Tú has cumplido a tu manera, yo cumplo a la mía”. Por eso quería decirte que, aunque la muerte de mi padre supuso para mí un impacto, desde luego, quedé de algún modo en paz con él. Pienso que para él debió ser también bastante duro el rigor con el que yo mantuve mi actitud, quizá un poco cruelmente. Lo reconozco. Porque es que llegó a mandarme aquí, a este estudio, a mandarme a su médico, un cardiólogo que vino a visitarme y a decirme que no comprendía cómo es que yo dejaba tan abandonado y tan triste a mi padre y que, aunque hubiera habido conflictos de familia, a mi padre le quedaba poco tiempo de vida y que él venía a decirme que meditara un poco y que fuera a verle. Realmente, yo me seguía sintiendo acosada por mi padre.

MERCEDES:

No sé, yo encuentro que el hecho de mandar a su médico también le caracteriza.

NÚRIA:

Pero fíjate que cuando murió —es una cosa que a mí me impactó mucho— tuvimos que levantar el piso y me encontré en varios rincones papelitos escritos, dirigidos a mí, con reproches o con mensajes. Es decir, que él estaba esperando que yo fuera. ¡Es que no comprendía! Pero yo no me hago ningún reproche, eso es lo que te quería decir. He quedado en paz con él. Voy al cementerio, aunque pocas veces. Quien me hace ir es Carlos, porque él participa de ese culto al cementerio que es tan característico en las familias alemanas. Yo no iría.

MERCEDES:

Sí, es un problema de una cultura determinada. Yo, por ejemplo, voy a Dresde con cierta regularidad y solo la primera vez, después de mi regreso a

Alemania, fui al cementerio donde está enterrado mi padre. Allí me encontré —a mí ya se me había olvidado— con una lámina con varios nombres de luchadores antifascistas entre los que se encuentra el nombre de mi padre. Entonces, para mí, ese lugar no tiene ninguna relación especial con mi padre.

NÚRIA:

Bueno, es que mi padre, siempre tan antirreligioso, a última hora manifestó una religiosidad católica y quiso ser enterrado en el mismo cementerio católico que su última compañera, que no quiero explicarte ahora la historia de esta señora, dramática y muy conmovedora. Ella murió de cáncer antes que él, le dejó todos sus bienes y él quiso estar enterrado en el mismo cementerio. Era católica... Luego, mi madre quiso también que la enterraran en ese cementerio.

MERCEDES:

Tu madre murió... ¿cuántos años después de tu padre?

NÚRIA:

Mi madre murió en 1990, ocho años después. Murió justamente en la noche en que se celebraba la unificación de Alemania, esa misma noche.

MERCEDES:

¿El 3 de octubre?

NÚRIA:

Sí, la noche del 2 de octubre agonizaba... Inesita, nuestra hija, es quien más dolorosamente lo recuerda, porque ella quería mucho a su abuela y la niña, la mujer —aunque para mí sigue siendo la niña— pues sentía ese desgarró, toda su vida había vivido en un país dividido y estaba en la calle la gente bebiendo champán y celebrando la unificación, que ella también sentía como un acontecimiento feliz y, al mismo tiempo, sabía que estaba agonizando su abuelita.

MERCEDES:

Sí, un Estado también muere o desaparece...

NÚRIA:

Pero, lo que yo te quería decir, es que respecto a mi padre, tanto si voy al cementerio como si no, respecto a mi padre siento como si hubiéramos hecho las paces. Es decir, tal para cual. En España dicen que “de tal palo tal astilla”, y

en Alemania que “la manzana no cae muy lejos del manzano”. O sea, que no siento ninguna clase de remordimiento ni le reprocho nada, al contrario, con los años he ido pensando: “¡Qué personaje insólito fue mi padre!”. Y, de algún modo, veo con serenidad nuestra relación.

MERCEDES:

Pero eso es importantísimo, porque, si te queda un resentimiento para el resto de tu vida, es muy duro.

NÚRIA:

Sí, sería muy duro. En cuanto a mi madre, en su familia, la propensión a la neurastenia (y a otras enfermedades mentales más graves) ha estado latente, incluso muy manifiesta en algunas personas. Y claro, se declaró en ella muy violentamente desde el momento en que aquí en Berlín se divorció de mi padre y se encontró sola. Sufrió ataques de ansiedad, angustia existencial. Los médicos no te explicaban nada en tiempos de la RDA, en absoluto. Hay como una especie de inhibición que impide hablar de las enfermedades psíquicas, había por lo menos entonces.

MERCEDES:

Yo creo que eso fue en todos los sitios.

NÚRIA:

No sé, pero es que a mí tenían que habérmelo explicado, porque yo me pensaba que se moría mi madre. Muchas veces la abrazaba y el temblor suyo, sus sacudidas nerviosas, se me transmitían, sin saber cómo ayudarla, hasta que luego fui cayendo en la cuenta y en varias ocasiones la obligué a tomar el sedante, pero a la fuerza, haciéndoselo tragar.

MERCEDES:

¿Ella vivía sola?

NÚRIA:

Vivió sola hasta que en la casa en que residía mi hermana quedó un piso libre. Entonces mi hermana le propuso ir a aquel piso. Porque yo siempre dije que vivir con mi madre en nuestro piso, no, porque su desequilibrio nervioso se me transmitía. Yo no sé, la relación entre madre e hija es muy especial. Aunque tengas sesenta años, si tu madre te riñe, te quedas como cuando tenías seis, por lo menos yo.

MERCEDES:

¡Ah, yo no! Yo, no, pero coincido en la parte que dices, que la relación madre-hija e hija-madre es muy especial. Eso es verdad y ha sido objeto de muchas obras.

NÚRIA:

Es muy especial y en el caso de mi madre se manifestaba, también, con una especie de odio; yo lo llamaría así, de rencor hacia mí. Nunca supe explicarme este rencor, este odio que mi madre manifestaba en momentos de cólera. En primer lugar, reprochándome ser una Quevedo, de lo cual —muchas veces se lo dije— yo no era responsable: más bien lo era ella. Ya desde el momento en que se separó de su marido se agudizó su histeria. Porque esas puestas en escena, aquel estarse muriendo que escenificaba... porque hasta llegó a acostarse un día que yo no quería llamar al médico, se acostó sobre la cama, se cubrió con la bandera catalana y, plegando las manos, decía que estaba dispuesta, rezando...

MERCEDES:

¡Qué bárbaro!

NÚRIA:

Estaba convencida de que se moría y, claro, para mí eran momentos muy duros. Pero eso lo hubiera asumido, lo hubiera soportado: lo que nunca soporté con serenidad fueron esas manifestaciones de odio, ese reproche continuo por parte de mi madre de que yo, al parecer, como vinimos a Alemania, había acaparado para mí la felicidad, la porción de felicidad que nos hubiera correspondido a las tres, a mi hermana, a ella y a mí. Porque claro, mi vida, desde el punto de vista suyo, era como mejor no hubiera podido ser: un marido...

MERCEDES:

Ideal...

NÚRIA:

...desde siempre, un marido que nunca me había dejado, una profesión que me satisfacía. Es que mi madre no supo compartir nuestras alegrías y nuestras penas, ni las mías ni las de mi hermana. Compartir, me refiero a comprender, a participar. Estuvo siempre concentrada en su propia angustia, en su propia desgracia, en su propia desvalidez y soledad. Pero la soledad suya era, en gran parte, resultado de sus decisiones y de su actitud.

MERCEDES:

Sí, lo que pasa es que tú eres como eres y no siempre puedes superarlo, no siempre. Bueno, muchas cosas sí se pueden superar, pero a partir de un momento ya no tanto, porque cuando eres una persona de cincuenta o sesenta años y has estado toda tu vida en función de este hombre, que luego se te marcha, hay muchas cosas que tú ya no puedes echar para atrás. Habrás cometido muchos errores, pero ya no los puedes anular.

NÚRIA:

Sí, pero mi madre se retrajo de todo, no quiso siquiera relacionarse con españoles de su propia generación.

MERCEDES:

Pero eso podía ser también parte de la enfermedad.

NÚRIA:

Supongo que sí, pero también parte de su mentalidad, de la que ya habíamos hablado al principio, que siempre estuvo convencida de que los demás, las personas que tenía cerca, eran responsables de su vida y de su destino. Su terror a la muerte, meditándolo ahora, lo interpreto como un resultado de la insatisfacción que sentía. Mi madre vivió su vida sin vivirla y al llegar a la vejez y darse cuenta de que había vivido siempre esperando —o sea, sin vivir—, que realmente no había sabido vivir su vida, en el fondo sí debía asumir su responsabilidad frente a esa única ocasión que nos es dada de vivir. Y eso le produjo aquella angustia tan excesiva ante la muerte. Es que la idea de la muerte es insoportable para todo el mundo, para mí por lo menos también lo es. Pero hay personas que... no sé, se acercan al momento de la muerte con más serenidad. Por ejemplo, yo no sé... tu madre, a la edad que tiene, es fácil deducir que no te quedan treinta años de vida...

MERCEDES:

Bueno, ella tiene muchas veces esa típica frase, sobre todo los días que se encuentra peor física o anímicamente, de decir: “Bueno, a ver si me duermo y no me despierto”. Claro, sería muy bonito que las cosas se resolviesen así, pero por desgracia no es así. Yo no tengo el sentimiento de que tenga miedo a la muerte, sabe perfectamente que eso llegará un día. Seguramente, y en eso yo coincido plenamente, yo tampoco tengo miedo a la muerte, lo único que deseo es poder morir en condiciones humanas, dignas, es decir, no tener que estar sufriendo años o meses.

NÚRIA:

No, pero es que impone mucho. No la muerte: el morir es lo que impone. No, es una oportunidad que se nos ha dado de vivir. Es una enorme casualidad dentro del universo y, realmente, no debiéramos malgastarla. Desde luego, su terror era ya enfermizo, pero yo creo que provocado, agudizado por esa sensación de no haber vivido. Mucho más siendo ella creyente como era, que era creyente de una manera muy especial. Le tenía bastante ojeriza a los curas, no respetaba a la Iglesia como institución. Iba algunas veces a la iglesia, pero solo cuando tenía ganas. Yo creo que era una manera de creer muy auténtica, porque no era el rito lo que importaba a mi madre, sino que sentía necesidad de consuelo espiritual y de comunicación con su Dios y necesidad de esperanza en el más allá, y esa necesidad yo la respeté siempre, aunque una vez le di a leer los Evangelios y me los devolvió diciendo: “Mira, llévate eso, que me quita la fe”. ¡Date cuenta!

MERCEDES:

¡Qué impresionante!

NÚRIA:

Mi madre leía mucho y yo he heredado cantidad de libros suyos, en catalán casi todos, con subrayados y anotaciones tuyas. Cuando sobrevino el ataque de apoplejía, la ingresamos en un hospital y fue empeorando, no podía pronunciar bien, no podía escribir lo que me quería participar, pero yo me di cuenta, yo entendí que quería que llamara al sacerdote, el sacerdote católico que conocía personalmente. Él fue casualmente a verla cuando estaba mi hermana con mi madre en la habitación. Mi hermana me lo ha contado después. Estuvo rezando el sacerdote, porque mi madre ya no podía hablar, pero rezaron juntos. Él le debió decir palabras de consuelo... fue una comunicación muy íntima y desde aquel momento mi madre quedó tan sosegada, que mi hermana me dijo: “Ha quedado tan quieta que hasta me asusta, porque es demasiado”. Totalmente serena, consciente de que moría, pero con absoluta serenidad. Como pudo, me fue indicando las cosas que quería que hiciéramos; entre otras me indicó cómo quería que hiciera la participación, la esquila de defunción. Ella quería que lo hiciéramos en alemán y en catalán.

MERCEDES:

¡Fíjate!

NÚRIA:

Pero sin drama, sin lágrimas, totalmente serena, esforzándose para que yo lo entendiera, tratando de escribirlo. Pero la letra era indescifrable. De todos modos, yo lo fui comprendiendo, yo preguntaba: “¿Quieres decir eso?”. “Sí”. Es decir, con una serenidad impresionante. Luego cayó en coma y se fue apagando poco a poco. Pero es extraordinario que yo tenga la sensación de que mi madre murió serenamente y mi padre no. Me ha quedado respecto a mi madre un sentimiento de piedad que cubre la ternura que yo hubiera querido sentir hacia la madre. La piedad está muy cerca del amor, pero es una especie de amor que yo no quisiera para mí, ¿comprendes?

MERCEDES:

Sí, pero de todas formas, pienso que la familia es algo muy importante en la vida de uno, aunque no sea la madre ideal, el padre ideal o el hermano ideal, pero es tu familia. Se quiera o no, no sé cómo se explica científicamente, estos vínculos de sangre y congénitos...

NÚRIA:

Tienen fuerza y no se sabe bien por qué.

MERCEDES:

Tienen una fuerza enorme, porque tú perdonas a tu familia cosas que con otro sería motivo más que sobrado de no dirigirle nunca más la palabra. Hay unos lazos que no puedes cortar tan fácilmente.

NÚRIA:

Y que lo digas precisamente tú eso es insólito, porque en tu infancia la familia no ha tenido esa importancia.

MERCEDES:

Pero sin embargo lo siento así, y mucho más claro aún desde que tengo hijas, pero también hacia mis hermanos y mi madre y, claramente, hacia mi padre. Y yo, aunque no he vivido la infancia con mis padres, para mí mi padre ha sido algo muy, muy importante, como ya te he dicho varias veces. Creo que son vínculos que no los puedes quitar con la cabeza, por raciocinio, a menos que pase algo muy, muy grave y aunque te duelan cosas como las que tú cuentas de tu padre, que yo comprendo perfectamente.

NÚRIA:

No, ya te digo, con él me siento en paz. De todos modos, yo le debo mucho a mi padre. Yo, en España, hubiera vivido una vida muy distinta y no creo que hubiera sido una vida mejor. No se sabe nunca, pero, desde luego, la posibilidad de estudiar no la hubiera tenido. La posibilidad de realizarme como artista se hubiera dado quizá, pero con muchísimas más dificultades.

Lo que también había quedado pendiente es la historia de cómo conocí a mi hermano, a uno de mis hermanos. Eso nos está acercando a los años noventa, porque ya hacía años que había muerto mi padre. Sería el 87 u 88. Una vez sonó el teléfono y una voz masculina preguntó por José Quevedo. Yo le dije: “José Quevedo fue mi padre”. Y entonces él: “Es que mi padre también lo fue”. Y yo, claro, le pregunté quién era. Bueno, me dijo que estaba en Hamburgo y que hacía muchos años que no sabía nada de su padre, que lo estaba buscando y que en la guía de teléfonos solo había encontrado mi nombre, Núria Quevedo, y que pensó que tenía que haber alguna relación. Entonces quedamos en vernos.

Él vino con su compañera a Berlín. Todavía estaba el muro, entonces... Le costó entrar, arreglar los papeles, el dinero que tenían que cambiar, etc. Pero bueno, al fin nos encontramos cerca de la frontera, que entonces la llamábamos “frontera”. Es decir, a dos pasos del muro nos encontramos. Vinieron a casa y desde entonces se ha establecido una cierta relación entre Michael y nosotros y me he dado cuenta de que Michael todavía busca al padre, aún lo necesita, porque su madre le ocultó durante mucho tiempo quién había sido su padre.

MERCEDES:

¿Él es un chico de qué edad?

NÚRIA:

Él nació un año después de mi hermana, o sea, debió ser en 1944. De algún modo, cuando estuvimos aquí en Berlín, durante la guerra, debía ya existir esa relación. Y la madre vino muchas veces a casa de mis padres cuando yo aún estaba viviendo con ellos, y era porque mi padre no pagaba los alimentos que estaba obligado a pagarle por el hijo. Mi padre era así: en cuestiones de dinero, muy informal. Y, claro, la mujer iba a reclamar sus derechos, y alguna vez yo la vi, y alguna vez hubo una discusión entre mi madre y ella. Mi madre le dijo que allí no se presentara y ella le aseguró que no tenía otro recurso.

MERCEDES:

Entonces, ¿vivía en Berlín?

NÚRIA:

Vivía en Berlín, en Friedrichshain, muy cerca de nuestra casa.

MERCEDES:

¡Qué fuerte que fuera a casa de tu madre!

NÚRIA:

Pues iba, sí, iba. Yo por eso recuerdo haberla visto. Ya te conté la historia, que la deportaron a Terezin.

MERCEDES:

Pero ¿luego se fueron a vivir a Hamburgo?

NÚRIA:

La madre de Michael murió en un accidente de auto, según tengo entendido, y cuándo se fue Michael a Hamburgo, eso no sabría decírtelo. El caso es que me contó que él siempre estuvo preguntando por su padre y una vez, siendo ya adulto, la madre le dijo: “¿Recuerdas aquel señor que a veces venía y te traía juguetes y yo te había dicho que era un amigo de tu padre, aquel español? Pues no era un amigo de tu padre, sino que es realmente tu padre”.

Nunca he podido hablar abiertamente con Michael sobre mi padre, sobre nuestro padre, porque me doy cuenta de que tiene una imagen idealizada: un héroe de la guerra, un luchador, un hombre anárquico y admirable. Tiene los libros que escribió mi padre, que mi padre se los mandó y, como están en castellano, piensa que son obras de valor literario. Me ha pedido que le explique cómo era nuestro padre, cómo fue su infancia, cómo eran sus hermanos, las otras tías... Yo, poco he podido contarle, porque me doy cuenta de que, si hablo con un ligero tono de ironía respecto a nuestro padre, él no lo acepta, y he pensado que... bueno, que mantenga esa idea de su padre, si la necesita así. Michael, un hombre muy callado, algo introvertido, con mucha facilidad para el idioma, porque escribir le resulta fácil, pero en modo alguno conversador. Se ha dedicado a la publicidad y trabaja como autónomo redactando textos de publicidad. Un trabajo interesante, un chico simpático, pero algo inaccesible y a la vez algo fantasioso.

MERCEDES:

¿A su vez con familia?

NÚRIA:

Sí, tiene familia. En fin, es esa la relación, nos vemos con poca frecuencia, pero de vez en cuando nos hemos visto.

MERCEDES:

¿Qué tipo de relación tienes tú con él? Tú, ¿cómo lo sientes?

NÚRIA:

¿Yo? Pues... no sé, cuando lo veo se me hace extraño que no hable español.

MERCEDES:

¿Se parece a tu padre?

NÚRIA:

Físicamente no se parece, pero siempre he tenido la sensación, y se lo he dicho, que tendría que hablar español.

EL CAMBIO

MERCEDES:

Si quieres, podemos empezar con los cambios que hemos vivido desde 1989.

NÚRIA:

Sí, podemos empezar, porque es que es un tema...

MERCEDES:

Creo que es uno de los capítulos importantes, porque nuestras vidas no solo han estado marcadas por el socialismo, por todas esas utopías a las que nos referíamos la última vez; pero es que ha cambiado el mundo entero y en los momentos en los que estamos hablando hoy, ¡2 de mayo de 1999!, no se sabe a dónde vamos con la nueva generación de “guerras a distancia”.

NÚRIA:

Es que, para nosotros, 1989 fue como un cataclismo.

MERCEDES:

Yo ya he hablado algo de eso, cuando te conté lo de mis depresiones, que algo tenían que ver con estos cambios y yo luego puedo contar lo de mi decisión de volver aquí, aunque en parte ya lo he descrito. Pero además, la diferencia entre tú y yo es que tú estabas viviendo aquí, habías vivido aquí todo el tiempo, incluida la última fase del “socialismo RDA”.

NÚRIA:

Sí, sí. Mira, tú tuviste esas depresiones y a mí se me declaró la enfermedad cardíaca, precisamente en el 89-90. Estaba latente, desde luego, porque según dicen los médicos es hereditario. Pero bueno, tampoco es casualidad que

se manifestara tan claramente en aquellos años de tanto sobresalto, porque es que nuestras alteraciones fueron tremendas, aunque yo creyera que a mí no me implicaran tan directamente. Porque yo, no siendo alemana, pensaba siempre: “¡Que se arreglen ellos!”.

MERCEDES:

Pero yo recuerdo que una de las últimas veces que nos vimos en España o, quizás, la última, tuvo que ser en 1989, porque estaba la situación aquí ya muy tensa, muy tensa. Recuerdo que me impactó mucho una cosa que me contaste y es que te habían nominado para el Premio Nacional de la RDA y que tú estabas pensando devolverlo o no aceptarlo...

NÚRIA:

No aceptarlo. Era en el 89, en septiembre.

MERCEDES:

Sí, era en el 89, porque era la época de las manifestaciones de Leipzig.

NÚRIA:

Yo acompañaba siempre en septiembre a mi madre a Barcelona y en octubre se celebraba el XL Aniversario de la Fundación de la RDA y se estaban preparando grandes fiestas.

MERCEDES:

¿Y con ese motivo te iban a conceder el Premio Nacional de Bellas Artes?

NÚRIA:

Sí, con ese motivo. Que yo estaba nominada desde hacía más de diez años, eso lo supe luego. Precisamente en relación con todo este asunto me acuerdo ahora de que, en lo que respecta a la historia de la RDA, no hemos hablado aún de Wolf Biermann y de la importancia que él tuvo en un determinado momento, momento crucial, podría decirse. Una crisis que provocó un giro y un cambio esenciales. Tú sabes que el cantautor Biermann fue expulsado de la RDA, porque la disconformidad de sus textos incomodaba. Tenía *berufsverbot*, es decir, le estaba prohibido cantar en público desde años atrás. Él es hijo de un comunista asesinado por los nazis. Su familia pertenecía al grupo de Thälmann, en Hamburgo, y él mismo se declaró comunista durante mucho tiempo, militante. Una de sus canciones justifica incluso el muro. Pero su actitud fue adquiriendo un carácter cada vez más inconforme y áspero, cada vez más rudo y agresivo, y al

final lo expulsaron con un pretexto que sería largo de contar. No quiero entrar en detalles, pero tú sabes que yo le conocía personalmente y sabes que uno de sus discos está dedicado a los exiliados republicanos españoles. Muy buenas canciones, amargo homenaje al comunismo. Él, personalmente, era y sigue siendo una figura difícil y compleja, por lo menos a mi modo de ver. Ya en aquellos años, me molestaba un poco su manera de hablar, aleccionadora y autosuficiente. A pesar de lo mucho que apreciaba sus canciones, a mí su personalidad me ponía un poco nerviosa. Pero bueno, todo esto lo cuento porque, a raíz de su expulsión, sucedió algo inusitado. Los intelectuales de la RDA manifestaron por primera vez públicamente su disconformidad con una decisión del gobierno, con la expulsión. Y personalidades de alto prestigio como Stephan Hermlin, Stephan Heym, Christa y Gerhard Wolf, etc., redactaron y suscribieron una petición dirigida al gobierno y muchos se sumaron a esta declaración apuntándose a una larga lista de firmas. Yo también. Lo cuento porque tuvo consecuencias, para algunos incluso consecuencias graves. Por parte oficial se presionó mucho para que los firmantes retiraran su firma. Conmigo hablaron largo rato y por separado dos funcionarios: uno de la Unión de Artistas y el otro del Ministerio de Cultura. El señor del ministerio se esforzó como pudo en su misión, pero te aseguro que hasta el día de hoy he mantenido la sensación de que le hubiera defraudado y apenado conseguir que yo retirara mi firma. Mi recurso fue preguntar con toda la candidez posible: “¿Conoce usted las canciones de Biermann? ¡Está por el comunismo! ¿Quiere que ponga uno de sus discos?”. No, no conocían las canciones ni los textos, ¡ni querían conocerlos! Para mí no tuvo consecuencias el asunto, un privilegio, tal vez por ser extranjera e hija de antifascistas españoles, no sé... lo único, que dudaron mucho antes de otorgarme el dichoso Premio Nacional, cosa que de algún modo puede estar relacionada con aquella historia. Es lo que me dije al saber que la Unión de Artistas ya había propuesto mi nombre a finales de los años setenta. Y justamente en aquella situación tan dramática, cuando se marchaban por miles la gente en las embajadas checa y húngara, que en Berlín ya el terremoto se estaba percibiendo...

MERCEDES:

Se celebraban ya las manifestaciones de Leipzig, todos los lunes, con esa consigna impactante de *Wir sind das Volk!*

NÚRIA:

“¡Nosotros somos el pueblo!”. En esta situación, me telefona Carlos a España y me dice: “Tienes que estar aquí en octubre, porque para las fiestas

del XL Aniversario de la RDA te van a dar el Premio Nacional”. ¡Tú date cuenta de mi conflicto! Yo, ¿qué hago? Yo no sabía qué hacer, porque, a pesar de todo, siempre he sentido agradecimiento hacia la RDA, por muy ridículos que fueran sus gobernantes; pero a mí me recibieron con los brazos abiertos y me dieron toda clase de posibilidades. Ya te lo he dicho: en España seguramente no hubiera podido estudiar, no se me hubiera aceptado, no me refiero a mi persona sino a mi obra, no se hubiera aceptado de la manera que se aceptó aquí, con tanta resonancia. El público y las instituciones oficiales también, porque yo no sé qué significaba para ellos que una persona se manifestara, una pintora se expresara de un modo tan distinto al de los demás. Era algo insólito, ¿verdad?, porque la RDA era un ámbito muy cerrado y en mí confluían dos cosas: la idiosincrasia, que eso lo llevas en la sangre y, al mismo tiempo, la auténtica convicción, la afinidad verdadera hacia una utopía que a los demás les habían impuesto. Se sabía que la mayoría se declaraba a favor del sistema por oportunismo, pero yo creo que a mí, tanto mis colegas como el público en general, me lo creyeron siempre que este compromiso que se puede apreciar y definir en mi obra, era auténtico, porque es que en realidad lo era. Y eso debió contribuir a que mis trabajos alcanzaran una cierta popularidad, no solamente para un público interesado, del mundo de la cultura, sino realmente también para la gente que estaba en oposición. Para muchos disidentes. Es curioso, pero eso es también casualidad. En mi profesión todo son cosas del azar.

No, pero tú date cuenta de en qué situación me encontraba yo entonces. ¿Qué hacer? Se veía que ese gobierno estaba ya derrotado, y darle un puntapié al caído, al vencido, es indigno, y mucho más sintiéndote con la obligación de agradecerle algo muy importante en tu vida. De manera que, ¿qué iba a hacer yo? Yo no sabía qué hacer.

MERCEDES:

Yo con esa interrogante me quedé en España. Y lo que nunca supe es lo que pasó...

NÚRIA:

Pues que vine, regresé... Es que yo me planteé hasta la posibilidad de decir: “¡No vuelvo a Berlín, yo me quedo aquí!”. Yo estaba... tenía un auténtico desdoblamiento de conciencia, pero Carlos me dijo: “No hagas tonterías, ven y aquí decidimos”. Y aquí, claro, ¿qué decidimos? Pues que fui al acto y me impusieron, ¡nunca mejor dicho!, el Premio Nacional.

MERCEDES:

¡Ah, lo recibiste!

NÚRIA:

Me impusieron, a la fuerza ahorcan, el de la segunda categoría. Y era mucho dinero: 40.000 marcos, que luego convertidos a la moneda fuerte de la República Federal quedaron en 20.000 marcos nada desdeñables, que me vinieron muy bien para dar el primer paso hacia el capitalismo. O sea, que hasta última hora, los vejetes del gobierno me propinaron a mí un pequeño empujón para empezar con algún recurso mi vida en el capitalismo.

MERCEDES:

¡Qué manera más sutil, más delicada de interpretarlo!

NÚRIA:

No, claro. Yo asistí a ese acto y fue desde luego un acto grotesco, dramático, de esperpento. Erich Honnecker ya estaba muy enfermo. Hubiera querido verle de cerca. Willy Stoph estaba al frente de todo, muy recto, todos muy erguidos, muy tiesos, aguantando el tipo.

MERCEDES:

Porque eso fue, prácticamente, en octubre, cuando vino Gorbachov a Berlín con motivo del XL aniversario y, por primera vez, la gente expresó su malestar gritando: “¡Gorbi, Gorbi!”. Y cuando hubo por primera vez, por lo menos que yo sepa, por primera vez en la RDA una actuación de la policía muy dura, que luego se discutió durante mucho tiempo.

NÚRIA:

¡Muy dura! Pues mira, en pleno jaleo, me estaban entregando a mí el Premio Nacional. La RDA, claro, era un mundo muy pequeño, muy cerrado, y esa es una de las cosas que hemos tenido que aprender después de la caída del muro. Hemos tenido que darnos cuenta de que la importancia que tiene el artista dentro de la sociedad es mínima, en realidad. En ese pequeño mundo de la RDA, el artista —por mucho que se intentara aleccionarle e imponerle la autoridad política, adoctrinarle— el artista sí se atenía a su libre albedrío, era una gran personalidad, cualquier artista. Un escritor quizá el que más, porque es la voz, es la voz y la palabra, pero el pintor también, el escultor, cualquier artista representaba muchísimo más de lo que, en realidad, en el mundo ca-

pitalista significa el arte, y, al mismo tiempo, era objeto de agresión por parte del pueblo, de repulsa hacia el intelectual.

MERCEDES:

¿Ah, sí?

NÚRIA:

Sí, todo es muy complejo y el rechazo del intelectual tiene en Alemania una tradición tristemente famosa. Pero claro, ese gran auto-aprecio lo habíamos interiorizado mucho en tiempos de la RDA. Luego nos hemos sentido como si cogieras a una persona que estaba ahí, en un ambiente de sofoco y asfixia, y la echaras a un lago de agua helada, sin saber nadar, que además del frío escalofriante tiene que aprender a moverse y no ahogarse.

MERCEDES:

¿Y tú crees que esto es valadero para la mayoría de los artistas de la RDA?

NÚRIA:

Yo creo que sí, excepto los cuatro o cinco que disponían de suficientes recursos. Algunos han sobrevivido... Dos de mis galeristas lo son desde hace treinta, treinta y cinco años, desde el principio. Los artistas jóvenes estaban más informados, porque en la década de los ochenta hubo ya la posibilidad de hacer viajes denominados “de estudio” al “extranjero capitalista”. Los artistas jóvenes ya sabían, estaban más informados y no cayeron en la trampa ni en el error de perspectiva. Los que lo pasaron peor fueron, precisamente, los mayores, los consagrados, los más marcados por esa mentalidad de RDA, por ese provincianismo, diría yo. Pero hubo situaciones trágicas... muertes súbitas. Algunos por enfermedad fulminante o por suicidio, y eso incluso entre gente joven, incorporada a la oposición intelectual. No podremos saber si la caída del muro provocó el desastre, no se puede probar. Pero en esos años las tragedias fueron frecuentes.

Para mí será inolvidable el ambiente que reinó inmediatamente después de la apertura del muro, la euforia de la población del Este, la tibia y benevolente condescendencia de los ciudadanos de la parte occidental. Los primeros días parecía que un huracán hubiera pasado por la avenida Kudamm, tan tradicionalmente elegante y burguesa, cubriendo los suelos del famoso paseo con un revoltijo de bolsas de plástico y latas vacías de Coca-cola. Aquí, en la parte del Este, me encontré una tarde con un joven colega, un pintor, muy sensible el

chico, muy irritable. Nervioso y desolado, empezó a quejarse de que por todo Berlín se oía un crujido de bolsas de plástico, ¡que ya no aguantaba ese crujido de las malditas bolsas de plástico! Y es que a los ciudadanos del Este les habían dado el *begrüßungsgeld*, el “dinero de bienvenida”, o sea, ¡100 marcos occidentales! Y la gente se lanzó a la compra.

En fin, las imágenes de la caída del muro dieron la vuelta al mundo, poco podría contar que fuera nuevo. Yo, para mi vergüenza, debo confesar que aquella noche no me enteré de nada, me quedé dormida. Por la mañana temprano me despertó Carlos muy alterado: “¡Han abierto el muro! Te llaman de Radio Nacional de España al teléfono, ¡quieren saber qué dices!”. Yo estaba en la luna. Me quedé de piedra.

MERCEDES:

Espera, antes de acabar hay una cosa que quería preguntarte. Entre los conceptos que al principio decías que te parecen importantes, sabes, está el concepto “lejanía”.

NÚRIA:

Lejanía, sí.

MERCEDES:

¿“Lejanía” o “ilejanía”?

NÚRIA:

“Lejanía”. Cito: “Largos paréntesis de olvido y lejanía”. Es una frase que me apunté de algún libro y porque pensaba que me acordaría, no anoté el autor, y no sé si es Unamuno o Juan Benet...

MERCEDES:

Ahí dices que es Juan Benet... Y yo oía siempre “ilejanía” en el sentido de “no-lejanía”.

NÚRIA:

Será por la y griega. Pero dice: “Largos paréntesis de olvido y lejanía”.

MERCEDES:

¡Ah! bueno, porque no me cuadraba. No me cuadraba en lo que luego decías. Pero pensé, bueno, puede ser una de esas palabras que inventan los

escritores para decir “ilejanía” en lugar de “no-lejanía”. Entonces me puse a buscar si estaba aceptado por la Real, pero no me aparecía en ningún sitio.

NÚRIA:

“Ilejanía” sería lo contrario...

MERCEDES:

Exactamente, sería “cercanía”.

NÚRIA:

Pues sería una contradicción interesante. “Ilejanía”, lejanía y cercanía... la cercanía de lo olvidado.

Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones: “¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzara en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío! Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían”.

(Fragmento de *El Quijote* que Núria aprendió de memoria en la escuela de Barcelona)

DATOS BIOGRÁFICOS

MERCEDES ÁLVAREZ MORENO

1935: Nace en Gijón.

1937: Viaja con su madre a la Unión Soviética, donde es acogida en una Casa de Niños rusa. Al alcanzar la edad escolar pasa a una Casa de Niños Españoles. Los dos hermanos mayores son también evacuados a la Unión Soviética con los “niños de la guerra”.

1946: Se reúne con sus padres en Toulouse (Francia), que viven allí en el exilio. El padre, miembro de la dirección del PCE, se exilia después del fin de la Guerra Civil, primero en Méjico y luego en Francia.

1948: Se mudan a París.

1950: El padre es expulsado de Francia junto con otros comunistas españoles. La RDA ofrece acogerlos.

1951: Viaja con su madre a Dresde.

1953: Obtiene el bachillerato en la ABF.

1954: Trabaja como traductora de español en la editorial Zeit im Bild.

1959: Nace su hija Diana.

1961: Nace su hija Carmen.

1969: Después de los acontecimientos de Praga en agosto de 1968 deja de trabajar en la editorial Zeit im Bild y se traslada a Berlín. Es contratada por la FDIM.

1974: Nace su hija Tania.

1978: Regresa con Diana a España. En 1979 le siguen su esposo Pelle Blumen-saadt Pedersen y su hija Tania.

1979: Trabaja en Madrid como intérprete *free-lance* y para diferentes instituciones internacionales (OSCE, Unión Europea).

1990: Se va a vivir a Berlín. Sigue trabajando como intérprete.

NÚRIA QUEVEDO TEIXIDÓ

1938: Nace en Barcelona.

1942: Viaja con su madre a Berlín para reunirse con el padre.

1944: Nace en diciembre su hermana Ibérica.

1945: En febrero regresa con su madre y hermana a Barcelona. El padre se queda en Berlín. Escolarización en la Escuela de Formación Doméstica de Barcelona, dirigida por la señora Bayona, en un hermoso palacete de estilo modernista catalán, posteriormente destruido.

1952: Emigra con su madre y hermana a la RDA, Berlín, con documentación falsa.

1955-1958: Bachillerato en la Facultad de Obreros y Campesinos de Berlín.

1958: Inicia estudios en la Escuela Superior de Artes Plásticas y Aplicadas en Berlín-Weissensee, donde se licencia en 1963.

1960: Se casa con Karlheinz Mund.

1961: Nace su hija Inés.

1963: Inicia su trabajo de ilustración y grabado como autónoma.

1968-1971: Beca de la Academia de Bellas Artes de Berlín (Pintura). La Embajada Española le concede un pasaporte que anula su condición de apátrida y viaja por primera vez a Barcelona desde su emigración en 1952.

1984: Fallece el padre.

1986: Es elegida miembro de la Academia de Bellas Artes de Berlín (RDA).

1990: Fallece la madre.

1994-1996: Profesora visitante en la Universidad de Greifswald, Caspar-David-Friedrich-Institut.

1997: Adquiere un piso en Sant Feliu de Guíxols, donde desde entonces reside y trabaja una parte del año.



Mercedes Teixidó Masdeu, hacia 1927.



José Quevedo Fernández, alumno de aeronáutica, 1925.



Una salida del Arsenal



José Quevedo, mecánico de aviación. Galicia, 1934 o 1935.



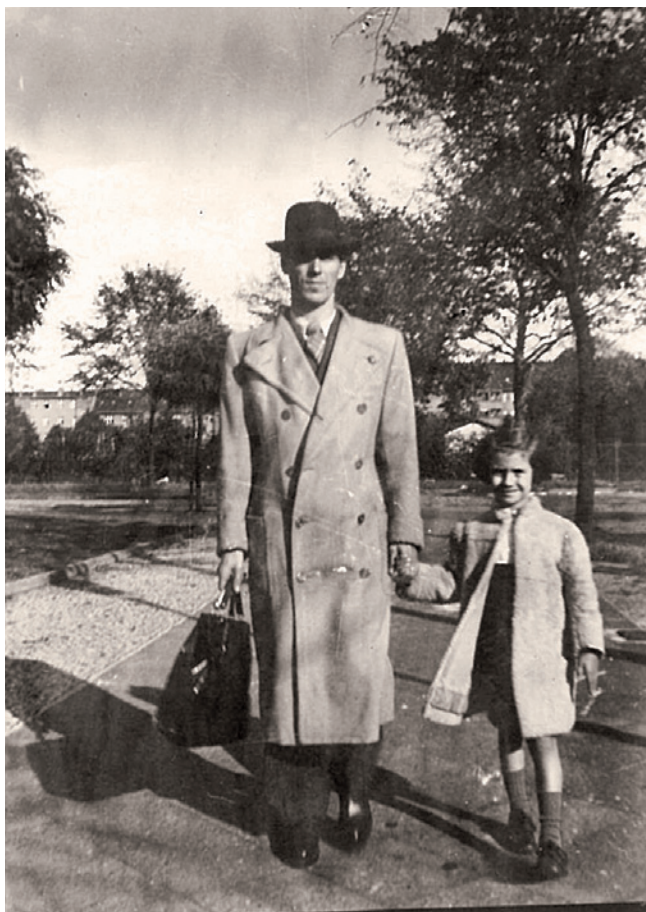
Núria con su madre, en Berlín-Friedrichshain, 1943.



Con el patinete de madera en Strausberger Platz. Berlín, 1943.



Llegada al aeropuerto de Berlín-Tempelhof, 1942.



Núria a los cinco años con su padre. Berlín, 1943.



Familias Cruz, Peiró y Quevedo con la abuela Bernardina. Castelldefels (Barcelona), 1948.



Mercedes tras su llegada a la Unión Soviética, 1938.



Mercedes en la Casa de Niños rusos. Moscú, mayo de 1938.



Enriqueta Moreno, en el exilio en México, 1944.


CHANGEMENT DE DOMICILE

Je soussigné Monsieur **ALVAREZ Mercedes** déclare avoir quitté la
Ville de **Moscou** (Département) **U.R.S.S.**

Nombre de personne _____ Toulouse le **24 Juin** 1946
Certifié exact
P. Le Commissaire de Police

Signature du déclarant
Mercedes née Garcia 1937

Demeurant 16 Bis rue de l'Espérance



Permiso de residencia para Mercedes expedido en 1946.



Mercedes con su padre, Ángel Álvarez. París, 1949.



Los hermanos Enrique (a la izquierda) y Ángel Álvarez (derecha) con su tía Argentina Álvarez, en 1938, tras la llegada a Leningrado.



Enriqueta Moreno, en el exilio en México, 1944.



Enrique Álvarez (con camisa blanca) y sus condiscípulos, galardonados con la Medalla del Bachiller. Bolschevo, 1946



Mercedes Teixidó con Núria. Barcelona, 1945.



Mercedes Álvarez (a la derecha) en la Conferencia de Prensa de la FDIM. Berlín, 1974.



Mercedes con su madre. Toulouse, 1946.



Todavía en Francia. Ángel Álvarez hablando en un acto en 1948.



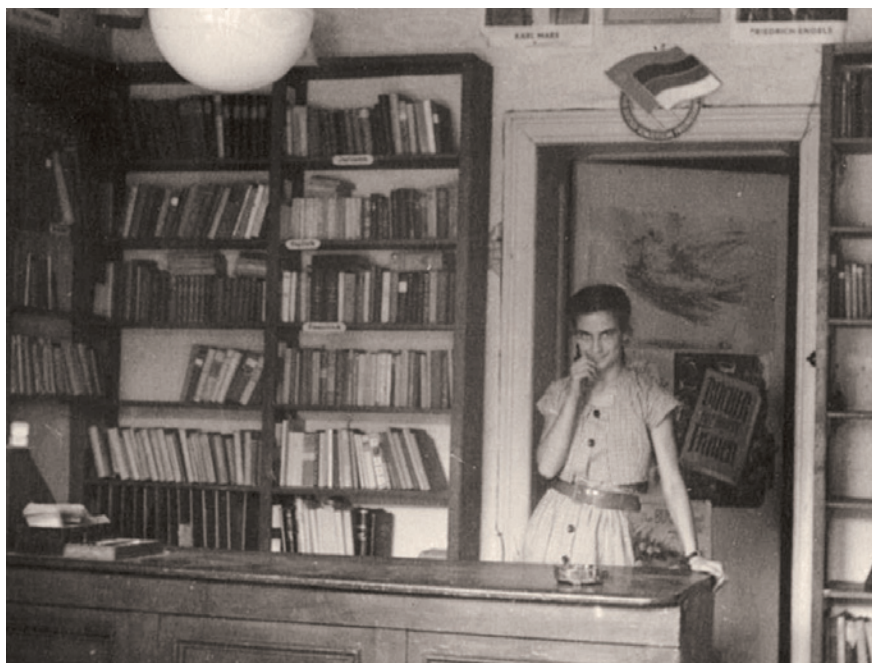
Mercedes, al poco tiempo de llegar a Toulouse.



La primera foto común en familia en Dresde, 1965. Sentados, de izquierda a derecha: Ángel, Pepe, Enrique. De pie: Mercedes con el padre y la madre.



José Quevedo en la trastienda de la librería. Berlín, Bersarinstrasse (hoy Petersburger Strasse), 1953.



Núria en la librería, 1953.



Con su madre y hermana ante la tienda, hacia 1954.



Cartel de la Librería y Biblioteca Quevedo.



Núria Quevedo ante la III Exposición Alemana de Bellas Artes en el Albertinum de Dresde, 1953.



Primera Comuni3n. Barcelona, 1946.



Becaria de la Academia de Bellas Artes de Berlín (RDA), en el estudio de la Academia, Pariser Platz, 1970.



Treinta años de exilio (1971), óleo sobre lienzo, 120 x 150 cm.

ÍNDICE

Unas palabras previas.	7
Núria	9
Mercedes	43
Niños de la guerra	63
Vivencias	103
Francia	119
En la República Democrática Alemana	125
Berlín en los años cincuenta	153
Alemania y su circunstancia	169
La fe y las utopías	189
Momentos estelares. Emancipación	203
Padre, madre, hija	211
El cambio	227

Mercedes Álvarez Moreno (Gijón, 1935) y Núria Quevedo Teixidó (Barcelona, 1938), nacidas en el seno de dos familias comprometidas con los ideales comunistas, emprenden en su infancia el camino del exilio a consecuencia de la Guerra Civil española. En 1937, Mercedes es acogida en la Unión Soviética, iniciando así un largo periplo que la lleva por varios países europeos. En 1939, Núria, con apenas unos meses de edad, cruza la frontera francesa en los brazos de su madre, quien, tras diversos avatares, se instalará en la República Democrática Alemana.

Ilejanía, la cercanía de lo olvidado recoge el diálogo de dos mujeres ya adultas que, con la hondura y la proximidad afectiva que surgen de la vivencia personal, rememoran su azarosa trayectoria y reflexionan sobre el desarraigo, la soledad y la supervivencia, con el trasfondo de la guerra europea y las grandes transformaciones políticas y sociales del siglo XX. Es, pues, una “historia de vida” o relato de lo cotidiano elaborado desde la subjetividad de sus protagonistas, que hablan en primera persona, y se inscribe en la línea iniciada por el Muséu del Pueblu d’Asturies con *Memorias de una niña de la guerra* (2003) y *Los avatares de una vida, memorias de un maestro asturiano* (2009).



Xixón

Ayuntamientu

RED
DE MUSEOS
ETNOGRÁFICOS
DE ASTURIAS



GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS

CONSELERÍA DE
CULTURA Y DEPORTE

ISBN 978-84-96906-33-4



9 788496 906334